COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

Serie Teoría social crítica

CONFRONTACIÓN DE IMAGINARIOS
LOS ANTIIMPERIALISMOS EN AMÉRICA LATINA

Kristina Pirker
Julieta Rostica
[Coords.]

CONACYT Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
40 Aniversario Instituto Mora
CLACSO
ACCESO ABIERTO

CONFRONTACIÓN DE IMAGINARIOS

LOS ANTIIMPERIALISMOS EN AMÉRICA LATINA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Dra. Gabriela Sánchez Gutiérrez - Directora General
Mtro. Alejandro López Mercado - Secretario General
Dr. Gustavo Sosa Núñez - Director de Investigación
Dra. María José Garrido Asperó - Directora de Docencia
C. Yolanda R. Martínez Vallejo - Subdirectora de Publicaciones

D. R. © 2021, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Col. San Juan Mixcoac,
Alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México
Conozca nuestro catálogo en www.mora.edu.mx

Confrontación de imaginarios : los antiimperialismos en América Latina / Teresa García Giráldez... [et al.] ; coordinación general de Kristina Pirker ; Julieta Rostica ; prólogo de Darío Salinas Figueredo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; México : Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2021.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-722-928-8
1. Nacionalismo. 2. Imperialismo. I. García Giráldez, Teresa. II. Pirker, Kristina, coord. III. Rostica, Julieta, coord. IV. Salinas Figueredo, Darío, prolog.
CDD 320.5409

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Pensamiento Crítico / Historia / Política / Antiimperialismos / Izquierdas / Revoluciones / Nacionalismos / Derechas /Antiamericanismo / América Latina

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos
a una evaluación por pares.

Colección Grupos de Trabajo

CONFRONTACIÓN DE IMAGINARIOS
LOS ANTIIMPERIALISMOS EN AMÉRICA LATINA

Kristina Pirker y Julieta Rostica
(Coordinadoras)

Grupo de Trabajo "Antiimperialismo, democracia y modernización"

CONACYT Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
40 Aniversario
Instituto Mora
CLACSO

CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Pablo Vommaro - Director de la colección

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Rodolfo Gómez, Giovanny Daza, Teresa Arteaga, Cecilia Gofman, Natalia Gianatelli y Tomás Bontempo

LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Primera Edición, 2021
Confrontación de imaginarios. Los antiimperialismos en América Latina (México, CDMX) ISBN: 978-607-8793-22-8
Confrontación de imaginarios. Los antiimperialismos en América Latina (Buenos Aires: CLACSO, mayo de 2021).
ISBN 978-987-722-928-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Asdi

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ÍNDICE

A manera de prólogo | **9**
Darío Salinas Figueredo

Introducción | **15**
Kristina Pirker y Julieta Rostica

ANTECEDENTES

Los fundamentos del antiimperialismo en el proyecto político federal centroamericano 1900-1930 | **35**
Teresa García Giráldez

El antiimperialismo espiritualista de Alberto Masferrer | **83**
Marta Elena Casaús Arzú

ANTIIMPERIALISMO, IDEAS Y REDES DE IZQUIERDA

La Revolución rusa, el antiimperialismo y el imaginario de la conquista del poder en América Latina | **111**
Carlos Figueroa Ibarra

Ese "foco de irradiación antiimperialista". El embajador Federico Klein Reidel en la Guatemala de Jacobo Árbenz | **139**
Roberto García Ferreira

Solidaridad con Nicaragua. La ambivalencia estratégica de la política antiimperialista mexicana en las décadas de 1920 y 1970 | **161**
Alejandra G. Galicia y Mariana Bayle

Militancia transnacional de Montoneros en Centroamérica. De la solidaridad antiimperialista a la lucha por la recuperación democrática | **183**
Eudald Cortina Orero

El antiimperialismo de la derecha. La Confederación Anticomunista Latinoamericana (1972-1980) | **215**
Julieta Rostica

Nacionalismo y antintervencionismo. Imaginarios de la derecha argentina de los sesenta | **241**
Aníbal García Fernández

La solidaridad bajo observación. El Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en los archivos de la Dirección Federal de Seguridad | **261**
Kristina Pirker

Sobre los autores y autoras | **289**

A MANERA DE PRÓLOGO

Darío Salinas Figueredo

Siento el compromiso intelectual de expresar al inicio de este prólogo que mi simpatía por la preocupación que motiva el contenido de este libro viene desde antes, cuando tuvimos la grata experiencia de participar en el Tercer Coloquio Internacional sobre el Antiimperialismo en América Latina, importante encuentro que congregó a investigadores de Cuba y de otros países de América Latina y el Caribe, realizado en La Habana en el marco de la conmemoración de los 60 años de la Revolución cubana. Aquel importante Coloquio, realizado en el territorio más emblemático de la lucha antimperialista de nuestra región, puede leerse, a mi entender, como una suerte de prolongación de la discusión que seguramente promovió el Grupo de Trabajo de CLACSO al articular un proceso de investigación sobre este tema y que hoy nos ofrece bajo el formato de un libro colectivo.

El contenido de esta obra puede considerarse como un aporte al estudio de las intervenciones en América Latina y el Caribe y las vicisitudes del proceso de conformación de un sentimiento antiimperialista. Desde el mismo ejercicio de actualizar el concepto de imperialismo se puede advertir una valiosa línea de reflexiones que establece un horizonte de análisis desde cuya mirada se exploran pensamientos, prácticas, actores y experiencias de resistencia nacional en la construcción de soberanía e independencia, destacando especialmente aquellas que

pertenecen al campo de las ideas, como las que se inscriben en el acervo de las luchas populares.

Las tres secciones, precedidas de un sugerente ensayo que ofrece la introducción, conforman una obra de referente ineludible si se trata de profundizar en la discusión sobre el universo simbólico que abigarradamente le imprimen soporte a las nociones que nutren el antiimperialismo en nuestra región. Sin pretender exhaustividad ni tampoco reeditar una historia de las ideas, la estructura del trabajo jerarquiza algunos elementos fundantes del imaginario antiimperialista vinculado a las corrientes de pensamiento, las directrices políticas más directamente involucradas con las luchas nacionales, algunos tramos importantes de la política mexicana y la experiencia centroamericana, así como algunas formas de injerencias estadounidenses que responden a un patrón intervencionista y que han definido coyunturas críticas en la historia de las transformaciones de la región como las de Cuba, Guatemala, Argentina o Chile.

Los estudios que organizan este libro no buscan discutir con las voces críticas respecto de la relevancia o no del imperialismo en las relaciones internacionales. El objetivo del trabajo elude la discusión abstracta, así como el énfasis sobreideologizado de los nudos problemáticos no resueltos. Tampoco trata de evidenciar y denunciar los múltiples efectos de la política imperialista en la historia política de nuestra región. En cambio, busca presentar algunos referentes inscritos en un cierto esquema de regularidad histórica por cuya trayectoria podría hablarse de una tradición antiimperialista. Cambios importantes en la correlación global de fuerzas como el principio y fin del conflicto Este-Oeste y otros como las invasiones norteamericanas, no obstante sus onerosos efectos, a la larga solo han logrado imprimirles mayor raigambre a las razones de esa tradición cuya proyección y gravitación en el escenario latinoamericano actual es de enorme importancia.

Desde una consistente argumentación, de inspiración braudeliana, Kristina Pirker y Julieta Rostica, coordinadoras de la obra y del Grupo de Trabajo sobre Antiimperialismo, democracia y modernización de CLACSO, formulan la sugerente idea de que el antiimperialismo en nuestra región puede ser estudiado como una estructura mental de larga duración, con cambios y variaciones en sus contenidos, formas y manifestaciones acordes a la índole de los desafíos y las situaciones concretas que emergen en el desarrollo de los procesos políticos. Es bajo ese encuadre como se puede comprender en la propuesta del libro el proceso que hilvana el sentimiento antiimperialista.

Lejos de desaparecer ante las más agudas adversidades, ese sentimiento posee "un momento constitutivo", como diría René Zavaleta,

toda vez que se reproduce bajo modalidades diversas de acuerdo con las circunstancias históricas y los actores sociales que se arrogan su defensa y proyección. Es más, por la centralidad que asume alberga sueños de una sociedad mejor, cargado de compromisos, sentido de justicia y emancipación. Cuando sus expresiones se articulan con las luchas anticolonialistas en la historia de América Latina y el Caribe, se proyecta como fenómeno cultural de amplio espectro que extiende de puentes de entendimiento y coincidencias, a través de múltiples vasos comunicantes, con la lucha de otros pueblos o regiones del mundo, por lo que, sin exageraciones de ninguna índole, podríamos considerar ese sentimiento como componente de la gran construcción cultural antihegemónica del sur global. Por todo esto me parece importante señalar que el valioso aporte de recuperación histórica que arroja este material, desde el ángulo en que lo hace, constituye una invitación no solo a profundizar el conocimiento disponible sobre las ideas, las construcciones simbólicas y las distintas formas de lucha en ese proceso de enraizar el sentimiento antiimperialista, sino también, con el peso de la memoria, hacer el giro de la mirada ineludible hacia el escenario actual. Convencido de que la mejor recuperación del pasado es aquella que desde el pensamiento crítico se realiza de cara a los desafíos del presente.

Al momento en que escribimos estas notas, la región y toda la humanidad vive momentos de gran incertidumbre y dolorosas consecuencias frente al avance demoledor de una pandemia que ha hecho estragos por doquier, especialmente en la población socioeconómicamente más vulnerable de nuestras sociedades. Algunos análisis sobre esta coyuntura han coincidido en que este fenómeno sanitario, visto como hecho social, vinculado a sus consecuencias socialmente críticas, tiene la didáctica de mostrar en la conciencia posible de la política regional la necesidad del cambio social cuyo sentido más general ya venía forjándose bajo modalidades diversas desde mucho antes. El hecho mismo de que en el mapa regional actual podamos constatar el desarrollo de procesos transformadores y democráticos como en México y Argentina, frente a regresiones tan marcadas como en el Brasil de Jair Bolsonaro o la instalación *manu militari* de un gobierno de facto en Bolivia, así como la atmósfera de un levantamiento social que se desata en Chile que constituye la sociedad más privatizada de la región; todo esto, entre otros referentes actuales, ya nos habla someramente de un escenario denso donde los objetivos en pugna no dejan duda sobre la crisis social incubada desde hace décadas y cuyas causas son inescindibles de la erosión del modelo de sociedad y sus políticas neoliberales.

Si este es el cuadro que prevalece en América Latina, no es descabellado observar la posibilidad de que al encarar un nuevo escenario de pospandemia, como se ha dado en llamar, donde se desarrolle la articulación de la agenda política en disputa con los inseparables desafíos externos, principalmente frente a ese amplio espectro que constituye la política estadounidense. En medio de esta descomunal crisis sanitaria, esta no ha hecho más que recrudecer su empeño injerencista, junto con sus aliados incondicionales como el gobierno de Colombia, Brasil o Ecuador, sin menoscabo de sus multiplicadas agresiones contra aquellos gobiernos que han desarrollado márgenes importantes de autodeterminación y congruentes políticas sanitarias en esta coyuntura, como Cuba y Venezuela.

Una cadena de decisiones estratégicamente concebidas desde el gobierno norteamericano viene dando cuenta de la acentuada política de hostilidad hacia América Latina, en medio de la pandemia que no ceja y que tiene al país del norte en el epicentro del mayor desastre sanitario con el consecuente desprestigio para su conducción gubernamental. Decisiones distintas en escalones ascendentes de agresividad, convergentes con el objetivo último de cambio de régimen en Venezuela y coherente con la expresión gubernamental norteamericana de que todas las opciones están abiertas. Un primer paso de la escalada en tiempos de pandemia consistió en acusar a través del Departamento de Justicia al presidente venezolano de presidir un "narcoestado", ofreciendo una recompensa de 15 millones de dólares por cualquier información que conduzca a su captura. No perdemos de vista que el responsable de esta acusación, William Barr, es el mismo que comandó la construcción de aquel diseño de acoso contra Manuel Noriega que culminó, no está de más recordar, con su captura a través de una invasión armada en Panamá, aquel trágico 20 de diciembre de 1989. El siguiente peldaño de agresión imperialista, denominada "misión antinarcóticos", fue encomendada al Comando Sur que tuvo su teatro de operaciones en las aguas del Caribe y el Pacífico Oriental frente a las costas soberanas venezolanas. Como es de conocimiento público, es Colombia, aliado clave de Estados Unidos en la región, y no Venezuela, el lugar donde se producen y se transitan los principales cargamentos de estupefacientes, principalmente de cocaína, información ratificada por las propias fuentes oficiales, por la Oficina de Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito y otros datos como los proporcionados por el conocido centro de estudios de la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos [WOLA, por sus siglas en inglés] que abundan en demostrar, con precisiones, las toneladas métricas por año. El siguiente nivel en la trayectoria de esta escalada se produjo con la incursión de un grupo de mercenarios entrenados en la vecina

Colombia. En el entramado de la logística operacional destaca el autonombrado "presidente interino" como administrador financiero del contrato con Silver-Corp, empresa de seguridad privada con sede en Florida, cuyo objetivo consistió en la contratación de mercenarios para llevar a cabo la incursión a territorio venezolano.

La incursión, abortada por las fuerzas venezolanas y que no ha concretado su objetivo de llegar al Palacio de Miraflores, se desata en un contexto de acentuada agresión del gobierno norteamericano, en momentos que ha lanzado la mayor operación antidrogas que se haya realizado en esa políticamente caldeada franja de nuestro continente. La gravedad del proceso, que compromete a la injerencia norteamericana, encuentra su ratificación en la llegada de una brigada estadounidense supuestamente de asistencia a las fuerzas de seguridad de Colombia en su lucha contra el narcotráfico. El despliegue incluye diversos territorios que abarcan zonas fronterizas con Venezuela y que su sola presencia ya introduce un factor de gran tensión y de desestabilización, hecho en extremo preocupante por tratarse del domicilio de los acuerdos de paz, referente crucial de la coyuntura regional y que, en tales circunstancias, sumado a graves incongruencias atribuidas a la responsabilidad gubernamental, abre serias interrogantes sobre su aplicación y viabilidad, todo lo cual tiene implicancias para la estabilidad y los objetivos de paz en la región.

La agresión norteamericana en esta coyuntura contra Venezuela tiene un trasfondo estratégico: los recursos petroleros. No hay que olvidar que allí se encuentra la mayor reserva de hidrocarburos y que en la vida económica de Venezuela representa el 95 % de sus ingresos en divisas por concepto de exportación. Este es un dato fundamental para entender la guerra económica, el bloqueo y las diversas sanciones contra el gobierno bolivariano. Otro tanto, aunque en registro distinto, puede decirse de su conducta contra Cuba en esta misma coyuntura. Pero en ambos casos la pandemia, sus consecuencias y la modalidad que caracteriza a su abordaje en estas experiencias son parte del cálculo electoral de Donald Trump en su afán decidido de reelegirse en la contienda electoral de noviembre de 2020.

Si algo pesa sobremanera en la opinión pública es el hecho de que la economía del capitalismo desarrollado tenga el mayor desastre sanitario en sus indicadores de propagación y mortalidad, ratificado por diversos informes, incluyendo los más recientes de la Organización Mundial de la Salud y el Fondo Monetario Internacional. Estados Unidos, dolorosamente para su pueblo, se está convirtiendo en un verdadero cementerio de la pandemia.

La agresión contra Cuba, la política de hostilidad sistemática, ratificada en sanciones y bloqueos, muy estudiadas y suficientemente

documentadas, aplicadas unilateralmente y a contrapelo del veredicto de la comunidad internacional, ya venía con perfiles acentuados desde el inicio de la administración de Donald Trump. Pero en esta coyuntura pandémica se aplica con redoblada saña, habida cuenta de la manipulación política construida en colaboración con la cancillería colombiana para culpar a Cuba de entorpecer el desarrollo de los acuerdos de paz en Colombia, después de lo cual el gobierno cubano aparecerá en la lista de estados que supuestamente no cooperan con los esfuerzos de Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo. ¿Por qué se recrudece la agresividad contra Cuba en esta coyuntura? Hay razón histórica, como es sabido, pero también pesa el itinerario de las elecciones del 3 de noviembre de 2020. Sus erráticas directrices sanitarias y la respuesta racista de Trump han impactado negativamente en su nivel de aceptación electoral. Para el mandatario, en esa trayectoria hay flancos vulnerables en su calidad de candidato republicano, por lo que necesita con urgencia articular los mayores compromisos con todos aquellos sectores más cercanos a su proyecto, especialmente con la maquinaria anticubana y antivenezolana de Miami. Desde allí se ha proyectado, por ejemplo, la campaña contra las brigadas médicas de Cuba.

La hostilidad contra Cuba llega al extremo de calificar a la Organización Panamericana de la Salud de intermediar en los "planes de explotación" en contra de los médicos cubanos, tal como existen referencias que la involucran en la experiencia de cooperación con Brasil. Trump también persigue el propósito de hacer avanzar el objetivo estratégico de romper, o al menos alterar, la relación de cooperación de Cuba con Venezuela. A la política norteamericana esto no le ha sido posible, ni siquiera en el campo sanitario, mucho menos en el objetivo de cambiar al régimen político. Ambos procesos revolucionarios, al mantener soberanamente el itinerario de sus decisiones, ponen en entredicho la capacidad real de Estados Unidos. Lo cual no significa que el gobierno norteamericano abandonará su empeño estratégico, incluso más allá de las elecciones de noviembre. Como sea, lo que va quedando con meridiana claridad es que, si la estrategia intervencionista va ligada a la contienda electoral y los afanes de reelección de Trump, no es descabellado preparase incluso para un peor escenario desde el punto de vista de la seguridad hemisférica.

Estos desafíos refuerzan la importancia de este libro, toda vez que de su propósito se desprende precisamente la proyección del sentimiento antiimperialista que históricamente se ha cultivado en la conciencia de Nuestra América.

Julio de 2020

INTRODUCCIÓN

Kristina Pirker y Julieta Rostica

Este libro es el resultado de debates, reflexiones colectivas y encuentros que se realizaron en el marco del Grupo de Trabajo CLACSO "Antiimperialismo, democracia y modernización" entre 2016 y 2019. Las reflexiones giraron en torno a diversos aspectos: personajes, tradiciones y experiencias históricas que constituyen el reservorio de representaciones antiimperialistas en la región, muchas de proyección global como, por ejemplo, la revolución cubana o nicaragüense, las figuras de Augusto César Sandino, Ernesto "Che" Guevara o Fidel Castro; el enraizamiento histórico y la persistencia del gesto antiimperialista como una bandera de lucha en las sociedades latinoamericanas de ayer y hoy; el antiimperialismo como un dispositivo que ayuda a articular experiencias sociales, identificar adversarios y aliados, pero también legitimar proyectos nacionalistas que marginan grupos disidentes en nombre de la unidad nacional. La unidad del libro está dada por la temática, pero también por la mirada que conceptualiza el antiimperialismo, por una parte, como un ideario polisémico, ambiguo y flexible que puede ser incorporado en discursos políticos diversos y, por otra parte, como un fenómeno que, por su presencia en diferentes momentos y latitudes, se ofrece como objeto de estudio para el campo de los estudios transnacionales.

EL ANTIIMPERIALISMO COMO MITO

En esta obra se analizan discursos y prácticas antiimperialistas que ejemplifican la idea, recurrente entre actores políticos y sociales, según la cual América Latina históricamente ha sido un territorio fácilmente dominado por potencias extranjeras debido a la existencia de importantes asimetrías de poder político, militar y económico. Estos planteamientos tienden a asociarse con el argumento de que el atraso económico latinoamericano se debe, al menos en parte, a la intromisión del imperialismo en la región, identificado desde las primeras décadas del siglo veinte primordialmente con el estadounidense (Pita González y Marichal, 2012, p. 9).

Según la bibliografía, el ideario antiimperialista en la región ha cumplido diferentes funciones sociopolíticas y culturales. Por ejemplo, desde el campo de la historia intelectual, Pita González y Marichal señalan que las reflexiones sobre el imperialismo en América Latina ocuparon un lugar importante en el debate sobre la identidad latinoamericana, en oposición a la "otra" América, anglosajona y protestante. El término de "Nuestra América", acuñado por José Martí, servía desde fines del siglo XIX no solo como llamado a la unidad latinoamericana sino también como denuncia ante el avance territorial, comercial, cultural de Estados Unidos. Para los coordinadores de ese libro, "las corrientes de pensamiento y expresión antiimperialistas han carecido de homogeneidad ideológica, conceptual e instrumental" (Pita González y Marichal, 2012, p. 9), a pesar de compartir ciertas preocupaciones y tópicos.

Una perspectiva complementaria a la señalada precedentemente, que cruza la historia intelectual con el análisis del imaginario social, plantea la hipótesis de una "sensibilidad antiimperialista" –o acervo histórico de símbolos– en América Latina que es activable en diferentes momentos y entre ciertos grupos de la sociedad. Una particularidad del imaginario antiimperialista es su capacidad y disponibilidad para vincularse a diferentes cuerpos doctrinarios. Según la propuesta de Kozel, la apertura y ambigüedad de este ideario permiten que funcione como un recurso de resistencia cultural e ideológica para nombrar la "experiencia primordial de diferencialidad [de América Latina] con respecto al curso dominante de la modernidad", representado por Estados Unidos (Kozel, Grossi, y Moroni, 2015, p. 15).

Por último, publicaciones recientes enfocadas en insertar las dinámicas latinoamericanas en el estudio de procesos globales de movilización social, dan cuenta de la centralidad de América Latina para la construcción de sentimientos antimperialistas y anticolonialistas en otras regiones del mundo, incluyendo Europa y Estados Unidos (Hansen, Helm, y Reichherzer, 2015). Para Christine Hatzky (2015),

el interés de movimientos de resistencia de otros países en las luchas y protestas latinoamericanas tenía una de sus causas en la autenticidad de las voces latinoamericanas en su denuncia del imperialismo estadounidense:

> Much of the attraction of the Latin American interpretation of "Yankee imperialism" –especially but no only in the poorer countries of the world– derives from its authenticity, because it was the region most exposed to US imperialist power through violence, intervention and economic exploitation. [...] On the one hand, the activist of the protest movements perceived and actively constructed US-imperialism as a representation of "the enemy", responsible for all evils on a global scale, reproducing the dichotomous ideology and world vision of the Cold War. On the other hand, many of those movements associated themselves often with anti-imperialism and antiyanquismo as a kind of quest for identity, reproducing patterns and using images shaped in Latin America during the last two centuries, especially those that refer to the culture of resistence and the power of powerlessness (p. 35).

En síntesis, el análisis del fenómeno social y cultural del antiimperialismo desde las perspectivas señaladas –historia de las ideas e intelectuales, como imaginario o como una sensibilidad articuladora de experiencias locales en el ámbito global–, constata la persistencia de la idea de la responsabilidad del imperialismo estadounidense en los rezagos económicos, debilidades institucionales y recurrentes crisis políticas en América Latina. Aunque cabe señalar que siempre han existido las voces escépticas –provenientes de la academia y del mundo intelectual– que buscan evidenciar el carácter limitado, interesado o ideológico de los análisis en claves antiimperialista, dependentista o nacionalista (Guajardo Soto, 2007).

Los estudios de este libro no buscan discutir con las voces críticas respecto de la relevancia o no del imperialismo en las relaciones internacionales; tampoco tratan de evidenciar y denunciar sus efectos políticos, sociales o culturales. En cambio, buscan presentar ejemplos y variantes de lo que podríamos denominar una "tradición antiimperialista", tan arraigada que cambios coyunturales o dinámicas globales, como el principio y fin del conflicto Este-Oeste, no la han podido afectar de manera sustantiva, mucho menos erradicarla. En este sentido, es posible ensayar al antiimperialismo como una estructura mental de larga duración, con cambios y variaciones en sus contenidos, formas y manifestaciones, que no desaparece, de acuerdo a los planteamientos de Braudel quien señala que:

> Una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura; pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en

> transformar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas constituyen, al mismo tiempo, sostenes y obstáculos. En tanto que obstáculos, se presenta como límites (envolvente, en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse. Piense en la dificultad de romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad, y hasta determinadas coacciones espirituales: también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración (Braudel, 2006, pp. 8-9).

El estudio de prácticas y discursos antiimperialistas durante la Guerra Fría (como, por ejemplo, en la Crisis de los Misiles en 1962 o la Revolución nicaragüense en 1979) o durante las confrontaciones en años recientes entre gobiernos nacionalistas y críticos al neoliberalismo (como Cuba, Venezuela, Nicaragua, Bolivia, entre otros), sus adversarios internos y los organismos panamericanos, como la Organización de Estados Americanos [OEA], permite reconocer la productividad política de su simbología y retórica, gracias a su maleabilidad y adaptabilidad a entornos cambiantes y momentos de crisis nacionales e internacionales. Por lo tanto, es posible pensar esta tradición no solo en términos de estructura mental de larga duración, como nos sugiere la cita de Braudel, sino más puntual como "mito", es decir una práctica discursiva que reivindica para sí el estatus de "verdad paradigmática", por tanto, exenta de ser verificada o falsificada (Bliesemann de Guevara, 2016, p. 19).

Referirse a las interpretaciones antiimperialistas de las relaciones internacionales en América Latina como "mito" podría parecer una caracterización ingenua o, incluso, una relativización deliberada y provocadora de las múltiples injerencias realizadas por actores gubernamentales y no gubernamentales de los países del Norte en las dinámicas sociopolíticas y económicas de los países del Sur global. Pero en este libro la noción de "mito" no remite a ficción, fantasía o falsa consciencia, sino a aquella acepción soreliana que recupera su fuerza y su potencia. Un mito, de acuerdo a George Sorel, "no podría ser refutado puesto que, en rigor, se identifica con las convicciones de un grupo; es la expresión de esas convicciones en términos de movimiento y, en consecuencia, no puede ser descompuesto en partes susceptibles de ser aplicadas a un plan de descripciones históricas" (Sorel, 1978, p. 39). Recordemos que, para Sorel, los mitos aceptados por las masas eran tan poderosos que podían lograr transformar las revueltas en verdaderos movimientos revolucionarios. La noción de "mito" remite, entonces, a una estructura narrativa que organiza

situaciones y acciones en torno a una trama y una historia, para que sea comprensible; en segundo lugar, puede ser un conjunto de conceptos metafóricos (por ejemplo, la referencia a David y Goliat para ilustrar las luchas de resistencia en contra de potencias coloniales e imperialistas), los cuales permiten organizar mapas mentales para relacionar eventos, situaciones e informaciones dentro de una estructura de significados que, a la vez, orienta la acción social. A través del tiempo, estas metáforas se articulan con otros símbolos e imágenes para constituir "sedimentos de significados" (Eliasoph y Lo, 2012, p. 782-783), que los agentes sociales negocian y actualizan de manera continua y en diferentes contextos institucionales.

En este sentido, puede considerarse que el mito se caracteriza por la ambigüedad y la polisemia, lo cual permite que lo recuperemos en dos sentidos: por una parte, como verdad paradigmática o discurso que reproduce el sentido común, estabiliza relaciones de poder y jerarquías y contribuye a la reproducción del orden social. Por otra parte, la idea de "sedimentación" invita al análisis de la yuxtaposición y complementariedad de imágenes, símbolos y tradiciones en las estructuras narrativas para comprender de qué manera ciertos relatos (re)emergen una y otra vez para inspirar las luchas por cambios sociales y políticos (Bliesemann de Guevara, 2016, p. 19).

La aplicación de estas conceptualizaciones al estudio del imaginario antiimperialista, contribuye a trascender una mirada centrada en los aspectos racionales, instrumentales y estratégicos y, en cambio, destacar que se trata de un repertorio simbólico amplio, diverso y con límites difusos respecto a otras ideas y discursos políticos. En este sentido, su función sociopolítica abarcaría varios aspectos: en primer lugar, ofrece claves de interpretación, ideas fuerza e imágenes significativos y poderosos para representar en narrativas verbales y visuales las relaciones de poder y jerarquías internacionales entre Norte y Sur, así como las historias nacionales y locales de protesta y resistencia. En segundo lugar, el binomio "imperialista / antiimperialista" también ha jugado una función sociopolítica importante como principio de oposición para identificar aliados y adversarios, en articulación con otros principios como, por ejemplo, dominante / dependiente, centro / periferia, hegemónico / subalterno. Pero en ciertos contextos, el carácter difuso y polisémico de la simbología antiimperialista es funcional a la legitimación de identidades nacionales y proyectos de nación que apelan a la unidad nacional, las alianzas de clase y la homogeneización ideológica y racial, o relativizan tensiones sociopolíticas internas con la justificación de la manipulación imperial de conflictos y problemas de carácter endógeno y nacional.

HISTORIA, CIENCIAS SOCIALES, LA COMPARACIÓN Y LOS ESTUDIOS TRANSNACIONALES

La mayoría de los trabajos reunidos en este volumen abordan el antiimperialismo desde una perspectiva interdisciplinaria y transnacional, lo cual es un gran mérito. Por el lado de la disciplina histórica, el rebasamiento de lo "local" es algo muy reciente. Barbara Weinstein ubica en los años noventa la reorganización de las áreas de investigación histórica en Estados Unidos que comenzaron a desafiar el predominio del Estado-nación como categoría organizadora de las narrativas históricas (Weinstein, 2013). El momento fundacional de la "perspectiva transnacional" ella lo ubica en 1998 y en el área de los *Latin Americanists,* con la publicación de *Activists beyond borders: advocacy networks in international politics* de Margaret Keck y Kathryn Sikkink y de *Close encounters of empire: writing the cultural history of US-Latin American relations* de Gilberto Joseph, Catherine Legrand y Ricardo Salvatore.

Weinstein destaca como unas de las ideas centrales de aquella perspectiva la investigación de las llamadas "zonas de contacto", zonas en las que se traslucen los encuentros internacionales más intensos o espacios que tienden a ser transnacionales, y la idea de "circulación" que puede ser entendida, en el caso de las ideas, como una reformulación de ideas, propuestas y prácticas a partir de pasar de un contexto a otro sin enfatizar tanto el origen, sino el contexto de circulación. La perspectiva transnacional no deja de reconocer la persistencia de la nación como principal esfera de la política, la economía y de la cultura; presta mayor atención a los procesos, las redes y los fenómenos que atraviesa las fronteras de la nación sin implicar la homogeneización; permite ir más allá de la identificación de particularidades en un contexto nacional específico. Por último, "la perspectiva transnacional, lejos de expulsar la comparación, permite un renovado abordaje comparativo, más adecuado a las preocupaciones del historiador" (Weinstein, 2013, p. 14).

En América Latina, la historia transnacional ha desembarcado también muy recientemente. Aldo Marchesi observa que en América Latina, si bien hubo una producción importante de investigaciones en torno a la historia reciente y la historia de la Guerra Fría latinoamericana, muy pocos se preguntaron por las conexiones existentes entre los procesos simultáneos y sincrónicos que se investigaban (Marchesi, 2017, p. 192). Los trabajos comparativos tendieron a reforzar las diferencias nacionales sin considerar los modos como fueron construidos los diálogos regionales. La historia transnacional de la Guerra Fría latinoamericana parecía estar animada por una reflexión sobre la política exterior norteamericana y su impacto en la región latinoamericana,

una perspectiva dicotómica que opacaba el papel de las relaciones y de los conflictos interregionales y, sobre todo, las maneras particulares "cómo se procesó la relación imperial" (Marchesi, 2017, p. 194). ¿Cuáles fueron los espacios transnacionales que mediaron en las relaciones entre Estados Unidos y cada uno de los países latinoamericanos?

En las ciencias sociales, a diferencia de la disciplina histórica, el desafío consiste menos en salir de lo "local", que en desplazarse de la comparación de casos a la construcción de sujetos y objetos de estudio transnacionales. En América Latina, una de las cunas del pensamiento sociológico histórico que fomentó la comparación de casos nacionales, las miradas regionales y la explicación al desarrollo-subdesarrollo como producto histórico del sistema capitalista mundial puede ubicarse en Santiago de Chile, en los años sesenta. Allí funcionaba la Escuela Latinoamericana de Sociología [ELAS] dentro de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales [FLACSO], donde la formación sociológica que se recibía allí era muy sólida, pero entre 1960 y 1965 la perspectiva hegemónica seguía siendo el estructural funcionalismo (Franco, 2007). En la misma ciudad también estaba la sede de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social [ILPES] de la CEPAL y numerosos científicos sociales de diferentes procedencias de América Latina. En el ILPES Fernando Henrique Cardoso, y al cobijo de José Medina Echavarría que lo dirigía, conformó un grupo de análisis y reflexión sobre el desarrollo que funcionó entre 1966 y 1967, al cual asistieron cientistas sociales que fueron de enorme relevancia más adelante como Enzo Faletto, José Luis Reyna, Aníbal Quijano, Theotônio dos Santos, Vania Bambirra, Edelberto Torres Rivas, entre otros. De esos debates surgió una obra culmine, entre otras de mucha trascendencia, de la llamada teoría de la dependencia, que podemos identificar como una verdadera sociología histórica latinoamericana: *Dependencia y desarrollo en América Latina* de Cardoso y Faletto, la cual se terminó en 1967 y se publicó dos años después.

El cuestionamiento y análisis integrador y superador del estructural funcionalismo, de las teorías evolucionistas y de la teoría del imperialismo para reflexionar problemas como el desarrollo en América Latina, los condujeron a realizar investigaciones que se enmarcaron en el llamado enfoque "histórico estructural", en el que la variable temporal y la confrontación de casos nacionales eran fundamentales para pensar la región en su conjunto. Lo visceral de este enfoque era entender al concepto de dependencia como un concepto "causal-significante" y no "mecánico-causal", lo cual implicaba centrar el análisis de la dependencia en su manifestación interna y rechazar aquel que se enfocaba en la determinación externa para explicar las consecuencias

internas. La "democracia" y la "modernidad" de Estados Unidos y Europa dejaban de ser el faro al que debía llegar América Latina para alcanzar el desarrollo. De acuerdo a Magnus Blomström y Bjorn Hettne, a quienes Theotônio Dos Santos los caracteriza como los historiadores competentes de la teoría de la dependencia, una de las cuatro ideas centrales de la escuela de la dependencia es aquella que indica que la "dependencia no es solo un fenómeno externo, sino que se manifiesta también bajo diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política)" (Dos Santos, 2002, p. 6). Esto significa que aquel intento de delimitación conceptual tuvo una fuerte impronta en el desarrollo del pensamiento social latinoamericano posterior de Theotônio Dos Santos, Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra, entre otros, impulsando los estudios que se enfocaban en América Latina en detrimento de las potencias.

La profundización de la Guerra Fría latinoamericana, la censura, la persecución de las y los cientistas sociales y el aumento del autoritarismo en la región dio un duro golpe del cual se salió con el retorno a las democracias y con investigaciones que hicieron énfasis en los ámbitos locales y nacionales. Es muy reciente la vuelta a la sociología histórica y a la comparación de casos nacionales y más inmediato el estrechamiento de lazos entre la sociología y la historia para abordar fenómenos transnacionales.

La dimensión transnacional en este libro, entonces, es tanto un mérito como un desafío y es explorada desde diferentes ángulos. Las "zonas de contacto" son absolutamente variadas: redes de intelectuales como los unionista, espiritistas o militares, redes de solidaridad como el Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua, redes militantes transnacionales como los internacionalistas de Montoneros; revistas como Repertorio Americano; organizaciones como la Internacional Comunista o la Confederación Anticomunista Latinoamericana. Incluso las embajadas o sedes diplomáticas pueden ser consideradas "zonas de contacto", pues allí suceden reuniones, eventos, negociaciones de carácter transnacional. En estas "zonas" hay nociones alternativas de espacio; constituyen espacios transnacionales, vehículos o enlaces en los que el antiimperialismo, durante plena Guerra Fría, mutó su significado, circuló como reacción al problema transnacional del imperialismo y como encuadre identitario y aglutinador de lo latinoamericano.

CONFRONTACIÓN DE IMAGINARIOS Y GUERRA FRÍA DESDE UNA PERSPECTIVA TRANSNACIONAL

Los temas que se presentan en este libro contemplan mayoritariamente el recorte temporal de la Guerra Fría, que abarca desde mediados

de la década de 1940, cuando las relaciones de Estados Unidos con América Latina se alinearon conforme los principios de la Doctrina Truman de 1947, hasta el derrumbe del bloque soviético entre 1989 y 1991. La adopción de una mirada sobre el antiimperialismo como fenómeno transnacional y como mito, discurso y práctica permite ampliar el horizonte temporal e incorporar estudios sobre antecedentes (pensadores, organizaciones, debates intelectuales y políticos) clave en la conformación de un acervo simbólico para los procesos de movilización y los discursos sociopolíticos, que emergieron con el fin de la segunda guerra mundial, la confrontación entre los bloques ideológicos y los ascensos de las luchas de descolonización y liberación nacional.

Los artículos de la primera parte del libro dan cuenta de algunos de estos antecedentes. Así, el primer capítulo de Teresa García Giráldez explica los fundamentos del antiimperialismo en el proyecto político federal centroamericano entre 1900 y 1930. Según la autora, el binomio identidad hispanoamericana versus proyecto modernizador, impuesto por la agresión angloamericana, influyó en el unionismo, fundado entre 1899 y 1919 en Guatemala, que se valió de redes de intelectuales y espacios de circulación de ideas y donde el pensamiento antiimperialista jugó un papel para articular y cohesionar agentes que pertenecían a diferentes corrientes ideológicas y políticas, entre ellas el espiritualismo, anarquismo y socialismo, así como el arielismo, el unionismo o el aprismo.

El estudio de Marta Elena Casaús Arzú, por su parte, reconstruye el pensamiento antiimperialista del intelectual salvadoreño unionista Alberto Masferrer. El análisis de sus ensayos, publicados principalmente en *Repertorio Americano*, y de sus cartas revela las reivindicaciones de Masferrer respecto a la unión o federación centroamericana o americana, y la identidad y conciencia de una América Hispana unida. Asimismo, identifica los obstáculos que el pensador centroamericano visualizaba para el unionismo: el imperialismo, la intrusión norteamericana, que dividía y fragmentaba a los Estados de la Unión, y los ejércitos que apoyaban a los Estados Unidos en vez de dedicarse a la defensa de los intereses de la nación. En años recientes, los estudios sobre la Guerra Fría como conflicto interamericano han profundizado sobre los procesos sociohistóricos que dieron a esta confrontación de carácter global un tinte especial en la región, y este libro aporta nuevos argumentos a este enfoque.

Los procesos que formaron parte de la "revolución extendida" –cuya connotación pertenece a Greg Grandin (Grandin, 2007, p. 295)– aglutinaron a actores políticos y sociales diversos, a un amplio arco ideológico que no puede ceñirse a posiciones de izquierda. Por esta

razón, en los procesos de movilización, protesta y contrarrevolución que caracterizaron a América Latina después de 1945, se puede observar una "confrontación de imaginarios": por una parte, porque las reelaboraciones de la identidad latinoamericana y el concepto América Latina desafiaron, en conjunto, la autoridad de Estados Unidos y sus ideales de democracia y de modernización capitalista. Por otra parte, porque en las reacciones antiimperialistas se pudieron observar transversalidad ideológica y amplias alianzas pluriclasistas contra un mismo objetivo: el imperialismo. Las aspiraciones por la consolidación de la soberanía nacional entraban en tensión con las nociones predominantes de la democracia liberal y republicana inspirada en el sistema político y los valores de Estados Unidos. Como bien señala Lucía Sala de Touron, durante la Guerra Fría, la democracia adquirió un carácter definidamente ideológico: "Adjetivada como 'occidental y cristiana' y como patrimonio del 'mundo libre', su nota predominante fue la definición anticomunista" (Sala de Touron, 2007, p. 210). La democracia liberal, junto a un modelo de modernización capitalista fueron pregonadas para imponer gobiernos autoritarios cuando no dictatoriales. Y las respuestas no se dejaron esperar.

El ideario antiimperialista jugó un papel importante para aglutinar redes nacional-populares y de izquierda en la región, como demuestra la segunda parte del libro. Se inicia con un texto de Carlos Figueroa Ibarra que vincula el periodo de entreguerras con la posguerra, abordando el impacto político e ideológico del triunfo de los bolcheviques y la Revolución Rusa de 1917 en América Latina. El autor analiza los debates desarrollados en la izquierda latinoamericana, en lo que se refiere al camino del poder (vía de la revolución) como en la forma en que se imaginó la transición al socialismo (el carácter de la revolución). Como demuestra a lo largo de su capítulo, la cuestión de la vía y del carácter de la revolución fue imaginada en América Latina desde la perspectiva inevitable del antiimperialismo, puesto que la injerencia estadounidense como factor de poder se constituyó en un elemento visceral que la nueva sociedad debía de erradicar. A ello contribuyó la obra de Lenin, *Imperialismo fase superior del capitalismo,* su difusión merced a la emergencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [URSS] y la fundación de la III Internacional Comunista, y su recepción en América Latina mediante la fundación de los partidos comunistas en el continente. El marxismo-leninismo, a juicio de Figueroa Ibarra, fue un pensamiento articulado que encajaba perfectamente en las necesidades teóricas de la praxis revolucionaria en el tercer mundo y en particular en América Latina durante la Guerra Fría, pues daba una respuesta a la situación de subyugación imperialista.

Acontecimientos como el golpe de Estado de 1954 al proceso revolucionario antioligárquico y antiimperialista de Guatemala iniciado en 1944 y profundizado con el gobierno de Jacobo Árbenz –golpe asistido por la intervención encubierta de Estados Unidos– produjeron una reacción antiimperialista en un sinfín de intelectuales, políticos, así como expresiones culturales y organizaciones sociales de la región. El capítulo de Roberto García Ferreira sobre la misión en Centroamérica del embajador de Chile Federico Klein Reidel, miembro fundador del Partido Socialista chileno en 1933, da cuenta de estos impactos. Seducido por la marcha del gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala, Klein eligió residir en Guatemala, ejerciendo desde allí la representación de su país actuando como concurrente en Honduras, El Salvador y Nicaragua. El trabajo de García Ferreira, sustentado fundamentalmente en la documentación que el propio Klein envió a la cancillería chilena, argumenta que su permanencia entre 1953 y 1955 en Guatemala marcó un hito importante en su formación política, porque como él mismo suscribió, fue testigo en ese país de cómo actuaba el imperialismo estadounidense.

Pocos años después, la Revolución cubana y su viraje socialista en 1961 y las acciones sistemáticas del país del norte contra ella, que incluyeron desde operaciones encubiertas hasta invasiones y bloqueos, se transformó en una fuerza moral que contribuyó a reavivar radicalmente esa misma idea. Hacia 1970, como ha demostrado Tanya Harmer, el triunfo de Salvador Allende significó para el imaginario de la Casa Blanca que el continente pasaría a estar dominado por un "sándwich rojo". El Cono Sur de América Latina "súbitamente se había vuelto *muy* importante" (Harmer, 2014, p. 194). Las políticas de Estados Unidos hacia Chile, que culminaron en el golpe de Estado de 1973, volvieron a despertar el resquemor antiamericano en diferentes sectores de la sociedad latinoamericana, el cual tuvo otra curva de ascenso tras el triunfo de la revolución sandinista en 1979, la relativa complacencia de los sectores que acompañaban a James Carter y el arrecio del conservadurismo estadounidense que condujo a Ronald Reagan a la Casa Blanca y a una sangrienta contrarrevolución, proceso que cerró la Guerra Fría en el subcontinente.

La gravitación de la Unión Soviética en estos procesos reformistas o revolucionarios, según la profundidad del cambio y su transformación, fue dispar y, en la mayoría de ellos, mínima. La injerencia soviética se galvanizaba más bien en las posibles colaboraciones cubanas. Sin embargo, la acción estadounidense en los procesos contrarrevolucionarios fue clara, certera y demostrable, especialmente porque cada uno de esos embates en América Latina fue acompañado por una fenomenal guerra psicológica. Esas acciones psicológicas de

publicidad y propaganda tuvieron por objetivo vincular la Revolución guatemalteca, la Revolución cubana, el gobierno de la Unidad Popular y la Revolución nicaragüense, entre otros procesos, con el temido comunismo y, bajo la metáfora de la Guerra Fría, intervenir en los asuntos internos y en las acciones soberanas. Al respecto, señala Max Paul Friedman:

> Mientras los políticos de Washington y la opinión pública estadounidense observaban los acontecimientos en Latinoamérica a través del prisma de la Guerra Fría, en el que la preocupación más acuciante era el anticomunismo, muchos latinoamericanos partían de un punto de vista muy distinto. Para ellos, la superpotencia que amenazaba con transformar sus sociedades, dominar sus economías y minar su independencia política no era la remota Unión Soviética, con su minúscula presencia en la región, sino el poderosísimo –e históricamente propenso a la injerencia– Estados Unidos (Friedman, 2015, p. 196).

En otros términos, la parábola del enfrentamiento entre dos mundos en América Latina, el capitalismo y el comunismo, sirvió para legitimar una forma del imperialismo estadounidense. Varios capítulos en este libro destacan en las respuestas sociales a las políticas agresivas de Estados Unidos su carácter transnacional, un aspecto interesante y distintivo del imaginario y narrativas antiimperialistas en contraste con mitos nacionales o locales, como los estudiados por Eric Hobsbawm y Terence Ranger en *La invención de la tradición* (2002). Temas y denuncias en clave antiimperialista interpelan hasta el día de hoy individuos, organizaciones y movimientos locales y producen sentimientos de pertenencia que atraviesan fronteras y tienen el potencial de producir –parafraseando a Benedict Anderson (1993)– comunidades imaginadas "transnacionales".

Tanto el capítulo de Alejandra G. Galicia y Mariana Bayle sobre las continuidades del imaginario antiimperialista en las redes de solidaridad de México con Nicaragua, entre 1920 y 1970, como el de Eudald Cortina Orero sobre la experiencia internacionalista del grupo político-militar Montoneros en una Centroamérica convulsionada por los procesos revolucionarios en Nicaragua y El Salvador, ejemplifican las potencialidades de articulación del imaginario antiimperialista para ligar experiencias locales de resistencia e impulsar procesos de identificación y solidaridad, pero también para legitimar gobiernos autoritarios, como el mexicano, en nombre de alianzas internacionales, nacionalistas y tercermundistas. Alejandra Galicia y Mariana Bayle comparan críticamente las relaciones de solidaridad de México hacia Nicaragua en dos momentos clave: la lucha de Augusto César Sandino en contra de la ocupación estadounidense de Nicaragua durante la

segunda mitad de la década de 1920, y el apoyo al Frente Sandinista de Liberación Nacional [FSLN] para denunciar la política represiva de la dictadura de Anastasio Somoza Debayle en la década de 1970. Un término, utilizado por las autoras para caracterizar el uso instrumental del ideario antiimperialista por el Estado mexicano, es la noción de ambivalencia estratégica. Esta actitud –expresada en el apoyo del gobierno mexicano a los intelectuales que conformaban el Comité de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua, sin hacer referencia a las connotaciones anticapitalistas y socialistas del movimiento revolucionario nicaragüense– permitía a los gobiernos posrevolucionarios presentarse como país opuesto a la injerencia estadounidense en América Latina consolidar una posición como representante del tercermundismo en el ámbito internacional y aislar a la izquierda radical mexicana.

El capítulo de Eudald Cortina Orero permite recuperar la relevancia del ideario antiimperialista para la formación de redes militantes transnacionales durante la Guerra Fría, en este caso a partir de las experiencias de militantes de la organización guerrillera argentina Montoneros, exiliados en Nicaragua. La reconstrucción de las prácticas internacionalistas de Montoneros revela, por una parte, la importancia de discursos y símbolos antiimperialistas para generar sentimientos de pertenencia con movimientos de protesta en otros países y continentes y, por otra, la necesidad de una "solidaridad activa" entre movimientos revolucionarios más allá de América Latina. Por último, el capítulo ofrece un puente para comprender la emergencia de nuevas narrativas políticas y su articulación con la simbología histórica del antiimperialismo histórico. En este caso, la experiencia de la revolución nicaragüense y salvadoreña permitió a los militantes exiliados resignificar la noción de democracia, a partir de construir el antagonismo entre dictadura, como instrumento del imperialismo, y democracia, como voluntad popular.

Como se ha señalado al inicio de la "Introducción", sería un error asociar el antiimperialismo exclusivamente con actores revolucionarios, de izquierda y progresistas. La última parte del libro demuestra que el periodo de la Guerra Fría es especialmente interesante para analizar la vinculación de este imaginario con cuerpos doctrinarios nacionalistas y de derecha. Posiblemente un punto de contacto que permitía la circulación de ideas críticas a Estados Unidos entre corrientes nacionalistas de izquierda y derecha lo podemos encontrar en el rechazo al liberalismo como opción de orden social para América Latina. Esta vertiente es explorada en el texto de Kristina Pirker sobre la Dirección Federal de Seguridad, principal organismo de inteligencia del Estado mexicano durante la Guerra Fría, y su seguimiento al Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño [CMSPS].

El capítulo complementa las reflexiones críticas de Galicia y Bayle sobre el uso instrumental de la retórica y simbología antiimperialista por los gobiernos mexicanos para defender márgenes de maniobra ante el vecino del Norte y apropiarse de los discursos políticos de la izquierda radical mexicana, durante el último ciclo de la Guerra Fría en la región. En la solidaridad mexicana con El Salvador convergían intelectuales, personas y colectivos provenientes de diferentes partidos y colectivos de la izquierda sindical, estudiantil y partidista, algunos más tolerados por el gobierno mexicano que otros, comunidades eclesiales de base e incluso militantes del partido oficial. A partir de las observaciones reportadas y sistematizadas por los agentes anónimos del aparato de seguridad del Estado mexicano, el capítulo analiza los cruces e imbricaciones en los discursos antiimperialistas gubernamentales y antigubernamentales, oficialistas y radicales para señalar de qué manera la hegemonía del nacionalismo revolucionario mexicano se apoyaba en el uso de una simbología antiimperialista profundamente arraigada en la memoria social mexicana.

Pero también hay que señalar que desde la perspectiva de las extremas derechas latinoamericanas –tanto civiles como militares– la noción de imperialismo hacía referencia al intervencionismo estadounidense, y no solo a la injerencia (muchas veces imaginada) de la Unión Soviética y la presencia concreta de Cuba, el discurso común de los anticomunistas durante la Guerra Fría. El capítulo de Julieta Rostica explora los usos retóricos del antiimperialismo en una organización transnacional de extrema derecha latinoamericana, la Confederación Anticomunista Latinoamericana [CAL], para demostrar que el antiimperialismo se hace presente o es "activable" en más de una ideología particular. Los escritos de la Confederación Anticomunista revelan tres elementos centrales del imaginario antiimperialista en América Latina: la reivindicación de Nuestra América, la defensa del principio de no intervención y el llamado antiamericanismo, lo cual sería expresión de la particular forma en que se vivió la Guerra Fría en América Latina. Según Rostica, el imaginario antiimperialista fue usado por la derecha latinoamericana porque permitía en una coyuntura particular aglutinar en una lealtad latinoamericana transnacional a las diferentes organizaciones nacionales anticomunistas: James Carter había aprobado la Revolución Sandinista; había cancelado la ayuda militar a los países vecinos de Nicaragua que violaban los derechos humanos y que tenían a sus propias guerrillas visibilizadas como amenaza comunista; y, por último, comenzaba la campaña electoral por la presidencia del republicano Ronald Reagan.

Asimismo, el capítulo de Aníbal García Fernández demuestra para el caso argentino que el antiimperialismo no puede ser considerado

patrimonio exclusivo de la izquierda. El análisis de la obra de Osiris Villegas, militar argentino que publicó *Guerra revolucionaria comunista* en 1962, devela que esta contiene elementos que podrían considerarse antiimperialistas, con una fuerte carga nacionalista y antinjerencista. Esta obra, como señala el autor del capítulo, ofrece una revisión y perfeccionamiento de las tesis principales sobre las nuevas amenazas desde la perspectiva militar, como la guerra revolucionaria comunista y el "imperialismo ideológico". También permite acercarse al discurso ideológico militar en torno a la defensa de la nación y la estrategia de seguridad nacional para frenar el expansionismo comunista.

El aporte de este libro reside, por tanto, en la apertura de nuevas y distintivas líneas de investigación sobre símbolos, imágenes, discursos y prácticas antiimperialistas, que permiten a los agentes sociales recurrir a este universo simbólico compartido para organizar situaciones y experiencias dentro de una trama y narrativa que contribuye a su inteligibilidad. Los diversos ejemplos reflejan la productividad política del imaginario antiimperialista para legitimar políticas estatales, así como acciones de resistencia de movimientos sociales locales. Permite tomar en cuenta la dimensión simbólica y cultural, las tradiciones y los discursos que han afianzado y legitimado alianzas nacionales y transnacionales entre movimientos sociales, actores políticos y gobiernos, las dinámicas y actores que contribuyen a modificar los mitos, sus cambios en el tiempo para incorporar nuevos significados –adaptándose a nuevos entornos sociopolíticos– pero también para reflejar la relación entre los cambios de posición de los actores sociopolíticos que han utilizado el discurso antiimperialista. Solo de esta manera podemos explicar la capacidad de permanencia de ciertos códigos simbólicos, discursos y claves de lectura en los universos de sentido de la acción política latinoamericana al mismo tiempo de concebirlos como significados en disputa con su propia historicidad.

Finalmente, resta señalar que este libro va en concomitancia con las últimas investigaciones sobre la Guerra Fría, las cuales buscan pensarla desde el enfoque de la historia global reposicionando al llamado Tercer Mundo en la forma de reconstruirla. Es decir, buscando correrse de la impronta o el relato que desde las grandes potencias se hicieron de esta. En este sentido, recuperamos una muy sugerente pregunta disparada por Greg Grandin: ¿Cómo pudo convertirse la Guerra Fría latinoamericana en una lucha internacional que giró principalmente, ya no alrededor del eje Este-Oeste, sino alrededor de uno Norte-Sur? (Grandin, 2007, p. 297) Nos permitimos mostrar cómo las interrogantes de Richard Saull sobre las concepciones tradicionales sobre la Guerra Fría tienen sentido. Él ha esgrimido en más de una oportunidad que hay un cierto consenso entre los especialistas

de la Guerra Fría que es necesario llamar a debate: ¿Hasta qué punto las regiones del "sur" se han visto eclipsadas por la importancia determinante del conflicto bilateral entre Estados Unidos y la Unión Soviética? ¿Hasta qué punto el "sur" se encontraba del lado receptor de las decisiones y se veía afectado por los cambios que se decidían fuera del "sur"? (Saull, 2004) El estudio del antiimperialismo nos permite tensionar las reflexiones dicotómicas sobre el conflicto Este-Oeste en la Guerra Fría latinoamericana.

BIBLIOGRAFÍA

Aguayo, S. (2001). *La charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México.* México: Ed. Grijalbo.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo.* México: Fondo de Cultura Económica.

Bliesemann de Guevara, B. (2016). Myth in International Politics: Ideological Delusion and Necessary Fiction. En B. Bliesemann de Guevara, *Myth and Narrative in International Politics. Interpretative Approaches to the Study of IR* (p. 15-46). Londres: Palgrave Macmillan.

Cortina Orero, E. (2017). *La guerra por otros medios. Comunicación insurgente y proceso revolucionario en El Salvador (1970-1992).* San Salvador: UCA Editores.

Crandall, R. (2016). *The Salvadoran Option. The United States in El Salvador, 1977-1992.* New York: Cambridge University Press.

Darnton, R. (1984). Un inspector de policía organiza su archivo: La anatomía de la república de las letras. En R. Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (pp. 148-191). México: Fondo de Cultura Económica.

Eliasoph, N. y Lo, J. (2012). Broadening Cultural Sociological Scope: Meaning-making in mundane organizational life. En J. Alexander, R. N. Jacobs, y P. Smith, *The Oxford Handbook of Cultural Sociology* (pp. 764-787). Oxford: Oxford University Press.

Fábregas Puig, A. (2006). El Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño. Una experiencia latinoamericanista. En V. Oikión Solano y M. E. García Ugarte, *Movimientos armados en México, Siglo XX. Volumen II* (pp. 643-652). Zamora / Michoacán: El Colegio de Michoacán / CIESAS.

Guajardo Soto, G. (2007). Remozando el nacionalismo y antiimperialismo latinoamericano. *Revista Enfoques: Ciencia Política y Administración Pública* (7), 229-252.

Hansen, J.; Helm, C. y Reichherzer, F. (2015). *Making Sense of the Americas. How Protest related to America in the 1980s and beyond.* Frankfurt am Main: Campus.

Hatzky, C. (2015). Views from the South. Latin American Roots of Anti-Imperialism and Anti-Americanism. En J. Hansen, C. Helm, y F. Reichherzer, *Making Sense of the Americas. How Protest Related to America in the 1980s and Beyond* (pp. 31-52). Frankfurt am Main: Campus.

Hatzky, C. (2015). Views from the South. Latin American Roots of Anti-Imperialism and Anti-Americanism. En J. Hansen, C. Helm, y F. Reichherzer, *Making Sense of the Americas. How Protest Related to America in the 1980s and Beyond* (pp. 31-52). Frankfurt / Nueva York: Campus Verlag.

Hobsbawm, E. y Ranger, T. (2002). *La invención de la tradición.* Barcelona: Ed. Crítica.

Kozel, A.; Grossi, F. y Moroni, D. (2015). Introducción. En A. Kozel, F. Grossi y D. Moroni, *El imaginario antiimperialista en América Latina* (pp. 7-21). Buenos Aires: CLACSO.

López y Rivas, G. (15 de agosto de 2014). Recuerdos de la solidaridad internacionalista. *La Jornada*. Obtenido de https://www.jornada.com.mx/2014/08/15/opinion/020a1pol

Meyer, L. (2006). Estados Unidos y la evolución del nacionalismo defensivo mexicano. *Foro Internacional, XLVI*(185), 421-464.

Núñez Rodriguez, O. y Pirker, K. (2016). La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano. Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México. En M. Vázquez Olivera y F. Campos Hernández, *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época* (pp. 285-308).

Ortiz Rosas, R. (2016). *La guerrilla desde los sótanos del poder. Imágenes y memoria de la contrainsurgencia urbana en México (1976-1985).* [Tesis de Maestría], Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Ciudad de México.

Ovalle, C. (septiembre de 2016). Arcana Imperii y democracia. Una batalla por la memoria. *Casa del tiempo, III*(32), 9-16. Obtenido de http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/32_sep_2016/casa_del_tiempo_eV_num_32_09_16.pdf

Pellicer, O. (1982). Política hacia Centroamérica e interés nacional en México. En VV. AA., *Centroamérica: Crisis y política internacional* (pp. 227-252). México: Siglo XXI Editores.

Perla, H. (2008). ¡Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá! Central American Agency in the Creation of the U.S.-Central American Peace and Solidarity Movement. *Latin American Research Review, 43*(2), 136-158.

Pita González, A. y Marichal, C. (2012). Introducción: Pensar el Antiimperialismo. En A. Pita Gonzalez y C. Marichal Salinas, *Pensar el Antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (pp. 9-40). México: Colegio de México / Universidad de Colima.

Said, E. (1996). *Cultura e Imperialismo.* Barcelona: Anagrama.

Sánchez Barría, F. (2014). En la lucha contra el imperialismo, México y Chile de pie. Salvador Allende en la política tercermundista de Luis Echeverría en la Guerra Fría interamericana. *Foro Internacional, 54*(218), 954-991.

Da Silva Catela, L. (2002). El mundo de los archivos. En L. da Silva Catela y E. Jelin, *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad* (pp. 196-221). Buenos Aires: Siglo XXI.

Sepp, K. (2002). *The Evolution of United States Military Strategy in Central America, 1979-1991.* Tesis de doctorado. Harvard University.

ANTECEDENTES

LOS FUNDAMENTOS DEL ANTIIMPERIALISMO EN EL PROYECTO POLÍTICO FEDERAL CENTROAMERICANO 1900-1930

Teresa García Giráldez

INTRODUCCIÓN: BREVE CONTEXTO HISTÓRICO

A lo largo de los siglos XIX y XX han sido numerosos los esfuerzos de Centroamérica para desprenderse de las amenazas de los países vecinos y conformar una entidad supranacional, su propia "Patria grande", republicana y federal, con que afrontar dichos desafíos. Estos esfuerzos se compartieron, en algunos momentos, con las fuerzas de otros países latinoamericanos, pero en otros se desprendieron de ellas para atender a los intereses y políticas particulares de esta región.

En el capítulo se exponen algunas corrientes del pensamiento antiimperialista de las primeras dos décadas del siglo XX en Centroamérica, centrando la atención en el contenido singular de aquellas que alimentaron el proyecto que, en 1920, ratificó la República Federal de Centroamérica.

Las corrientes presentes en el continente latinoamericano en ese momento eran la corriente arielista representada en el continente por el uruguayo José Enrique Rodó, el mexicano José Vasconcelos, el argentino José Ingenieros y el peruano Manuel González Prada. La corriente aprista, cuyo líder era Víctor Raúl Haya de la Torre, canalizó, a través de la Alianza Popular Revolucionaria [APRA, 1928], las disidencias socialistas[1] con los dictados comunistas y los partidos tra-

1 De la generación del Ariel, "Ugarte comienza a diseñar la totalidad de la historia de América Latina. También en 1911 el venezolano Rufino Blanco Fombona

dicionales y sus propuestas de apertura a otras alianzas estratégicas, interclasistas e intersectoriales para afrontar al imperialismo norteamericano. La corriente socialista del peruano José Carlos Mariátegui y el argentino Manuel Ugarte –de quien Devés Valdés (2000) subraya: "En él [Ugarte] se fundieron el arielismo y el latinismo con el socialismo y el antiimperialismo" (p. 39)– inspirada en las luchas de los cubanos José Martí y Julio Antonio Mella, César Sandino y Farabundo Martí dio lugar a múltiples hibridaciones.

El objetivo del capítulo es mostrar el debate conceptual sobre antiimperialismo en las redes intelectuales unionistas centroamericanas. En este contexto histórico se estudian, por un lado, las ideas antagónicas al antiimperialismo: imperialismo y panamericanismo; y, por el otro, el antiimperialismo, considerado el término fuerte de la dicotomía en el periodo estudiado, 1900-1930, y sus complementarios: arielismo, unionismo y aprismo. El alcance del capítulo se limita a estos tres movimientos políticos y sociales, por ser el contexto histórico y local el de inicio del comunismo y del debate de los partidos comunistas con la orientación de la Tercera Internacional, discusión que requeriría un tratamiento específico.

La difusión de la pluralidad de ideas del antiimperialismo supuso, en América Latina, el punto de partida de una reacción defensiva de la soberanía nacional y regional ante los ataques imperialistas a su territorio. Fue uno de los elementos fundamentales que concitó más consensos que divergencias. Las ideas antiimperialistas se circunscribirían en Centroamérica a los partidarios de la Patria Grande centroamericana y a los de la "Nuestra América" panhispanista, pero se limitaban al proceso y las prioridades en la construcción e integración de las distintas repúblicas en esa nacionalidad común.

La invasión y ocupación imperialista de Nicaragua había desplazado el debate sobre la patria grande hacia la defensa solidaria de la patria chica –Nicaragua–, al apoyo a la lucha de Sandino y su ejército, a las actuaciones del salvadoreño Farabundo Martí y a las del hondureño Froylán Turcios. Intelectuales unionistas antiimperialistas, como Máximo Soto Hall, Salvador Mendieta, Alberto Masferrer, Santiago Argüello, Sofonías Salvatierra, Froylán Turcios y Vicente Sáenz Rojas, entre otros, coincidían con Rodó, Vasconcelos, Haya de la Torre, Mariátegui, Ugarte y otros hombres de acción en señalar la importancia

---

lanzaba su síntesis *La evolución política y social de Hispanoamérica*. […] Rodó publicará (1911) su *Bolívar*, que luego integrará *El mirador de Próspero*. […] Francisco García Calderón, cuya primera obra había tenido el espaldarazo de un prólogo de Rodó […] va a poner una visión más elaborada en *Las democracias latinas de América* (1912) y *La creación de un continente* (1913), una primera gran mirada totalizadora de la historia latinoamericana" (Ferré, 2000).

de reaccionar contra el imperialismo y las consecuencias para el continente iberoamericano de sus injerencias militares.

Estos intelectuales centroamericanos también se manifestaron contrarios a la penetración económica estadounidense, intensificada durante el gobierno de Estrada Cabrera (1898-1920). Si bien dicha penetración había beneficiado el desarrollo cafetalero, hipotecaba el país y consolidaba la presencia de las compañías agro-exportadoras norteamericanas –International Railways Central America [IRCA] y United Fruit Company [UFCO]– cuyos grandes monopolios empresariales controlaron la producción bananera y el sistema ferroviario e introdujeron, además, el ideario político y socio-cultural panamericanista, generando con ello conflictos entre las repúblicas centroamericanas.

La presencia del imperialismo en la vida cotidiana potenció la tendencia a despreciar lo propio para imitar lo ajeno. Contra estos impulsos se trató, desde distintas orientaciones ideológicas y políticas, invertir la tendencia para buscar la identidad propia como una unidad continental, fundamentada en vínculos de tradición, raza, lengua e instituciones comunes entre los iberoamericanos. Se potenció entonces la idea de América como sentimiento de pertenencia a una patria excelsa cuyo territorio se extendía desde el Golfo de México hasta los hielos perpetuos del Sur, superior a cualquier otra patria nacional e internacional, decían Rodó y Martí (Rodó, 1925).

En este contexto fue madurando en Centroamérica, entre 1899-1919, un movimiento político –el unionismo– de carácter intelectual, que fue capaz de cohesionar distintos intereses en torno a la República Federal Centroamericana, y convertirlos en un proyecto factible a medio plazo, bajo la guía de un Partido –el Partido Unionista de Centro América [PUCA], (Guatemala, 1919)– que reunió a la mayor parte de las pequeñas repúblicas centroamericanas. Lo promovió un grupo de estudiantes del Instituto Nacional de Varones de la capital, agrupados en la asociación "El Derecho", rescatando experiencias pasadas de la Patria Grande centroamericana. En sus estatutos, junto a sus aspiraciones, se eliminaban los errores pasados: el haber actuado por miedo a guerras intestinas o a invasiones exteriores –México o Estados Unidos– en el caso de la primera República Federal (1824-1838); o el haberlo impuesto por decreto –Decreto de Unión de 1885 como había procedido Justo Rufino Barrios– sin haber escuchado antes al pueblo centroamericano.

El Partido Unionista de Centro América puso de acuerdo a distintas fuerzas políticas –liberales, socialistas, anarquistas y marxistas– para potenciar un hermanamiento que se plasmó en el Pacto de la Unión de Centroamérica (San José, 1921) (García Giráldez, 2004; Fumero, 2015). Fue el inicio del proyecto político, aprobado ese mismo año por

el Consejo Federal de Tegucigalpa: la Constitución de la República Federal de Centroamérica. Bajo la presidencia de Lázaro Chacón (1926-1930), durante un periodo breve, pero fructífero en términos políticos y sociales,[2] fue posible la realización de la Patria Grande centroamericana en los términos de Valle, Morazán, Jerez, Montúfar y Barrios.

La declaración de principios constitutiva del Partido Unionista de Centroamérica y su programa de mínimos, el "Acta de los Tres Dobleces" (1919), aprobado por la Junta Directiva, se resumen de la siguiente manera:

1. Resurgir la antigua nación centroamericana por medios pacíficos y legales.
2. Acercar a los cinco países jurídica, monetaria y comercialmente, así como desarrollar infraestructuras que permitieran una mejor comunicación entre ellos.
3. Consolidar la forma republicana democrática mediante el libre ejercicio de derechos y deberes, tanto por parte de la autoridad como por parte de los ciudadanos.

Sintetizaba la doctrina de gobierno, la psicología, las necesidades y el destino del pueblo centroamericano, así como unas líneas de acción colegiadas: "son profundamente revolucionarias, pero enmarcadas dentro de un intenso civismo que busca la paz emanada de la justicia y asentada en el natural equilibrio de todos los intereses sociales" (Mendieta, 1928, p. 70). Este programa se publicó en el primer número de *El Unionista* (1919), principal órgano de divulgación de la acción política y cívica del Partido Unionista de Centroamérica y de la difusión de noticias sobre las decisiones que se tomaban y las adhesiones que iban llegando. Bajo forma de clubes y ligas gremiales, que reforzaban al Partido en las cabeceras departamentales y poblaciones importantes, favorecían los contactos con sus homólogos de las restantes repúblicas y coordinaban así unos esfuerzos conjuntos.

---

2 Lázaro Chacón y su gobierno mejoraron el sistema educativo guatemalteco con sus disposiciones legislativas: unificación de las leyes de educación pública; emisión de una Ley Orgánica y Reglamentaria del Personal Docente de la República de Guatemala para regulación del magisterio; creación de la Escuela Normal de Maestras para párvulos, así como del Instituto Técnico Industrial con el objeto de proporcionar cualificación a los obreros. Reapertura de la Universidad Nacional (clausurada por Orellana). Por otro lado, bajo su mandato, se creó la Dirección general de cultura indígena para abordar la alfabetización y el establecimiento de requisitos de matriculación en la Escuela Normal Superior, y poder así obtener la titulación correspondiente (Fuentes Oliva, 2007).

La sede del Partido Unionista se fijó en Guatemala, con delegaciones en toda la región. Creció en los espacios de sociabilidad antiimperialistas del *Grupo Vida*, en la Universidad Central de Guatemala y en las ligas unionistas, donde la presencia de obreros era también importante. Se transformó de un movimiento social y político en un Partido con un programa de propuestas de reforma, regeneración social y una política unionista plural. El unionismo proponía un nuevo modelo de comunidad política. En su interior se manifestaban diversas tendencias: antiimperialista, antidictatorial, antioligárquica, etc. Se alineó a la tendencia pedagógica regeneradora presente –en esos momentos– también en el espacio europeo occidental, siendo esta, para algunos de sus defensores, la estrategia de intervención principal. Para otros unionistas, en cambio, aunque importante, lo inmediato era derrocar al tirano y, para la mayoría, luchar contra la prepotencia del Norte. Su acción se dirigía tanto contra el imperialismo como contra el autoritarismo o contra las dictaduras locales. Se trataba, por lo tanto, de un proyecto político consensuado que, a breve plazo, ampliaba los espacios de la nación a ciudadanos antes excluidos.

El unionismo representó en Centroamérica aquella "tercera vía" que desplazó de la arena política y social a otros modelos que pugnaban por la hegemonía –el positivista y el marxista– durante el periodo, breve pero fecundo –de "experimento unionista liberal" lo califica Kit (1993, p. 31)– que transcurrió entre las dos largas dictaduras liberales del siglo XX: la derrocada de Estrada Cabrera (1898-1920) y la erigida de Jorge Ubico (1931-1944).[3]

Se constituyó y funcionó como un gobierno federal. Federal y unionista no son términos sinónimos, pero son complementarios cuando –decía Mendieta – los objetivos que persiguen son facilitar el consenso y los pactos entre intereses diversos: en concreto, al Pacto de Unión de Costa Rica (enero de 1921) se llegó por haber respetado la autonomía de las costumbres de los individuos y las naciones, la independencia de los personalismos y con una representatividad y una participación mayor de los ciudadanos. Estos elementos los cumplía un gobierno federal más que cualquier otro, opinaban los unionistas.

---

3 Su fundador, Salvador Mendieta, indica las etapas de transformación del movimiento en partido político y describe los aspectos que lo caracterizan: entre 1899-1904 es la etapa de difusión doctrinal por el istmo. Entre 1904-1908 la de organización de fuerzas en un ambiente hostil. Entre 1908-1921 es la etapa de sistematización de trabajo y cooperación en intentos más o menos plausibles. Entre 1921-1927 la de revisión de métodos, estudio de los medios y observación atenta de las nuevas condiciones, tras el alzamiento militar. A partir de 1927 se abre la etapa de preparación para un nuevo desarrollo (1934a, p. 353).

El ideario político federal alentaba la unidad de esa pluralidad de facciones e intereses presentes en la sociedad centroamericana, cuyo fundamento reposaba en la libertad de conciencia, el anticaciquismo, el apoyo mutuo y el antimilitarismo. Rechazaba rotundamente la pretendida dominación del panamericanismo "oficial", porque no era, en realidad, una propuesta solidaria, sino que estaba más interesada en mantener el "caciquismo criollo-oligárquico, nepotista, codicioso y amoral" de los conservadores y el "feudalismo banquerista" norteamericano, apuntaba Mendieta (1934a, p. 372). El apoyo de las élites nacionales y la propuesta norteamericana representaban para los unionistas, obstáculos internos y un freno para el proceso de autonomía regional, por su inclinación a mantener los intereses locales por encima del interés general: la unión federal centroamericana y, en su proceso de realización, la defensa de la soberanía nacional que obstaculizaba el imperialismo.

EL LENGUAJE DEL ANTIIMPERIALISMO

La circulación de las ideas en el espacio latinoamericano modificó el significado o contribuyó a dotar de un sentido propio a algunos de los conceptos que habían sido acuñados –se suponía– por intelectuales europeos y que sus homólogos adaptaron creativamente a sus realidades. Las redes intelectuales internacionales jugaron un papel interesante en la reelaboración y transformación de estos significados y en su difusión. En Europa no siempre supieron valorar estas transformaciones semánticas como se debía. Por el contrario, minimizaron su contenido y su alcance. Las redes latinoamericanas generaron nuevas solidaridades y los conceptos adaptados a sus realidades, los expresaron en los espacios públicos donde informaban, preparaban y debatían un internacionalismo, que no siempre era antiimperialista. Los canales de difusión del debate y sus modalidades fueron diversos: periódicos y revistas, libros, ensayos –unionistas y antiimperialistas– del periodo 1900-1930. Todos ellos les dotaron de un carácter pedagógico.

En este capítulo no se establecen más jerarquías en los conceptos que las que se extraen de los textos, contextos específicos y en los términos que figuran en los programas políticos, revistas o libros de los que fueron autores los miembros de las redes intelectuales que los difundieron, que contribuyeron a reforzar su significado, en el contexto histórico y territorial de Centroamérica. En el enfoque conceptual, que es el que en este capítulo se utiliza, se tienen presente los distintos usos de los términos, que expresan las realidades, las relaciones de poder o los consensos que generan, así como la finalidad de su uso. Se opta por definir los términos antagónicos y sus sinónimos, para contraponer sus significados y reflejar indirectamente las

particularidades de las dos o tres realidades donde se generaron: la latinoamericana, la norteamericana y la europea, apenas referencial. Se definen con mayor amplitud, en positivo, los usos del concepto que responden al objetivo del presente capítulo –el antiimperialismo– en los contextos regionales centroamericano y latinoamericano. La apropiación de esta "jerarquía" conceptual, sea individual o grupal, plasma unas relaciones de poder antagónicas o contradictorias, pero en todo caso desiguales. Por último, es un término que suscita emociones sin que ello implique necesariamente la definición de realidades, sino para fortalecer el término elegido como positivo, incluso cuando se usa de forma vaga y ambigua. Esta explicación sobre nuestro enfoque alude, ni más ni menos, a los tres usos del lenguaje de Bobbio (1984, 1994): descriptivo, valorativo y emocional respectivamente. Son usos del lenguaje apropiados para analizar tanto los conceptos contrarios al antiimperialismo –el imperialismo y el panamericanismo– como los que son complementarios: arielismo, unionismo y aprismo. No se tratará el antiimperialismo comunista porque es incipiente en Centroamérica en el periodo analizado.

EL ANTIIMPERIALISMO Y SUS CONTRARIOS

Además del de su uso, el término antiimperialismo es susceptible de un análisis multidimensional: como una categoría conceptual, como un movimiento político y como un programa de acción contra las manifestaciones más aguerridas del imperialismo norteamericano en América Latina, en los siglos XIX y XX, que algunos líderes europeos habían formulado claramente ya en los albores de la revolución americana (1776). Es también un modo de concebir y entender las relaciones internacionales como relaciones de igualdad entre estados soberanos, frente a aquellas potencias que pretenden transformarlas en relaciones de subalternidad, entre un poder central hegemónico y unas instancias subalternas periféricas.

Cuando se tiene presente el contexto en el que se desarrollaron los debates, el énfasis puede ponerse en unos elementos u otros –geoestratégicos, socioculturales, lingüísticos o étnicos– acuñando así pares terminológicos como: panhispanista / panamericanista; latino / iberoamericano; indoamericano-amerindio / angloamericano-blanco. Las dicotomías citadas dejan claro el contenido sociolingüístico y etnocultural, pero sobre todo refuerzan su contenido reivindicativo y movilizador de lo propio.

Los elementos etnoculturales de "Nuestra América mestiza" martiniana o de la raza cósmica de Vasconcelos, resaltan la fusión en el mestizaje, la transformación de los pueblos por el contacto en un mismo espacio de varias razas. Las teorías regeneracionistas (espiritualistas

o positivistas) o las redentoras en los autores más conservadores, refuerzan el contenido del debate.

IMPERIALISMO

No siempre el concepto de imperialismo[4] tuvo una connotación negativa –en particular cuando se refería a asuntos relacionados con el imperio británico–, hasta que empezó a utilizarse en todos los continentes como signo de la opresión y la dominación de Estados Unidos. Desde entonces, se entiende como la tendencia expansionista de este Estado –pero no de su pueblo– con el objetivo de dominar, directa o indirectamente, a cualquier otro Estado o pueblo para doblegarlo a sus intereses.

Centroamérica fue escenario de una nueva oleada imperialista contra la soberanía nacional, la democracia y la autodeterminación de los pueblos, cuyos actos iban a repercutir en otros países de América Latina. Se identificaba con el filibusterismo de William Walker (Aguilar Piedra, 2005) y sus incursiones en México y El Caribe, especialmente con la invasión de Nicaragua, el acoso a Honduras, Guatemala y Costa Rica; pero también con la propuesta más sutil del panamericanismo "oficial".

El socialismo y el anarquismo dotaron de un contenido más amplio y profundo a este modelo de expansión del capitalismo comercial y recolonizador de los países bajo su dominio. Lo vincularon con el mundo angloamericano (y al europeo incipiente) y su afán de dominación militar, económica o cultural. De ahí que los conceptos de imperialismo y panamericanismo obedecieran a matices de un mismo fenómeno, como se desprende del texto de uno de los columnistas de *Studium* y *Ariel*, Jacinto López,[5] quien lo expresó en estos términos:

---

4 El término imperialismo es mucho más tardío que el vocablo del que procede, imperio emperador, pero figura medio siglo antes que su antagónico, antiimperialismo. Fue acuñado en Francia en la década de 1840 para referirse a la política imperial de Napoleón I de restaurar la gloria de la nación y utilizado posteriormente con significados diversos: para designar lo que se consideró el "despotismo" de Napoleón III o para valorar la relación entre Gran Bretaña y sus colonias. Se aplicó históricamente al expansionismo occidental en el período 1850-1950 –la "edad del imperialismo" (1880-1914), como denominaron sus contemporáneos al reparto planificado del mundo entre las grandes potencias capitalistas– así como a las modalidades del proceso y sus implicaciones sociales, económicas, diplomáticas, etc. (Koebner y Dan Schmidt, 1965; Hobson, 2005).

5 Jacinto López es un conocido antiimperialista, articulista de la revista *Ariel* (Tegucigalpa, 30 de octubre de 1926). En este texto, como en otros artículos precedentes de la misma, se contempla la posición antiimperialista del autor, cuando apela a la opinión pública mundial a condenar la política criminal estadounidense en

> Panamericanismo e imperialismo se excluyen y se destruyen. No puede haber comunidad de intereses ni solidaridad de ninguna clase entre una nación considerada como una amenaza y el grupo de naciones que sienten la amenaza. No hay relación posible entre el águila y el cisne. Lo primero es la igualdad. La relación de fuerza y de debilidad no es mortal sino por el egoísmo elemental de la fuerza. La sumisión de este egoísmo a los principios de la justicia, de derecho y de moral, es lo que constituye el progreso y la civilización. Un gobierno que no respeta al débil y viola en él lo que es esencial y sagrado en la existencia de las naciones y en las relaciones de las naciones entre sí, no es un gobierno civilizado (1922, pp. 15-18).

Este significado del imperialismo sintetiza los elementos materiales y simbólicos de un fenómeno que ha perdurado, adquiriendo un énfasis especial durante el periodo denominado de la Guerra Fría en el área de influencia de los países dominados por Estados Unidos. En la nueva manifestación del mismo, denominada "globalización", incorporó a las relaciones de dominación económica, política, social y cultural la dominación tecnológica.

Si bien el panamericanismo apelaba a los proyectos de unión continental de finales del siglo XIX y primer cuarto del siglo XX, uno claramente imperialista agresivo y el otro de carácter culturalista, los unionistas los distinguieron como panamericanismo "oficial" y panamericanismo "auténtico", sin olvidar que uno y otro emanaban de la Secretaría de Estado norteamericano (Mendieta, 1934a, p. 257).[6]

PANAMERICANISMO

Se conoce como panamericanismo la propuesta de unión que Estados Unidos realizó a las naciones independientes de América Latina y su oferta de apoyo "desinteresado" para facilitar la solución de los problemas internos de la región y encaminar al continente del Sur por la senda del civismo, de la unión y del progreso (Marroquín Rojas, 1929; Horsman, 1985). El panamericanismo "oficial" procedía de la doctrina monroísta de 1823, ampliada a la "unión panamericana" entre 1881 y 1889[7] de confederarse todas las repúblicas de América, anglosajonas e

---

Nicaragua, en Panamá y en Centroamérica durante las dos primeras décadas del siglo XX.

6 La unión republicana de Ayos en 1810, Monteagudo en 1825 e incluso José Cecilio del Valle en 1824, según Mendieta. De esta instancia político-diplomática procedió también la propuesta posterior de crear una Sociedad de Naciones, aunque fuera diferente de aquella, añade Mendieta.

7 El secretario de Estado, James Gillespie Blaine, ya en 1881 había propuesto al gobierno norteamericano su idea de una unión aduanera entre las naciones americanas para mejorar las comunicaciones entre América del Norte y del Sur como medio para asegurar ventajas a Estados Unidos sobre sus competidores europeos.

hispanoamericanas, para combatir la influencia de potencias extranjeras, principalmente europeas. Esta propuesta despertó filias y fobias en el continente latinoamericano, forzó a posicionamientos distintos y contrapuestos (en algunos momentos no muy patentes) como se refleja en el análisis de la prensa centroamericana de la época. En este apartado se reflexiona sobre el panamericanismo como complementario del imperialismo.

En América Latina estas "invitaciones" del gobierno y las élites norteamericanas al concierto de intereses generales provocaron diversas reacciones: de aceptación plena y defensa clara de la propuesta, de cauta moderación y de hostilidad manifiesta. Entre los liberales positivistas más anglófilos centroamericanos encontró un apoyo incondicional al sistema norteamericano como la "concepción de democracia más alta", que se erguía contra la presencia latente o manifiesta de otras dominaciones europeas, en particular la rusa. Existía un indiscutible deseo de acercamiento de las repúblicas americanas a la "gran democracia del Norte, penetrada por la fuerza del derecho". Se identificaba a Norteamérica con: "la *summa* del derecho internacional y público del continente y podía considerarse la expresión común de todas las naciones de América", criticaba Orts González (1927, 1932).[8]

No queda tan claro, en cambio, la contraposición al panamericanismo oficial de otros unionistas liberales más cautos, que plantearon de modo instrumental su acercamiento. Así, al liberal unionista Virgilio Rodríguez Beteta (1980, p. 62; Porres, 1921, p. 33-34)[9] le parecía

---

No obstante, las posibilidades de la propuesta de Blaine duraron lo que duró la gestión del presidente James Garfield, asesinado en julio de 1881; el nuevo secretario de Estado, Frederick Frelinghuysen, la desechó. Blaine tampoco contó con el respaldo del Congreso ni de la opinión pública norteamericana debido a la falta de interés comercial y de inversiones en la región, y a la inexistencia de una fuerza militar local con voluntad de ejercer un rol imperial en la región. Recién hacia fines de la década de 1880 se observó en el Congreso y ejecutivo una mayor inclinación a ejercer un rol de liderazgo regional (Tulchin, 1990).

8 Para rebatir el ataque al panamericanismo del intelectual argentino José Ingenieros en la V Conferencia Panamericana (Santiago de Chile, 1923), expuesto en "La farsa panamericana de Santiago" de 1923, (Viñas, 2010, pp. 121-123), Gabriela Mistral escribió a Orts González (Montpellier, 1927) para aclararle algunos malentendidos sobre su posición acerca del "feminismo de derechas", porque reivindicaba las profesiones de cuidado para la mujer y para que corrigiera una errata. Por ambas cosas ha recibido numerosos y violentos ataques. Esta tarjeta, como ella la llama, a la solicitud de rectificación, que desatiende Orts, se halla en la selección de escritos de Pedro Pablo Zegers Blachet (1999).

9 Es decir, como una estrategia económica, monetaria, jurídica y pedagógica, pero no política, para frenar otras injerencias "inferiores" que amenazaban a Centroamérica, como la del México revolucionario, país que ya había intentado en el pasado la anexión y podía volver a planteárselo. Virgilio Rodríguez Beteta fue uno

que la labor mediadora de Estados Unidos (p. 60), como un aliado neutral de Centroamérica, incluso como un amigo, era compatible con la unidad centroamericana, pero siempre y cuando entendiera la excepcionalidad cultural y política centroamericana, distinta y distante de las normas internacionales tradicionales que rigen tanto la política exterior (p. 69) como los asuntos internos de los Estados. Rodríguez Beteta explicaba las particularidades de Centroamérica, por ejemplo, en el modo de afrontar los Estados los conflictos, ahora como antaño,[10] que seguían rigiéndose por el "estatuto de la familia", pero que incluso con ellas y "sin formar una nación, los centroamericanos podrían darse una sola nacionalidad: la centroamericana" (p. 75). Comprensión de la idiosincrasia y respeto a la soberanía de los pueblos eran las condiciones que ponían otros autores para aceptar la mediación de los conflictos debatida en las conferencias panamericanas, ya que "la necesidad de mantener incólumes la autonomía e integridad de los pueblos como de los grandes estados, es santo" (Porres, 1921, pp. 33-34).

Sin embargo y con matices diferentes, el panamericanismo oficial era rechazado por el Partido Unionista porque representaba un freno y una desviación del objetivo principal de la lucha: la unión centroamericana. Mendieta, Orantes, Masferrer, Kératry, Lumen, Gil o López, miembros de la red unionista espiritualista, refutaban el aspecto excluyente del panamericanismo –no la idea, que la consideraban bolivariana (Mendieta, 1934a, p. 222)– por el modo con que se pretendía llevarlo a la práctica; es decir, dejando fuera de Iberoamérica la iniciativa, la dirección y el centro de la organización panamericana. Este hecho ponía en tela de juicio la independencia de las naciones del Sur.

En 1927, Fletes Sáenz[11] publicó en *El Imparcial* (Mérida González, 2003) y en *Nuevo Diario* y sintetizó los elementos más evidentes del nuevo intento neocolonizador:

---

de los fundadores de la revista jurídica *El Derecho* (1920) con Adrián Recinos y también uno de los fundadores de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala (1923) con Batres Jáuregui y Wyld Ospina. Dirigió el *Diario de Centro América,* filounionista, fue embajador de Guatemala en la vecina Honduras, en Chile y Colombia y España. Algunas obras de Rodríguez Beteta son *La mentalidad colonial: ideologías de la independencia, doctrinas políticas y económico-sociales (1926)* y "Discurso pronunciado el 2 de abril de 1930" (1930).

10 Se trataba de una alusión al periodo federal posindependentista, pero también a los ataques filibusteros.

11 Fletes integraba el grupo de intelectuales, miembros de la llamada *Generación de 1920* y, con Epaminondas Quintana, Carlos Federico Mora, David Vela y Miguel Ángel Asturias, fundó la Universidad Popular en Guatemala (20 de agosto de 1922). La finalidad de la misma era instruir a los sectores populares, tradicionalmente excluidos de la enseñanza (Fuentes Oliva, 2012).

1. Negación de la historia, al obligar o forzar a los pueblos a ceder su soberanía y establecer entre ellos relaciones de dependencia y subordinación que no corresponden a entidades soberanas.
2. Modelo pasajero o moda que creen poder imitar los gobernantes y los pueblos latinoamericanos.
3. Negación del derecho a la nacionalidad de las jóvenes repúblicas latinoamericanas.
4. Modo de hipotecar el propio futuro de Estados Unidos, provocando el germen de su destrucción: el sentimiento antiimperialista en América Latina, que se puede volver contra esa gran nación.
5. Etapa anómala o "enfermedad de crecimiento" engrandecidos rápidamente que reflexionan sobre la decadencia de los imperios que precedieron al estadounidense.
6. Desconocimiento de la idiosincrasia de los pueblos latinoamericanos e incapacidad para generar profesionales que entiendan a América Latina.
7. Lucha por la hegemonía ideológica y política entre dos imperios: el norteamericano y el soviético.
8. Enmascaramiento bajo los designios mesiánicos, paternalistas o de libertad y de democracia, que son puros y llanos intereses económicos y militares (Fletes Sáenz, 1927, p. 8).

El Imparcial fue fundado por Rafael Arévalo Martínez (15 de septiembre de 1922), junto con Alejandro Córdova, Carlos Wyld Ospina, Luz Valle, César Brañas y Porfirio Barba Jacob. El periódico nació para denunciar el Pacto de Tacoma, que el gobierno de Orellana había desatendido por sus intereses particulares con la United Fruit Company, y para que se restableciera el régimen constitucional. No solo era inconstitucional y lesivo para Centroamérica porque cedía una isla a Nicaragua, sino porque establecía el uso de la bahía por la flota estadounidense. Arévalo Martínez fue también redactor jefe de *Nuestro Diario* y dirigió la revista *Centro América*.

Resulta interesante destacar de esta síntesis la importancia de la reflexión sobre los problemas internos de las repúblicas latinoamericanas y su vulnerabilidad a la seducción de la civilización y el progreso del modelo económico y cultural del panamericanismo. Sin embargo, es aún más sorprendente que, dos años antes del estallido de la crisis financiera de 1929, ya se escribiera en *Centro América* acerca de la decadencia del imperialismo y también se pusiera en duda, veladamente, la intencionalidad del pensamiento marxista en América Latina, más interesado en movilizar a la clase obrera contra el imperialismo estadounidense que en liberarla del yugo imperialista en sí. En esa misma publicación se articulaba el discurso antiimperialista, que distinguía y separaba los intereses de los gobernantes del de los pueblos, y se enfatizaba la instrucción popular como uno de los elementos más

importantes para acercar a los pueblos cuyos gobernantes pretendían mantenerles en la ignorancia y, por lo tanto, enfrentándoles. Son estos algunos de los aspectos que cobrarán gran relevancia posteriormente, en el periodo de entreguerras y en el momento del surgimiento del sistema interamericano, tras la segunda guerra mundial y el inicio de la Guerra Fría.

EL CONCEPTO DE ANTIIMPERIALISMO Y SUS COMPLEMENTARIOS

El concepto antiimperialismo (Kipling, 1902; Koebner y Dan Schmidt, 1965; Quesada Monge, 1998; Zwick, 2002[12]) requiere un enfoque multidimensional: un ámbito relacional de colaboración económica y política entre países libres que buscan recuperar una libertad interrumpida (o en riesgo de serlo), por la dinámica imperialista de sometimiento, ejercida contra ellos; una potencialidad constructora de realidades jurídico-políticas basadas en intereses generales y respetuosas de la soberanía de las naciones y de sus habitantes; un ideario en el que se instruye a los pueblos y que señala las vías de liberación y emancipación de la sujeción política o económica del país dominador; en fin, una práctica que articula la colaboración internacional con la reflexión y el intercambio de conocimientos entre los individuos y las redes intelectuales que conforman la opinión pública.

El concepto antiimperialismo –"de pensamiento y acción"– es clave en el contexto histórico y geográfico centroamericano analizado, ya que se transformó en el término fuerte de la dicotomía imperialismo-antiimperialismo. Su fortaleza deriva de la valoración positiva y el poder incluyente y aglutinador de voluntades que le atribuyó la pluralidad de autores de diversas orientaciones ideológicas que lo defendieron: arielistas, unionistas, apristas y marxistas. Esta valoración se reforzó con imágenes y expresiones que suscitaron emociones: por ejemplo, la representación de Sandino como el "David centroamericano contra un Goliat norteamericano" o como "General de hombres libres". Son todos ellos elementos positivos que se le niegan a su contrario, el imperialismo, y a las manifestaciones –filibusterismo, panamericanismo, monroísmo, "diplomacia del dólar", "banquerismo", etc.– a las que se ha hecho referencia en el apartado anterior (García Giráldez, 2010).

Los sujetos de la acción política y pedagógica antiimperialista son aquellos intelectuales y hombres de acción que condenaron, se

12 Según Jim Zwick (2002), el término se importa de la Inglaterra victoriana, y para los ingleses, durante casi un siglo significó tanto el deseo de encontrar nuevos vínculos con otros países de Ultramar, como el deseo de educar a otras razas en el caso de la expansión a África y América Latina.

opusieron o resistieron al envite del imperialismo y quienes, individual o colectivamente, actuaron y ayudaron a los pueblos oprimidos a liberarse de la dominación militar, política, económica o cultural. Así lo entendieron los antiimperialistas que integraban los movimientos defensivos contra el ejercicio de poder de Estados Unidos, por el trato desigual y dominante contra sus estados y por no reconocerles su poder ni respetar su soberanía. Alteraron de este modo el orden internacional y el derecho que regula las relaciones entre estados soberanos como relaciones entre iguales.

El antiimperialismo latinoamericano se contrapuso a la corriente positivista liberal panamericanista, que en términos jerárquicos diferenciaba a pueblos, razas y culturas y que, también, en términos de modernización y progreso material establecía y potenciaba la superioridad racial y cultural anglosajona sobre la latina. A la "nación civilizada" de Sarmiento, Alberdi, Bulnes o Bunge, se enfrentó la corriente que Bolívar y Martí, pero, sobre todo, desde Rodó, reivindicaba la identidad de "Nuestra América" (Bauer Avilés, 1925, pp. 8-11). Asimismo, reformulaba las relaciones y los vínculos de separación entre ambos mundos para reforzar la unión indoamericana, basada en una espiritualidad universal con planteamientos propios. Sobre ella se fueron construyendo los espacios de sociabilidad antiimperialistas que enfrentaron a las dos Américas, sus culturas y sus razas, pero no a sus pueblos.[13]

En el contexto de las relaciones entre estas dos Américas en los años estudiados, algunos *ismos* –latinoamericanismo, iberoamericanismo, indoamericanismo y unionismo– simbolizaban y fortalecían esa "solidaridad latinoamericana antiimperialista" como una necesidad de acabar con toda injerencia foránea. Generaron movimientos sociales, culturales y políticos que condicionaron, complementaron y fortalecieron el pensamiento y la acción antiimperialistas. La pluralidad de corrientes ideológicas y políticas –espiritualistas, anarquistas, socialistas– se definían como: arielismo, aprismo, socialismo y comunismo (García Giráldez, 2008). Todas ellas convergieron en panamericanismo "auténtico" del Partido Unionista de Centroamérica.

El unionismo centroamericano articuló experiencias informales con formales. El uso de materiales escritos diversos –folletos, cartillas, revistas o diarios– como prensa pedagógica facilitaba el debate y la toma de posición, con igual vigor en las redes unionistas que en las de

13 Partidarios centroamericanos del spencerismo, como los hondureños, Paulino Valladares o Rosendo Contreras, trataron de crear, en los años 1920, un Partido Evolucionista que pretendía llevar a cabo una política de mestizaje racista con los campesinos e indígenas hondureños.

los antiimperialistas, indoamericanistas o panhispanistas, en contra de la agresión en Nicaragua, esa "ignominia de la intervención económica, política, militar y […] hasta social [...] crimen internacional". Algunos autores vaticinaban, incluso, el fin del panamericanismo, por una "tendencia suicida" que llevaría a la ruina a los propios imperialistas, como sostenía Mendieta (1934c, p. 15),[14] o porque ya había nacido muerto y en la VI Conferencia Panamericana (Cuba, 1928) se lo remató, señalaba Soto Hall.

Entre los espacios informales, las ligas y clubes unionistas, asociaciones como El Derecho (1901) o la Asociación de Estudiantes Universitarios [AEU] (1920) y la Universidad Central, en donde se potenciaron las Universidades Populares, ejercieron una presión y tuvieron éxito experiencias formales, como el Pacto de Unión y la Constitución Federal de Centroamérica, en 1921. En ellos los intelectuales y hombres de acción de diversas ideologías, pusieron las bases del unionismo antiimperialista y transmitieron sus ideas a los pueblos de América Latina (e incluso al pueblo norteamericano), para que comprendieran la razón de sus luchas contra la agresión imperialista de sus gobernantes. La finalidad de estos espacios de sociabilidad, en particular la creación de las Universidades Populares, era instruir a los sectores populares, tradicionalmente excluidos del acceso a la educación e instrucción, mediante un programa que comprendía: aprender a leer y escribir, recibir una cultura general y difundir las nociones más elementales e importantes de higiene y proporcionar una instrucción cívica y moral, con el fin de mejorar las condiciones físicas y espirituales de la población (Casaús Arzú y García Giráldez, 2005; Fuentes Oliva, 2007).

ARIELISMO

Se trataba de una propuesta autóctona de fraternidad que planeó Rodó, cuyas raíces permanecían ancladas en el alma de América y que intelectuales, periodistas, obreros y estudiantes, todos ellos personas de buena voluntad, sustentaron como modelo de unión política de las repúblicas nacionales latinoamericanas. Como categoría etnocultural, "Nuestra América" apelaba a la Patria grande de Simón Bolívar, José Cecilio del Valle y Bernardo Monteagudo –señalaban Soto Hall (1928) y Rodríguez Beteta (1926)– como un sentimiento de pertenencia

14 Escrito en 1906-1907. Fue revisado en 1928 y ampliado y con notas en la edición de 1934 (Mendieta, 1934c, p. 15).

ancestral, que se había mantenido vivo y compartido a lo largo del tiempo,[15] que habían revitalizado Rodó, Martí y Vasconcelos.

Vasconcelos[16] con los unionistas centroamericanos, como Mendieta, Masferrer, Rodas, Marroquín Rojas, Viteri u Orantes, compartían los valores incluyentes de la idea bolivariana (Mendieta, 1934a, p. 222) y martiniana de "Nuestra América". Por un lado, la idea continental vasconceliana superaba algunas limitaciones de aquel modelo: era más pertinente y oportuna, ya que "A Bolívar no se le oyó porque no era todavía la hora, pero su ideal siguió vivo" (Vasconcelos, 1926), y auténticamente universal, pues la bolivariana excluía a Brasil, España y Portugal y le hacía un guiño a Inglaterra, mientras que en "Nuestra América" había cabida para todos, menos para ninguna potencia imperialista.

Por otro lado, aunque los unionistas compartían estas ideas con Vasconcelos, diferían de él solo en la cuestión de las prioridades: unionista era alcanzar la unión política, económica y cultural centroamericana, que se inspiraba en José Cecilio del Valle y, solo posteriormente, la iberoamericana, que sería precursora, a su vez, de la unión universal de todos los pueblos, razas y culturas.

El arielismo dotó al movimiento unionista centroamericano de un profundo carácter espiritualista, vitalista, individualista y culturalista, según Devés Valdés, y lo orientó hacia la persecución de "la unidad moral e intelectual" de "Nuestra América". Como Rodó, también Vasconcelos, el "maestro de la juventud de América", consideraba que los jóvenes y los intelectuales eran los sujetos históricos de la regeneración iberoamericana y de la educación popular, ante el ataque del positivismo determinista spenceriano. Esta ideología jerarquizaba las razas y promovía la irremediable convergencia en una homogeneidad racial y cultural que reafirmaba la superioridad de los valores liberales anglosajones sobre los valores espirituales, sobre los valores éticos y estéticos, sociales, culturales y políticos de América Latina. La acepción antiimperialista vasconceliana coincidía con los valores anticolonialistas de Martí, centralizando en la raza –"Nuestra América mestiza" de Martí y la "raza cósmica" de Vasconcelos– los elementos de regeneración continental.

También en clave etnocultural regeneracionista, pero con una gran dosis de realismo, el unionista liberal Soto Hall, en *El Problema* (1911),

---

15 "Conocía a los dioses, obedecía a los reyes, iba a la guerra, endiosaba a los conquistadores, fomentaba el comercio, ejercía las artes, cultivaba la agricultura y pescaba, conocía … la libertad" (Ruiz Morales, 1925).

16 Martí publica en la *Revista Ilustrada* de Nueva York, el 10 de enero de 1891, el artículo titulado "Nuestra América".

señalaba las limitaciones identitarias del pueblo centroamericano y diferenciaba los pueblos que los integraban. Por un lado, los mestizos carecían de personalidad y aceptaban imitar a otros pueblos que consideraban superiores, sin saber muy bien por qué, sin conocer cuáles eran los elementos que conformaban esa superioridad que admiraban. Por otro lado, los indios, de quienes tenía mejor opinión, porque tenían "expresión de raza": "Nosotros hemos dejado lo nuestro para tomar cualquier cosa de lo ajeno. Hemos girado tan cerca de la órbita americana, que hemos sido víctimas de las leyes de atracción, por eso los indios fueron conquistados y nosotros absorbidos", dijo Soto Hall (1928). Los indios, en cambio, no solo poseían personalidad, sino que habían sido capaces de demostrarlo y sobrevivir dejando huellas de su pasado. A pesar de ello, ambos pueblos estaban condenados a desaparecer en la confrontación con otros pueblos más avanzados, sobre todo cuando estaban movidos por el ansia de dominación. Sin embargo, el problema del centroamericano –dice Soto Hall– no era tanto el imperialismo en sí cuanto el desconocimiento de los mecanismos de su dominación, unido a la escasa valoración de lo propio (Soto Hall, 1899/1911). Se podría poner fin al determinismo que llevaba a imitar lo ajeno, según Soto Hall, instruyendo a los centroamericanos, señalándoles cuáles eran las debilidades y las fortalezas del modelo cultural y empresarial que proponía el panamericanismo oficial o, lo que era lo mismo, cómo educar a los pueblos para que valoraran más lo propio.

Como los arielistas y los apristas, también los unionistas señalaban, entre las debilidades del imperialismo, el riesgo que suponía tratar de imponer un modelo económico del que ya se conocían las consecuencias en términos de desigualdades e injusticias en el país de origen. Querer implantarlo en los países latinoamericanos y que estos lo aceptasen tendría unas consecuencias aún más desastrosas.

En estos debates se desplaza el del colonialismo de España –ya decía Martí que "no hace falta discutir: basta con combatirla, derrotarla e instaurar una república que, desde luego, se apartará de sus formas"– hasta el imperialismo de Estados Unidos y sus gobernantes, cuyas amenazas reales y posibles se ciernen sobre "Nuestra América". En el proceso formativo de las clases populares que deberían potenciar los antiimperialistas, según Soto Hall, Vasconcelos, Martí, Mendieta y Masferrer y otros unionistas, también habría que enseñarles algunas de las fortalezas del modelo norteamericano. En primer lugar, los avances científicos, técnicos, artísticos y literarios podían ser incorporados en los países latinoamericanos, siempre y cuando respetasen las costumbres e identidades diferentes. En segundo lugar, la fortaleza quizá más importante era la del pueblo norteamericano

que no seguía los dictados de los gobernantes. La labor pedagógica que había que desarrollar con este era, según los unionistas, abordar el desconocimiento entre los pueblos, centroamericano y estadounidense, instruyéndoles respectivamente acerca de sus culturas y peculiaridades: enseñando al pueblo estadounidense –dice Mendieta – cuál era la idiosincrasia indolatina, para que pudieran, una vez conocida, exigir responsabilidades a sus gobernantes por las decisiones políticas, económicas y diplomáticas erradas que estaban imponiendo a Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Panamá. De este modo podrían oponerse a sus agresiones con conocimiento de causa. Los unionistas consideraban, por lo tanto, una obligación moral ponerse a trabajar para que ambos pueblos se conocieran a fondo. De lo contrario –dice Soto Hall – quienes se declaran unionistas, dentro o fuera del país, pero hacen suyo el materialismo anglosajón, no pueden autodenominarse panamericanistas auténticos, sino que son solo antiimperialistas de "boquilla" y poco tienen en común con ellos.

El elemento que intensificó e incrementó las lealtades antiimperialistas, hasta desplazar momentáneamente incluso al antimilitarismo unionista, fue la invasión de Nicaragua y la construcción del canal transoceánico. Como Mendieta, Masferrer, Rodas, Orantes, Lumen, Gil, López, también Soto Hall apelaba a la unidad de las repúblicas centroamericanas y a mantener el sentimiento común unido contra el continuo hostigamiento no solo económico, militar y cultural, sino también financiero que representaban los contratos firmados por los gobernantes nicaragüenses con Estados Unidos e Inglaterra para la construcción, la gestión y el control del Canal (Soto Hall, 1928). El precio que el pueblo nicaragüense iba a pagar hipotecaría la soberanía nacional. Estos problemas impulsaron numerosas publicaciones en las que el águila, en *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano* (1928) y en *La sombra de la Casa Blanca* (Soto Hall, 1927), era una de las muchas representaciones arielistas del culto imperialista al poder y el recurso a la fuerza bruta y material que obligó a los centroamericanos a prestar la atención y el apoyo a la lucha sandinista de Nicaragua (Anexo 1).

Asumirá esta responsabilidad otro autor unionista hondureño, Froylán Turcios, implicándose personalmente con la lucha de Sandino en Nicaragua, como su secretario y portavoz hasta su ruptura (1928). Entre 1922 y 1928, dirigió varias revistas: *Hispano-América* (1922), donde trataba de la dicotomía raza latina-raza anglosajona y resaltaba los elementos positivos de lo latino –la raza y la cultura– y la defensa de la soberanía nacional. Estos temas eran recurrentes también en el *Boletín de la Defensa Nacional* (1924), junto con el debate entre la patria chica nacional como prioridad antiimperialista y

el apoyo a la construcción de la unión iberoamericana. Sin embargo, fue la revista *Ariel* (1925-1928) un espacio en donde Turcios y los articulistas trataron el debate sobre la patria chica-patria grande de los antiimperialistas centroamericanos, que defendían la opción militar de Sandino y de aquellos que desarrollaban la propuesta continental de Nuestra América o la de la Unión centroamericana.

Tras su intervención directa en la lucha al lado de Sandino, fue abandonando poco a poco la posición unionista hacia la defensa de las patrias chicas, la primera de todas Nicaragua y, posteriormente, en 1928 en Honduras, con motivo del conflicto económico que enfrentó a los gobiernos de su país y el de Guatemala por los intereses económicos contrapuestos entre las dos compañías bananeras Cuyamel Fruit and Company y United Fruit Company. Turcios defendió los intereses de su patria chica "libre", y así lo plasmó en un editorial, quizá demasiado nacionalista Apoyó la formación de la Liga de Defensa Nacional, compuesta por estudiantes, en contra de United Fruit Company. Los aspectos financieros del imperialismo norteamericano fueron objeto de un trato especial también en *Ariel* (1925). Este espacio se lo brindó Turcios al costarricense Moisés Vincenzi para que difundiera los resultados de la encuesta que había realizado, en 1922 y 1923, a una serie de intelectuales centroamericanos. Vincenzi quería indagar acerca de sus percepciones sobre la oferta de préstamos norteamericanos al gobierno de Nicaragua. La mayor parte de los encuestados, además de Froylán Turcios, Jacinto López,[17] Salvador Merlos y Fletes Sáenz rechazaban los empréstitos, porque no solo acarreaban el sometimiento de los gobiernos a las potencias extranjeras sino que sancionaban la dependencia completa de Nicaragua.

El arielismo se proyectó como prensa escrita en Iberoamérica, pero en Centroamérica fue muy activo en la década de 1920-1930, donde en cuatro de las cinco repúblicas se publicaba una revista titulada *Ariel*. A continuación, se indican las principales ciudades de publicación:

- 1910, San José, Costa Rica.
- 1920, Guayaquil, Ecuador.
- 1924-25, Sonsonate, El Salvador.

17 Jacinto López es un conocido antiimperialista. La revista *Ariel (34)* del 30 de octubre de 1926, Tegucigalpa, citó la posición antiimperialista de este autor, como también en artículos anteriores de esta revista. También apeló a la opinión pública mundial a condenar la política criminal estadounidense en Nicaragua, en Panamá y en Centroamérica, durante las dos primeras décadas del siglo XX. Con una extensa nota, Jacinto López respondió a la encuesta realizada por Moisés Vincenzi entre 1922 y 1923, cuyos resultados se publicaron.

- 1924, Asunción, Paraguay.
- 1925, Tegucigalpa, Honduras.
- 1926, Río Cuarto, República Argentina.
- 1928-29, La Habana, Cuba.
- 1930, Montevideo, Uruguay.
- 1932-33, Masaya, Nicaragua.

La profusión de revistas con el título de la obra de Rodó indicaba tanto la relevancia del ideario y del mensaje rodoniano –"El *Ariel* espiritual de la sabiduría y la belleza latina se ve amenazado por el *Calibán* egoísta y materialista anglosajón"[18] (Darío, 1898; Funes, 2006, p. 106; Fernández Retamar, 1971, citado en Alonso, 2016, p. 16)– como el interés en profundizar y extender su contenido reivindicativo de la identidad latina ante el ataque uniformador anglosajón. Se convirtió, por ello, en una de las corrientes del antiimperialismo más fecundas de la América Latina del siglo XX. En el caso centroamericano, el componente espiritualista alcanzó también a otras corrientes de pensamiento presentes en la región. Los articulistas de estas revistas rechazaban o desconfiaban de esta nueva invasión "bárbara" y cercana, pues ahora contaba con el apoyo interno de algunos intelectuales y gobernantes panamericanistas, interesados en mantener localismos y rivalidades internas. De las agresiones europeas se ocupaban los antiimperialistas europeos (Rojas, 2000). La historia reciente evoca a estas pequeñas naciones centroamericanas –en concreto a Nicaragua–; en el imaginario colectivo se recuerda una lucha y una resistencia continua de este pequeño país contra su coloso vecino, que vuelve a hacer incursiones imperialistas militares o injerencias económicas, cuyo origen viene de lejos. No son, por lo tanto, solo vicisitudes del momento de la historia europea sino de la región centroamericana, que las soportó tanto en las décadas de 1900-1930 como posteriormente, cuando el triunfo del sandinismo (1979) derrocó a la larga dinastía de dictadores, los Somoza, tras años de guerra contrainsurgente.

UNIONISMO

El panamericanismo oficial planteó a los unionistas espiritualistas el dilema de desviarse de sus principios filosóficos y políticos al cuestionar, en cierto sentido, el pacifismo tolstoiano que les inspiraba. En

18 *Calibán,* representación shakespeariana de comienzos del siglo XVII que contrapone ética y estéticamente el modelo físico y moral del mundo burgués que nacía en Europa al "esclavo salvaje y deforme" americano (Alonso, 2016, pp. 13-22).

el caso de Nicaragua, el deber moral exigía apoyar la lucha militar de Sandino contra la agresión imperialista a esta república nacional, aplazando de momento el objetivo de la construcción de la Patria grande centroamericana.

En el periodo analizado, Mendieta en *Alrededor del problema unionista de Centro América* (1934c) y Sáenz Rojas en *La Actitud del Gobierno de Washington hacia las Repúblicas Centroamericanas* (1919) y en *El canal de Nicaragua* (1929), reflexionaron más sobre los perjuicios que sobre las ventajas de esta obra de ingeniería y de la intención de adquirirla por Estados Unidos (2009, p. 51). En primer lugar, los gobernantes y las élites económicas y financieras locales lo presentaban como un adelanto civilizador, como una oportunidad de mejorar las capacidades de los centroamericanos y de diversificar su producción con técnicas avanzadas, cuando, en realidad, estaban ocultando las repercusiones de su construcción: un desastre ecológico, una subalternidad potenciada además por la ignorancia del pueblo ingenuo nicaragüense. Con ello, se celaban las verdaderas intenciones del espíritu feroz, soberbio, fuerte y hábil que acompañaban al hombre luchador y materialista norteamericano. Por ese motivo, estos autores exigieron que "cese por lo menos en Centroamérica el incomprensible y desconcertante fenómeno común a toda la América Latina, de amistad oficial con Washington y Panamericanismo oficial, en contradicción y divorcio con el sentimiento público, que es enemigo de Washington y de su desastrosa política" (López, 1931).[19]

Las élites nacionales también eran cómplices y responsables de obstaculizar y frenar desde dentro el proceso de autonomía regional, por anteponer los intereses locales al interés general. Intereses privados en mantener el "caciquismo criollo-oligárquico, nepótico, codicioso y amoral" de los conservadores y el "feudalismo banquerista" norteamericano sobre la unión fraternal regional bajo un gobierno federal (Mendieta, 1934a, p. 372). El mensaje de los autores era que la independencia nacional y su territorio, elementos incuestionables de la soberanía nacional, peligraban en las repúblicas nacionales del istmo centroamericano.

Si, por un lado, los unionistas reconocían el derecho de los nicaragüenses a la autonomía nacional, por el otro, la orientación antimilitarista de muchos unionistas, como Mendieta, Masferrer, Rodas, Argüello y otros, les hacía temer que la radicalidad de Sandino desviara las fuerzas morales del objetivo de la Unión centroamericana. Mendieta consideraba que, bajo el lema "Patria y Libertad", Sandino

---

19 Con una extensa nota, López (1931) responde a la encuesta realizada por Moisés Vicenzi entre 1922 y 1923, cuyos resultados se publicaron

trataba de liberar a Nicaragua, a la "patria chica", de las garras estadounidenses, pero una revolución como la suya era "anecdótica" para la historia de Centroamérica (Mendieta, 1934c, pp. 354-355).[20] Era la batalla contra una de las manifestaciones del imperialismo, no contra todo el proyecto global de absorción de las repúblicas centroamericanas. A pesar de ello, Mendieta reconocía a Sandino como "el general Riego criollo" y el "exponente del orgullo racial iberoamericano".[21]

Otra amenaza imperialista, más velada si se quiere, se cernía también sobre Costa Rica, cuyos gobernantes trataban de interferir contra los unionistas, proponiendo pactos panamericanistas, cuyo objetivo era aunar fuerzas contra Nicaragua. Vicente Sáenz en *Traidores y déspotas de Centroamérica* (1913) explicaba las causas subyacentes del fenómeno despótico centroamericano. Añadía a los intereses de las empresas norteamericanas, la fragmentación de su territorio por "la presencia imperial en nuestras divididas y pequeñas repúblicas". Proponía recuperar el ideal de la unión centroamericana morazanista, elemento sustancial y siempre presente en los escritos, discursos y acciones organizativas de este intelectual[22] (Oliva Medina, 2017, p. 64).

Vinculada con la amenaza sutil anterior estaba la manipulación paternalista de los gobernantes costarricenses, reflejada en *Norteamericanización de Centroamérica* (1925), donde Sáenz desvelaba la intencionalidad de los Pactos de Washington de 1923. Por un lado, pretendían abrir las puertas al extranjero y, por el otro "aquietar la agitación de los unionistas" (citando a Pedro Pérez Zeledón, 1925, p. 74). Ponía como ejemplo a dos gobernantes, el costarricense Ricardo Jiménez Oreamuno y el nicaragüense José Santos Zelaya, y sus respectivos y diametralmente opuestos posicionamientos: el primero respondía al panamericanismo oficial y el segundo al panamericanismo auténtico. Se preguntaba Sáenz (1925): ¿Por qué ahora Costa Rica no resiste al

---

20 Para Pakkasvirta Sandino era un liberal cooperativista, cuyas prioridades eran el nacionalismo y el antiimperialismo como instrumento de recuperación de la soberanía nacional. Su lucha se fundamentaba en los principios de cinco tradiciones ideológicas: anarquismo, espiritualismo –masonería y teosofía– comunismo racional, liberalismo y populismo (1997, p. 91-92; Wünderich, 1995b).

21 Lo equipara a Viriato, Juan Martín Díaz "*El Empecinado*", Lempira y Juan Santamaría, Cuauhtémoc, Caupolicán y Ricaurte (Mendieta, 1934b, p. 355).

22 No obstante, en el momento en que escribe, es la defensa de la libertad de la patria chica, Costa Rica, lo que se impone contra la dictadura de Tinoco. Posteriormente sería uno de los fundadores del Partido Socialista Costarricense (1935). En las páginas de *Liberación* (1935-1937) se vinculó posteriormente a otro movimiento social mayor en América Latina: la Alianza Popular Revolucionaria Americana [APRA] (Oliva Medina, 2017, p. 64). También Mendieta (1903 y 1905) consideraba un freno interior para la unión centroamericana la fragmentación en pequeñas repúblicas nacionales.

imperialista, como lo hizo cuando firmaron los Pactos en 1907 todos los pueblos hermanos sin injerencias extranjeras, aunque ello significara acabar con la Federación de Centro América? (pp. 29 y 49): "¿por qué el poderoso país quiere engañar país pequeño y no le desea males sino bienes?" (p. 48) Porque quieren aplicar un modelo de civilización homogéneo en todo el mundo y no son importantes las "diferencias irreductibles de raza, antagonismos históricos, rencores, rivalidades económicas, recelos de aniquilamiento nacional a manos del vecino, ambiciones de concordia nacional. Nada de esto estorba en camino de concordia de Centro América", decía sin alterarse el presidente de Costa Rica.[23] En definitiva, ¿por qué el imperialismo se sirve de los presidentes nacionales para manipular a sus pueblos? Todas las respuestas iban a dar al mismo lugar, opinaba Sáenz: para que Nicaragua renunciara a la soberanía del Canal.

La posición del presidente nicaragüense José Santos Zelaya, como tiempo atrás había sucedido con Froylán Turcios, no había sido siempre unionista. Sin embargo, la ocupación de Nicaragua había impulsado un posicionamiento responsable diferente. Así contradecía al costarricense: "el ideal unionista germinaba en todos los pechos centroamericanos; que tarde o temprano se tenía que llevar a efecto; que Centroamérica no sacrificaría nunca su integridad territorial" mientras él estuviera en el poder en Nicaragua, para dársela a ninguna potencia extranjera (Sáenz, 1929, p. 51).[24] Este gobierno mantenía viva la doctrina unionista y atajaba el asunto panamericanista oficial, diciendo: "no son ni pueden ser convenciones gratas a Centroamérica las que solo inspiran desconfianza a los cinco pueblos" (p. 66). Como era de esperar, los gobernantes costarricenses, azuzados por las empresas estadounidenses, no cejaron en el empeño de crear alianzas para derrocar al presidente Zelaya, hasta que lo lograron.

Los antiimperialistas construyeron redes de adscripción pluralista de diferentes corrientes de pensamiento y acción para alcanzar, gradualmente, la hermandad continental, regional o universal. Entre los unionistas (Cuadro 1) destacaron los regeneracionistas de diversa

---

23 Jiménez, Zepeda y Chamorro los firmaron. Desde este año, Mendieta se trasladó a Nicaragua para el seguimiento de las vicisitudes de su país, durante el periodo que denominó transaccionista.

24 Como en Panamá, el secretario de Estado Knox provocó una revolución contra Zelaya en 1909, que fracasó y, entonces, envió una propuesta, a través de Merry, ministro americano en Costa Rica, dirigida a Cleto García Víquez para declarar la guerra junto con Guatemala y Honduras a Nicaragua y obtener así lo que se proponía, al respecto, remitiéndole García Víquez a los Pactos de 1907, que obligaban a mantenerse neutrales en un caso como este, no a la alianza centroamericana (Sáenz, 1929, p. 53).

orientación: espiritualismo cristiano, socialismo libertario, anarquismo cristiano tolstoiano, vitalismo y teosofía. Funcionaron con una estructura federal que agilizaba la adscripción y la comunicación entre el Partido Unionista capitalino y las ligas obreras y clubes unionistas, establecidos en las cabeceras departamentales y en los centros importantes. Una dirección colegida y rotativa evitaba caer en personalismos, lo que no impedía reconocer como fundador al nicaragüense Salvador Mendieta.[25]

Cuadro 1. Fragmento de red unionista antiimperialista de Centroamérica (1926)

Costa Rica	Nicaragua	Honduras	El Salvador	Guatemala
Acosta, Marciano	Argüello, Rodolfo	Aguilar O., Leopoldo	Corado Arriaza Mariano	Alvarado, Miguel T.
Aguilar Machado, Alejandro	Argüello, Rosendo	Alduvín, Ricardo	Coto Bonilla, Miguel	Azmitia, José
Coronado, José Andrés	Armijo, Modesto	Díaz Chávez, Rafael	*Funes, Ricardo Adán	Barillas González, Adolfo
Cruz Mesa, Luis	Gutiérrez, Moisés	Fiallos, Eusebio	*Masferrer, Alberto	Bianchi, Julio
Montero, Aniceto	Navarro, Juan Anselmo	Gómez, Crescencio F.	Merlos, Salvador R.	Corleto, Salvador
Rojas Corrales, Ramón	Ordóñez, Juan José	Medina Raudales, Rafael	*Morán Francisco	Escamilla, Emilio
Sáenz, Vicente	Salvatierra, Sofonías	Rodríguez, Manuel F.	Navarrete, Sarvelio	Molina, Tácito I.
			Orozco, Benjamín	Rodas M., Joaquín
			Parada, Alfredo	
			Viera Alrtamirano, Napoleón	
			Villalobos, Lisandro	

Fuente: Información obtenida de Mendieta S. (1926). Encuesta de don Moisés Vincenzi y contestación a ella. Cartago, Costa Rica. * Miembros del Comité de relaciones del grupo unionista-antiimperialista, conocido como la *Joven Centroamérica* (1927) (Deras, 2013, p. 295). De ellos solo Adán Funes está citado por Mendieta en su fragmento de red.

En el cuadro 1 se observa el fragmento de red unionista integrado por el "grupo de amigos y compañeros" panamericanistas auténticos en el Partido Unionista de Centro América (Mendieta, 1934c). Su misión era servir de puente entre los partidos históricos y mediar entre intereses contrapuestos, con el objetivo de superar las controversias tradicionales que impedían la gobernabilidad en la región (Mendieta, 1934c). Los unionistas de este fragmento de red eran estudiantes, intelectuales y profesionales de ambos sexos, de diversos credos e ideologías políticas que

25 Mendieta nació en Diriamba, Nicaragua, en 1882 y murió en San Salvador el 28 de mayo de 1958 (*El Imparcial*, junio de 1958). Las noticias de su muerte las difunden posteriormente *Azul y Blanco, Espiral,* en junio de 1958 y *El sol* en un artículo "Semblanzas y foto" de Mendieta el 30 de octubre de 1959, firmado por A. Masferrer. El fundador de *El Diario de Hoy* de San Salvador, Napoleón Viere Altamirano, un intelectual unionista, relanzó este periódico como tribuna unionista el 2 de mayo de 1936, según datos de Cañas Dinarte.

colaboraron con la gran causa de la unión centroamericana. También la presencia de artesanos y obreros en la constitución y desarrollo del movimiento unionista fue relevante, como se indica al final de este apartado.

Si bien hasta 1930 las redes antiimperialistas, centroamericana e iberoamericana, no eran excluyentes entre sí, posteriormente se distanciarían debido a, por un lado, el recrudecimiento de las dictaduras afines a Estados Unidos y, por el otro, a la formación de los partidos comunistas en la región. Así, compartían ideales, ideológicos y políticos, por ejemplo, Luis Cruz Mesa, Vicente Sáenz y Sofonías Salvatierra,[26] unionistas que integraban también el fragmento de red iberoamericanista de García Monge y Brenes Mesén. Pertenecían los tres, a su vez, al mismo círculo espiritualista de Alberto Masferrer, Joaquín Rodas, Salvador Turcios, Santiago Argüello y Mendieta, quien los consideraba miembros de su fragmento de red. Por otro lado, Salvatierra también pertenecía al círculo de Froylán Turcios, su compañero en la lucha de Sandino, y líder del grupo patriótico que surgió en 1932 para apoyarlo.[27] Mendieta reprochaba a Salvatierra que el pensamiento revolucionario de Sandino hubiera ejercido más influencia sobre él que el unionismo en Sandino (Mendieta, 1934b, p. 360).

En este fragmento de red antiimperialista, entre los teósofos y heliósofos, Santiago Argüello cerraba el círculo de armonía entre ambas redes, para quien, independientemente de la forma que tomara la unión –regional o continental–, sería una unión espiritual de todos los latinoamericanos, por encima de cualquier diferencia política y limitación territorial, como hermanamiento de todos los pueblos latinoamericanos en una misma entidad cultural.

El fragmento de red panhispanista centroamericana (Cuadro 2) fue liderado por Joaquín García Monje y Roberto Brenes Mesén. Apoyaban además del proyecto político revolucionario de Sandino, la unión continental latinoamericana. Sus miembros intelectuales y hombres de acción, compartían además de la lucha antiimperialista la orientación teosófica y espiritualista de los unionistas, de Vasconcelos, del propio Sandino y de Martí.

---

26 Fue sindicalista e impulsó el movimiento obrero en Nicaragua, también fue conocido por apoyar la causa unionista de Salvador Mendieta. Entre algunas de sus obras están *Azul blanco* (1919), *Sandino o la tragedia de un pueblo* (1934).

27 Designado Ministro de Agricultura durante el gobierno de Sacasa, Salvatierra fue negociador de la paz, visitó a Sandino en Las Segovias y lo convenció para que viajara a Managua en enero de 1933. En su último viaje a la capital, Sandino se alojó en su casa, que fue asaltada a la misma hora en que moría asesinado, sin que Salvatierra pudiera hacer nada por impedirlo, habiendo sido detenido con Sandino cuando bajaban del palacio presidencial y retenido mientras se consumaba el crimen. Sus experiencias están recogidas en *Sandino o la tragedia de un pueblo* (1934, p. 74).

Cuadro 2. Fragmento de red panhispanista antiimperialista de Centroamérica

Costa Rica	Nicaragua	Honduras	El Salvador*	Guatemala
Brenes Mesén, Roberto	Sandino, Augusto C.	Turcios, Froylán	Alvarado, J. E.	Rodríguez Beteta, Virgilio
García Monge, Joaquín	Argüello, Santiago	Martínez Galindo, A.	Argüello, R.	Marroquín Rojas, Clemente.
Cruz Mesa, Luis	Guzmán, Enrique	Turcios, R., Salvador	Constantino, J.	Soto Hall, Máximo.
Dengo, Omar			Dustriz, J.	
Guardia Quirós, Víctor			Fernández, J. J.	
Jiménez Alpízar, Octavio			Merlos R., Salvador	
Lyra, Carmen			Montalbán, L.	
Picado, Clodomiro			Navarro, J. A.	
Prieto, Emilia			Pinto, M.	
Sáenz, Vicente			Vega B., L.	
Sancho, Mario			Zamora, J. J.	
Tovar, Rómulo				
Zeledón Brenes José M.				
Zelaya, Ramón				

Nota: *Directiva provisional de la Liga antiimperialista, San Salvador, 30-12-1926 .

El órgano de difusión de este fragmento de red fue la revista *Repertorio Americano*, dirigida por García Monge (1919-1958), en la que se divulgaban los contenidos de revistas, periódicos y libros que se le enviaban de los lugares más remotos de América y de España. Se constituyó como un espacio de sociabilidad donde se intercambian, entre 1918 y 1930, noticias sobre publicaciones, inquietudes de los lectores, reseñas de libros y de biografías de los autores. Fue un foro que difundió el idealismo espiritualista costarricense,[28] gracias a Omar Dengo, Carmen Lyra y García Monge, quienes fundaron el centro "Germinal" (1912) para educación de los obreros.

El interés por la instrucción pública y la pedagogía unió a Dengo (director de la Escuela Normal entre 1919-28), con Lyra, Mendieta y Masferrer. Por su parte, Carmen Lyra (pseudónimo de María Isabel Carvajal) formó parte, como Vicente Sáenz del Movimiento Aprista[29] de Haya de la Torre, de la directiva de la Liga Antiimperialista

28 Fundó los periódicos: *Sanción* (1914), *Rayo, Cultura, Los Anales del Ateneo de Costa Rica, La Revista de Educación, La Obra*.

29 Se afilió al Partido Comunista Costarricense, por lo que tuvo que exiliarse en 1948, tal como se documenta en el *Diccionario de escritores centroamericanos* (1997, pp. 20, 23-24 y 27).

Salvadoreña en la que participaban Salvador Merlos y los miembros del fragmento de red panhispanista.[30]

Contribuyeron de forma notable a difundir el antiimperialismo en las universidades populares creadas en la región, por sugerencia de Vasconcelos, Porfirio Barba Jacob o Gabriela Mistral (Casaús, 2002, 2005 y 2012). Proporcionaron al antiimperialismo las miradas regeneracionistas y reformistas del socialismo y el anarquismo, que enriquecieron notablemente la proyección educativa, formadora y reformadora de los intelectuales, estudiantes y otros activistas (Pakkasvirta, 1997, p. 140). Es el caso, por ejemplo, de Salvador Ricardo Merlos, redactor del quincenal *Unión Obrera Salvadoreña*, órgano del Consejo Supremo de la Federación de Trabajadores, y de la organización surgida del Congreso Obrero de 1918, denominada Unión Obrera Salvadoreña. Consideraba que las respuestas que se debían dar a los ataques imperialistas a cualquier país de la región condicionaban el futuro de esta. Afirmaba en 1926: "cuanto atañe a Nicaragua internacionalmente, se relaciona con el futuro de Centroamérica" (Menjívar, 1987, p. 26-27). Este unionista salvadoreño pertenecía a ambos fragmentos de red y se destacó como luchador demócrata en el movimiento aprista. Fue también uno de los fundadores de la Universidad Popular en El Salvador (1919), como lo fueron aquellos estudiantes e intelectuales de la denominada Generación del 20, que hicieron lo propio en Guatemala. En estos espacios se orientó el fortalecimiento educativo, científico, cultural y político de sus afiliados, en particular de las clases populares (Casaús, 2002, 2005).

Los intelectuales y maestros unionistas y los panhispanistas estuvieron implicados, en primera persona, en la alfabetización de los obreros, interesándose en que se constituyeran como sujetos de su historia. Artesanos y obreros habían estado presentes en el Partido Unionista desde su fundación. En las ligas y los clubes unionistas llevaron a cabo la actividad movilizadora que contribuyó sólidamente a derrocar la dictadura de Estrada Cabrera: Caniz, Mejicanos y Ortiz fueron los artífices de la alianza entre patrones y obreros para llevar a cabo el proyecto común unionista.

En *El Porvenir de los Obreros* confluyeron Caniz Ortiz, Mejicanos, Saucedo y Salazar, entre otros (Cuadro 3). El intermediario de la alianza interclasista fue Alberto Mejicanos, en cuya sastrería

30 El fragmento de red contó con las publicaciones de artículos de Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Victoria Ocampo, Teresa de la Parra, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, entre muchos otros. En cuanto a costarricenses, con las aportaciones de intelectuales como: Carlos Luis Fallas, Max Jiménez, Julián Marchena, Eunice Odio, Lilia Ramos, Moisés Vincenzi y Juan José Carazo.

trabajaba Silverio Ortiz, quien además de miembro de este periódico, había firmado la protesta contra el trabajo forzoso en 1907. Mejicanos le propuso a Ortiz una entrevista entre Manuel Cobos Batres y una comisión de la Liga Obrera, compuesta por: Salazar, Caniz, Castillo y Ávila. Se entrevistaron con Cobos Batres y con Eduardo Camacho[31] y este encuentro tuvo un impacto mutuo positivo. Para los patrones unionistas conocer a los obreros de cerca fue un descubrimiento: era "la gran fuerza del movimiento y una revelación para nosotros [...] la cantidad de hombres de mérito que hay entre ellos, no solo desde el punto de vista del corazón sino intelectualmente" (Arévalo Martínez, 1982, p. 498). Para los obreros sus interlocutores eran los "distinguidos entrevistados" (pp. 442-444).

La tarea de Damián Caniz era tratar de explicar lo que, para alguno de los obreros y artesanos, era una estrategia antinatural. Este obrero declaradamente unionista les refirió que no era una idea peregrina, sino muy bien meditada desde que Ortiz impulsara el Comité Patriótico Obrero. Había ido desarrollándose en los debates en el seno de las ligas y clubes obreros, desde el I Congreso Obrero Centroamericano (San Salvador, 1911), hasta el Congreso de Obreros (Nueva York, 1919), en donde se acordó transformar el Comité, primero en la Liga Obrera Guatemalteca y luego integrarla en la Confederación Obrera Centroamericana (COCA). También en Honduras, en 1921 las sociedades artesanales crearon la Federación Obrera de Honduras y participaron en esta Confederación. Como en el caso guatemalteco, las Federaciones sindicalistas obreras le acabarían quitando fuerza a la Confederación.

31 Manuel Cobos Batres fue quien propuso a José Azmitia, Tácito Molina, Eduardo Camacho, Julio Bianchi y Emilio Escamilla la formación del Partido Unionista en 1919. Con el apoyo de muchos sectores, entre los que destacaron los estudiantes de la Universidad Estrada Cabrera y los obreros de la capital, quienes, dirigidos por Silverio Ortiz, fundaron el Comité Patriótico de Obreros. El nombre Unionista lo propuso Tácito Molina, para diferenciarlo tanto del Partido Liberal como del Conservador y reunir en sus filas a todos aquellos "hombres de buena voluntad, amantes de la libertad y la democracia y con el ideal de la unión centroamericana".

Cuadro 3. Composición de los trabajadores gremiales de la Liga Obrera Unionista. Fragmento de red

Actores	Profesión	Estatus	Responsabilidades
Ávila, J. Demetrio			
Caniz, Damián	Cobrista / hojalatero Redactor		Fundador *El Porvenir de los Obreros* y presidente 1913-1914 Redactor también de *La Abeja*, órgano de la sociedad obrera Fuerza y Acción. Redactor periódico *El Obrero Libre* (1920). Miembro de la directiva de la FOG (1928).
Castillo, Eusebio	Maestro zapatero	Dueño gran taller "Pan-americano"	Miembro de *El Porvenir de los Obreros.*
Estrada, J. Antonio	Maestro hojalatero	Autónomo	
González, Saturnino	Maestro carpintero	Autónomo	Miembro de *El Porvenir* y cofundador de la Unión Internacional de Trabajadores (1917).
Hernández C., Agustín	Maestro carpintero	Autónomo	Miembro de *El Porvenir de los Obreros,* presidente Liga Obrera Unionista (1921).
López, J. Antonio	Maestro carpintero Ferrocarrilero IRCA	Autónomo / dependiente	Miembro *El Porvenir de los Obreros*, miembro Comité huelga IRCA (1913), Tesorero Liga Obrera Unionista (1919), administrador de *El Obrero Libre,* (1920)
Ortiz Rivas, Silverio	Sastre	Artesano mixto	Fundador y presidente Liga Obrera Unionista. Director *El Obrero Libre* (1920) Fundador del Comité Patriótico de Obreros
Salazar, Bernabé	Maestro talabartero	autónomo	Presidente de *El Porvenir* (1903-04 y 1906-07)
Saucedo, Sabino			Presidente de *El Porvenir* (1919-20)
Rodríguez, Francisco			Firmante Acta Tres Dobleces

Fuente: Adaptado de Asociación de Investigación y Estudios Sociales [ASIES] (1991, pp. 79-81).

Liga Obrera se fue acercando al movimiento unionista. Los trabajadores populares de las ligas cantonales y departamentales desempeñaron un papel fundamental en la caída de Estrada Cabrera: el Club Unionista "Ciudad Estrada Cabrera" y la Liga del Cantón Barrios, fundados en enero de 1920, así como clubes unionistas por oficios como el Club Unionista de Ferrocarrileros, Panaderos, Artesanos, etcétera. La Liga Obrera Unionista nació en julio de 1919, bajo la dirección de Silverio Ortiz y otros obreros y artesanos de los oficios más variados, ninguno de los cuales, salvo Ortiz, se había afiliado nunca a ningún

gremio. “Este hecho nos parece importante: el inicio de la organización obrera antidictatorial de los trabajadores capitalinos no partía de la iniciativa de la dirigencia gremial” (ASIES, 1991, p. 78).

A continuación, se presenta una lista con algunos de los integrantes de la Liga Obrera Unionista (*El Unionista,* 25 de diciembre de 1919, p. 1). Algunos de estos trabajadores, como Eusebio Castillo y Saturnino González habían escrito la carta aduladora a los méritos de Estrada Cabrera en 1911. Cálix y Cumes no figuran en *El Unionista*.

1. Avila, J. Demetrio.
2. Cálix Herrera, Manuel.
3. Caniz, Damián.
4. Cumes, Antonio.
5. Deán Gálvez, Diego.
6. Estrada Mendoza, J. Alfredo.
7. Castillo, Eusebio.
8. Foronda, Rafael J.
9. González, O., Rafael.
10. González, Saturnino.
11. Hernández C., Agustín.
12. López L., José Antonio.
13. López M., Ernesto C.
14. Mejicanos, Alberto.
15. Ortiz, Juan H.
16. Ortiz, Silverio.
17. Rodríguez, Francisco.
18. Rojas, Tereso A.
19. Salazar, Bernabé.
20. Saucedo, Sabino A.
21. Tizón, Miguel.
22. Vega M., Teódulo.
23. Velázquez, Pioquinto J.

El hecho de que acabara integrándose como Liga Obrera Unionista, no estuvo exento de polémica. Algunos trabajadores –José Antonio

López– manifestaron su temor a ser manipulados y a que, una vez conseguidos los objetivos del movimiento unionista, los obreros pudieran ser desplazados o, a lo sumo, recompensados los más destacados con "algunos empleos gratuitos, como concejales en las municipalidades y en los departamentos" (Arévalo Martínez, 1998, p. 446). Entre quienes estaban a favor de la vinculación con el Partido Unionista, y lo sostuvieron con fuerza, figuraban Salazar, Caniz y González. Era una oportunidad y una necesidad –decían– la alianza entre capital y trabajo; un acto de amistad bíblica, aunque no eludían que hubiera cálculos interesados y desconfianzas recíprocas entre los promotores.[32] La votación a favor de la unión fue de veintiocho a favor y diez en contra. Se suscribió el Acta de Organización del Partido Unionista y la Liga Obrera (27 de julio de 1919) y se transformó en Liga Obrera Unionista cinco meses después. A pesar de la desconfianza inicial, estaban claras las prioridades de dicha alianza: derrocar a la dictadura y contribuir a la construcción de un orden más democrático y, por ello, se compartían los mismos ideales que los unionistas (Asociación de Investigación y Estudios Sociales [ASIES], 1991, p. 87).

La alianza con los obreros e intelectuales unionistas, socialistas y anarquistas, caído el dictador, empezó a resquebrajarse. Algunos de los hombres de acción –Alfredo Estrada Mendoza, Silverio Ortiz, Antonio Cumes, Manuel Cálix Herrera, entre otros– que habían pertenecido a las ligas obreras unionistas, iniciaron el proceso de distanciamiento del Partido Unionista en el poder y comenzaron a orientarse a otras organizaciones obreras, como la Unión Obrera, en las que militaban Estrada Mendoza, Cumes y Ortiz[33] –apunta Taracena (1989)– ante su resistencia a desarmarse, como les pedía el Partido Unionista, antes de que el gobierno unionista atendiera sus demandas.

A partir de 1922, desde estos espacios de sociabilidad, partió la fundación de la mayoría de las secciones comunistas en la región. Pronto se puso de manifiesto el desencuentro del ideal unionista con el de los dirigentes del Partido Comunista de América Central (creado entre 1923-1925), con presencia solo en tres países: Guatemala,

---

32 Firmas separadas por grupos; primero las de los intelectuales y luego las de los obreros, por si acaso.

33 La Unión Obrera estaba presidida por el maestro hojalatero Alfredo Estrada Mendoza, exmiembro de la Liga Obrera y uno de los firmantes del "Acta de los Tres Dobleces", acta fundacional del Partido Unionista (1919). El acto de fundación se realizó en un local situado en las afueras de la ciudad capital y participaron además de Julio Alberto Pinal, el zapatero Antonio Cumes dirigente de la sociedad "El Porvenir de los Obreros" e integrante de la Unificación Obrera Socialista; los carpinteros Luis Villagrán y Antonio Obando Sánchez; el panadero Luis Chiguichón (Taracena, 1989, p. 50-54).

El Salvador y Honduras (Melgar Bao, 2009). Las iniciativas obreras socialistas y reformistas nacían en Centroamérica con pocas perspectivas y en condiciones ideológicas adversas ya que, en los años 1927-1929, Guatemala y Honduras estaban más ocupados en dirimir la cuestión de sus respectivas fronteras que en los grandes debates ideológicos internacionales. Los problemas nacionales llevaron a muchos obreros incluso a retirarse de las organizaciones filocomunistas (Taracena, 1989, p. 50-54).

Se trataba de formaciones gremiales más que de partidos obreros propiamente dichos. La clase obrera como actor político apenas existía hasta finales de la década de 1930. Estaba presente en las plantaciones bananeras, realizó numerosas huelgas desde principios de siglo que fueron duramente reprimidas.

APRISMO

La vertiente regeneracionista que había bebido de las fuentes arielistas, como el unionismo y el aprismo, derivó hacia posiciones socialistas y reformistas. Divisiones posteriores fragmentaron también el aprismo, dirigiéndose algunos de sus miembros a integrar los partidos comunistas centroamericanos. Fueron José Vasconcelos en México, José Carlos Mariátegui en Perú y los panhispanistas y unionistas analizados quienes potenciaron el antiimperialismo de Víctor Raúl Haya de la Torre en Centroamérica. Desde México, donde se exilió en diversas ocasiones, a partir de 1923, a través de la red vasconceliana, los intelectuales de los espacios de sociabilidad estudiantiles de sus respectivos países se encargaron de difundir las revoluciones estudiantiles que, desde la de Córdoba de 1918, convertían a los estudiantes y a los jóvenes en sujetos históricos que impulsaran las reformas de un Estado educador, regenerador de la política y la educación.[34]

Turcios fue el eslabón entre el arielismo y el aprismo en Centroamérica, sobre todo entre 1927-1928, cuando intentaba encauzar la lucha de Sandino de lo militar hacia lo político. En ese momento Turcios se estaba desvinculando del pacifismo unionista y arremetió contra los miembros del Partido Unionista, porque perseguían unos intereses nacionalistas reformistas, menos trascendentes que los de Rodó, Haya de la Torre, Mariátegui, Ingenieros y Mella. Las exigencias de

34 González Alcides, Osmar (2012). En los primeros días de noviembre, el político peruano llegó a La Habana en donde conoció a Julio Antonio Mella, presidente de la Federación de Estudiantes de Cuba, quien afirmó que el peruano "es el sueño de Rodó hecho carne: Es Ariel". Nótese como todavía a inicios de los años veinte el arielismo influía en la nueva generación. A mediados de noviembre, estaba en México, se instaló provisionalmente en la casa de Gabriela Mistral.

estos autores se encaminaban a hacer resurgir la "Magna Patria" (de Rodó), o "Patria Grande", una nación indoamericana continental unida por la raza.

Sus dos objetivos: que el sandinismo derivara en partido político popular y formar un estado continental latinoamericano, impedirían –según Turcios– ser fagocitados por los imperialistas. Desviar la atención y la acción de estos dos frentes significaba, por lo tanto, ceder a los imperialistas estadounidenses que estaban empeñados en "atizar esa hoguera centroamericana" (Sandino, 1984, p. 160). De ahí que animara a los estudiantes y hombres de acción centroamericanos, por un lado, a que se integraran en la Alianza Popular Revolucionaria Americana [APRA] y, por el otro, a Sandino a que abandonara las armas y buscara una salida negociada con Estados Unidos. En el proceso, su ejército se podía transformar en un partido político (Funes, 2007).

Los unionistas mantuvieron buenas relaciones con Haya de la Torre, quien realizó frecuentes viajes a las distintas repúblicas, desde su sede provisional mexicana, donde inició el proceso de suscripciones entre los intelectuales de la Generación del 20 y los estudiantes de la Universidad central y popular.

En el periodo estudiado entre la Alianza Popular Revolucionaria Americana fundada por Víctor Raúl Haya de la Torre en México y el Partido Unionista de Centroamérica por Salvador Mendieta (Melgar Bao, 2005) se podían establecer algunas afinidades:

- El hecho de que sus autores retrotraigan las fechas de fundación de sus respectivos partidos. Melgar Bao hablaba de los "orígenes inventados" del APRA,[35] que probablemente se podría atribuir también al PUCA de 1899.
- Su iniciación como movimientos sociales y su transformación posterior en partidos políticos.
- Su proyecto político de carácter supranacional: el primero perseguía la creación de la nación indoamericana y el segundo la nación centroamericana.
- Un marcado signo regenerador, pluralista y antiimperialista, cuyos referentes comunes son Vasconcelos, Martí, Darío y

35 Estos líderes difunden la noticia del momento de creación un tanto distorsionada: Haya de la Torre informa en 1926 y Mendieta en 1928 que sus respectivos partidos los habían fundado en 1924 y 1899, respectivamente. Cuando el primero en *The Labour Monthly* publica el famoso artículo "What's the APRA?" difunde el programa máximo del aprismo y que sería tan criticado por los comunistas de la Tercera Internacional, especialmente por su antiguo amigo, el cubano Julio Antonio Mella (Gonzales, 2019).

> Gabriela Mistral, y que les facilitaros su red intelectual, política y espiritual.

La pluralidad ideológica en la unión antiimperialista fue una estrategia que se mantuvo, mientras el comunismo no presionó para que las alianzas políticas interclasistas se trasformaran en frentes únicos proletarios internacionales o en partidos políticos obreros. Entonces Haya de la Torre romperá con Mariátegui y los partidos comunistas peruanos y los Unionistas con algunos de sus miembros que se incorporaron el incipiente Partido Comunista Centroamericano (de 1923 en adelante). Otros se adscribieron también al partido aprista.

La obra *El antiimperialismo y el APRA* (1926) de Víctor Raúl Haya de la Torre generó una de las corrientes del antiimperialismo continental más importantes de América Latina. Lo ha estudiado Melgar Bao (2003), ya sea desde la perspectiva de trabajo conjunto realizado por apristas y comunistas en las ligas antiimperialistas, como cada uno por separado (Ricardo Melgar Bao, 2003), pero vinculados a otros espacios sociales y culturales.

Sin embargo, la trayectoria del APRA como partido fue más sólida y duradera que la del Partido Unionista, a pesar de las escisiones y los conflictos propios de estas organizaciones políticas. En cambio, desde el principio el PUCA no tuvo vocación de permanencia. Este se empezó a desintegrar con los ataques que recibió del incipiente movimiento obrero centroamericano, pero sobre todo con las dictaduras que a partir de 1930 ocuparon el espacio político, como repúblicas subalternas del imperialismo estadounidense.

Otras diferencias se referían al contenido de los proyectos políticos del APRA y el PUCA. En primer lugar, a los elementos raciales y la función del partido en conformar la nación indoamericana. En el APRA están más marcados los aspectos étnicos que los culturales del PUCA. Como sostenían Martí, Mella y otros anticolonialistas, la Indoamérica aprista se erigiría sobre el mestizaje, sobre la raza cósmica de Vasconcelos. El porvenir continental era obra de dos razas y no de una, ni tampoco era patrimonio exclusivo de la propuesta panamericana, dijo Haya de la Torre (1926). Se construiría, más bien, con un ideario político autóctono, no imitando los idearios europeos. El componente racial impregna el antiimperialismo y la solidaridad interracial aprista, concebida como "fraternidad" continental, como un eslabón de la fraternidad humana, que exige la formación de una conciencia continental y su extensión al funcionamiento de las democracias continentales.[36]

---

36 El ideal indoamericano se difunde en las columnas de *Studium, Amauta* y *Repertorio Americano* como la unión continental antiimperialista. Los unionistas en

En segundo lugar, en este momento se estaba produciendo la creación de los partidos comunistas en Centroamérica e iniciaban las rupturas entre socialistas y partidarios de otras ideologías que, hasta ese momento, habían caminado juntas. Los centroamericanos se interesaron por estas ideologías y se adscribieron a lo que Michel Löwy (2007), en *Historia del marxismo en América Latina*, define las dos tendencias diferentes y contrapuestas: el eurocentrismo y el "excepcionalismo" latinoamericano, representados por José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, respectivamente. A la tendencia excepcionalista también adscribió el unionismo centroamericano por sus peculiaridades raciales, territoriales y geoestratégicas. Particulares eran las dos Américas, la imperialista y la indoamericana, no solo en relación con Europa sino, sobre todo, entre ellas, por distintas razones, como por ejemplo por las desigualdades en relación con la población, a las relaciones de poder y a la organización política y social. Jacinto López (1922) señala estos elementos y añade:

> Dos Américas, la América débil y la América fuerte, víctima de continuo la una de la otra; y profunda e irremediablemente separadas por el abismo que medió siempre entre el fuerte y el débil. En el mundo internacional como en el animal, el fuerte oprime al débil y lo despoja y concluye por devorarlo. El débil en cambio teme y aborrece al fuerte, porque lo priva de su libertad, de su parte de sol y conspira contra su existencia. Cualesquiera que sean las relaciones formales entre uno y otro, no importa cuán corrientes y aun cordiales, por mucho que se haga por disfrazar lo inevitable, jamás habrá ni podrá haber verdadera paz ni verdadera amistad en tales relaciones (pp. 15-18).[37]

Muchos autores latinoamericanos se rebelaron contra las miradas eurocéntricas del marxismo, hegemónicas en la II Internacional reformista y la III Internacional estalinizada, y lo hicieron porque sustituyeron el estudio de las formaciones económico sociales concretas –latinoamericanas o centroamericanas– por la aplicación de categorías analíticas abstractas a una realidad que no era la propia, por lo que resultaba casi imposible realizar un análisis de coyuntura adecuado que permitiera una intervención en la lucha de clases en términos estratégicos (Rojas y Shimenny, 2018). A finales de la década de 1920 se

---

Ariel, *El Quetzal Ilustrado*, *El Comercio Unionista* y *El Unionista* y también en *Studium y Repertorio Americano.*

37 Jacinto López es un conocido antiimperialista. En la Revista *Ariel,* número 34 (30 de octubre de 1926, Tegucigalpa), se cita la posición antiimperialista de este autor. También en artículos anteriores de esta revista apela a la opinión pública mundial a condenar la política criminal estadounidense en Nicaragua, en Panamá y en Centroamérica durante las dos primeras décadas del siglo XX.

producía la ruptura entre estas dos perspectivas ideológicas peruanas sobre el imperialismo, estas dos miradas sobre una misma y compleja realidad. Haya de la Torre y Mariátegui pugnaban por crear partidos políticos que obedecieran a las doctrinas presentes en ese momento en esos dos espacios –Indoamérica y Europa– con situaciones políticas, económicas y culturales, y con propuestas políticas nacionales diferentes (Hernández, 1925). Como en el caso latinoamericano, estos debates entre apristas y marxistas alcanzaron a todos los partidos centroamericanos y su separación se replicó en el seno del Partido Unionista, donde las corrientes socialistas, anarquistas y humanistas, que comenzaban a apoyar el socialismo aprista, acabaron rompiendo con sus redes unionistas, rupturas producidas por los giros de la vida política en los escenarios transfronterizos en que se movían estos activistas.

En tercer lugar, ante la penetración del marxismo, las reacciones fueron diversas. Lo que resultó determinante para Haya de la Torre fue el papel hegemónico que pretendía desempeñar una doctrina ajena a la realidad Indoamericana, que estaba situada en Europa y se había concebido para Europa. Haya de la Torre estaba interesado en independizar la doctrina aprista contra el imperialismo de la marxista y trascenderla. Los pasos por los que habían de transitar los pueblos para llegar a la dictadura del proletariado podían ser apropiados para la Revolución Rusa de 1917¸ pero no lo eran ni para Indoamérica (Rojas y Shimenny, 2018) ni tampoco para el México revolucionario.

Así mientras Haya de la Torre creaba el APRA como partido líder del antiimperialismo, rompió primero con Mariátegui y luego con Julio Antonio Mella.[38] A pesar de que también a él lo persiguió la fama de comunista (Melgar Bao, 2005), a Mariátegui y a Mella se los acusaba de darle un color excesivamente ideológico-político al antiimperialismo, hasta el punto de hacer pensar que, tras su lucha contra la explotación se celaba otro imperialismo de análogos objetivos: el soviético.

---

38 Mella en 1925 creaba la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas. Siendo también uno de los primeros fundadores del Partido Comunista Cubano, en *Nuevo Diario* en 1927, no se dudaba de la filiación soviética cuando se informaba sobre la fundación en México de la Liga Antiimperialista de las Américas [LADLA], probablemente para tomar posición en el debate que se estaba produciendo en ese momento en América Latina entre las distintas Ligas Antiimperialistas, a resultas de lo cual se iban a separar los apristas de los marxistas. Pero "el aprismo cargaba a pesar suyo el estigma oficial de ser comunista, el cual le endilgó el gobierno de Leguía, a partir de 1927 hasta su caída en agosto de 1930, que fue retomado por Sánchez Cerro, de 1931 hasta su muerte por acción aprista en 1933, y que Benavides relanzó hacia mediados de 1934 hasta el fin de su gobierno. Así el comunismo devino en nueva espina en el flanco izquierdo del APRA dentro y fuera del Perú (Melgar Bao, 2005).

De ahí que el APRA criticara también a la Liga Antiimperialista de las Américas [LADLA], porque luchaban contra el expansionismo norteamericano, pero no contra el soviético, que trataba de unir a las naciones periféricas para dominarlas. Estas Ligas le hacían el juego al poder y luchaban por la hegemonía de las potencias occidentales que las potenciaban. El antiimperialismo impulsado por el Comintern, era entonces, en la idea de los apristas, una manipulación soviética para extender el socialismo al resto del mundo, a través de los partidos comunistas presentes en estos territorios como órganos de transmisión ideológica: "Tiene en su abono la versión del antiimperialismo clásico de las naciones capitalistas, para desenvolver con mayor eficacia su propio idealismo" (*Nuestro Diario*, 26 de febrero 1927, pp. 3-6). Por ello, los apristas negaban la autoctonía de este antiimperialismo que suponía volver a imitar modelos foráneos. No renegaban completamente de los antiimperialistas que de forma espontánea y en buena fe se habían unido en América Latina en estas Ligas Antiimperialistas para defender la soberanía nacional:

> El antiimperialismo que surgió en el nuevo mundo bajo la denominación de la Liga Anti-Imperialista de las Américas es de origen comunista, aunque su poder es más ficticio que real. A su respecto hay que hacer el distingo de las agrupaciones que muy recientemente se han formado con motivo de ciertas maniobras del Departamento de Estado. Aquí ha sido un sentimiento sincero de preocupación patriótica la que ha motivado a compactaciones de elementos que de todo tienen menos de comunistas. Sin embargo, para que el antiimperialismo sano, desprovisto de toda intención, alcanzara mejor su objetivo, sería preciso que la buena fe de los que en él militan no fuera sorprendida o eclipsada para el logro de propósitos distintos. Está visto, y sobre todo en nuestros países, que cuando las causas nobles se toman de pretexto para satisfacer otra clase de ambiciones la buena causa acaba por desacreditarse y por sufrir perjuicio. Ante la necesidad de defensa de la soberanía nacional, habría de desaparecer todos los rencores mezquinos (*Nuestro Diario*, 26 de febrero 1927, p. 6).

Al propósito que se refiere *Nuestro Diario* colaboraron las actuaciones de los unionistas, panhispanistas y apristas que, desde México a Centroamérica, habían difundido intelectual y militarmente la reacción contra las tensiones y las invasiones que generaba el imperialismo estadounidense en la región e impedía desarrollar los proyectos regionales o continentales en los que llevaban elaborando hacía tiempo.

CONCLUSIONES

Los proyectos decimonónicos de unión federal, centroamericana y continental, se inspiraron en el hermanamiento de los pueblos latinos o indoamericanos del arielismo, el unionismo y el aprismo, que tienen

en el americanismo y en el indigenismo los instrumentos para lograr la autonomía política, económica y cultural.

La influencia de la Revolución mexicana y la resistencia sandinista apostaron por la raza y la idiosincrasia propias, como caras de la nueva América, en cuya actuación desempeñó un papel fundamental el antiimperialismo unionista o panhispanista.

Como expresión política del ideario de lo propio frente a lo ajeno de los imperialismos, la acción política y cultural se llevó a cabo en tres frentes: el nicaragüense, el centroamericanista y el indoamericano o panhispanista. En torno a ellos se constituyeron los respectivos fragmentos de red antiimperialistas.

Los intelectuales analizados articularon el discurso antiimperialista separando los intereses de los gobernantes de los de los pueblos, poniendo el énfasis en unos aspectos que cobrarán gran relevancia posteriormente, en el periodo de entreguerras y en el momento del surgimiento del sistema interamericano, tras la II Guerra Mundial, con el inicio de la Guerra Fría.

Los intelectuales centroamericanos que sirvieron de nexo de unión de los proyectos identitarios nacionales o regionales fueron Salvador Mendieta, José Vasconcelos, Froylán Turcios, García Monge, Máximo Soto Hall y Alberto Masferrer.

La animadversión del antiimperialismo unionista se dirigía a los gobernantes estadounidenses y a las oligarquías nacionales que lo apoyaban, pero en ningún caso contra el pueblo norteamericano. Además, el unionismo era la obra de los unionistas en la tierra de los unionistas y no en otra, aunque esa tierra fuere la de la libertad y el dólar.

En el unionismo, el antiimperialismo desempeñó una importante función política y cultural, como respuesta a la definición del carácter nacional de los pueblos, su fisonomía colectiva y su esencia étnica, con lo que pretendió rediseñar su posición en el orden mundial. Este proyecto era integrador de la gran diversidad de ideologías presentes en un territorio reducido como era Centroamérica.

Resulta interesante destacar que dos años antes del estallido del *crack* de 1929, ya se escribía en Centroamérica sobre la decadencia del imperialismo estadounidense, así como se cuestionaba las intenciones liberadoras de los comunismos incipientes.

El distanciamiento entre los partidos unionista, apristas y comunistas se debía a que cada partido centraba la atención en los problemas de sus respectivos países; algunos de ellos, como los dos primeros, podían ser convergentes, en cuanto a los planteamientos indoamericanos o unionistas, pero divergían del tercero, que pretendía aplicar categorías abstractas pensadas para realidades diferentes.

En el periodo analizado, la lucha sandinista construyó un amplio frente común y esperanzador de la resistencia contra el ataque del imperialismo norteamericano en un país. En reiteradas ocasiones, a lo largo del siglo XX y XXI, este país ha sido objeto de reflexión en Occidente a causa de los reiterados ataques imperialistas contra el mismo.

La labor pedagógica de la prensa, los ensayos y folletos analizados reflejan la lucha contra la ignorancia llevada a cabo por todos los medios para que los pueblos subalternos y dominantes se rebelaran contra los intereses económicos, militares financiaron y culturales hegemónicos de los imperialismos, en lucha por disputar la hegemonía, en el continente indoamericano.

ANEXO

Principales publicaciones antiimperialistas de los fragmentos de red unionista y panhispanista / indoamericana

Autor	Título y año de publicación	País
Arévalo Martínez, Rafael (1884-1975)	*La Oficina de Paz de Orolandia (novela del imperialismo yanqui),* 1925	Guatemala
Arévalo, Juan José (1904-1990)	*Guatemala, la democracia y el imperio,* 1954	Guatemala
Asturias, Miguel Ángel (1899-1974)	*Week-end en Guatemala,* 1955	Guatemala
Bonilla, Abelardo (1899-1969)	*Crisis del humanismo,* 1934 *Conocimiento, verdad y belleza*, 1958 *En los caminos de la unidad centroamericana*, 1977	Costa Rica
Darío, Rubén (1867-1916)	*A Roosevelt*, 1907 *A Colón*, 1907 *Raza*, 1909 *Salutación optimista*, 1909 *La novela nueva*, 1897	Nicaragua
Fallas, Carlos Luis (1909-1966)	*Mamita Yunai,* 1941	Costa Rica
Herrera, Flavio (1895-1968)	*Hacia el milagro hispanoamericano,* 1934	Guatemala
Martí, José (1853-1895)	*Nuestra América* 1891 *La Edad de Oro,* 1892	Cuba
Mendieta, Salvador (1874-1958)	*Alrededor de problema unionista de Centroamérica*, 1934 *La enfermedad de Centroamérica*, 1934	Nicaragua
Merlos, Salvador R. (1890-1965)	*Los males de la raza,* 1914 *La unión política centroamericana,* 1914 *La situación de Centroamérica ante los principios de derecho internacional* *América Latina ante el peligro,* 1914	El Salvador

Autor	Título y año de publicación	País
Rodríguez Beteta, Virgilio (1885-1967)	*La mentalidad colonial: ideologías de la independencia, doctrinas políticas y económico-sociales,* 1926 *No es guerra de hermanos sino de bananos. Como evité la guerra en Centroamérica en 1928* *Trascendencia Nacional e Internacional de la guerra de Centroamérica contra Walker y sus Filibusteros. Editorial del Ejército,* 1960	Guatemala
Sáenz Rojas, Vicente (1896-1963)	*La Actitud del Gobierno de Washington hacia las Repúblicas Centroamericanas*, 1919 *Traidores y déspotas de Centroamérica*, 1913 *Norteamericanización de Centroamérica*, 1925 *El canal de Nicaragua,* 1929 *Rompiendo cadenas,* 1933	Costa Rica
Salvatierra, Sofonías (1882-1964)	*Sandino o la tragedia de un pueblo*, 1934	Nicaragua
Sandino, Augusto C. (1893-1934)	*A los nicaragüenses centroamericanos*, 1927	Nicaragua
Soto Hall, Máximo (1871-1944)	*El problema*, 1899 *La sombra de la Casa Blanca*, 1927 *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*, 1928	Guatemala
Turcios Ramírez, Salvador (1880-1973)	*Al margen del imperialismo yanqui*, 1910, 1917 *El prócer Dr. José Matías Delgado*, 1916 *Apuntes biográficos*, 1926 *Conociendo la historia patria,* 1942 *En el país de las paradojas*	Honduras
Turcios, Froylán (1874-1943)	*Revista Hispano-américa*, 1922 *Revista Ariel*, 1925 *Acción Cívica,* 1926	Honduras
Vasconcelos, José (1882-1959)	*La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana,* 1925 *Bolivarismo y Monroísmo: temas americanos*, 1934	México
Velásquez, Alberto (1891-1968)	*Yo busqué a Dios en Walt Street*	Guatemala

Fuente: Elaboración propia

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Piedra, R. (2005). La guerra centroamericana contra los filibusteros en 1856-1857: una aproximación a las fuentes bibliográficas y documentales. *Revista Historia*, 51-52 y 463-528.

Alonso, A. (2016). Prólogo. De Calibán a Martí. En Roberto Fernández Retamar (Ed.), *Pensamiento anticolonial de Nuestra América* (pp. 13-22). Buenos Aires: CLACSO.

Arévalo Martínez, R. (1982). *Ecce Pericles. La tiranía de M.E. Cabrera*. San José de Costa Rica: Educa.

Asociación de Investigación y Estudios Sociales (1991). *Más de 100 años de movimiento obrero urbano en Guatemala*. Guatemala: ASIES.

Bairati, P. (1975). *I profeti dell'impero americano. Dal periodo coloniale ai nostri giorni.* Turín: Einaudi.

Bauer Avilés, C. (12 de septiembre de 1925). La importancia del factor económico en la regeneración de Centroamérica. *Vida, 1*(1), 8-11.

Bobbio, N. (1984). *Estado, gobierno y sociedad*. México: FCE.

Bobbio, N. (1994). *Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione política*. Roma: Donzelli.

Casaús Arzú, M. E. (2012). *El libro de la vida de Alberto Masferrer y otros escritos vitalistas*. [Edición crítica de la obra teosófico-vitalista (1927-1932)]. Guatemala: FyG Editores.

Casaús Arzú, M. E. (2005). La creación de nuevos espacios públicos a principios del siglo XX: la influencia de las redes intelectuales teosóficas en la opinión pública centroamericana (1920-1930). En M. E. Casaús Arzú y T. García Giráldez (Eds.), *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)* (pp. 123-197). Guatemala: FyG Editores.

Casaús Arzú, M. (2002). La creación de nuevos espacios públicos en Centroamérica a principios del siglo XX: la influencia de las redes teosóficas en la opinión pública centroamericana. *Universum*, *17*, 297-332.

Darío, R. (1898 / 2003). *El triunfo de Calibán*. Recuperado de http://www.biblioteca.org.ar/libros/155.pdf.

Deras, R. (2013). Una mirada al antiimperialismo latinoamericano desde la invasión norteamericana en Nicaragua y la fundación de la Liga Antiimperialista de San Salvador (1926-1927). *Realidad 136*, 201-328.

Devés Valdés, E. (2000). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. Buenos Aires: Editorial Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Fernández de Cano, J. R. (s. f.). *Santiago Argüello (1871-1940)*. Recuperado de: http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=arguello-santiago.

Fernández Retamar, R. (2016). *Pensamiento anticolonial de Nuestra América*. Buenos Aires: CLACSO.

Fiske, J. (1875). Manifest Destiny. *Harper's Magazine, 70*, 578-590.

Fletes Sáez, C. (6 de enero 1927). América Latina y Estados Unidos. La Intervención. *El Imparcial*.

Fuentes Oliva, R. (2007). *El proyecto social y político durante el gobierno de Lázaro Chacón a través del estudio de un fragmento de redes sociales*. Guatemala: USAC. Recuperado de http://biblioteca.usac.edu.gt/tesis/14/14_0405.pdf.

Fumero, P. (2015). El sueño de las Provincias Unidas de Centroamérica en la víspera del centenario de la Independencia. La Conferencia de San José, Costa Rica, diciembre de 1920-enero de 1921. *Revista Estudios*, (2), 311-318.

Funes, J. A. (2006). *Froylán Turcios y el modernismo en Honduras*. Tegucigalpa: Banco Central de Honduras.

Funes, J. A. (2010). Froylán Turcios y la campaña a favor de Sandino en la revista *Ariel* (1925-1928). *Cuadernos Americanos*, *133*, 181-208.

García Giráldez T. (abril-junio, 2008). Imperialismo-antiimperialismo en el unionismo centroamericano, 1900-1930. *Cuadernos Americanos*. *Nueva Época*, *124*, 157-180.

García Giráldez, T. (2005). La patria grande centroamericana: la elaboración del proyecto nacional por las redes unionistas. En M. E. Casaús Arzú y T. García Giráldez (Eds.), *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)* (pp. 123-197). Guatemala: FyG Editores.

García Giráldez, T. (2010). El concepto unionismo y los significados compartidos entre los intelectuales centroamericanos. En M. E. Casaús Arzú (Coord.), *El lenguaje de los ismos: Algunos conceptos vertebradores de la modernidad en América Latina* (pp. 203-248). Guatemala: FyG Editores.

Gramsci, A. (1995). *Cuadernos de la Cárcel*. México: Ediciones Era.

Gonzales, O. (2019). Las cartas de Haya de la Torre a Carlos Pellicer: Un revolucionario peruano le escribe a un poeta mexicano. Pacarina del Sur. Recuperado de: http://www.pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/611-las-cartas-de-haya-de-la-torre-a-carlos-pellicer-un-revolucionario-pdf.

Guardiola, E. (15 de julio de 1925). Los peores enemigos de la patria. *Ariel*, *14*, 322.

Haya de la Torre, V. R. (1926 / 2010). *El antiimperialismo y el APRA*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Haya de la Torre, V. R. (mayo, 1927). El papel de las clases medias en la lucha por la independencia económica de América Latina. *Amauta, 9*.

Hernández, A. G. (30 de marzo 1925). Nuevas tendencias que los tiempos nuevos señalan a la educación, *Ariel, 2*, 33-35.

Hobson, J. A. (1902). *Imperialism. A study*. Londres: MacMillan.

Horsman, R. (1985). *La raza y el Destino Manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*. México: FCE.

Ingenieros, J. (1923). La farsa panamericana de Santiago. En D. Viñas y J. Ingenieros, *Antología de textos* (pp. 121-123). Rosario: Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.

Ingenieros, J. (febrero-mayo, 1923). Por la Unión Latino-Americana. Discurso por el eminente pensador argentino, Doctor José Ingenieros, con motivo del banquete ofrecido en Buenos Aires, al ministro mexicano, Licenciado José Vasconcelos. *Studium*, 42-45.

Ingenieros, José (15 de mayo de 1925). Mensaje de Abd-El-Krim a los pueblos de la América Latina en la revista. *Ariel, 10*, 297.

Instituto de Estudios del Sandinismo (1985). *El sandinismo. Documentos básicos*. 2a ed. Managua: Nueva Nicaragua.

Instituto Nicaragüense de Cultura [INC] (1997). *Diccionario de escritores centroamericanos*. Managua: Instituto Nicaragüense de Cultura.

Kersffeld, D. (2012). *Contra el imperio: Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas.* México: Siglo XXI.

Kipling, R. (1902). *The jungle books*. Londres: MacMillan.

Kit, W. (1993). The Unionist Experiment in Guatemala, 1920-1921: Conciliation, Desintegration, and the Liberal Junta. *The Americas, 1*(1), 31-64.

Liffourrena, D. G. (s. f.). *La revista Claridad (1926-1941). Un alegato social de entreguerras desde la óptica de izquierda*. Buenos Aires: Editorial Autores de Argentina. Recuperado de http://www.ahira.com.ar/wp-content/uploads/2018/09/Liffourrena-La-revista-Claridad.pdf

López, J. (junio-julio de 1922). El ideal del panamericanismo, *Studium, 10*, 15-18.

López, J. (30 de octubre de 1926). *Repertorio Americano*, *13*, 7.

López, J. (30 de octubre de 1926). *Revista Ariel*, 34.

López, J. (15 de agosto de 1931). *Repertorio Americano, 23*, 7.

Löwy, M. (2007). *Historia del marxismo en América Latina.* Santiago: LOM Ediciones.

Marroquín Rojas, C. (1929). *Historia del movimiento unionista*. Barcelona: Talleres gráficos.

Melgar Bao, R. (2003). Redes, prácticas y representaciones del exilio aprista en México: 1934-1940. *México: El Colegio de México*. Recuperado de: https://shial.colmex.mx/textos/RicardoMelgar2003.pdf.

Melgar Bao, R. (2005). Redes y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México (1923-1924). En M. E. Casaús Arzú y M. Perez Ledesma. *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina, 1890-1940* (pp. 65-106). Madrid: uam.

Melgar Bao, R. (2007). Una cultura política en formación. Los cominternistas centroamericanos. En E. Concheiro Bórquez, M. Modonesi y H. Crespo (Eds.), *El comunismo: otras miradas de América Latina* (pp. 385-421). México: UNAM.

Melgar Bao, R. (2009). Cominternismo intelectual: representaciones, redes y prácticas político-culturales en América Central, 1921-1933. *Revista Complutense de Historia de América*, *35*, 135-159.

Menjívar, R. (1987). *Formación y lucha del proletariado industrial salvadoreño*. San Salvador: uca Editores.

Mella, J. A. (junio-julio, 1930). La lucha revolucionaria contra el imperialismo ¿qué es el APRA? *Amauta*, 31.

Mena Segarra, E. (2000). *El Uruguay en el que se escribió el Ariel. Arielismo y Latinoamericanismo*. Recuperado de: http://www.cervantesvirtual.com.

Mendieta, S, (1928). Sinopsis de los acontecimientos políticos de Nicaragua en relación con el imperialismo nicaragüense. En Soto Hall, M. (Ed.), *Nicaragua y el Imperialismo norteamericano* (pp. 61-82). Buenos Aires: Editorial Artes y Letras.

Mendieta, S. (1934a). *Alrededor del Problema Unionista de Centro-América. Mundialidad del problema*. Barcelona: Tip. Maucci.

Mendieta, S. (1934b*). La enfermedad de Centro América. Descripción del sujeto*. Barcelona: Tip. Maucci.

Mendieta, S. (1934c). *Alrededor del problema del unionismo. El unionismo en la política transaccionista de Nicaragua*. Barcelona: Tip. Maucci.

Mendieta, S. (1934d). *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico y orígenes de la dolencia*. Barcelona: Tipografía Maucci.

Mendieta, S. (1934e). *La enfermedad de Centro América. Terapeútica*. Barcelona: Tipografía Maucci.

Mendieta, S. (1903). *Páginas de unión*. León: Imprenta Gurdián.

Mendieta, S. (1905). *La nacionalidad y el Partido Unionista Centroamericano*. San José: Imprenta Alsina.

Mérida González, K. A. (2003). *El periodismo escrito en la Ciudad de Guatemala durante los años 1900-1925*. Guatemala: Facultad de Humanidades, Universidad de San Carlos de Guatemala.

Methol Ferré, A. (2000). *De Rodó a Mercosur. Arielismo y Latinoamericanismo*. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com.

Mistral, G. (1999). La tierra tiene la actitud de una mujer. En E. Guajaldo (Ed.), *De Gabriela Mistral a Juan Orts Gonzalez* (pp. 59-62). Chile: RIL editores.

Nuestro Diario (26 de febrero de 1927). *Los dos aspectos del movimiento imperialista*, 3- 6.

Oliva Medina, M. (2017). Vicente Sáenz: biografía intelectual y política de un americano desconocido. *Cuadernos Americanos*, *160*(2), 63-76.

González, J. (1932). *El destino de los pueblos ibéricos*. Madrid: Librería Nacional y Extranjera.

Pakkasvirta, J. (1997). *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica.

Quesada Soto, Á. (septiembre-octubre 1984). El problema, primera novela antiimperialista. *Aportes*, *21*, 32-34.

Quesada Monge, R. (1998). *Recuerdos del imperio. Los ingleses en América Central. 1850-1915*. Heredia: EUNA.

Quintana, J. E. (1971). *La historia de la Generación del 20*. Guatemala: Tipografía Nacional.

Ramírez Díaz J. M. (30 de septiembre de 1925). Marco Aurelio Soto se pronuncia en contra de los empréstitos en Hispanoamérica. *Ariel*, *14*, 326.

Rodó, J. E. (1913). *Bolívar. El mirador de Próspero*. Montevideo: José María Serrano Editor.

Rodó, J. E. (30 de marzo de 1925). El mirador de Próspero. Discurso de Rodó ante los restos de Juan Carlos Gómez el 8 de octubre de 1905. *Ariel*, 30.

Rodríguez Beteta, V. (1926). *La mentalidad colonial: ideologías de la independencia, doctrinas políticas y económico-sociales*. París: París-América.

Rodríguez Beteta, V. (1930). *Discurso pronunciado el 2 de abril de 1930. El Partido liberal unificado ante la tumba de Barrios*. Guatemala: Tipografía nacional.

Rodríguez Beteta, V. (1965). *Trascendencia nacional e internacional de la guerra de Centroamérica contra Walker y sus filibusteros*. 7a ed. Guatemala: Editorial del Ejército.

Rodríguez Beteta, V. (1980). *No es guerra de hermanos sino una guerra de bananos. Como evité la guerra en Centroamérica en 1928*. 2a ed. Guatemala: José Pineda Ibarra.

Rojas, G. y Shimenny Araujo, W. (2018). Análisis de coyuntura y crisis orgánica. *BORDES*, *2*(5), 97-102.

Rojas, R. (2000). Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98. *Historia Mexicana, 49*(4).

Ruiz Morales, S. (28 y 30 de marzo 1925). *Ariel*, 2.

Sáenz Rojas, V. (1929). *El canal de Nicaragua*. México: Talleres Michoacán.

Sáenz Rojas, V. (1913). *Traidores y déspotas de Centroamérica*. San José: EDUPUC.

Saénz Rojas, V. (1925). *Norteamericanización de Centroamérica.* San José: Talleres de La Opinión.

Salvatierra, S. (1934). *Sandino o la tragedia de un pueblo*. Madrid: Espasa Calpe.

Sandino, A. C. (15 de enero de 1928). Carta a Froylán Turcios. *Ariel, 58*, 1262.

Sandino, A. C. (1984). *Pensamiento vivo*. Managua: Nueva Nicaragua.

Sandino, A.C. (1981). *El pensamiento vivo*. Managua: Nueva Nicaragua.

Silva H., M. (2012). Salvador Mendieta y la Unión Centroamericana. En A. Pita y C. Marichal (Eds.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de la historia intelectual latinoamericana* (pp. 125-157). México: El Colegio de México.

Soto Hall, M. (1928). *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*. Buenos Aires: Artes y Letras Editorial.

Soto Hall, M. (1927). *La sombra de la Casa Blanca*. Buenos Aires: El Ateneo, Librería científica y literaria.

Soto Hall, M. (1911). *El Problema*. 5ª reproducción . Guatemala: Tipografía La Unión. (Original publicado en 1899).

Taracena, A. (1989). El primer Partido Comunista de Guatemala (1922-1923). Diez años de una historia olvidada. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, *15*(1), 49-63.

Turcios, F. (20 de enero de 1912). Patria. Fragmento del discurso pronunciado. Nuevo Tiempo. En Marvin Barahona, *Honduras en el siglo XX. Una síntesis histórica* (p. 81)- Tegucigalpa: Gaymuras.

Turcios, F. (30 de agosto de 1925). Nuestra situación Política. *Ariel, 12*, 1.

Turcios, F. y Martínez Galindo, A. (30 de junio de 1925). ¡Palabras del senador Birah sobre el cambio en la política de Usa! *Ariel*, 8.

Tulchin, J. A. (1990). *La Argentina y los Estados Unidos. Historia de una desconfianza*. Buenos Aires: Planeta.

Vasconcelos, J. (1934). *Bolivarismo y Monroísmo: temas americanos*. Santiago de Chile: Ercilla.

Vasconcelos, J. (1 de enero, 1926). Palabras de un hispanófilo. *Pro patria, Semanario popular de actualidad,* 14.

Vasconcelos, J. (1925). *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*. Madrid: Agencia Mundial de Librería.

Wünderich, V. (1995a). El nacionalismo y el espiritualismo de Augusto C. Sandino en su tiempo. En M. Vannini (Ed.), *Encuentros con la historia* (pp. 281-282). Managua: Instituto de Historia de Nicaragua, UCA.

Wünderich, V. (1995b). *Sandino: una biografía política*. Managua: Nueva Nicaragua.

Zwick, Jim (2003). *Anti-imperialism in the United States, 1898-1935*. Recuperado de: http://www. accinet.net/fjzwick/ail 98-35.html.

EL ANTIIMPERIALISMO ESPIRITUALISTA DE ALBERTO MASFERRER

Marta Elena Casaús Arzú

EL UNIONISMO. LA VISIÓN CONTINENTAL DE "NUESTRA AMÉRICA", EL HOMBRE NUEVO Y EL ANTIIMPERIALISMO DE ALBERTO MASFERRER Y DE AUGUSTO CÉSAR SANDINO

La filiación unionista y federalista de Masferrer ha sido puesta de relieve por algunos de sus prologuistas –como Morán, Miranda, Geoffroy Rivas–, pero pocos autores han abordado el unionismo centroamericano con mayor profundidad que Teresa García Giráldez, para quien el unionismo es algo más que un partido político federal y centroamericano: es, a la vez, un movimiento social y un sistema de gobierno federal que estaba conformado por un conjunto de intelectuales de diferentes ideologías y sensibilidades:

> Entre los intelectuales unionistas hay idealistas y pragmáticos, positivistas, socialistas utópicos y libertarios, liberales y masones –Salvador Mendieta, Joaquín Rodas, Marciano Castillo, Aniceto Zamora– algunos de los cuales son, además, teósofos y espiritualistas –Alberto Masferrer, Salvador Mendieta, Joaquín Rodas, Carlos Wyld Ospina; algunos pertenecen a la red antiimperialista cuyas figuras emblemáticas son Augusto C. Sandino, Froylán Turcios, Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén, Rogelio Fernández Güell– porque sus espacios de sociabilidad admitían una contestación de los principios y los partidos tradicionales y constituían propuestas contra hegemónicas sobre presupuestos más acordes con la formulación de un Estado social a escala regional (García Giráldez, 2010).

A juicio de la autora, como se ha indicado anteriormente, el unionismo centroamericano del siglo XX es un concepto polisémico que define varios vocablos que van articulados entre sí como el de patria, nación, nacionalidad, partido o proyecto político regional y continental. En Centroamérica, el unionismo va a tener un carácter contrahegemónico y movilizador, porque planteará un sistema de gobierno basado en la federación o en la confederación centroamericana, cuya vocación final será la unión de la América hispana. A juicio de García Giráldez, el unionismo surge con el interés vital de defender el territorio y la soberanía de la región centroamericana ante las ofensivas imperialistas de los Estados Unidos, especialmente en Nicaragua con la lucha de Sandino. Por ello, el unionismo centroamericano aparece claramente vinculado con el antiimperialismo, como respuesta política y como movimiento social e ideológico en contra de la expansión norteamericana en la región (García Giráldez, 2008). En el caso de Masferrer, su proyecto unionista tenía una visión más continental o panhispanista que centroamericanista. Iba más allá de la idea de la "patria grande" de Valle, aunque compartía con otros unionistas como Mendieta, Rodas y Marroquín su fe por la Federación de Unión de Repúblicas de Centroamérica, como podemos ver en tres de sus principales artículos sobre el tema: "Aurora", "Mandamientos Unionistas" y "La constitución de la Unión Vitalista Americana".[1]

Masferrer fue un unionista practicante. Junto a Salvador Mendieta fue uno de los principales impulsores del Pacto de Unión, el 19 de enero de 1921. Este pacto tenía como principio básico reconocer en la Federación centroamericana la única nación soberana e independiente cuya soberanía estaba por encima de la de los estados. El tipo de gobierno debía ser republicano, popular, democrático, representativo y con separación y delimitación de poderes, con el fin de balancear la preponderancia del ejecutivo que había provocado tantas dictaduras liberales en el siglo XIX. En el unionismo se hacía necesario forjar una ética basada en una serie de valores como la tolerancia, la libertad y la igualdad entre los hombres y el compromiso del Estado en la protección de las clases más desfavorecidas.[2]

---

1 Los textos fueron publicados por primera vez el 25 de junio de 1929 en la revista *Patria*. Posteriormente se incluyeron en la *Revista Vértice* del 25 de diciembre de 1939, en *El Unionista* del 4 de abril de 1951 y en la *Cartilla Vitalista II. Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista americana* que se publicó en *El Liberal Progresista* del 26 de octubre de 1931.

2 Sobre el unionismo, véase el libro compilado por Antonio Prado Cobos (2010). Aunque los fundamentos del unionismo de Mendieta y Masferrer difieran de los de Manuel Cobos Batres.

El unionismo para Mendieta, Masferrer, Sandino y Joaquín Rodas fue un movimiento social y político que trataba de reconstruir la nación sobre bases republicanas y democráticas, con el fin de alcanzar la justicia, promover el bienestar general, libre e independiente en el campo internacional. Por eso luchaban contra el caciquismo representado por los dictadores locales centro o latinoamericanos. Se definían como antiimperialistas y apoyaban la lucha por la soberanía nacional de Sandino, la lucha antiimperialista de Haya de la Torre y, con mayor o menor grado de intensidad, consideraban la prioridad de una unidad continental de todos los pueblos de América Latina. Defendían el proyecto federal como la práctica de la doctrina unionista en un partido cívico y educativo –el Partido Unionista– que apoyaba la economía socialista y el sistema de gobierno conocido como "federalismo autóctono", con una división territorial y normas administrativas que corrigieran los graves y trascendentales errores de la Federación de 1824 (Mendieta, 1934; García Giráldez, 2004).[3]

Dado que los cuatro pertenecían a las redes teosóficas, posiblemente influyeran en las conclusiones del Primer Congreso Teosófico Centroamericano, en el que se planteaba. "La lucha por la federación centroamericana y la unión de las repúblicas centroamericanas, la regeneración de la sociedad a través de una educación que considerara la igualdad de razas, culturas y religiones, la tolerancia y el respeto para todas las opiniones y creencias". Aquí volvemos a comprobar la vinculación tan estrecha entre teosofismo y unionismo en las redes intelectuales centroamericanas.

Este federalismo autóctono de Mendieta, Masferrer y Rodas, estaba en la línea de Proudhon y Pi y Margall, quienes planteaban la Unión Centroamericana como un pacto de salvaguardia de la libertad fundamentado en un consenso voluntario entre individuos, familia, comuna, agrupaciones naturales o pueblos, más ventajoso en términos de seguridad, libertad, justicia y defensa de la soberanía. La sociedad, en general, el pueblo y el individuo saldrían libres y regenerados con este proyecto unificador nacional.[4]

---

3 Véase, Salvador Mendieta (1934). Considerado por todos el padre del unionismo, Mendieta establece las prioridades en la construcción de la nación. Indudablemente, la más urgente era la centroamericana sobre las demás (panhispana o panamericana). Tanto Masferrer como Mendieta se caracterizaron por su labor itinerante centroamericana con objeto de construir la comunidad de pueblos centroamericanos (Giráldez, 2004).

4 Teresa García Giráldez, considera que los unionistas centroamericanos llegaron al federalismo de Proudhon a través de Pi y Margall, pero mientras a aquel lo citan a este no, posiblemente por el temor de ser tachados de anarquistas, aunque resulta curioso que buena parte de sus citaciones estén inspirados en autores anarquistas

Masferrer elaboró, por primera vez, sus textos en el periódico *Patria* de 1927, en donde reafirmó toda su doctrina vitalista y unionista, y esbozó su concepción de lo que debía ser la patria salvadoreña y centroamericana. Masferrer, a diferencia de otros unionistas como Mendieta, consideraba que no había "patria chica" sin "patria grande" (García Giráldez, 2005).

Desde el inicio, se movió en tres niveles o espacios diferentes: la patria como república, como el lugar de nacimiento y encuentro de los salvadoreños, donde se establecen vínculos morales y espirituales y se adquieren los derechos fundamentales; la patria centroamericana como la unión de patrias del Centro de América que es la federación de repúblicas unidas por un mismo fin, que se encuentra expresada en múltiples artículos a favor del unionismo, pero sobre todo en sus bellas páginas de lo que debe de ser un buen patriota centroamericano (Masferrer, 1929*)*; y la patria continental, como "Nuestra América", acerca de la cual escribió varios artículos sobre cómo debería ser la patria que idearon Bolívar, Martí, Haya de la Torre, Ugarte y, especialmente, Sandino;[5] en donde expresa su proyecto de unidad continental, de lucha por la soberanía de "Nuestra América" y se posiciona contra el imperialismo como una de las mayores lacras que impedía esa unidad de los pueblos americanos, lo que él va a denominar "Los hombres de la antorcha" (Casaús, 2012, p. 127).

Masferrer, lector asiduo de Proudhon (1863, 2008), recuperó su idea de federalismo proveniente de la concepción de un estado federal pluralista que se asienta en las agrupaciones, basadas en grupos naturales, geográficos, económicos y culturales, que se comprometen a gobernarse con un sistema federal sobre la base del mutualismo. El federalismo pluralista de Masferrer tiene su fundamento en principios ético-político y filosóficos similares a los del Proudhon de la segunda etapa, a partir de 1858, cuando escribe *Du príncipe federatif* (1863) o *Capacité politique des clases ouvierères*, (1865). A mi juicio, la cercanía de Masferrer a Proudhon, en relación a esta forma de gobierno para Centroamérica, derivaba de su lectura y de su conocimiento del mismo, por su correspondencia con Hortensia.[6]

---

que además eran geógrafos y federalistas como Elise Reclus, Pietr Kropotkin y Jean Graves.

5 Resulta interesante conocer la correspondencia mantenida con buena parte de todos estos autores que luchaban por un proyecto americano de Patria Grande (1999), Epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951) y Carta de Víctor Raúl Haya de la Torre a Manuel Ugarte.

6 Carta a Hortensia del 5 de octubre de 1928 en la que solicita una copia de la vida de Proudhon. Hortensia Madriz fue el amor de Madurez de Alberto Masferrer con quien tuvo una hija a la que puso el nombre de Helia, uno de sus poemas. Al quedar

El principio federalista que aborda Masferrer en sus "Mandamientos Unionistas" (1929c), en "La Economía del Mínimum Vital" (1929d) o "La ideología del trabajo según la doctrina vitalista", está basado en los principios de libertad, justicia y apoyo mutuo, en donde la familia y la comuna, pasando por el municipio, la región y, por último, el Estado, establecen un pacto para colaborar, de común acuerdo, en sus actividades económicas, sociales y culturales.

Proudhon, Masferrer y Sandino emplean casi los mismos términos para definir la comuna y las agrupaciones naturales. Proudhon define la comuna como grupo natural y local que tiene derecho a gobernarse, administrarse, disponer de sus propiedades, fijar los impuestos, organizar la educación y elegir a sus autoridades locales, dándole así una gran importancia al municipio (Ansart, 1971, p. 150). Para Masferrer el principio básico del federalismo y de un buen gobierno debe de ser la satisfacción íntegra de sus necesidades vitales y la forma de organización de esa economía vitalista debe de estar fundada sobre la comuna.

> Los resortes primarios y fundamentales de la Economía Vitalista son la comuna, la tierra, el presupuesto, el ejército, la escuela, la sanidad, la justicia, el trabajo, la asistencia pública. La Comuna o distrito ha de organizarse sobre la base de sus capacidades productivas; agua, terreno, comunicaciones, clima y población; es decir, ha de tener la comuna una vitalidad mínima actual, y otro posible que asegura su desenvolvimiento (Masferrer, 1929d).

A diferencia de Proudhon, Masferrer le da importancia al Estado social o al Estado interventor como el responsable de asegurar el Mínimum Vital a todos los ciudadanos y considera que, tanto al Estado como a la Comuna, les corresponde hacer cumplir esos derechos inalienables. Sin embargo, considera que el mejor sistema de gobierno es la unión o la federación, porque impide que se centralice en un ente público la apropiación de los bienes básicos de la comunidad como son la tierra, los víveres y el trabajo de los individuos.[7]

Hortensia embarazada, su familia, de la oligarquía nicaragüense, la envió a Bélgica y, aunque no se volvieron a ver, de ellos se conserva una rica correspondencia que nos ha servido para conocer más al Masferrer íntimo, así como la influencia que Hortensia tuvo en sus escritos (Casaús, 2012).

7 Sobre este tema, véase Masferrer. (15 de octubre de 1929). "El Estado debe satisfacer las necesidades primarias de los hombres" y (2 ,16 y 23 de Noviembre de 1930), "Conferencia Patria", "Economía del Mínimum Vital…", y "La ideología del trabajo según la doctrina vitalista", *Orientación*, en donde plantea que "Así es que el Estado y la Comuna han de empeñarse, antes que nada, en que el vestido, la casa y la alimentación, permanezcan al alcance de los más pobres trabajadores; so pena

Por su parte, la federación debería construirse basándose en principios éticos o preceptos como la tolerancia y el respeto a todas las culturas, y fundarse en principios de solidaridad y ayuda mutua de todas las repúblicas y todos los ciudadanos. Así, en el mandamiento número nueve exhorta a todos los unionistas de este modo: "Cultivarás la tolerancia como la raíz central de toda unión, y el respeto como la condición esencial e ineludible de toda libertad, de toda cultura. Porque si no eres tolerante, no tienes respeto, se abrirán abismos entre tú y tus conciudadanos: el odio dividirá a las gentes, y la división traerá la ruina" (Masferrer, 1929c).

En el *Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Americana* (1931), da una gran importancia a la autonomía de los municipios y a la unión de las repúblicas, como hacía Proudhon en su obra sobre el Estado federativo. Consideraba que el unionismo o la federación americana debían estar fundados en la comuna y en el municipio para

> […] asegurar a cada municipio, en medida amplia, su independencia económica, basada, si fuere posible, en la posesión, trabajo y usufructo de tierras comunales, y si no, en la explotación de cualquiera empresa lícita […]. Asignar a cada municipio la propiedad del suelo necesario para edificar las casas urbanas y rurales de su jurisdicción, a fin de sustraer la necesidad vital de la vivienda, al acaparamiento y extorsiones que produce la explotación de los poseedores privados (Masferrer, 1931).[8]

Tres de los nueve puntos de que consta este catecismo político que es el texto "Cuartillas o Mandamientos Unionistas" (Masferrer, 1929c) son de carácter ético-político: cómo debe ser y comportarse el buen centroamericano que quiera contribuir a la construcción de la unión. En la tónica de los mandamientos o catecismos laicos de los librepensadores de la época, considera que un buen centroamericano debe colaborar con su dinero y acciones a la consolidación de la unión; no colaborar con ninguna guerra centroamericana porque sería una guerra fratricida; no permitir que ningún centroamericano pueda ser considerado extranjero, porque lesiona la unidad de los pueblos.

En cuanto a los valores cívico-políticos considera que la tolerancia y el respeto son las condiciones esenciales para una buena convivencia y para consolidar un proyecto de integración regional. Todo el proyecto unionista y federalista no tendría razón de ser si con ello no

---

de que no trabajen, o que su trabajo sea escaso, o de calidad inferior". Similares consideraciones aparecen en la obra de Sandino.

8 Similares principios mantiene Proudhon en relación con las autonomías que deben de gozar los municipios y al papel que debe jugar la propiedad (Proudhon, 1982).

se contribuye a mejorar la vida de las personas y a dotarlas de los derechos sociales más elementales vertidos en su Mínimum Vital. Sobre este tema insiste

> […] el proletario y el obrero, cuyo trabajo es la raíz de la vida social, tienen por lo menos el derecho de alimentarse bien, abrigarse bien, y de habitar un techo sano. Porque si no logramos satisfacer ese mínimum irreducible de su necesidad, nos verán como explotadores, y pensarán que no tienen que armar una patria que para ellos es madrastra y no madre (Masferrer, 1929c).

En la constitución de la *Unión Vitalista Americana*, que se fundó en Guatemala en 1929 con la presencia de Gabriela Mistral y de otros intelectuales connotados, es aún más clara su posición al respecto, en él exhorta a

> […] sostener el principio natural de que la tierra no es ni debe ser propiedad privada, y de que la nación puede, con pleno derecho, modificar las leyes que rigen su posesión y usufructo, siempre que sea de necesidad evidente […] suscitar entre todos los habitantes de nuestra América, por todos los medios posibles, la conciencia viva y militante de que, siendo la *vida el bien* primario de cada uno, el *derecho al trabajo* debe primar sobre todos los demás derechos e intereses, porque la vida íntegra no puede realizarse sin el trabajo (Masferrer, 1931).

Estos principios y derechos son los que sostenía César Augusto Sandino, también muy influenciado por los ideólogos anarquistas, Proudhon y Kropotkin, sobre todo en lo relacionado con los derechos a la tierra y el pan y la idea de que la tierra es para quien la trabaja. La influencia del anarquismo en Sandino se produjo durante su estancia en México, a través de los hermanos Flores Magón, especialmente de Ricardo. Los folletos y ediciones populares, como "Semilla Libertaria", "El Epistolario revolucionario", eran lecturas anarcosindicalistas que, sin duda, leyó y reprodujo parte de esta ideología posteriormente en Nicaragua.

EL PROYECTO CONTINENTAL DE NUESTRA AMÉRICA EN EL DISCURSO MASFERRIANO: LOS TEXTOS DE "LA MISIÓN DE AMÉRICA" EN EL DIARIO *PATRIA*

El texto aparecido como "La Misión de América" (1932, p. 55), publicado por García Monge en *Repertorio Americano*,[9] dista mucho de los

9 Posteriormente, en 1961, fue recogido en *Páginas Escogidas*. Joaquín García Monge fue uno de los intelectuales más connotados de América Latina y sin duda el que aunó a más intelectuales centroamericanos a través de su revista *Repertorio*

textos publicados, unos meses antes, el 1, 2 y 3 de octubre de 1928, en *Patria*, así como otros cuatro textos complementarios que vieron la luz dos meses más tarde en este mismo diario: "El grito de la batalla", "Apristas somos", "La Raza" y "Los hombres de la Antorcha".[10] Todo parece indicar que el primer texto le fue solicitado por García Monge a Masferrer para que escribiera una serie de textos para apoyar la posición de *Repertorio Americano* en el tema de cómo debían de imaginar los intelectuales "Nuestra América" y cuál debería de ser la misión de América en el contexto continental e internacional. Posteriormente, y también a petición de García Monge, y por la correspondencia encontrada entre ambos, los artículos se convirtieron en un folleto publicado en Costa Rica.[11]

El texto que hoy conocemos, como "La Misión de América", difiere sustancialmente en cuanto a forma, estructura y contenido de los publicados en *Patria*. Podríamos decir que, en los primeros textos de *Patria*, esboza lo que va a ser el contenido de su ensayo "La Misión de América", en donde le da mayor importancia a que los latinoamericanos tomen conciencia de su unidad, de su identidad como un proyecto continental: la América Hispana, lo que muchos autores de la época van a llamar "Nuestra América", por la influencia de Rodó y Martí.

Americano, la revista costarricense de mayor relevancia y difusión. Se funda en 1919 y su vida se prolonga durante 39 años. La revista abarcaba un amplio espacio cultural y político y su orientación era claramente espiritualista y antiimperialista y su director, García Monge, logró aunar a un buen número de intelectuales como Miguel de Unamuno, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Manuel Ugarte, Gabriela Mistral y un buen número de mujeres intelectuales que no tenían visibilidad en esos momentos y que adquirieron presencia por este medio. Alberto Masferrer fue uno de los autores más asiduos de esta revista y su relación con el director era muy estrecha a tenor de la correspondencia mantenida entre ellos.

10 Los textos que componen este ensayo fueron previamente publicados en *Patria* y modificados para el ensayo que solicitó García Monge, "La Misión de América: El grito de Batall" fue publicado en *Patria* el 30 de octubre de1928 y en *Repertorio Americano* el 5 de noviembre de 1929; "La Misión de América, Apristas somos" se publicó el 31 de octubre de 1928 y el 5 de enero de1929 en *Repertorio*; "La Misión de América, La Raza" apareció por primera vez el 2 de noviembre de1928 en *Patria* y se compartió *Repertorio* el 5 de enero de 1929; por último, "La Misión de América, Ahora y en ti", se difundió en *Patria* el 2 de noviembre de 1928 y en *Repertorio el* 5 de enero de1929. El artículo que sufre más cambios en la versión de *Repertorio* es el de la Raza y el Grito de Batalla que son los que le dan coherencia a este ensayo de *Repertorio*.

11 Carta de Alberto Masferrer a Joaquín García Monge, 5 de noviembre de 1928, en la que dice: "Ahí le envío tres recortes sobre *La Misión de América*. Este libro, porque ha de formar un libro poco a poco, es el resumen de mis anhelos y de mis pensamientos, es mi vida, en lo que ella ha podido acrisolar de amor y de pensamientos. Hágame observaciones y objeciones, querido Joaquín". Este texto fue publicado en1961 en Costa Rica y es el que se recoge como "La Misión de América".

Difiere de Rodó en que no opone el alma latina a la anglosajona ni considera la América anglosajona como Calibán; muy al contrario, cree que si las dos Américas se unieran y formaran una sola nación con las virtudes de ambos pueblos, el angloamericano y el latino, la fuerza y el empuje del continente americano no tendría igual y sin duda sucedería a la hegemonía europea en clara decadencia (Masferrer, 2002).[12] En cambio, en la línea de Rodó considera que el principal problema de los latinoamericanos es que no tienen conciencia ni fe en sus posibilidades ni en sus capacidades, como pueblos hispanos frente a los anglosajones.

> Mientras nosotros copiamos, ellos crean; mientras nosotros nos avergonzamos de tener algo nuestro, ellos se enorgullecen de no tener nada que sea propio; mientras nosotros nos empeñamos en ser un remedio o un reflejo, ellos se empeñan en ser una realidad y una individualidad (Masferrer, 2002).

El problema radica en que no hay una conciencia continental de la vocación de futuro, ni de su capacidad de crear y dotar al mundo de una nueva cultura. Este miedo y esta desconfianza de las potencialidades de los latinoamericanos es achacable a las oligarquías, a la pobreza y a la falta de conocimiento de nuestro pasado; por ello cree que deben ser las universidades y los intelectuales quienes tienen la misión de forjar esa identidad continental; que las "universidades hispanoamericanas orienten su trabajo en el sentido en que demanden la vocación de estos pueblos". Termina estos artículos con una declaración a favor del aprismo y de hombres como Ugarte, Sandino y Mistral, a quienes llama "los hombres de la antorcha" que luchan por una nueva América unida y por un nuevo ser americano que luche por América, que sufra por América y triunfe por América (Masferrer, 1961, pp. 83-107).[13] En el texto de "La Misión de América", enviado a *Repertorio Americano* y publicado en *Páginas Escogidas*, realiza un fuerte cuestionamiento de la palabra raza por obsoleta y falta de sentido y propone sustituirla por la de cultura y lo expresa en los siguientes términos

---

12 Resulta curioso que la búsqueda de una América continental con rasgos híbridos de ambas Américas no aparezca en el texto publicado por *Repertorio Americano* en donde esas observaciones están ausentes. Véase Masferrer (1961).

13 En este último, a pesar de que él no comparte los presupuestos del aprismo, apoya a Haya de la Torre cuando lo apresan y defiende su causa al igual que la de Sandino. Estos tres artículos serán los que amplíe más en el capítulo VII de la Misión de América que subtitula, "Caballería andante", y el VIII, "El grito de Batalla", convirtiéndose este último, en el más importante y completo de todos los anteriores y siendo el texto clave del folleto *La Misión de América* (Masferrer, 1961, p. 85).

> Es bárbaro, es añejo y anticristiano mantenerle al concepto de raza una importancia que no puede ya tener [...]. Lo racial implica, sobre todo, el predominio de la sangre, es decir de un elemento puramente físico y animal [...] la cultura no: al hablar de cultura, hablamos de espíritu, que es causa y no efecto; que es y fue siempre el modelador y no el barro (Bendaña, 2016, p. 172).[14]

Estas diferencias en la forma y contenido de estos dos textos, que tienen nombres similares y tratan del mismo tema, nos hacen pensar que Masferrer, reciclaba muchos de los trabajos que hacía apresuradamente en *Patria* y que después los convertía en folletos o pequeños ensayos para ser vendidos y distribuidos por toda la América hispana, como hizo en el caso de *Mínimum Vital, Dinero Maldito, La Misión de América* o el mismo *Helios,* que empezó siendo un poema dedicado a Hortensia y terminó convirtiéndose un poema-ensayo de doce capítulos.

"LA MISIÓN DE AMÉRICA" COMO ENSAYO PARA REPERTORIO AMERICANO

Este ensayo fue escrito con una intencionalidad muy específica. Dice Masferrer, en el prefacio del texto, que su objetivo es el de responder a una serie de preguntas que García Monge, editor de *Repertorio Americano,* venía planteando a la intelectualidad latinoamericana con el fin de abrir un debate en su revista: ¿cuáles son los rasgos definitorios de la raza latina? y ¿cuáles podrían ser los principios nacionalizadores y qué podría hacer América Latina para preservar su identidad y evitar la presencia e injerencia norteamericana?

Masferrer plantea que quiere hacer una contribución cuestionando el vocablo de raza como elemento central del debate y retomar la discusión en otros términos. Sin duda alguna esta va a ser una de sus mejores contribuciones al debate. Además de este tema, que abordaremos más tarde, Masferrer profundizó, más que otros autores centroamericanos, en su visión continental de América, avanzando más allá de la idea de Patria Grande Centroamericana e inclinándose más por la posición de otros intelectuales como Ugarte, Vasconcelos o Haya de la Torre que hablarían de Nuestra América o Indoamérica y Sandino

14 *La defensa de la Raza* (Masferrer, 1961, p. 93). Esta argumentación tampoco está presente en sus artículos de *Patria*, del 2 de noviembre de 1928. Sandino también habla de raza Indohispana por la influencia del hispanismo de Trincado como elemento de unión por la importancia del idioma como factor de cohesión de los pueblos hispanoamericanos.

de Indo- Hispanoamérica (Biagini, 2000; Melgar Bao y Montanaro, 2010).[15]

Consideraba, como Martí, Ugarte, Vasconcelos, Mistral y Haya de la Torre, que América tenía una misión que cumplir que otros continentes no podían desempeñar porque no tenían la capacidad para ello. Sin embargo, la identidad hispana reunía los requisitos para cumplir dicha misión por su pluralismo cultural y los rasgos de su carácter y personalidad, que le permitirían forjar *el hombre nuevo*. Influido por Vasconcelos escribía "Con cinco millones de blancos, veinte millones de negros y veinte de indios y sesenta millones de mestizos y dos millones de asiáticos", que mezclan sus almas y sus sangres, que darán como resultado a *"La nueva raza cósmica* que forjará la América". Esta "nueva raza", creará una nueva conciencia continental que traerá "la vida nueva, la humanidad nueva" y forjará a "los hombres nuevos de América" (Masferrer, 1961, p. 87).

Inspirado en este espíritu de unidad continental, fundó en Guatemala, en 1929, la Unión Vitalista Americana, la cual planteó desde el principio como su objetivo: "Desarrollar en todos los pueblos de la Unión la conciencia viva de un destino común, el cual habrá de cristalizar en la creación de una nueva cultura que traiga a los hombres una verdadera y más amplia justicia, y una más extensa e intensa cordialidad". Masferrer añadía que la Unión Vitalista iba a "Procurar a todos los habitantes de Hispanoamérica la satisfacción íntegra de sus necesidades primordiales, según la define la doctrina del *Mínimum Vital*". Este proyecto de 29 puntos proponía una unión continental de la América hispanohablante, en la línea de los forjadores de la patria continental o de la patria grande –Bolívar, Valle– y de sus contemporáneos Ugarte, Martí, Mistral y Vasconcelos. Casi todos los puntos coincidían con su programa vitalista.[16]

En sintonía con Montalvo, Ugarte, Vasconcelos, Sandino y Haya de la Torre, a quienes citaba frecuentemente en sus textos como, "caballeros andantes o los hombres de la antorcha", proponía buscar los referentes identitarios en los rasgos culturales como la lengua, la

---

15 Sobre la importancia de otros intelectuales en la formación de la identidad continental americana, se pueden encontrar más información en el texto de Ricardo Melgar Bao y María Ester Montanaro (2010), en el cual se recopila una rica y abundante correspondencia sobre la identidad del continente Indoamericano. También puede consultarse el texto de Hugo Biagini (2000), en el cual se exponen los diferentes intentos de creación de la patria continental.

16 Véase las cartas manuscritas a su hermana Nela Mónico desde Guatemala, de la colección particular de José Panadés acerca de la fundación de la Unión vitalista de Guatemala y de la Unión vitalista americana, presentada por su hermana Teresa Masferrer y por Gabriela Mistral el 29 de noviembre de 1929 (Casaus, 2012).

cultura, la visión poética y soñadora, en la inspiración de lo propio frente a lo ajeno.

> Si esta corriente doble fuera encauzada e impulsada, América sería bien pronto una sola nación, con dos lenguas únicas [...] llegaríamos a ser un solo pueblo [...] y crearíamos la más hermosa civilización imaginada, donde para todos habría luz, pan, justicia y amor (Masferrer, 1928b).

Su visión continental hispanoamericana se plasmaba en este decálogo de principios vitalistas que habrían de regir el destino de la América Hispana, en donde el principio básico debería de ser

> desarrollar en todos los pueblos de la Unión la conciencia viva de un destino común, el cual habrá de cristalizar en la creación de una nueva cultura que traiga a los hombres una verdadera y más amplia justicia, y una más extensa e intensa cordialidad continental (Masferrer, 1931).

La aportación más novedosa en este nuevo texto, reescrito y en sintonía con las corrientes teosóficas y espiritualistas, especialmente en la dirección del socialismo fabiano de Besant y el anarquismo de Proudhon y Kropotkin, autores que, como se dijo antes, Masferrer y Sandino conocían y leían con avidez, era su concepto de raza y cultura. Este es, sin duda, uno de los aspectos que, como el de la nación y de la identidad, señalan la ruptura más fuerte con el positivismo y con la vertiente spenceriana y determinista.

En la línea de Vasconcelos, Mistral y Sandino (Bendaña, 1916),[17] esos "caballeros andantes" que luchaban por la justicia, la belleza y la verdad se oponen al concepto de raza para explicar la identidad de América. Masferrer considera que

> La defensa de la raza no es un buen punto de partida sobre el que debe descansar el andamiaje de nuestro patriotismo indoamericano […] edificando sobre ella, una palabra sin sentido real, no edificamos nada sólido pues el problema según nosotros lo entendemos no es de raza sino de cultura, porque si la América Latina –usemos ese falso nombre–, se viene desmoronando y cayendo a pedazos grotescamente en los bolsillos insondables de los norteamericanos [...] no es porque en ella predomine una u otra raza ni porque nadie intente destruir o alterar sus caracteres raciales, sino porque no tiene o no ha sabido crearse una cultura propia, original y elevada, que justifique su existencia como elemento de valía en el concierto de las

17 Alejandro Bendaña demuestra en su monografía sobre Sandino la enorme influencia de la teosofía de la obra de Bessant en el cristianismo esotérico que influyó en la Escuela Magnética Universal, EMECU, fundada por Joaquín Trincado a la que también pertenecía Sandino. Bendaña (1916, p. 161) relata cómo para Sandino la teosofía y la meditación constituían una permanente en el campo de batalla y cómo conoció la teosofía por medio de Trincado en México en 1929.

> naciones porque en vez de crear, ha sido copiar y caricaturizar (Masferrer, 1928b, p. 86).

Masferrer, con buen criterio y con un juicio crítico, se preguntaba, "¿cuál raza?, ¿defenderla de quién?, ¿de Estados Unidos que posee un millón de negros y de otras razas?" (Masferrer, 1928b, p. 87).[18] En esta línea teórica y reflexiva, consideramos que Masferrer se adelanta a su generación y se enfrenta a Vasconcelos y Haya de la Torre por considerar que el vocablo *raza* es obsoleto y está fuera de lugar y, en lugar de utilizarlo, propone cambiarlo por el de cultura.

En el ensayo de *Repertorio Americano* proponía cambiar la palabra "raza" por la de "cultura", porque esta reflejaba mejor un proceso de creación, de arraigo, un proceso de "creación nacional", mientras que la raza se refería más bien a lo físico, a lo puramente biológico. A juicio del autor era una palabra que limitaba, excluía y estorbaba, como

> […] nos estorban los millones de indios mexicanos y centroamericanos, nos estorban los rotos chilenos mestizados de araucanos [...] nos estorba todo lo que no sea blanco o mestizo con más sangre blanca [...] y como nos estorban, para ser lógicos trataríamos de aniquilarlos o por lo menos seguiríamos tratándolos como hasta el presente, como una raza inferior buena para explotarla (Masferrer, 1928b, p. 91 en Bendaña 2016, p. 91).

Disentía, en buena parte del planteamiento vasconceliano o rodoniano acerca de la existencia de una raza hispanoamericana, porque consideraba que esta se hallaba todavía en formación, en búsqueda de su propia identidad y de su propio destino como nación. El imaginario de la raza indohispana, de la que tanto hablaba Sandino, en la que predominaba el elemento indio sobre el hispano, forjado por una mayoría de mestizos, era una falacia, debido a que ningún hispano quería considerarse descendiente de indios o de negros, y renegaba de esa parte de su identidad. Era una falacia, porque cuando se hablaban de raza indohispana o indoamericana para defender y cultivar la raza, se estaban refiriendo a un núcleo de blancos o casi blancos, al que se designaba con el adjetivo de "latino".

En Centroamérica esta oposición entre lo latino y sajón va a cobrar especial importancia por la presencia del imperialismo norteamericano en toda la región y el elevado número de intervenciones norteamericanas, especialmente en Honduras y Nicaragua. Ello va a provocar que la oposición entre la raza latina y anglosajona se exacerbe y adquiera claros signos de identidad centroamericana. Sin duda

---

18 Bendaña (2016, p. 87). Este párrafo está prácticamente ausente de los artículos de *Patria* del 1, 2 y 3 de octubre de1928.

los adalides de esta posición van a ser el hondureño, Froylán Turcios (1874-1943), el nicaragüense Augusto Sandino (1893-1934), el guatemalteco Máximo Soto Hall (1871-1944), y el costarricense Joaquín García Monge (1881-1958). Todos ellos van a utilizar esta oposición desde un punto de vista ideológico e identitario para sentar las nuevas bases y las "nuevas ideas para forjar una patria y una nación" (Masferrer, 1928b, p. 92).

Augusto Sandino es uno de los primeros autores que, en su primer manifiesto en contra de los Estados Unidos en 1927, lo hace apelando a "los nicaragüenses, centroamericanos y a la raza latinoamericana". En dicha proclama defiende "nuestra raza y nuestra lengua", y dice sentirse orgulloso de tener sangre india. En cambio, Turcios, Haya de la Torre, Vasconcelos y Gamio, utilizaron el vocablo de "raza indohispana" o "indoamérica" (Melgar Bao, 2004).

LA IDEA DEL HOMBRE NUEVO EN EL TEXTO DE "LA MISIÓN DE AMÉRICA" DE *REPERTORIO AMERICANO*

Masferrer en este texto hace un llamado a la juventud latinoamericana y para ello cree que es necesario recuperar valores éticos y buscar referentes históricos en aquellos "hombres de la antorcha"; en esos nómadas quijotescos que han sabido iluminar las mentes de todos los latinoamericanos y que han servido de ejemplo. Se preguntaba: "¿quiénes son esos hombres de la antorcha a los que les ha tocado regenerar a la sociedad y crear las bases para la refundación del hombre nuevo?". Los mencionados por Masferrer como ejemplo y referentes actuales eran Gandhi, Krishnamurti, Sandino, Martí, Haya de la Torre, Ugarte. En otro orden de cosas, menciona también como referentes, pero anteriores, a Lao Tse, Pitágoras, Jesús. ¿Qué pueden tener de común hombres tan diferentes como Gandhi, Haya de la Torre y Sandino? (Cásaus, 2012, pp. 135-137). [19]

En primer lugar, todos ellos se han puesto como meta una misión: salvar a la humanidad del desastre de la guerra europea o del colonialismo. Para ello entienden que deben regenerar al individuo a través de una serie de valores y de una mística de vida y de salvación individual y colectiva. Por otra parte, todos ellos, hasta los que están en plena contienda política como Sandino y Gandhi, son profundamente

19 La idea del Hombre Nuevo es compartida por Sandino y procede de las corrientes arielistas y vasconcelianas sobre cómo lograr un Hombre Nuevo que promueva la libertad y la igualdad (Alejandro Bendaña, 1916, p. 95), pero también comparte con Masferrer la corriente del anarquismo libertario en su vertiente mexicana de los hermanos Flores Magón, especialmente de Ricardo Flores Magón, en su planteamiento sobre tierra y Libertad (Bendaña, 2016, p. 93 y Casaús, 2012, p. 147).

pacifistas y reivindican la resistencia pasiva frente a la riqueza, a la dominación y a la violencia; y todos ellos, como intelectuales y hombres de bien, defienden a los pobres, desamparados o harapientos y, de una forma u otra, abogan por una doctrina social y de redistribución de la riqueza y del poder.

En segundo lugar, los hombres que deberán cumplir esa misión son los intelectuales y los jóvenes. De ahí las cartas de Barbusse y de Rolland a la juventud europea y latinoamericana, así como la declaración de principios de la revista *Clarté,* que circuló por todo América Latina con esa misión: forjar un hombre nuevo por la juventud (Aínsa, 2007; Melgar Bao y Montanaro, 2010). Todos ellos, como dice Masferrer, son individuos que pretenden forjarlo mediante una regeneración de valores y una regeneración social y política. Para este fin, deben unirse en toda la América con una sola misión: salvar a la humanidad, forjar una nueva América. "¡Hombre nuevo de América! ¡Americanos libres! Alcémonos, formemos una fila de combate [...] y que surja y resuene el gripo de batalla: ¡A luchar por América!; ¡a sufrir por América!; ¡a triunfar por América!" (Masferrer, 1961, p. 107).

Masferrer cita en un llamamiento también a Martí, Ugarte, Haya de la Torre y Sandino, para crear una conciencia continental: "Así, *hombre nuevo,* has de sentir y vivir la misión de América, como una religión, has de sentir que tú eres el llamado a proclamar y difundir esa religión y por eso los destinos del mundo están en tus manos".[20] Todos ellos poseen esta misión mesiánica, como hombres y como intelectuales: denunciar la pobreza, la corrupción, el alcoholismo y la injusticia, y regenerar la sociedad en la que viven por medio de sus denuncias, su palabra y su agitación social. Incluso, si fuera necesario, deben de ofrecer su vida para ello, como sucedió con Jesús, Sandino y Ugarte. Por eso son los *hombres de la antorcha*, los intelectuales comprometidos con su realidad, el nuevo tipo de intelectual que emerge después de la Primera Guerra Mundial y que debe de denunciar todas las injusticias en nombre de los pobres y desposeídos, y reafirmar el derecho de vivir para todos los hombres, "porque vivir es el primero, fundamental, esencial y necesario de todos los derechos humanos". Todo ello es lo que permitirá la regeneración de todos los hombres de la América Hispana. Es por ello por lo que toda la doctrina vitalista está tan cargada de valores y de principios éticos, y se expresa casi siempre por medio de mandamientos laicos o de pequeñas máximas;

---

20 A juicio de Bendaña (2016, p. 95), ya sea en su versión arielista o de la raza cósmica de Vasconcelos o en la magonista obrerista, la idea del *hombre nuevo* va a constituir en un elemento central del pensamiento y de la ideología de Sandino que pone el acento en una transformación individual, de la sociedad y del Estado.

porque su afán es el de divulgar, denunciar y regenerar al individuo y a la sociedad y en ese camino la misión última es la creación del hombre nuevo.[21]Para finalizar, queremos resaltar de este conjunto de textos la conjunción entre las diferentes esferas políticas que se produce en la obra de Masferrer. Estas van desde las reivindicaciones individuales, pasando por las de la familia, la comuna, el municipio y el Estado, cuya máxima representación serían las repúblicas centroamericanas, un tipo de formación superior, producida por un Pacto de la Unión entre Repúblicas que conformarían la Patria Grande o la Federación de Repúblicas Centroamericanas, hasta llegar a la conformación máxima pan-hispanista o continental. Esta sería la América hispana, en la línea de Rodó, Martí, Ugarte y Haya de la Torre. Pero otras veces, Masferrer iría más allá y plantearía la unión de las dos Américas, la anglosajona y la latina, unión continental que no estuvo bien vista por los intelectuales latinoamericanos, por la injerencia del imperialismo norteamericano. Masferrer esboza tímidamente la ideología panamericanista en algunos de sus escritos como la versión de "La Misión de América" publicada en *Patria*, pero no la refuerza en sus obras más destacadas, debido al rechazo que despiertan estas ideas en sus colegas y editores por el fuerte antiimperialismo de la época.

Sin duda sus tres mejores contribuciones en este campo fueron, la primera, vincular cualquier tipo de sistema político o de gobierno democrático, federal o confederal, al pleno goce efectivo de los derechos elementales y de los derechos sociales como el derecho al trabajo, al pan y a la tierra. La segunda, el intento de crear la conciencia, regional y continental, de que solo mediante la unión la América continental se haría fuerte y se defendería del imperialismo norteamericano. La tercera y más importante a nuestro juicio, la de situar el debate de la raza en otros términos, sustituyendo raza por etnia y cultura, resaltando la necesidad de encontrar elementos regeneracionistas y rasgos identitarios "hispanos", que permitieran al pueblo hispanoamericano buscar sus señales de identidad frente a los pueblos norteamericano y europeo.

21 La alusión al hombre nuevo, como hombre regenerado, no es solo de Masferrer sino de toda su época. Ya Henri Barbusse hacía constantes referencias a este término de "Hombre Nuevo", como un hombre regenerado en la nueva sociedad socialista. piensa que, solo con el socialismo se puede producir su regeneración y considera que los valores de la solidaridad, la responsabilidad y el trabajo, harán posible su transformación (Barbusse, 1934).

LOS OBSTÁCULOS PARA EL UNIONISMO REGIONAL Y CONTINENTAL: EL ANTIIMPERIALISMO DE MASFERRER

A juicio de Masferrer, los dos obstáculos principales para alcanzar la unión se encontraban en la intrusión norteamericana que divide y fragmenta a los "Estados de la Unión", compra voluntades, pone y quita dictadores, y a los ejércitos que los apoyan, en lugar de dedicarse a la defensa de los intereses de la nación. De ahí que dedique más de cinco artículos a escribir sobre el papel que debería de jugar el ejército, como veremos más adelante. En este capítulo nos centraremos exclusivamente en el antiimperialismo masferriano.

Resulta necesario hacer la salvedad que el antiimperialismo y el unionismo van a ser dos conceptos asociados a numerosos conceptos, como apunta García Giráldez en un capítulo de este libro, durante las primeras décadas del siglo XX en Centroamérica, y su trasfondo indudablemente fue, además del arielismo, el espiritualismo nacionalista (García Giráldez, 2005b; 2010). El antiimperialismo unionista no va a estar vinculado al concepto marxista-leninista de la época sino a la búsqueda de los valores identitarios de lo latino frente a lo anglosajón, de modo que las declaraciones antiimperialistas de los unionistas van a estar asociadas al espiritualismo vitalista y al unionismo como solución para evitar la intromisión de Estados Unidos en la región centroamericana.

Sin duda, la lucha de Sandino por la soberanía nacional, en contra de la presencia norteamericana en Nicaragua y la declaración contra el imperialismo del APRA, estará dada por movimientos sociales y políticos que se unieron a esta causa, cuyos principales líderes en Centroamérica fueron Máximo Soto Hall, Omar Dengo, Froylán Turcios, Haya de la Torre, García Monge y el mismo Augusto Cesar Sandino. En este contexto, el unionismo espiritualista y militante aparece como la única solución y el único remedio para no caer en las manos del "pulpo", de la influencia yanqui en la América Hispana (Bendaña, 2016, pp. 93-95).

El antiimperialismo militante de la época fue una respuesta continental a las injerencias norteamericanas en toda la región. En América Central, este antiimperialismo fue dando forma a una conciencia continental de unidad y generación de identidad, que se expresó de múltiples formas: la creación de ligas antiimperialistas, como la Liga Antiimperialista de las Américas [LADLA], o el aprismo, las marchas antiimperialistas de Ugarte desde el Cono Sur hasta la metrópoli o el

antiimperialismo sandinista en su lucha en contra de las invasiones de los marines.[22]

> La búsqueda de hegemonía del antiimperialismo, unionista o continental, no solo como un movimiento de carácter defensivo contra el expansionismo y las propuestas de unidad norteamericanos, sino como proyecto integrador, la nación centroamericana o la Patria Grande continental vuelven a proponerse como modelos válidos para América Latina […] En el unionismo el antiimperialismo desempeñó una importante función en el marco cultural, como respuesta a la definición del carácter nacional de los pueblos, su fisonomía colectiva, su esencia étnica y cultural; e iba a rediseñar su posición en el orden mundial (García Giráldez, 2005; 2010).

El antiimperialismo unionista, como bien apunta Teresa García Giráldez, tuvo una connotación más espiritualista que marxista y tuvo más sintonía con el arielismo y el socialismo libertario que con el cominternismo. Lo mismo opina Bendaña, cuando dice que el general Sandino estuvo mucho más cerca de las corrientes arielistas y magonistas, especialmente del socialismo utópico, que de las corrientes marxistas; es más, en su libro *El imperialismo última etapa del capitalismo* (Bendaña, 2016, p. 261) considera que tanto Sandino como Masferrer nunca leyeron a Lenin.[23]

Es importante resaltar que Masferrer no fue un antiimperialista ni tan activo ni tan radical como muchos de sus compañeros citados anteriormente. Son escasas sus obras antiimperialistas, no así las citas que aparecen en muchos de sus escritos,[24] pero siempre poniendo el énfasis en el unionismo como solución para detener el avance del imperialismo en la región. Fueron pocas las ocasiones en las que hizo una fuerte denuncia en contra de la política imperial de los Estados Unidos y, cuando lo hizo, le gustaba distinguir entre el pueblo norteamericano con sus valores positivos y sus enormes potencialidades y el gobierno norteamericano y su expansionismo político y económico en la región a la que denominó, con desprecio, "su patio trasero o *banana*

---

22 Melgar Bao hace una búsqueda del órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas en *El Libertador* y la publica en Conaculta-INAH. En esta revista se encuentra todo el debate sobre el antiimperialismo de la época, especialmente la vertiente cominternista (2006).

23 A pesar de las diferencias de ambos pensadores con respecto a Haya de la Torre, sin duda, ambos se sintieron más cercanos y cómodos con el aprismo que con el cominternismo y con la posición de Mariátegui (Bendaña, 2016, p. 261; Melgar, 2006).

24 Cartillas Vitalistas (inéditas), "Mandamientos unionistas…"; "Proyecto de Constitución…"; "Misión de América…".

republics" (Soto Hall, 1903 y 1928; Seoane, 1926; Mella, 1930; Cardoza y Aragón, 1954; Rodríguez Beteta, 1980; Pakkasvirta, 1997).

Tanto en los "Mandamientos Unionistas" como en el "Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista americana" hay varios puntos en los que hizo alusión a que la única solución para evitar la intromisión norteamericana era "la unión o la federación centroamericana o americana". Solo hay dos documentos y una carta que llaman la atención por su fuerte contenido de denuncia política contra el imperialismo yanqui. En un artículo publicado en *Patria,* titulado "Él llega" (1928), en donde se mofó de la llegada de un ingeniero norteamericano que fue recibido cual procónsul de Roma con toda la parafernalia de servidumbre que desplegaban las repúblicas centroamericanas. En son de burla, le preguntaba

> ¿Cómo nos va a tratar a los morenos y a los indios que nos atrevemos a tener ganas de vivir como si fuéramos personas? ¿Considerará que merecemos ser incluidos entre los que su saber y su voluntad tomarán bajo su protección? ¿O pensará que a ella solo tienen derecho los blancos, y que nosotros en vez de comensales, hemos de continuar en la categoría de comestible? ¿Nos dará de comer? ¿O hará que nos coman? (Masferrer, 1927 y 1928).

En enero de 1927 y a lo largo de ese año dirigió una serie de cartas a Hortensia, en las que mostraba su preocupación por la situación de conflicto con Nicaragua y le comentaba que tenía que trabajar en "la cuestión de Nicaragua que es tan urgente y grave por los peligros inminentes que pueda haber para toda la región".[25] Sin duda los textos que escribió a continuación respondían a esa preocupación.

El primer texto que supone una fuerte denuncia hacia la posición de los marines en Nicaragua es el artículo que aparece en el *Libro de la Vida*, (1932a) "La obediencia imbécil, diálogo con un marine yanqui al regreso de una excursión a las Segovias" (Masferrer, 1930a y 1932a) En un diálogo figurado con este marine, al que le preguntaba que a cuántos enemigos había matado y que cuál era la razón de asesinar a personas inocentes en otro país, el marine respondía que obedecía a órdenes y que él no era responsable. Todo ello le llevó a una reflexión muy crítica sobre la inutilidad de la obediencia debida y sobre la necesidad de negarse a obedecer. A ello le siguieron una serie de textos llamando a la desobediencia pasiva al estilo de Gandhi para evitar una

---

25 En enero de 1927, hubo un incendio en Chinandega cuando Lee Mason y William Brooks, pilotos contratados por los conservadores nicaragüenses atacaron a los liberales alzados en rebelión en la Guerra Constitucionalista Liberal 1926-1927. Los liberales estaban contra la dictadura del Gral. Emiliano Chamorro cuando depuso por medio de un golpe de Estado al presidente Carlos José Solórzano.

guerra en la región. En este texto se observa su militancia antiimperialista y pacifista.

Otro texto de vital importancia en su estrategia de desobediencia pasiva es el de *No obedecerás*, en el que expuso las razones por los cuales un ciudadano no debía obedecer una orden injusta porque lesionaba los derechos de otros hombres. "Si te predico la desobediencia, es porque jamás habrá en la tierra ni libertad ni pan mientras una turba de esclavos se halle pronta al mandato del amo, cuando este les ordene perseguir, encarcelar o atormentar a quienes se esfuerzan para fundar la nueva vida" (Masferrer, 1930b y 1932a).

En una carta a Hortensia hablaba del derecho a la rebelión de los pueblos en los siguientes términos:

> Se viene incubando en mi pensamiento que la raíz de todos los horrores de la vida, –los que no dependen de la naturaleza– provienen de la obediencia. Obedecer, no importa qué ni a quién, sin que nuestro corazón lo apruebe, sería, pues, pecado mortal y capital, la raíz de todos los otros, la fuente de la opresión, de la explotación, de la tiranía, de la mentira, de la aflicción, de toda degradación humana. Y si fuera así, *la palabra* que habría que gritar al oído de cada hombre es: *rebélate* (Masferrer, comunicación personal del 30 de julio de 1927).

El cuarto texto antiimperialista que incluimos, por su novedad y su carácter inédito, es una carta dirigida a Hortensia, en la que expuso claramente su posición antiimperialista, le expresó su enorme preocupación porque Centroamérica se convirtiese en poco tiempo en un enclave yanqui y le afirmó que eran las mujeres las que tenían un rol muy importante que cumplir.

> Las mujeres de América tienen en esta contienda un gran rol que jugar, no de gritos ni de liberación, sino ¡de *vida,* de *actos*! Y deberían comenzar, digo yo, *por declarar el boicot, propagándolo sin descanso, contra todo artículo, moda, costumbre o uso de fabricación, origen o procedencia norteamericanos, y no cesar en él, mientras en Estados Unidos no abandonen absolutamente su empresa conquistadora y no se retiren de lo ya conquistado.* A los norteamericanos hay que herirlos en el vientre justo que se ha convertido en apóstoles del vientre. Y como lo tienen de oro, hay que ponerlos a dieta de oro, *no comprándoles nada* (Masferrer, comunicación personal del 19 de enero de 1927).

Continúa la carta hablándole de la importancia de establecer una estrategia conjunta de "boicot" con la metrópoli haciendo alusión a la lucha de Gandhi en la India.

> *El boicot*, esa es nuestra arma, y debe organizarse en todo el continente, así, solo así derribaremos a ese nuevo Nabucodonosor. Si las mujeres

> *hispanoamericanas, y sobre todo las centroamericanas* son capaces de algo de trascendencia, ya les ha sonado su hora. Y debe comenzar aquí, en El Salvador y Guatemala, porque somos los más capacitados y los más amenazados (Masferrer, 1927).[26]

Resulta interesante comparar esta carta escrita a Hortensia, el 19 de enero de 1927, con el artículo que publicó en *Patria*, dos años más tarde, el 26 de abril de 1929, en el que, en similares términos, se expresó acerca de la importancia y necesidad del boicot como estrategia de lucha y en el que hizo una clara alusión a la lucha de Gandhi.

> El boicot es el arma de los pueblos débiles. Así como un revólver en la mano firme de un niño puede contener a un hombrón insolente, así el boicot en la mano firme de un pueblo, detiene y paraliza a quienes les explotan y oprimen. […] el boicot transforma la debilidad y la insignificancia de una hormiga, en la acometida irresistible de un hormiguero. Se aplasta fácilmente a una hormiga, se teme y se huye de la embestida del hormiguero. […] el boicot vale más que las protestas y las huelgas: no requiere dinero sino paciencia; no insulta, porque es silencioso, no hiere ni trastorna, porque su naturaleza es de disciplina y de paz. […] el boicot es la abstención voluntaria, reflexiva, que sabe a dónde va y por qué va. Es la *no resistencia,* el *ahimsa* que se trasforma en espada de justicia, en escudo del derecho atropellado.

Si el no, de un hombre es capaz de contener a una muchedumbre, a todo un pueblo, ¿de qué no será capaz el no de un pueblo que lucha por los más sagrados derechos?[27]

CONCLUSIONES

El antiimperialismo centroamericano tuvo una estrecha relación con el proyecto político del unionismo y del proyecto continental de Nuestra América. Este antiimperialismo tuvo unas raíces más espiritualistas que marxistas y estuvo inspirado en las corrientes teosóficas, heliosóficas y socialistas libertarias. Estuvo más cerca del aprismo de Haya de la Torre que del cominternismo de Mariátegui.

Los "hombres de la antorcha" que inspiraron esta corriente, antiimperialista y de proyección continental –"Nuestra América"– estuvieron muy vinculados a la teosofía, heliosofía y a las corrientes

---

26 Hay otras cartas con el mismo sentido, las del 30 de julio de 1927 y 6 de septiembre de 1928, en esta última le explica cómo defendió y sacó del país a Haya de la Torre y las presiones que tienen en el diario *Patria* por publicar asuntos de la United Fruit Company [UFCO].

27 Consideramos que es una pieza maestra y que posee una clara influencia gandhiana por sus alusiones a la no resistencia y al ahimsa como uno de los asanas del yoga que supone la resistencia pasiva y la no violencia (Masferrer, 1929a).

espiritualistas. Entre ellos destacaron Masferrer, Ugarte, Martí, Haya de la Torre y Sandino. Masferrer y Sandino, a pesar de no conocerse, eran contemporáneos y se inspiraron en fundamentos filosóficos e ideológicos similares, a saber:

1. Ambos estuvieron influidos por la teosofía y la heliosofía y leyeron a los mismos autores: Annie Bessant, Krishnamurti, Blavatski, Trincado, Vasconcelos, entre otros.
2. En esta línea de pensamiento teosófico-vitalista, Sandino se halla más cerca del espiritismo esotérico kardekiano y del magnetismo, y Masferrer más cerca del espiritualismo vitalista de Bessant, Krihnamurti y Vivekanda. Ambos comparten el ideario regeneracionista de la educación en la verdad y el recto pensar.
3. Ambos estuvieron muy influidos por el anarquismo y el socialismo utópico y libertario. Sandino más por el anarcosindicalismo de los hermanos Flores Magón y Masferrer más por Proudhon; pero ambos leyeron y citaron a Kropotkin, Proudhon y Reclus.
4. Ambos estuvieron influidos por el principio federativo de Proudhon para aplicarlo al proyecto federal centroamericano y la comuna como unidad básica del municipio sobre la que se debe de construir el andamiaje político y social para garantizar la satisfacción íntegra de las necesidades vitales.
5. Ambos mencionan a Kropotkin y Tolstoi en su idea sobre el derecho al pan, al trabajo y a la tierra, con lemas como: "la tierra para el que la trabaja" o "tierra y libertad".
6. En cuanto a su concepción del unionismo antiimperialista y su visión continental y centroamericana, ambos estuvieron más influidos por las corrientes arielistas y magonistas, especialmente del socialismo utópico y libertario que del marxismo. No parece por la correspondencia y escritos de ambos que hubiesen leído a Lenin.
7. Ambos se inclinaron por el reconocimiento de España y del hispanismo como un referente que unificaba a los pueblos de América a través del idioma y de la raza y los dos hablaron de raza hispana o indohispana.
8. Ambos rechazaron el concepto de raza del positivismo como raza superior o inferior y, como Vasconcelos, prefirieron hablar en términos positivos de raza indohispana o indo iberoamericana; en el caso de Masferrer, fue partidario de

sustituir el concepto de *raza* –por anacrónico– por el de *cultura*, y en eso difiere de Vasconcelos y de Sandino.

9. Sobre estrategias para liberar a Centroamérica del yugo yanqui, Sandino acudió por la vía violenta de Bakunin y de Magón, mientras que Masferrer se inclinó por la vía pacífica de Ghandi, del "No obedecerás" y de la compaña al boicot de productos norteamericanos.
10. Ambos se refieren en muchas ocasiones a Ugarte y a Haya de la Torre como líderes del antiimperialismo continental y los ponen como ejemplo a seguir o, como los titulaba Masferrer, "los hombres de la antorcha". Sin duda los dos estuvieron integrados en las corrientes antiimperialistas de la época.

BIBLIOGRAFÍA

Aínsa, F. (ed.) (2007). *América Latina en José Martí*. Madrid: Cooperación editorial.

Ansart, P. (1971). *Sociología de Proudhon*. Buenos Aires: Proyección.

Barbusse, H. (1921). Mensaje de Anatole France y Henry Barrusse a los intelectuales y estudiantes de América Latina. *Revista Studium, 2-3*.

Bendaña, A. (2016). *Sandino. Patria y Libertad.* Managua: Anamá Ediciones.

Biagini, H. (2000*). Lucha de ideas en Nuestramérica.* Buenos Aires: Leviatán.

Cardoza y Aragón, L. (1954). Guatemala y el imperio bananero. *Cuadernos americanos*, *64*, 19-33.

Casaús Arzú, M. y García Giráldez, T. (coords.) (2005). *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920).* Guatemala: FyG editores.

Casaús Arzú, M. (2002). La creación de nuevos espacios públicos en Centroamérica a principios del siglo XX: la influencia de las redes teosóficas en la opinión pública centroamericana. *Revista Universum 17,* 297-332.

Casaús Arzú, M. (2001a). La voz de las mujeres guatemaltecas en la década de 1920. *Cuadernos Americanos*. *Nueva Época, 8-9*, 198-229.

Casaús Arzú, M. (2001b). Las redes teosóficas de mujeres en Guatemala: la Sociedad Gabriela Mistral, 1920-1940. *Revista Complutense de Historia de América* (27), 219-255.

Casaus Arzú, M. y Fuentes Oliva, F. (colaboración). (2012). *El Libro de la Vida de Alberto Masferrer y otros escritos vitalistas, (1927-1932)*. Guatemala: FyG editores.

García Giráldez, T. (2010). El concepto de unionismo y los significados compartidos entre los intelectuales centroamericanos de 1880 a 1930. En M. Casaús (coord.), *El lenguaje de los ismos: algunos conceptos de la modernidad* (pp. 203-248). Guatemala: FyG Editores.

García Giráldez T. (2008). Imperialismo y antiimperialismo en el unionismo centroamericano, 1900-1930. *Cuadernos Americanos*, *Nueva época, 2*(124), 157-180.

García Giráldez T. (2005a). La patria grande centroamericana: la elaboración del proyecto nacional por las redes unionistas. En M. E. Casaús y T. García Giráldez (coord.). *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)* (pp. 123-205). Guatemala: FyG editores.

García Giráldez, T. (2005b). La dicotomía imperialismo-antiimperialismo. En: M. E. Casaús (coord.), *El lenguaje de los ismos: algunos conceptos de la modernidad* (pp. 249-297). Guatemala: FyG Editores.

García Giráldez, T. (2004). La construcción de redes y espacios de sociabilidad. Salvador Mendieta y el unionismo centroamericano. En M. E. Casaús Arzú y M. Pérez Ledesma (eds.), *Redes intelectuales, ciudadanía y formación de naciones en España y América Latina, 1890-1940* (pp. 119-155). Madrid: UAM.

Masferrer, A. (1928a). Él llega. *Diario Patria*, 24 de noviembre. En *Obras completas de Alberto Masferrer*, (p. 149). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1928b). La Misión de América II: "El grito de Batalla". *Patria*, 30 de octubre. En *Obras completas de Alberto Masferrer* (p. 143). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1928c). Apristas somos. *Diario Patria*, 31 de octubre de 1928. En *Obras completas de Alberto Masferrer* (p. 144). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1929a). Elogio del boicot. *Diario Patria,* 26 de abril. En *Obras completas de Alberto Masferrer* (p. 185). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1929b). Los hombres de la Antorcha. *Diario Patria*, 15 de febrero. En *Obras completas de Alberto Masferrer* (p. 184). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1929c). Mandamientos unionistas. *Diario Patria,* 25 de junio. En *Obras completas de Alberto Masferrer* (p. 204). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1929d). Economía del Mínimum Vital. *Diario Patria*, 18 de enero. En *Obras completas de Alberto Masferrer* (p. 177). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1929e). Economía sintética del Mínimum Vital. *Orientación.* 12 de mayo, 5.

Masferrer, A. (1930a). Ideología del ejército III. *Diario Patria*, 20 de julio. En *Obras completas de Alberto Masferrer* (p. 293). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1930b). La palabra nueva. No obedecerás. *Patria*, 30 de marzo. En *Obras completas de Alberto Masferrer* (p. 296). San Salvador: Ed. UNSAM.

Masferrer, A. (1931). Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Americana, Una obra de Masferrer. *El Liberal, Progresista*, *1*, 35.

Masferrer, A. (1932a). *El libro de la vida I*. Guatemala: Tipografía Orientación.

Masferrer, A. (1932b). La Misión de América. *Repertorio Americano, 4*, 55.

Masferrer, A. (1961). *Páginas Escogidas.* San Salvador: Concultura.

Melgar Bao, R. (2004). Redes y espacios públicos transfronterizos: Haya de la Torre en México 1923-1924. En M. Casaús Arzú y M. Pérez Ledesma (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940* (pp. 157-195). Madrid: UAM.

Melgar Bao, R. y Montanaro, M. (2010). V. R Haya de la Torre a Carlos Pellicer, Cartas Indoamericanas. *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico latinoamericano*. Perú.

Melgar Bao, R. (2006). *El Libertador. Órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas (1925-1929)*. Morelos: Conaculta / INAH.

Mella, J. (1930). La lucha revolucionaria contra el imperialismo ¿qué es el APRA? *Amauta, 31*.

Mendieta, S. (1934). *Alrededor del problema unionista de Centro-América*. Barcelona: Tip. Maucci.

Pakkasvirta, J. (1997). *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica.

Prado Cobos, A. (comp.) (2010). *Escritos políticos de Manuel Cobos Batres*. [Prólogo Á. Arzú]. Guatemala: Artemis Edinter.

Proudhon, P. (1982). *¿Qué es la propiedad?* Madrid: Jucar.

Proudhon, P. (2008). *El principio federativo*. La Plata: Terramar.

Quintana, J. E. (1971). *La generación del 20.* Guatemala: Tipografía Nacional.

Rodríguez Beteta, V. (1980). *No es guerra de hermanos sino una guerra de bananos. Como evité la guerra en Centroamérica en 1928*. 2ª ed. Guatemala: José Pineda Ibarra.

Seoane, M. (1926). El imperialismo norteamericano. *Actualidades. Revista Centroamericana independiente, mensual, ilustrada de Ciencias, Artes y Literatura*, *91*.

Soto Hall, M. (1928). *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*. Buenos Aires: Artes y Letras Editorial.

ANTIIMPERIALISMO, IDEAS Y REDES DE IZQUIERDA

LA REVOLUCIÓN RUSA, EL ANTIIMPERIALISMO Y EL IMAGINARIO DE LA CONQUISTA DEL PODER EN AMÉRICA LATINA

Carlos Figueroa Ibarra

INTRODUCCIÓN

El triunfo de los bolcheviques y el inicio de la Revolución rusa el 25 de octubre de 1917, como es sabido, tuvo una repercusión mundial y en los más recónditos lugares del mundo se tuvo noticia de este magno acontecimiento. Las reflexiones que siguen están vinculadas al impacto político e ideológico que tuvo dicha Revolución en América Latina y, particularmente, en lo que se refiere al camino del poder (*vía de la revolución*), es decir, en la lucha por la transformación socialista en la región. No obstante, el proceso ruso y sus vicisitudes también influyeron en cómo la izquierda revolucionaria latinoamericana imaginó la transición al socialismo (*el carácter de la revolución)*.

En este trabajo sostenemos que ambos hechos, vía y carácter de la revolución, fueron imaginados en América Latina desde la perspectiva inevitable del antiimperialismo. La influencia de los Estados Unidos de América en la región ha sido tan poderosa que cualquier consideración con respecto a la conquista del poder y la naturaleza de los cambios que había que realizar en la imaginada transición al socialismo en América Latina necesariamente tenían que considerar al imperialismo estadounidense como factor de poder y como elemento que debía ser erradicado en la nueva sociedad. Como sucedió en todos los países de la periferia capitalista, en América Latina el imperialismo fue un factor importante en la manera en que se imaginó la lucha

revolucionaria y los cambios que habría que introducir para construir una nueva sociedad.

Cuando se habla del impacto de la Revolución rusa en América Latina, no solamente se alude a las repercusiones que tuvo el triunfo bolchevique sino también a los hechos históricos que le precedieron y sucedieron. También a la elaboración teórica que se hizo de ellos, particularmente por Vladimir Ilich Lenin, cuyo pensamiento después de 1917 tuvo una trascendencia mundial. La resonancia de la Revolución rusa en América Latina y en el mundo derivó en la enorme influencia que en lo político y en lo ideológico llegó a tener el Partido Comunista de la Unión Soviética en muchos sectores de la izquierda mundial, particularmente en los partidos comunistas.

EL PARTIDO DE LA CLASE OBRERA COMO VANGUARDIA EN LA FASE DEL TRÁNSITO AL SOCIALISMO

El triunfo bolchevique en Rusia confirmó las expectativas de los revolucionarios de todo el mundo con respecto a que en el planeta entero había condiciones para la superación del capitalismo. De esta manera se entraba ya a la fase de transición del capitalismo al socialismo y, eventualmente, al comunismo. El triunfo revolucionario confirmó la aseveración hecha en el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels (1848/1971) de que la lucha del proletariado era "internacional por su contenido y nacional por su forma", asimismo que las clases obreras de cada uno de los países tenían el deber de derrotar su propia burguesía (p. 30).

La Revolución rusa también afirmó la idea de que el camino del poder tenía que ser conducido por un partido, el partido de la clase obrera. Fue esta la animación principal de la arenga hecha por Marx y Engels en el *Manifiesto* y fue este el planteamiento central de Lenin (1902/1961; 1904) en sus escritos de principios del siglo XX. La disputa ideológica sobre el carácter y objetivos de este partido habría de ser fuente de definiciones entre las distintas corrientes del marxismo ruso y estos debates habrían de tener una impronta mundial una vez que los bolcheviques terminaron triunfando en 1917. La idea central era que este partido tenía que ser un "partido de nuevo tipo". En esencia, esto significaba un partido de clase, de la clase obrera, que debía estar conducido por el principio del centralismo democrático y con una militancia profesional en su columna vertebral (Lenin, 1902/1961; 1904b/1961). Todo esto se definió de acuerdo a los cánones de Lenin de que el partido era un concepto dialéctico debido a su vinculación con el momento histórico que se vivía y que, por tanto, el centralismo como la democracia tendría que ampliarse o restringirse según las circunstancias. Ambas ideas se plasmaron en primer lugar en la

fundación de los partidos comunistas en toda la región y en la aceptación de estos en su incorporación a la III Internacional, organización que durante muchos años tuvo una influencia notable en la definición de la línea política que los comunistas tenía que seguir independientemente de las condiciones específicas de lucha que seguía.

La Revolución rusa pronto le dio organización internacional a la disidencia que los bolcheviques mantuvieron desde 1914 con la II Internacional. Cabe mencionar que buena parte de la disidencia en el seno de la II Internacional tuvo que ver con la postura que sus integrantes mantendrían con relación a la guerra imperialista, tal como fue calificada la I Guerra Mundial por Lenin y sus seguidores. En 1919, dicha disidencia junto a otros partidos que se habían escindido de la II internacional impulsaron la fundación de la Komintern (Internacional Comunista) conocida también como la III Internacional (Sobolev *et al.*, s. f., autores varios, 1981). Esta organización propició la fundación de partidos comunistas en todo el mundo y América Latina no fue la excepción. El Partido Comunista Argentino fue el pionero en esa tendencia (1918), seguido por el Partido Comunista de México (1919), el Partido Comunista de Uruguay (1920), los Partidos Comunistas de Brasil, Chile, el de Centroamérica (1922), Cuba (1925) y el Partido Comunista de Ecuador (1926). Hacia fines de la década del treinta del siglo XX, surgieron el Partido Comunista de Perú (1928), el de Colombia (1930) y el de Venezuela (1931). Después de la disolución del Partido Comunista Centroamericano observamos el surgimiento del Partido Comunista de El Salvador y el de Panamá (1930), el de Costa Rica y el de Puerto Rico (1934). Finalmente, en un tercer momento surgieron el Partido Comunista de Nicaragua (1944), el Partido Comunista de Guatemala (1949) y el de Bolivia (1950). Un surgimiento tardío fue el del Partido Unificado de los Comunistas Haitianos fundado en 1969.[1]

En un lapso de entre diez y doce años, la mayor parte de los países de América Latina ya tenían presencia de comunistas organizados en partidos. Aproximadamente quince años después del triunfo de la Revolución rusa, estos partidos ya se encontraban actuando en la formación o participación de sindicatos, ligas campesinas, organizaciones estudiantiles y formaron el destacamento inicial de una izquierda revolucionaria, que posteriormente se iría diversificando conforme se fueron dando diversos acontecimientos en el mundo. Con mayor o

1 Buena parte de esta historia de los partidos comunistas puede encontrarse en Concheiro, Modonesi y Crespo (2007) y particularmente en los capítulos de ese libro escritos por Campione, Carr, Concheiro, del Roio, Figueroa, Jaramillo y también en Anderson (1982), Dalton (1982) y Alvarado (1994).

menor arraigo en los diversos países latinoamericanos, puede decirse que en la década de los cuarenta y de los cincuenta del siglo XX, estos partidos se beneficiaron del enorme prestigio con el cual la Unión Soviética emergió de la segunda guerra mundial. Finalmente, uno de los rasgos ideológicos decisivos de estos partidos era la identificación con "la gran patria del socialismo", la cual era considerada el principal "bastión en la lucha contra el imperialismo" (Partido Guatemalteco del Trabajo [PGT], 1982, Capítulo 5). Con arraigo marginal en algunos países (por ejemplo, Nicaragua) y en otros con una inserción importante en las centrales sindicales (por ejemplo, en Argentina, Colombia, Uruguay y Chile), en algunos casos, los partidos comunistas tuvieron una incidencia no desestimable en los acontecimientos políticos de sus países. En El Salvador un recién fundado partido de artesanos, campesinos y pescadores rápidamente se arraigó en amplios sectores sociales y habría de protagonizar la gran insurrección de 1932 contra la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944), la cual fue aplastada sangrientamente (Anderson, 1982; Dalton, 1982).[2]

En Guatemala, el partido fundado en 1949 con el nombre de Partido Guatemalteco del Trabajo era ya una organización influyente en el seno del movimiento sindical y en el mismo gobierno de Jacobo Árbenz Guzmán (1951-1954) (Alvarado, 1994; Figueroa, 2007; Figueroa, Paz, Taracena, 2013). En la década de los cincuenta y los sesenta, el Partido Comunista Chileno formaba junto al Partido Socialista el eje de una izquierda que habría de conquistar la presidencia del país en 1970 con la Unidad Popular encabezada por Salvador Allende (Mistral, 1974; Zavaleta, 1975; Cueva, 1975, Fenner, 1975; Amorós, 2013). En Colombia, el Partido Comunista Colombiano [PCC] apoyó a las guerrillas de origen liberal que surgieron en el área rural después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948 (Corporación Observatorio para la Paz [COPP], 1999). Estas guerrillas surgidas como autodefensas habrían de convertirse a partir de los sesenta en una fuerza político militar que gravitaba de manera importante en la vida política colombiana.

Todos estos partidos pasaron por diversas fases políticas e ideológicas a lo largo de su existencia. Sin embargo, a partir de las décadas del

---

2 Otros autores, por ejemplo, Gould y Lauria (2008) interpretan la sublevación de 1932 como resultado de una compleja combinación de factores económicos y políticos y una articulación de lo clasista y lo étnico en la que el planteamiento comunista sería recibido desde una visión del mundo campesina e indígena. Lo que si es cierto de acuerdo al testimonio de Jorge Fernández Anaya (comunista mexicano que participó en la red organizativa que fue base de la insurrección) es que lo clasista y lo comunista fue difundido de manera persistente por los activistas del Socorro Rojo Internacional y el Partico Comunista Salvadoreño (Figueroa, 1990).

treinta y del cuarenta del siglo XX era posible advertir ciertas líneas ideológicas comunes que derivaban de una manera ostensible de los lineamientos ideológicos heredados del marxismo y del pensamiento de Lenin. Todos ellos se volvieron tributarios de la versión soviética del marxismo surgida en la Unión Soviética con Stalin después de la muerte de Lenin. El "marxismo-leninismo" fue el nombre de esta versión del marxismo que fue ampliamente difundida por el mundo y específicamente en América Latina por la difusión de las obras de Marx, Engels y Lenin por la Editorial Progreso de Moscú, la *Revista Internacional* editada en Praga, los manuales de marxismo-leninismo de Otto Kuusinen y Victor Afanasiev (Kuusinen, 1966; Afanasiev, 1975) y los conocimientos e ideología impartidos por la Escuela de Superior de Cuadros y la del Komsomol (Unión Comunista de la Juventud).

El marxismo-leninismo surgió como una suerte de ideología construida en el marco de la lucha ideológica interna del Partido Comunista de la Unión Soviética, llamado entonces Partido Comunista de Toda la Unión (Bolchevique). La intención de renombrar al marxismo como marxismo-leninismo surgía de la idea de que el leninismo era el "marxismo de nuestro tiempo". Tal como se dice en el Prefacio al Tomo I de las *Obras Escogidas* de Lenin editadas por el Instituto de Marxismo-Leninismo del CC del Partido Comunista de la Unión Soviética [PCUS] "en sus inmortales obras, Lenin dio respuesta a todas las cuestiones cardinales que la nueva época histórica planteaba al proletariado internacional". Tales cuestiones eran la nueva época capitalista (imperialismo), la hegemonía proletaria en la revolución y una teoría integral del partido marxista de nuevo tipo (Lenin, 1961, p. 8) "La nueva época histórica" estaba marcada por el surgimiento de una nueva etapa capitalista, la etapa imperialista, que sería una fase superior del capitalismo analizado por Marx. Sus rasgos serían presentados por Lenin en su famoso libro escrito en 1916, los cuales serían la argumentación de por qué estábamos viviendo una etapa distinta y desarrollada del capitalismo: la concentración y centralización de capitales había hecho surgir a esta doctrina en su fase monopólica; había surgido una nueva forma de capital de la fusión del bancario con el industrial –el capital financiero–; la acumulación de capital intensificada que provocaba la exportación de estos por parte de los países centrales más allá de sus fronteras; el reparto territorial que llevaban a cabo las grandes potencias capitalistas y el surgimiento del moderno sistema colonial. Finalmente, el hecho de que las guerras se volverían inevitables como consecuencia de la rivalidad entre las distintas potencias imperialistas (Lenin, 1917c/1979).

Sostenemos en este trabajo que la obra de Lenin (no solamente la referida al imperialismo) fue decisiva en la conformación del

imaginario de la izquierda revolucionaria latinoamericana, particularmente en los partidos políticos. En primer lugar, Lenin imaginó una revolución socialista en un país de capitalismo atrasado, predominantemente campesino, con un Estado autoritario y represivo. Su concepción de la necesidad de un partido revolucionario se especificó con su planteamiento de la naturaleza que tenía que tener dicho partido al enfrentarse con un régimen autoritario: centralista, vertical, de revolucionarios profesionales, conspirativo y con la lucha armada como una posibilidad real y cercana. Su planteamiento sobre el imperialismo cayó en suelo fértil en Latinoamérica en donde el imperialismo inglés, francés y finalmente el estadounidense eran un dato interno en la historia de la región. En el caso de los países que Lenin llamó "semicoloniales" (por ejemplo, las "*Banana Republic*" de Centroamérica y el Caribe), su libro sobre el imperialismo sirvió como un eje crucial en la conformación del planteamiento programático para partidos y movimientos revolucionarios. En lo que se refiere a la otra referencia importante para la izquierda revolucionaria en Latinoamérica, Ernesto "Che" Guevara, puede decirse que un elemento fundamental que marcaría su obra, su convicción en la necesidad de la lucha armada, fue precisamente la opresión imperialista en la región. En su carta de despedida dirigida a Fidel Castro, calificaría a la lucha antiimperialista como "el más sagrado de los deberes"

> En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura (Guevara, 1967b).

LA VÍA Y EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN MÁS PRÓXIMA

El movimiento comunista internacional nunca fue homogéneo (baste observar la diferenciación ideológica en los partidos comunistas de Europa occidental) y el caso de América Latina no fue la excepción. En primer lugar, hay que recordar la escisión que provocó la lucha interna en Partido Comunista soviético que culminó con la defenestración de León Trotsky y la fundación de la IV Internacional en 1938 (Villar, 2012). También habría que mencionar el cisma sino-soviético latente desde los años cincuenta del siglo XX y que se evidenciaría en la década siguiente con el surgimiento de los "partidos comunistas marxista-leninistas" y con la expresión de "marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse Tung" (Partido Comunista del Perú [PCP], 1977). En lo que se refiere a los partidos comunistas prosoviéticos –a pesar de su paulatina diferenciación– es posible definir líneas ideológicas generales por lo menos hasta la década de los sesenta. El imaginario del camino del poder comenzaba

en la manera en que visualizaban la situación internacional. El mundo había iniciado una transición del capitalismo al socialismo a partir de la revolución de octubre de 1917 (Sobolev *et al.*, s. f., p. 5). Esta transición era evidente con la paulatina incorporación de amplios territorios del planeta al mundo socialista después de la segunda posguerra con la revolución china y el traslado de Europa oriental a la influencia soviética. Además, desde la década del cincuenta, se observaba un proceso de disgregación del sistema colonial del imperialismo. En la lucha de clases, a nivel internacional, tres eran las fuerzas motrices de la transición al socialismo: el campo socialista, con la Unión Soviética a la cabeza, la clase obrera internacional y los movimientos de liberación nacional. El mundo vivía un sólido paso hacia el socialismo y, en ese tránsito, los partidos comunistas estaban cumpliendo un importante papel. En América Latina quien habría de sintetizar de manera erudita esta concepción era el Secretario General del Partido Comunista de Uruguay, Rodney Arismendi (1976).

En lo interno los partidos comunistas visualizaban como fuerzas motrices de la revolución primeramente a la clase obrera, la cual tenía una fisonomía y una conducta distinta de acuerdo con las características del desenvolvimiento capitalista en cada uno de los países. La alianza obrero-campesina era el eje del destacamento social de la revolución y su propósito era ganar a las capas medias para el campo revolucionario. Un elemento importante en la discusión comunista y de los partidos comunistas fue la existencia o no de una burguesía nacional que podría apoyar una revolución democrática nacional. Es de destacar que el análisis de las fuerzas motrices de la revolución en los partidos comunistas era eminentemente clasista. El análisis del comunista peruano José Carlos Mariátegui (2002) sensible al papel de los pueblos indígenas y sus formas de organización social comunal como activo de una eventual transición socialista, no fue común en el seno de los comunistas latinoamericanos. De una manera más acusada en algunos países y menos pronunciada en otros el capitalismo en América Latina era visto como algo articulado a una fuerte presencia de vestigios feudales y comunales. Por vestigios feudales se entendía todos los resabios de trabajo servil que se observan en las áreas rurales (Cueva, 1977, pp. 11-30). Esa forma de concebir a la formación social tenía repercusión en la forma en que aparecía el cuadro de las clases sociales: la existencia de burguesías industriales y comerciales coexistiendo con oligarquías terratenientes agroexportadoras y latifundistas que se sustentaban en trabajo campesino semiservil (Cueva, 1977, Capítulos 5 y 7).[3]

3 En su libro, Agustín Cueva llevó esta caracterización del peso de los resabios serviles en la formación social latinoamericana a un elevado plano analítico. Esta

El cuadro de las clases sociales y la naturaleza atrasada del capitalismo en América Latina, tal como la veía el comunismo latinoamericano, influyó decisivamente en su interpretación del "carácter de la revolución más próxima". Si América Latina, en mayor o menor medida dependiendo del país que se tratara, tenía un capitalismo atrasado y dependiente, la revolución por la que se luchaba no tenía un carácter socialista. Se trataba de una revolución democrática nacional con un carácter agrario, antiimperialista y popular (véase como ejemplo: PGT 1970; 1972). Esta fue una diferenciación fundamental con la izquierda trotskista que se fue irradiando en América Latina conforme se empezaron acusar los efectos organizativos en la región de la IV Internacional. Esta diferenciación surgía de la idea de *la revolución permanente* concebida por Trotsky en 1905 y sistematizada en un libro publicado en 1929 con el mismo título (1929/2000 -2002) Las diferentes corrientes trotskistas, *mutatis mutandi*, pregonaron que tal caracterización de la revolución era "etapista" y que en el fondo escamoteaba de manera reformista el necesario carácter socialista y permanente que debería tener el cambio revolucionario (Villar, 2012, p. 102). Los comunistas deploraron la importancia que los trotskistas le daban al programa revolucionario, olvidando la máxima leninista de que en una revolución la cuestión fundamental radicaba en quien tenía el poder (Lenin, 1917b/1961). Los partidos comunistas se inspiraban en todas las elaboraciones hechas entre 1905-1917 por Lenin con respecto al carácter de la revolución que diferenciaba un momento democrático nacional del momento socialista propiamente dicho, dado el carácter de las clases sociales y sociedad que estaba viviendo la transición revolucionaria (Lenin, 1905a/1961). En un libro posterior sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia, Lenin (1907/1971) fundamentaría esa caracterización de la sociedad rusa que sustentaba a su vez su caracterización de la revolución. A diferencia de Trotsky, que insistía en que el proceso revolucionario debería transitar rápidamente al socialismo, Lenin en ese momento hablaba de una revolución democrática conducía por el proletariado. Fuera de estas divergencias revolucionarias, no pocos partidos comunistas secundaron sin chistar el anatema soviético de que los trotskistas, empezando por el propio León Trotsky, eran agentes del imperialismo. Posteriormente, en un famoso discurso, Fidel Castro haría similares aseveraciones (Castro, 1966). [4]

---

sofisticación no necesariamente estaba presente en los documentos de los partidos comunistas y otras organizaciones de izquierda que conceptualizaban como feudales tales resabios.

4 El anatema de Fidel Castro ocurrió cuando un sector del trotskismo afirmó sin fundamento que la desaparición de Ernesto "Che" Guevara de la escena política

En muchos casos los partidos comunistas, siguiendo la caracterización de la revolución más próxima como democrático-nacional o popular, se plantearon seriamente hacer alianzas con lo que ellos llamaban "burguesía nacional", en un programa democrático que se planteaba como alternativa a Estados dictatoriales (Schulman, 2012). En América Latina, en efecto, la democracia liberal y representativa como sólida continuidad estuvo restringida a casos excepcionales: Costa Rica, Venezuela, Colombia, Uruguay, Chile. En los demás países, las dictaduras unipersonales heredadas del período oligárquico del siglo XIX y mitad del siglo XX se vieron sucedidas por las modernas dictaduras militares que se consolidaron desde principios de la sexta década del siglo XX, surgidas al calor de la doctrina de seguridad nacional desencadenada como reacción a la Revolución cubana. O, como sucedió en el caso mexicano, en el que no hubo una dictadura militar pero sí un régimen autoritario, sustentado en un partido inamovible del gobierno y entrelazado con el Estado durante setenta años. Estas circunstancias provocaron una suerte de ambigüedad en torno a los objetivos programáticos y la vía revolucionaria. Por un lado, la existencia del autoritarismo convertía a la lucha por la democracia en una bandera plausible e inclusiva. Por otro lado, los objetivos programáticos de los comunistas no se restringían a la instauración de una democracia liberal y representativa sino a transformaciones revolucionarias enfiladas hacia el socialismo.

Hasta mediados de los años cincuenta la conquista del poder, llamada la "vía de la revolución", fue imaginada como una ruptura violenta que llegaría después de un largo proceso de "acumulación de fuerzas". Resulta curioso que el dirigente de un partido comunista como el uruguayo, que no se caracterizó por su involucramiento en la lucha armada, haya sido quien realizó una argumentación sólidamente sustentada en Lenin acerca de la revolución violenta como ley histórica (Arismendi, 1976, pp. 103-107; 193-262). En este imaginario de "la vía de la revolución", también fue notable la influencia del ejemplo ruso en las revoluciones de 1905 y 1917. En ambos casos, la vía de la revolución fue la insurrección armada que fue imaginada preferiblemente en los cascos urbanos. Todas las formas de lucha útiles para la acumulación de fuerzas, tarde o temprano habrían de desembocar en un momento de ruptura insurreccional. La lucha por la democracia, las luchas agrarias y sindicales, estudiantiles y reivindicativas, legales e ilegales, abiertas y clandestinas, habrían de servir para elevación de la conciencia de las masas hasta un punto en que se observaría lo que

---

cubana se debía a que había sido asesinado, encarcelado o expulsado. Versión que ciertamente repetían las agencias noticiosas al servicio del mundo capitalista.

Lenin denominó "el momento de viraje" característico de la "situación revolucionaria" o "crisis nacional general". Esta situación revolucionaria estaría sustentada en una articulación de las "condiciones objetivas" (crisis política y social profunda) con las "condiciones subjetivas" que se expresarían en la imposibilidad de las clases dominantes de seguir dominando como antaño y en la rebeldía de las clases populares a seguir siendo gobernadas como antes (Lenin, 1915).

De alguna manera esto fue lo que sucedió con la insurrección en El Salvador en 1932, con la Revolución guatemalteca en 1944, la boliviana en 1952, la cubana en 1959 y la nicaragüense en 1979. De igual manera, la teoría leninista, construida al calor de la experiencia rusa, fue un elemento interpretativo ineludible en las luchas armadas que se observaron en América Latina después de la revolución cubana. Aun cuando en este último caso, justo es decirlo, en la mayor parte de los casos, no fueron los partidos comunistas sus protagonistas. [5]

Más aún, una parte importante de las luchas armadas en América Latina fueron encabezadas por fuerzas guerrilleras cuya matriz no necesariamente era el marxismo-leninismo. Ejemplo relevante de este caso es el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (antiimperialistas), los Montoneros de Argentina que tuvieron orígenes católicos y nacionalistas y el Movimiento 19 de abril, cuyas raíces son la indignación ocasionada por el fraude cometido el 19 de abril de 1970 contra el exdictador Gustavo Rojas Pinilla (Villamizar, 2002; Grabe, 2000). El M-19 tuvo una ideología nacionalista y emparentada con un planteamiento socialdemócrata radical, inclusive una autora identificó a dicha guerrilla como "populismo armado" (Narváez, 2012). Una guerrilla ideológicamente parecida fue la Organización del Pueblo en Armas [ORPA] en Guatemala, en cuyos documentos no puede advertirse el sesgo doctrinario marxista-leninista característico no solo de los partidos comunistas sino también de sus disidencias armadas, tal como se observa en *El libro verde*, (1979).[6]

En casi todos los siguientes casos, la teorización leninista sobre la insurrección, el terror revolucionario, la guerra de guerrillas fue un elemento indispensable de interpretación. Puede decirse esto de las luchas armadas observadas en Guatemala (1960-1996), en El Salvador

---

5 La teoría leninista de la lucha armada fue desarrollada en diversos artículos escritos en el contexto de las situaciones revolucionarias de 1905-1907 y vísperas de la de 1917. Véase Lenin (1905b/1977); (1905c/1977); (1906a/1977); (1906b/1977) y (1915/s. f.).

6 Sin editorial expresa, este voluminoso documento fue atribuido en su momento a la Organización del Pueblo en Armas [ORPA]. El título le fue puesto por aquellos entre los cuales circuló.

(1980-1992), en Nicaragua (1961-1979), en Colombia (1948-2016), Venezuela (1962-1965), Ecuador (1983-1991), Perú (1962-1965/1980-1992), Bolivia (1963-1979), Chile (1983-1991), Argentina (1963-1979), Uruguay (1968-1973), Brasil (1964-1971). Justo es decir, como más adelante se abundará, que en la constitución de los distintos grupos guerrilleros en todos estos países, a la par de la teoría leninista sobre la lucha armada, confluyeron otras vertientes teóricas: el guevarismo, el maoísmo y la sistematización de la experiencia vietnamita a través de los textos del general Vo Nguyen Giap (1971). Pero todas estas teorizaciones eran a su vez, en mayor o menor medida, tributarias del pensamiento leninista.

Un elemento fundamental en la teorización leninista de la violencia revolucionaria en la conquista del poder, fue la articulación dialéctica de la vía revolucionaria con las formas de lucha. El que un partido revolucionario definiera la vía de la revolución como una de carácter violento, no significaba que desde el principio del proceso las formas de lucha fueran violentas. Siendo requisito indispensable en la visión leninista el que la lucha armada fuera el resultado de una elevación de la subjetividad revolucionaria de las masas hacia su máximo nivel, el lograr ese estadio implicaría una fase más o menos larga de acumulación de fuerzas de todo orden (organizativas, políticas, ideológicas, militares) que implicaría el que se adoptaran las más diversas formas de lucha: económicas, políticas, ideológicas, reivindicativas, legales, ilegales, pacíficas y violentas. Y cabía prever que en las primeras etapas de dicho proceso las formas de luchas organizativas, legales, pacíficas fueran las esenciales y predominantes (PGT, 1972; Arismendi, 1976, pp. 100-119).

Estas ideas en forma simple o compleja formaron parte de las enseñanzas básicas en los partidos comunistas latinoamericanos hasta a mediados de la década de los cincuenta del siglo XX. Un parteaguas parece haber sido el planteamiento asumido en el XX Congreso (1956) del Partido Comunista de la Unión Soviética [PCUS], en el que se concluyó que se ampliaban las posibilidades del tránsito pacífico al socialismo. La visión del PCUS fue reiterada en las Conferencias de Partidos Comunistas y Obreros de 1957 y 1960 (Arismendi, 1976, pp. 193-199). Eran ya los tiempos de la impronta del período de Nikita Jruschov y su alejamiento del culto a Stalin. Las posibilidades del tránsito pacífico al socialismo partían de lo que se consideraba una correlación de fuerzas cada vez más favorable al campo socialista en su confrontación con el imperialismo (Arismendi, 1976, pp. 208-214). Esto generaba condiciones para que en determinados países en los cuales no existían regímenes autoritarios y partidos obreros fuertes (comunistas o socialistas) se pudiera plantear una alternativa de tal

naturaleza. La aseveración sería recibida con simpatía en los partidos comunistas de Europa Occidental, quienes desde hacía algún tiempo habían llegado a parecidas conclusiones. En América Latina el planteamiento fue aceptado en términos generales por los partidos sobre la base del criterio de que las vías revolucionarias eran diversas de acuerdo a las circunstancias históricas, políticas y hasta geográficas de cada uno de los países en los que se realizaba una lucha revolucionaria. No obstante ello, América Latina vivía ya la impronta de la revolución cubana y el ejemplo de su vía guerrillera para la conquista del poder había impactado profundamente a los partidos comunistas, ocasionando escisiones y surgimiento de organizaciones revolucionarias articuladas en torno a la lucha armada. El movimiento comunista internacional también estaba advertido de las experiencias de la lucha vietnamita y también de la experiencia de la guerra popular prolongada de base campesina que fuera encabezada por el Partido Comunista Chino (Mao, 1936/1972; Giap, 1971).

LOS PARTIDOS COMUNISTAS LATINOAMERICANOS Y LA LUCHA ARMADA

Es este el contexto en el que el Secretario General del Partido Comunista de Uruguay, Rodney Arismendi, escribió un libro titulado *Lenin, la revolución y América Latina*.[7] Dotado de una enorme erudición en lo que se refiere a la inmensa obra de Lenin, Arismendi dio forma a lo que en términos generales fueron las ideas fuerza de los partidos comunistas pro soviéticos latinoamericanos en lo que se refiere a la conquista del poder y el papel de la lucha armada en ello. El planteamiento inicial parte del aforismo leninista que retoma la idea del teórico militar prusiano Karl Von Clausewitz (2012) de que "la guerra es la continuación de la política por otros medios". Una vez establecida que la vía violenta de la revolución era el inevitable camino revolucionario en un país, habría que establecer si esta se daría a través de la insurrección o de la guerra de guerrillas. La insurrección implicaba un desenlace rápido y por ello era imprescindible que el partido fuera preciso en el momento de desencadenarla. La guerra de guerrillas podría ser de una duración mayor en el tiempo e inclusive podría adquirir las características de una guerra popular prolongada. Cualquiera que fuera el caso, en la visión leninista lo político debía conducir a lo militar y la militar es una de las formas de lucha que debe ser conducida

7 En una breve advertencia al lector, Arsimendi relata que el libro fue escrito entre 1968 y 1970 (Arismendi, 1976, p. 11). Esto quiere decir que el contexto en el cual lo escribió fue el del debate de los partidos comunistas latinoamericanos con la teoría guevariana del foco insurreccional.

por el partido. Ciertamente esta forma de lucha, secundaria en las fases iniciales del proceso, se convertiría en la principal conforme el proceso revolucionario se profundizara y se acerara a la situación revolucionaria. Ninguna forma de lucha debía ser aceptada o negada en abstracto, todo dependía del momento en que se estuviera viviendo. El requisito fundamental para el ejercicio de cualquier forma de lucha era que estuviera en consonancia con el nivel de conciencia de las amplias masas de la población y que su ejercicio no alejara al partido de estas o, peor aún, lo desprestigiara. El libro de Arismendy, uno de los teóricos comunistas más importantes de la región, se escribió teniendo en mente varios adversarios en el propio campo, aunque no los haya mencionado explícitamente (Arismendi, 1976).

Probablemente, el más importante haya sido la concepción foquista que se había irradiado en América Latina en los años que siguieron a la revolución cubana. Esta concepción ponía en cuestión algunos de los postulados leninistas. En la visión de Ernesto Guevara la lucha armada no necesariamente debería ser conducida por un partido; la lucha armada, más que la consecuencia de una acumulación de fuerzas más o menos prolongada, podía ser un detonante en la elevación de la conciencia revolucionaria de las masas. Siendo las ciudades un escenario importante en el imaginario comunista de la revolución, el foquismo planteaba que la revolución podía ir del campo a la ciudad (Guevara, 1960, 1963, 1964). Estas ideas fueron ampliadas por Regis Debray en un libro que se convirtió en objeto de un intenso debate particularmente en la izquierda latinoamericana (Debray, 1967a) Es importante señalar que aunque estas ideas no eran afectas al pensamiento de Arismendi, este trata con el mayor de los cuidados a Ernesto "Che" Guevara y a su derrota en Bolivia. En general, los partidos comunistas latinoamericanos, siendo aliados estratégicos de la Revolución cubana, no fueron las organizaciones más queridas por la dirigencia cubana. La causa de esto es sencilla: no eran organizaciones guerrilleras. Sin embargo, los partidos comunistas latinoamericanos, en medio de estas diferencias, hicieron de la Revolución cubana un faro que alumbraba el camino de la revolución latinoamericana. El tema del imaginario de la conquista del poder también estuvo influido por la experiencia vietnamita que, siguiendo la experiencia china, concibió la guerra como un esfuerzo militar de masas conducido por el partido (Giap, 1971, p. 47). Además, como una guerra de liberación nacional que necesariamente tenía que tener un carácter prolongado dada la fortaleza del enemigo al cual se estaban enfrentando: el imperialismo. A pesar de que la experiencia vietnamita abrevaba de la china, en el libro de Arismendi hay un deslinde con respecto al maoísmo que después de la ruptura sino-soviética empezó a tener en

América Latina una expresión en la fundación de los partidos comunistas "marxista-leninistas".[8] Además de no aceptar la caracterización china del PCUS como expresión del "revisionismo soviético", hay una diferenciación con respecto a la aseveración maoísta de postular la guerra como necesaria en todos los momentos y circunstancias (Arismendi, 1976, pp. 100-103; 132-138; 193-199).

Sin embargo, hay en el planteamiento de Arismendi un adversario más: el oportunismo que implicaba el adoptar una vía pacífica de la revolución de manera abstracta e indiscriminada. Resulta así más inteligible el esfuerzo de Arismendi de darle autoridad teórica y moral a la idea de que, en términos generales y haciendo a un lado casos excepcionales que confirmaban la regla (el efímero momento en Rusia entre febrero y octubre de 1917, la efímera revolución húngara de 1919, los países de Europa oriental en el contexto de la ocupación soviética), esta regla era que los intereses de las clases dominantes no permitirían una transición pacífica (Arismendi, 1976, pp. 238-235) y la autoridad teórica y moral que con gusto o a regañadientes tendrían que aceptar los partidos comunistas y aun otras fuerzas políticas de inspiración marxista era la de la experiencia rusa y su sistematización teórica en el pensamiento de Lenin. Resulta curioso que la sustentación más completa –dentro de los partidos comunistas latinoamericanos–, de la idea de la vía violenta de la revolución haya sido hecha por Rodney Arismendi, un dirigente comunista cuyo partido no se vio involucrado de manera sustancial en la lucha armada. Hasta el golpe de estado de 1973, el Partido Comunista de Uruguay estuvo fuertemente involucrado en la organización de la Convención Nacional de Trabajadores y en la del Frente Amplio. Con la emergencia de la dictadura militar, en medio de severos golpes como asesinato y encarcelamiento de militantes y dirigentes, el PCU mantuvo su operatividad y sobrevivió a los doce años de dictadura. Sin embargo, la lucha armada en Uruguay fue llevada a cabo esencialmente por el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (Debray, 1975, pp. 115-245).

En términos generales, fueron pocos los partidos comunistas que llevaron a la práctica la idea de la lucha armada en los términos leninistas que Arismendi brillantemente sintetizó. Independientemente de que, en términos generales, en algunos momentos coyunturales los partidos comunistas pudieran haber efectuado formas de lucha militares, solamente son cuatro los casos en los cuales el esfuerzo militar se convirtió en una parte esencial o importante de su lucha. Un caso

8 Los partidos comunistas de orientación maoísta agregaron a su nombre el apelativo de "marxista-leninista" para diferenciarse de los partidos comunistas prosoviéticos.

relevante es el del Partido Guatemalteco del Trabajo quien desde su III Congreso (1960) decidió adoptar "todas las formas de lucha" para hacerle frente a la dictadura militar. Posteriormente en la Conferencia de 1966, el PGT reafirmó esa concepción en el planteamiento de la "Guerra Revolucionaria Popular", la cual se sistematizaría de manera más profunda en el IV Congreso en 1969, ya en el contexto de la finalización del primer ciclo guerrillero en el país. Con esa concepción se vería involucrado en los dos grandes ciclos de lucha armada en Guatemala (1960-1972/1972-1996) y en medio de severos golpes y divisiones terminaría fusionándose en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca [URGN] después de los acuerdos de paz de 1996 (Figueroa, Paz, Taracena, 2013; Bravo, 2013). El Partido Comunista Venezolano, en el contexto de una aguda represión hacia sus militantes y dirigentes, adoptó la línea de la lucha armada en su III Congreso (marzo de 1961), la cual hizo valer en los hechos hasta 1965 para después formalizar su abandono de esta en un pleno de su Comité Central en abril de 1967 (Debray 1975, pp. 17-111).

En Colombia, el Partido Comunista empieza en la década de la violencia (1948-1958) la organización de las autodefensas campesinas como respuesta a la violencia gubernamental contra campesinos liberales y comunistas. En 1960 el IX Congreso adopta la línea de "la combinación de todas las formas de lucha como vía estratégica de liberación nacional". Para ese entonces, el guerrillero campesino Manuel Marulanda Vélez ya era parte del partido y en el contexto de la ofensiva hacia la "república independiente" de Marquetalia funda las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia [FARC], organización que llegaría a convertirse en un ejército irregular (FARC-Ejército del Pueblo) y la guerrilla más poderosa de América Latina desde el punto de vista militar (Medina Gallego, s. f.; COPP, 1999).

Sin embargo, la guerrilla con mayor incidencia política en la cual se involucraron los comunistas fue el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional [FMLN] en EL Salvador. En esta coalición guerrillera participaría El Partido Comunista Salvadoreño después de que, en octubre de 1979, diera el viraje hacia la lucha armada revolucionaria. A través de las Fuerzas Armadas de Liberación [FAL] el PCS cumpliría un papel relevante en el FMLN junto a otras organizaciones, alguna de ellas proveniente de las filas comunistas como fueron las Fuerzas Populares de Liberación [FPL], dirigidas por el antiguo secretario general del partido, Salvador Cayetano Carpio. El FMLN se integraría también con el Ejército Revolucionario del Pueblo [ERP], las Fuerzas Armadas de Resistencia Nacional [FARN] y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos [PRTC] (Handal, 2005; 2006; Álvarez, 2011). Al igual que el PCU con Rodney Arismendy, el PCS

daría al comunismo latinoamericano una de sus figuras más brillantes, Schaffick Jorge Handal (Servicio Informativo Ecuménico y Popular [SIEP], 2014).

LA REVOLUCIÓN RUSA Y SU IMPRONTA EN LOS PARTIDOS COMUNISTAS Y LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA. EL MARXISMO-LENINISMO

Las premisas de la parte esencial de la izquierda latinoamericana, en medio de su heterogeneidad ideológica, fueron sentadas por las líneas ideológicas marcadas por la experiencia de la Revolución rusa y particularmente por el poderosamente influyente pensamiento de Lenin. Hemos tratado de reconstruir los rasgos esenciales de dicho pensamiento en las páginas precedentes. Durante aproximadamente setenta años, la izquierda mundial estuvo marcada por la experiencia soviética. Los partidos comunistas prosoviéticos hicieron de dicha experiencia la referencia positiva ineludible para pensar la revolución en los propios países. También lo hizo la vertiente comunista que empezó a tener una visión crítica después de haber sido afectos a Moscú, tal es el caso de los partidos de Europa occidental o el singular caso del Partido Comunista Mexicano. Los partidos maoístas tuvieron en la experiencia soviética una referencia positiva hasta que expresaron su disidencia con respecto a la crítica del estalinismo que se observó en el XX Congreso del PCUS. Incluso los partidos trotskistas siempre tomaron elementos de la experiencia soviética como referencia, aunque en lo esencial consideraran al socialismo soviético como expresión de un "Estado obrero degenerado" (Mandel y Ross, 1981). El propio Trotsky habría de insistir en esa caracterización en polémica interna con algunos de sus seguidores que afirmaban que la URSS se había convertido en una "nueva forma de opresión clasista de carácter burocrático" (Villar, 2012, p. 105). En el caso de América Latina, muchas de las organizaciones guerrilleras que surgieron de desmembramientos de los partidos comunistas hicieron el rasgo esencial de su disidencia en lo que llamaron la inconsecuencia de dichos partidos con respecto a la necesidad de la lucha armada. En términos generales, no hicieron cuestionamientos esenciales al socialismo real en la medida en que Cuba, su referencia fundamental, no las hizo. O más bien las hizo hasta en el momento en que la perestroika de Gorbachov empezó a cuestionar muchas de las verdades soviéticas que habían permanecido incólumes durante décadas.

En el caso de los partidos comunistas en América Latina y muchas de las organizaciones que surgieron de sus desmembramientos, la Revolución rusa inauguró una época en la que se sentaron premisas esenciales que conformaron una ideología que tuvo un nombre,

el marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo no solamente fue una concepción del marxismo que, como una suerte de religión laica, instauró Stalin en el contexto de la purga de Trotsky, Zinoniev, Kamenev y Bujarin. Fue un pensamiento articulado que encajaba perfectamente en las necesidades teóricas de la praxis revolucionaria en el tercer mundo y en particular América Latina. El leninismo daba respuesta a la situación de subyugación imperialista que se vivía en esos momentos –que aún se vive–, de igual manera que toda la teorización leninista sobre el desenvolvimiento capitalista en un país con predominancia rural, gran población campesina y vestigios serviles (Lenin, 1907/1971). El leninismo también fue la teorización sobre la necesidad de construir un partido que hacía su lucha contra un régimen autocrático y profundamente represivo, un partido que por tanto tenía que hacer uso de la clandestinidad y la lucha armada (Lenin, 1905b/1977, 1905c/1977, 1906a/1977, 1906b/1977 y 1915/s. f.). Lo mismo puede decirse del pensamiento maoísta, tributario del leninismo pero que acentuaba el papel del campesinado como poderosa fuerza motriz en la lucha revolucionaria: era el 80% del total de la población china y el 70% de su población rural (Mao 1939/1972, pp. 334-336). En suma, el leninismo fue un pensamiento que resultaba funcional a las necesidades de la lucha por el socialismo en América Latina.

El marxismo-leninismo como ideología que expresó el impacto de la Revolución rusa en América Latina, partió de premisas sólidas que articularon a los partidos comunistas de la región. En primer lugar, el triunfo de los bolcheviques y la emergencia de la Unión Soviética como consecuencia de dicha revolución creó una correlación de fuerzas sobre la que se asentó la izquierda mundial que luchaba por una sociedad poscapitalista. El triunfo bolchevique y la presencia creciente de la Unión Soviética en el concurso mundial dio asidero real a la "actualidad de la revolución" (Arismendi, 1976, p. 40). El mundo fue visto por los partidos comunistas como en transición al socialismo por lenta o accidentada que esta fuera. Los triunfos revolucionarios en China, Vietnam del Norte, Cuba y la misma instauración de regímenes del socialismo real en Europa Occidental fueron vistos como parte de la creación de una correlación de fuerzas que paulatinamente arrinconaba al imperialismo. La Unión Soviética se convirtió en un modelo que serviría de referencia a la eventual construcción de socialismos en otros países. Continuación de estas premisas fue el éxito productivo inicial de la URSS después de la segunda guerra mundial.

EL COLAPSO DE LA "ACTUALIDAD DE LA REVOLUCIÓN" Y DEL TRÁNSITO MUNDIAL AL SOCIALISMO

La "actualidad de la revolución" y el marxismo-leninismo tuvo un elemento adicional de sustento en la época del flujo revolucionario que el planeta vivió después de 1945 y hasta la década de los ochenta. Siendo protagonista fundamental de la derrota fascista en la segunda guerra mundial, la Unión Soviética emergió de dicha guerra con un prestigio extraordinario. Ciertamente la intervención en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968 mermaron notablemente dicho prestigio. Pero esto aconteció en Europa y no de manera considerable en América Latina. Baste recordar cómo en la región solamente el Partido Comunista Mexicano fue crítico con respecto a la invasión de Checoslovaquia y la interrupción de la primavera de Praga (Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista [CEMOS], 2018, pp. 76-77).[9] El Partido Comunista de Cuba, referencia de la izquierda guerrillera en América Latina, apoyó explícitamente la intervención soviética en Checoslovaquia. Pese a las intervenciones soviéticas en Hungría (1956) y en Checoslovaquia (1968), el prestigio soviético siguió entonces siendo paraguas del flujo revolucionario después de la segunda guerra mundial. Este flujo se expresó en diversos hechos, algunos de los cuales podemos consignar de manera somera: el triunfo de la revolución china en 1949; la derrota francesa de Dien Bien Phu en 1954; los movimientos de liberación nacional en África, los cuales entre 1957 y 1962 lograron la independencia de diecinueve estados africanos; el triunfo de la Revolución cubana que generó el primer ciclo guerrillero en América Latina; la presencia importante de la clase obrera en Europa occidental; los movimientos estudiantiles y populares de 1968; la derrota estadounidense en Vietnam en 1975, el triunfo de la revolución sandinista en 1979; la intervención cubana en Angola, Etiopía y Namibia que cambió el panorama subsahariano y contribuyó a demoler el régimen de *apartheid* en Sudáfrica.

En la década de los setenta una parte muy importante del territorio y población del planeta vivía bajo la égida del socialismo real. El sistema colonial del imperialismo había colapsado y había abierto el paso a países independientes que en no pocas ocasiones aparecían como aliados de la Unión Soviética. En el contexto del capitalismo fordista y keynesiano, los Estados socialdemócratas y desarrollistas veían a

9 La razón de ello fue la evolución ideológica que empezó a sufrir el PCM desde el momento en que la corriente de Arnoldo Martínez Verdugo se impuso a la de Dionisio Encina a fines de los años cincuenta. A partir de ese momento, el PCM tuvo entre sus referencias, además del PCUS, a los partidos comunistas de Europa occidental y muy particularmente al Partido Comunista Italiano. Véase Martínez Verdugo (1971).

la clase obrera organizada en sindicatos como interlocutores fundamentales para la gobernabilidad. En América Latina el triunfo de la revolución sandinista y el estallido revolucionario en Centroamérica hizo voltear los ojos del mundo a dicha región que se convirtió en el epicentro del enfrentamiento de la Guerra Fría. Todo aparentaba que el flujo revolucionario en la segunda posguerra continuaba.

Sin embargo, esto ya no era así. Contrariamente a las predicciones optimistas en la década de los ochenta, la Unión Soviética mostraba claros signos de recesión: su crecimiento bajó de un promedio de 7,8% en el lustro 1971-1975 a 2,7 en el cuatrienio 1986-1989 para terminar con un catastrófico -4% en 1990 (Fuji, 1991, p. 773). La Unión Soviética y el campo socialista se encontraban en una crisis que pocos años después se mostró que era terminal. El Estado de bienestar se encontraba también en una crisis terminal (O'Connor, 1981; Offe, 1984). Un nuevo modelo de acumulación capitalista, el neoliberal, había sido implantado como ensayo en Chile a partir de 1973. En 1979 y 1980 era ya impulsado en Gran Bretaña y Estados Unidos de América y pronto se convertiría en un modelo mundial expresado en el Consenso de Washington. En pocos años se pasó de un presidente Nixon que en 1971 expresó "ahora todos somos keynesianos" (*New York Times*, 4 de julio 1974) a un presidente Reagan que afirmaba "El Estado es el problema, no la solución" (Reagan, 1981). El derrumbe del muro de Berlín en 1989 y el colapso de la Unión Soviética en 1991 sustrajeron la piedra angular del marxismo-leninismo y del movimiento comunista internacional. Peor aún, difuminaron la idea de la "actualidad de la revolución".

Fue el fin de toda una época marcada por la influencia de la Revolución rusa en el mundo y particularmente en América Latina. El fin de la "actualidad de la revolución" tuvo un efecto demoledor en todo el imaginario latinoamericano de la conquista revolucionaria del poder. El derrumbe soviético no solo hizo añicos al marxismo-leninismo sino arrastró en su caída al marxismo mismo. Lenin se convirtió, parafraseando lo que dijo Thomas Carlyle sobre Cromwell, en "un cuerpo debajo de una montaña de perros muertos". Todo el debate sobre las vías de la revolución y las formas de lucha en América Latina quedó obsoleto en el contexto de un discurso neoliberal triunfalista que se plasmó en la idea de "el fin de la historia". Igualmente quedó rebasado el debate sobre "el carácter de la revolución más próxima" que generó encarnizados enfrentamientos entre comunistas y trotskistas, o sobre el papel del campesinado en las fuerzas motrices de la revolución que enfrentó a comunistas, maoístas y trotskistas. Advenía el fin de una época de la izquierda mundial y latinoamericana, de la cual los partidos comunistas eran parte sustancial. Como aconteció

en otras partes del mundo, solamente unos cuantos partidos comunistas sobrevivieron en América Latina, mientras el resto se volvió realidad nominal, desapareció o se fundió en organizaciones más amplias. Explica todo ello la desaparición de la Unión Soviética y el campo socialista, el debilitamiento de la clase obrera en el marco de la precarización laboral triunfantemente implantada por el neoliberalismo, la diversificación de los sujetos y de los movimientos sociales que cuestionaba profundamente la centralidad obrera, la nueva tesitura que este contexto provocó en la descolonización en África y Asia, el giro económico observado en China, el cuestionamiento profundo al autoritarismo y tendencias totalitarias del socialismo real.

PALABRAS FINALES

La Revolución rusa de octubre de 1917 abrió una nueva época mundial. Como lo dijera Eric Hobsbawm en uno de sus famosos libros, inauguró el siglo XX de la misma manera que el derrumbe soviético en 1989 lo finalizó. Sin temor a equivocación, puede decirse que el triunfo bolchevique y el colapso de la URSS marcaron el surgimiento y el fin de una manera de ver la superación del capitalismo y la revolución socialista, marcada por la correlación de fuerzas que generaba la presencia soviética y la idea de la actualidad de la revolución. En este trabajo hemos sostenido que el triunfo de una revolución como imaginaron Marx y Engels en un país atrasado como lo era Rusia a principios del siglo XX hizo de la teorización leninista algo que resultaba sumamente útil a la izquierda de los países de la periferia capitalista. Las derivaciones maoístas y vietnamitas del leninismo complementaron la teoría revolucionaria necesaria en lo que se refería a la caracterización de las fuerzas motrices de la revolución imaginada, su carácter, el carácter colonial o semicolonial de las sociedades periféricas, el tipo de partido y particularmente con respecto al imperialismo.

La obra de Lenin y su difusión merced a la emergencia soviética le dieron al antiimperialismo latinoamericano nuevas bases teóricas y lo articularon a una interpretación marxista de la realidad. La III Internacional surgió, entre otros hechos, como reacción a una guerra calificada como imperialista y a la confrontación entre capitalismo y socialismo, le asignó al primero un carácter imperialista. Además del campo socialista y la clase obrera internacional, el imaginario revolucionario les asignó a los movimientos de liberación nacional un papel fundamental en la lucha por el tránsito mundial al capitalismo. En pocas palabras, si el antiimperialismo del siglo XIX y el de sus precursores en América Latina estuvo marcado por un nacionalismo contra el colonialismo español y portugués, el del siglo XX estuvo marcado por un nacionalismo revolucionario y socialista contra el imperio

estadounidense. A diferencia del antiimperialismo del siglo XIX cuyo horizonte era la patria soberana e independiente, el del siglo XIX, al estar determinado por la Revolución rusa y la época que esta inauguró, tuvo un carácter revolucionario y socialista.

Aconteció, como es sabido, que el derrumbe del mundo socialista coincidió no con el afianzamiento del modelo capitalista fordista y keynesiano sino con el surgimiento y auge de una nueva forma de acumulación capitalista que fue denominada neoliberal. Es esta forma tan destructora del trabajo y del ambiente que fue llamada en sus inicios "capitalismo salvaje". Estos dos hechos convirtieron en obsoletos a buena parte de los debates y las caracterizaciones que se observaron durante el siglo XX corto del cual habló Hobsbawm. La idea de revolución, su carácter, el papel de la democracia en el socialismo real, el debate sobre las fuerzas motrices de esta, la centralidad de la clase obrera, las vías y formas del socialismo, le pertinencia o no de la lucha armada, las modalidades más adecuadas de esta son algunas de estas caracterizaciones y debates que quedaron envejecidos. Cierto es que buena parte de los fundamentos de la parte sustancial de la izquierda, de manera muy acusada la organizada en los partidos comunistas, desaparecieron. El fin de la influencia de la Revolución rusa en Latinoamérica implica pensar de manera esencialmente distinta a como hace apenas unos cuarenta años se pensaba en América Latina la identidad de la izquierda, la reforma y la revolución, el sujeto revolucionario, el partido, el sentido de la transformación, el camino del poder, las formas de lucha.

Sin embargo, el fin de la izquierda del siglo XX en el mundo y en particular en América Latina no es, por supuesto, el fin de la historia. Además, pensar lo histórico y social como totalidad cerrada siempre ha resultado ser un disparate. El colapso soviético no fue sucedido por una sociedad más justa sino exactamente todo lo contrario. En la medida en que el derrumbe del socialismo real no se dio en el contexto de una sociedad más justa, muchos de los basamentos teóricos de la izquierda mundial siguen conservando su vigencia. La explotación capitalista, la mercantilización, la producción salvajemente orientada a la ganancia, la depredación ambiental que todo esto ocasiona, la desigualdad y la miseria, en suma, la viabilidad del capitalismo para conservar la vida y la humanidad en el planeta, siguen siendo argumentos sólidos como para plantearse una superación del capitalismo. Uno de estos elementos es la actualidad del imperialismo, el cual el pensamiento neoliberal ha pretendido interpretar como una realidad superada por la globalización. De igual manera la obsolescencia de la interpretación clasista de la realidad. Y estas pretensiones se dan de topes con las intervenciones imperialistas que cotidianamente

observamos y con las nuevas formas de explotación y opresión de clase que sufren los más diversos segmentos sociales.

La izquierda mundial sufrió una derrota histórica, pero su historia dista mucho, por todo lo anterior, de haber terminado.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarado, H. (1994). *Apuntes para la historia del Partido Guatemalteco del Trabajo.* Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, Asociación de Estudiantes Universitarios "Oliverio Castañeda de León", Comisión para la Celebración del Cincuentenario de la Revolución de Octubre y la autonomía universitaria.

Álvarez, A. M. (2011). De guerrilla a partido político: el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. *Historia y Política*, 25.

Afanasiev, V. (1975). *Fundamentos de filosofía marxista-leninista*. Buenos Aires: Editorial Cartago.

Anderson, T. (1982). *El Salvador 1932.* San José: Editorial EDUCA.

Amorós, M. (2013). *Allende. La biografía*. Barcelona: B-Grupo Zeta.

Arismendi, R. (1976). *Lenin, la revolución y América Latina*. Ciudad de México: Editorial Grijalbo.

Bravo, M. A. (2013). El segundo ciclo revolucionario: una perspectiva desde el PGT. En V. Álvarez Aragón; C. Figueroa Ibarra; A. Taracena Arriola; S. Tischler Vizquerra y E. Urrutia García (Eds.), *Guatemala: Historia Reciente (1954-1996)* (Tomo II, pp. 199-268). Guatemala: flacso.

Campione, D. (2007). El Partido Comunista de la Argentina. En E. Concheiro; M. Modonesi y H. Crespo (Eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 167-216). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Carr, B. (2007). Hacia una historia de los comunismos mexicanos: desafíos y sugerencias. En E. Concheiro; M. Modonesi y H. Crespo (Eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 521-552). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Paginrosse. (Mayo, 2013). El trotskismo: instrumento vulgar del imperialismo y la reacción. [Extracto del discurso del Comandante en Jefe Fidel Castro en la clausura de la Primera

Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América]. Recuperado de: https://paginerosse.wordpress.com/2013/01/05/el-trotskismo-instrumento-vulgar-del-imperialismo-y-la-reaccion-por-fidel-castro-1966/

Concheiro, E. (2007). Los comunistas mexicanos: entre la marginalidad y la vanguardia. E. Concheiro; M. Modonesi y H. Crespo (Eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 527-558). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Corporación Observatorio para la Paz [COPP]. (1999). *Las verdaderas intenciones de las FARC.* Bogotá: Intermedio.

Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista [CEMOS]. (2018). EL PCM y la invasión a Checoslovaquia. *Revista Memoria*, *3*(267). Recuperado de: http://revistamemoria.mx/wp-content/uploads/2018/10/Memoria-267-web.pdf

Cueva, Agustín (1975). Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973. En P. Vuscovic (Ed.), *El golpe de estado en Chile.* México D. F: Fondo de Cultura Económica / UNAM

Dalton, R. (1982). *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador.* México D. F.: Ediciones Cuicuilco.

Debray, R. (1967). ¿Revolución en la Revolución? *Cuadernos de Casa de las Américas*, 1.

Debray, R. (1975). *Las pruebas de fuego. La crítica de las armas* México D. F: Siglo XXI Editores.

Del Roio, M. (2007). De un siglo a otro: trayectoria y actualidad de la cuestión comunista en Brasil. En E. Concheiro; M. Modonesi y H. Crespo (Eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 217-238). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Figueroa Ibarra, C. (septiembre-octubre, 1990). El bolchevique mexicano de la Centroamérica de los veinte. [Entrevista comentada con notas a pie de página a Jorge Fernández Anaya]. *Revista Memoria*, *51*(31).

Figueroa Ibarra, C. (2007). Comunistas, revolucionarios y violencia revolucionaria en Guatemala. 1954-1972. En E. Concheiro; M. Modonesi y H. Crespo (Eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 423-458). Ciudad de México: Universidad

Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Figueroa Ibarra, C; Paz Cárcamo, G. y Taracena Arriola, A. (2013). El primer ciclo de la insurgencia revolucionaria en Guatemala (1954-1972). En V. Álvarez Aragón; C. Figueroa Ibarra; A. Taracena Arriola; S, Tischler Vizquerra y E., Urrutia García (Eds.), *Guatemala: Historia Reciente (1954-1996)* (Tomo II, pp. 27-28). Guatemala: flacso.

Fenner, R. (1975). Consideraciones sobre el golpe militar en Chile. P. Vuscovic (Ed.), *El golpe de estado en Chile.* México D. F.: Fondo de Cultura Económica / UNAM.

Fuji Gambero, G. (1991). Tendencias económicas de la Unión Soviética. *Comercio Exterior, 41*(8).

Grabe, V. (2000). *Razones de vida.* Bogotá: Editorial Planeta.

Gould, J. L. y Lauria Santiago, A. (2008). *Rebelión en la oscuridad.* San Salvador: Museo de la Palabra y la Imagen.

Guevara, E. (1969). *Guerra de Guerrillas*. En La Habana: Ediciones Políticas-Editorial de Ciencias Sociales. (Original publicado en 1960).

Guevara, E. (1996). Cuba: ¿Caso Excepcional o Vanguardia en la Lucha contra el Colonialismo? *Obras Completas*. Buenos Aires: Editorial Legasa. (Documento original publicado en 1961).

Guevara, E. (1969). Táctica y Estrategia de la Revolución Latinoamericana. *Che.* La Habana: Ediciones Políticas-Editorial de Ciencias Sociales. (Documento original publicado en 1962).

Guevara, E. (1969). Guerra de Guerrillas: un Método. *Che*. La Habana: Ediciones Políticas-Editorial de Ciencias Sociales. (Documento original publicado en 1963).

Guevara, E. (1969). Crear dos, tres... muchos Vietnams es la Consigna. *Che*. La Habana: Ediciones Políticas-Editorial de Ciencias Sociales. [En esta edición el trabajo del Che es titulado incorrectamente "Mensaje a la Tricontinental". (Documento original publicado en 1967a).

Guevara, E.(1967b). Las tres cartas de despedida del "Che". *Drugstoremag*. Recuperado de: https://drugstoremag.es/2017/10/las-tres-cartas-de-despedida-del-che/.

Guevara, E. (1996). Prólogo a Guerra del Pueblo-Ejército del Pueblo. *Obras Completas.* Buenos Aires: Editorial Legasa. (Documento original publicado en 1964).

Handal, S. (2006). *Una guerra para construir la paz.* Bogotá: Ocean Sur.

Jaramillo Salgado, D. (2007). El Satán que todo comunista lleva dentro. Colombia 1930-1948. En E. Concheiro; M. Modonesi y H. Crespo (Eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 257-276). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Kuusinen, O. V. (1966). *Manual de Marxismo-Leninismo*. Ciudad de México: Editorial Grijalbo.

Lenin, V. I. (1961). ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento. *Obras Escogidas*, Tomo I. Moscú: Editorial Progreso. (Original publicado en 1902).

Lenin, V. I. (1904a). Carta a un camarada sobre nuestras tareas de organización. *Obras Completas*, Tomo VI. Ciudad de México: Ediciones Salvador Allende.

Lenin, V. I. (1961). Un paso adelante, dos pasos atrás. (Una crisis en nuestro partido). *Obras Escogidas*, Tomo I. Moscú: Editorial Progreso. (Original publicado en 1904b).

Lenin, V. I. (1961). Dos tácticas de la socialdemocracia rusa en la revolución democrática. *Obras Escogidas*, Tomo I. Moscú: Editorial Progreso. (Original publicado en 1905a).

Lenin, V. I. (1977). La revolución enseña. *La Lucha armada.* Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular. (Original publicado en 1905b).

Lenin, V. I. (1977). Resolución sobre la insurrección armada. *La Lucha armada.* Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular. (Original publicado en 1905c).

Lenin, V. I. (1977). *La Lucha armada.* Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular. (Original publicado en 1906).

Lenin, V. I. (1971). *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El desarrollo de la formación de un mercado interior para la gran industria.* Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular. (Original publicado en 1907).

Lenin, V. I. (s. f.). La bancarrota de la II Internacional. *Obras Completas*, Tomo XXII. Ciudad de México: Ediciones Salvador Allende, M. L. Marín. (Original publicado en 1915).

Lenin, V. I. (1977). El marxismo y la insurrección. *La Lucha armada.* Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular. (Original publicado en 1917a).

Lenin, V. I. (1961). Uno de los problemas fundamentales de la revolución. *Obras Escogidas*, Tomo II. Moscú: Editorial Progreso. (Original publicado en 1917b).

Lenin, V. I. (1979). *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* Moscú: Editorial Progreso. (Original publicado en 1917c).

Lenin, V. I. (1961). La revolución proletaria y el renegado Kautsky. *Obras Escogidas,* Tomo III. Moscú: Editorial Progreso. (Original publicado en 1918).

Libro Verde. (1979) Guatemala: Mimeo.

Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista (primera parte). (1981). *Cuadernos de Pasado y Presente,* (43).

Mandel, E. y Ross, J. (1981). Necesidad de una organización revolucionaria internacional. *Ernest Mandel* Recuperado de: https://www.ernestmandel.org/es/escritos/pdf/Mandel-Ross.pdf.

Mariátegui, J. C. (1928/2002). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.* Ciudad de México: Ediciones Era.

Martínez Verdugo (1971). *PCM. Trayectoria y perspectivas*. Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular.

Marx, K. y Engels, F. (1971). *Manifiesto del Partido Comunista.* Moscú: Editorial Progreso.

Medina Gallego, C. (s. f.). *FARC-EP. Notas para una historia política 1958-2006* [Tesis de doctorado]. Universidad Nacional de Colombia / Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas, Colombia.

Mistral, C. (1974). *Chile: del triunfo popular al golpe fascista.* Ciudad de México: Editorial Era

Narváez Jaimes, G. E. (2012). El populismo armado del Movimiento 19 de abril. *Criterios- Cuadernos de Ciencias Jurídicas y Política Internacional*, 2, 117-144.

O'Connor, J. (1981). *La crisis fiscal del Estado.* Barcelona: Ediciones Península.

Offe, C. (1984). *Contradictions of the Welfare State.* Hutchinson y Co, Publishers. Recuperado de: https://laelectrodomestica.files.wordpress.com/2014/07/offe-claus-contradictions-of-the-welfare-state.pdf.

Partido Comunista del Perú [pcp]. (1977). Ser marxista es adherirse al Marxismo-Leninismo-Pensamiento Mao Tse Tung. *Bandera Roja*, (47-48). Recuperado de: http://www.cedema.org/ver.php?id=3534.

Partido Guatemalteco del Trabajo [pgt]. (1970). *Programa de la Revolución Popular.* Guatemala C.A. Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular.

Partido Guatemalteco del Trabajo [pgt]. (1972). *El camino de la revolución guatemalteca.* Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular.

Reagan, R. (1981). *Discurso Inaugural del 20 de enero de 1981*. Recuperado de: https://es.wikisource.org/wiki/Discurso_inaugural_20_de_enero_1981.

Schulman, J. (2012). El regreso de la "burguesía nacional" en el imaginario del comunismo argentino. *Rebelión.* Recuperado de: http://www.rebelion.org/noticia.php?id=150113.

Servicio Informativo Ecuménico y Popular [SIEP]. (junio, 2014). *Historia de vida de Schafick Jorge Hándal.* Recuperado de: https://www.ecumenico.org/article/historia-de-vida-de-schafik-jorge-handal-handal-19/.

Sobolev A. (s. f.). *La Internacional Comunista. Ensayo histórico sucinto.* Moscú: Editorial Progreso.

Trotsky, L. (1929/2000-2002). *La revolución permanente.* Proyecto Espartaco 2000-2002. Recuperado de: https://www.elsoca.org/pdf/libreria/revolucion%20permanente.pdf.

Tse-Tung, M. (1972). Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China. *Obras Escogidas de Mao Tse-tung,* Tomo I. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras. (Original publicado en 1936).

Tse-Tung, M. (1972). Entrevista con el periodista inglés James Bertram. *Obras Escogidas de Mao Tse-tung,* Tomo II. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras. (Entrevista original publicada en 1937).

Tse-Tung, M. (1972). Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas contra el Japón. *Obras Escogidas de Mao Tse-tung*, Tomo II. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras. (Original publicado en 1938b).

Tse-Tung, M. (1972). Sobre la guerra prolongada. *Obras Escogidas de Mao Tse-tung,* Tomo II. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras. (Original publicado en 1938b).

Tse-Tung, M. (1972). Problemas de la guerra y la estrategia. *Obras Escogidas de Mao Tse-tung,* Tomo II. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras. (Original publicado en 1938b).

Tse-Tung, M. (1972). La revolución china y el Partido Comunista de China. *Obras Escogidas de Mao Tse-tung,* Tomo III. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras. (Original publicado en 1938b).

Ulianova, O. (s. f.). Crisis e ilusión revolucionaria. Partido Comunista de Chile y Comintern, 1931-1934. En E. Concheiro; M. Modonesi y H. Crespo (Eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 357-384). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Villar, M. (2012). *La IV Internacional después de Trotsky. Su vigencia como historia.* Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales. Recuperado de: http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsdl/collect/ar/ar-030/index/assoc/D8750.dir/hr3_7.pdf.

Villamizar, D. (2002). *Jaime Bateman. Biografía de un revolucionario*. Bogotá: Editorial Planeta.

Vo Nguyen G. (1971). *Guerra del Pueblo, ejército del pueblo.* Ciudad de México: Editorial era.

Von Clausewitz, K. (2002). *De la guerra.* Librodot.com. Recuperado de: http://lahaine.org/amauta/b2-img/Clausewitz%20Karl%20von%20-%20De%20la%20guerra.pdf.

Zavaleta, R. (1975). Notas sobre la democracia burguesa, crisis nacional, y la guerra civil en Chile. En P. Vuscovic. (Ed.), *El golpe de estado en Chile.* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica / UNAM.

ESE "FOCO DE IRRADIACIÓN ANTIIMPERIALISTA"

El embajador Federico Klein Reidel en la Guatemala de Jacobo Árbenz

Roberto García Ferreira

Este texto se sitúa dentro de la temática relativa a los efectos transnacionales que produjo la intervención de Estados Unidos en Guatemala durante 1953-54, tópico que –ya es sobradamente conocido– constituye un evento decisivo de la Guerra Fría latinoamericana. En este caso, y tras diversas experiencias de investigación acumuladas, este capítulo da cuenta de algunos de los hallazgos principales de un libro en preparación del cual participa el profesor Max Friedman, de la American University. En este manuscrito aún inédito analizamos la correspondencia que el dirigente socialista chileno Federico Klein Reidel (1910-1998) remitió a la cancillería de su país mientras cumplía funciones como embajador en Centroamérica desde la sede ubicada en Guatemala entre los años 1953 y 1955.

Las fuentes principales corresponden a documentos históricos consultados en el Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. De todas formas, el universo documental del trabajo se complementa con documentación de otros registros de similares características y que provienen de archivos en Estados Unidos y Bolivia; amén de otras fuentes secundarias. Entre estas destaca la "autobiografía" inédita del propio Klein y proveída para esta investigación por uno de los hijos del socialista chileno.

El trabajo se estructura en dos partes. La primera traza algunos apuntes mínimos, pero necesarios, en torno a la trayectoria personal

y política de Klein. En la segunda se argumenta que, si bien su presencia en Guatemala poco tuvo de fortuita, aquella traumática experiencia marcó un mojón significativo en su vida política por, cuando menos, cinco cuestiones que procuramos explicitar. Primero, porque sin esperarlo el chileno se transformó en un testigo presencial del golpe militar contra el presidente constitucional; segundo, porque como parte de sus funciones de representación Klein pudo advertir la trama regional que secundó la operación de la Agencia Central de Inteligencia [CIA]; tercero, porque dichas experiencias marcaron un fuerte revulsivo en sus concepciones antiimperialistas lo cual le llevó a subrayar –en cuarto lugar– la necesidad de emprender labores firmes en procura de unificar esfuerzos entre los países latinoamericanos para resistir el avance estadounidense; y quinto, por la razón de que la documentación habilita una reflexión en torno al importante lugar que cupo a Guatemala en la posterior radicalización del continente desde la Revolución cubana.

A su vez, cada una de ellas guarda estrecha relación con varios de los intrincados temas de la cultura revolucionaria latinoamericana del siglo XX, donde la cuestión del antiimperialismo ocupó un lugar central desde la misma fundación del partido en abril de 1933 aunque su renovado impulso tuvo lugar luego de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, durante el gobierno de Gabriel González Videla.

PRIMERA PARTE

FEDERICO KLEIN: TRAZOS MÍNIMOS DE UNA VIDA INTENSA

Klein nació en julio de 1910 en la comuna de Coronel, Provincia de Concepción, a poco más de quinientos kilómetros de Santiago. Cursó en el Colegio Alemán de Concepción y luego en el de Santiago de Chile. También concurrió al Instituto Nacional y en 1927 lo hizo en el Liceo de Temuco, culminando sus estudios de Bachillerato en Santiago. Incursionó en la carrera de Derecho asistiendo al Curso Fiscal de Leyes en Valparaíso, entre 1928 y 1931; en 1932 prosiguió en Santiago dicha carrera, graduándose de Abogado dos años después, en 1934.

Para ese entonces y pese a su juventud, Klein ya había sido protagonista de la fundación, en abril de 1933, del Partido Socialista de Chile. Incluso antes, tuvo parte activa en la "acción popular" que derrocó al gobierno de Juan Esteban Montero e instaló una Junta Cívico Militar que proclamó oficialmente la "República Socialista de Chile". "En su composición y honestidad originales la Junta y el liderato de Grove duran solo 11 días" escribió Klein, lamentándose en su autobiografía inédita del citado desenlace (Klein, s. f., p. 2; Witker, 1993, p. 26). Rememorando aquel tiempo en el prólogo de un libro dedicado a

los orígenes del pensamiento socialista en Chile, Klein describió que "en esos días todo era optimismo y ánimo de lucha y los jóvenes nos creíamos en el umbral de grandes cambios" (Devés y Díaz, 1987, p. 7).

En el invierno de ese mismo año y luego del levantamiento campesino en Lonquimay (Uliánova, 2003), nuevamente Klein habría de protagonizar eventos políticos trascendentes, esa vez en representación –como abogado defensor– de unos veinte campesinos rápidamente procesados tras el sofocamiento de la citada sublevación. Los alegatos por él presentados, según consigna el mismo Klein, "duraron tres audiencias consecutivas" y al cabo de las mismas se consiguió lo que "nadie" esperaba: "la absolución de los campesinos condenados" (Klein, s. f., pp. 2-3).

Los años de la Guerra Civil española y más tarde la Segunda Guerra Mundial, fueron "difíciles" para él, ya que ejercía la secretaría del Partido Socialista en Cautín, una zona con importante presencia de hacendados alemanes y españoles muy identificados con la causa de Hitler, Franco y Mussolini.

Llegaron, luego de 1945, los años iniciales de la Guerra Fría, enfrentando en esas circunstancias los efectos del anticomunismo y de la denominada "Ley Maldita", esta vez bajo la presidencia de Gabriel González Videla (Huneeus, 2009).

Klein para entonces había dejado el Tribunal Nacional de Disciplina del Partido Socialista pasando a asumir la jefatura del Departamento Internacional. En esa función, según su testimonio, estrechó lazos "con los tres movimientos de izquierda más importantes de América Latina. El Partido Aprista del Perú, el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia y Acción Democrática de Venezuela". Con apoyos internos del Partido Socialista [PS] y también mediando la participación de otras figuras de izquierda que trascendían al socialismo, organizó Klein en 1948 el "Movimiento Prounión de América Latina", realizando varios actos públicos en la Universidad de Chile y el Estadio Nacional. La "falta de apoyo económico" impidió continuar el proyecto a los pocos años de haberse iniciado (Klein, s. f., p. 4). De todos modos, la Embajada de Estados Unidos en Santiago tomó nota del mismo, así como también del protagonismo que le cabía a Klein en ese marco donde la influencia del argentino Juan Perón y posteriormente de sus esfuerzos integradores despertaban importantes desconfianzas (Fermandois, 2015; Cortés Díaz, 2016). Junto a los nombres de otros chilenos que participaron de ese movimiento los reportes de la embajada estadounidense destacaban el de Clodomiro Almeyda, más adelante canciller del gobierno de la Unidad Popular que encabezó Salvador Allende (Departamento de Estado de los Estados Unidos, 6 de febrero y 19 de marzo de 1948).

Visitó Klein entonces Bolivia, por "encargo" del Partido y del candidato presidenciable Carlos Ibáñez, concurriendo allí a "expresarle al presidente Víctor Paz Estensoro la solidaridad y simpatía" con "la revolución popular" que en 1952 impulsaron los mineros bolivianos bajo la dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario. La misión le supuso a Klein que su nombre como embajador chileno en Bolivia fuera considerado en el Congreso de su país. Sin embargo, según escribía Klein, el senado controlado por la "derecha" lo consideró como "demasiado amigo del Gobierno Boliviano", impidiendo con argumentos de ese tenor que llegase a aquel país a ejercer la representación diplomática (Klein, s. f., p. 5).

Las simpatías hacia la Revolución boliviana y su cercanía con dicho proceso revolucionario desde sus inicios eran conocidas. Según destacaba la embajada de Estados Unidos en Santiago en noviembre de 1952, Klein había sido el orador principal de un acto donde se celebró y homenajeó la "nacionalización de la industria minera de Bolivia". Luego de resaltar la necesidad de que Chile siguiera un camino similar, Klein llamó a "la unificación de todos los pueblos latinoamericanos a luchar sin cuartel contra la oligarquía y el imperialismo" (Departamento de Estado de los Estados Unidos, 12 de noviembre de 1952).

Imposibilitado de llegar al país vecino y dada la colaboración política del socialismo chileno con el presidente Ibáñez, Klein fue destacado al frente de la Embajada en Centro América, atendiendo desde la sede en Guatemala tanto a este país como también la representación ante los gobiernos de El Salvador, Honduras y Nicaragua. Los actos de presentación de credenciales en cada uno de ellos fueron en general muy sencillos y apegados a las formalidades que rigen las relaciones diplomáticas entre los países. La excepción la vivió el chileno en Managua, donde el "fundador de la dinastía Somoza" e "instigador de la muerte de Sandino" le dio a la ocasión "un gran ceremonial" con "fines publicitarios" escribió Klein en su trabajo autobiográfico (Comunicación personal, 20 de marzo de 2014).[1]

En realidad, y como ya se indicó, el arribo de Klein a Guatemala poco tuvo de casual. Existía en él solidaridad, expectativa e identificación con la experiencia democrática iniciada en 1944 y que para 1952 avanzaba con firmeza tras aprobarse por el congreso guatemalteco el plan de reforma agraria conocido como "Decreto 900". De hecho,

1 Sus actos de presentación formales fueron los días 8 de abril de 1953 en Guatemala; 10 de junio de 1953 en El Salvador; marzo de 1954 en Nicaragua y 7 de abril de 1954 en Honduras. Información suministrada por Carmen Gloria Duhart, directora del Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile [AGH-Min-Rex-CH].

varios chilenos –exiliados comunistas tras la puesta en vigor de la denominada "Ley Maldita"– (Rivera Mir, 2017) habían pasado ya por Guatemala apoyando acciones de gobierno o participando de actividades culturales, siendo huéspedes –en varios casos– del propio presidente Juan José Arévalo (1945-1951) (Gleijeses, 2005, pp. 157, 255; Pinto Soria, Taracena Arriola, Mendoza, 2004, p. 209, 221, 247, 293, pp. 328-329). Entre los casos a destacarse deben mencionarse los del profesor y diputado comunista César Godoy Urrutia, amigo personal de Arévalo desde 1928 y que visitó Guatemala en tres oportunidades; el del socialista Manuel Hübner; o la pedagoga Virginia Bravo Letelier, quien desempeñó funciones como asesora del Ministerio de Educación de Guatemala.

Arévalo primero y su sucesor Jacobo Árbenz (1951-1954) después, aunque rodeados de dictadores, insistían y demostraban un camino democrático que podría considerarse excepcional para esa parte del mundo donde las dictaduras militares y gobiernos de excepción constituían la regla. Desde el sur de América Latina, Klein –y con él muchos otros latinoamericanos– mostraban su aprobación por la marcha del proceso revolucionario guatemalteco. Al decir del mismo Klein, observaba en Guatemala un "foco de irradiación antiimperialista" por el cual el chileno expresó sentirse especialmente atraído (Klein, s. f., p. 5).

Más allá del consabido ego que le caracterizaba, Arévalo percibió que el "prestigio" del país era "inmenso" cuando arribó a Chile en 1952 como embajador sin sede del gobierno revolucionario guatemalteco. Desde entonces sus vínculos con Salvador Allende, Pablo Neruda y el propio Federico Klein se profundizaron (Arévalo, 1988, 23-24; Pinto Soria *et al*., pp. 72-73), extendiéndose más allá del golpe de 1954.[2]

También especial era el respeto y admiración mutua entre Arévalo y Allende, cuyos rastros de su vinculación datan de mediados de los años cuarenta. Un sobre conservado entre la papelería personal del expresidente guatemalteco testimonia varios obsequios de materiales políticos y teóricos del más tarde presidente Allende para con el centroamericano. Una de sus dedicatorias manuscritas fechada en Santiago en 1944 dice: "Para Juan José Arévalo con fe en los destinos de Guatemala democrática".[3]

---

2 Ya durante el exilio, a fines de 1954, Arévalo en carta al escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, aludía a sus lazos y correspondencia con Klein, quien le había prestado un ejemplar de la revista mexicana *Novedades*. La comunicación personal de Juan José Arévalo a Luis Cardoza y Aragón, ha sido citada por Pinto Soria; Taracena Arriola y Arely Mendoza (2004, 72-73).

3 Sobre: "1944. Archivo definitivo. El socialismo chileno. Salvador Allende", archivo privado de Juan José Arévalo [AJJA], Ciudad de Guatemala.

Como fuera ya sugerido, para Klein aquella estancia en Guatemala sería clave. Aunque discutiremos el legado que dejó más adelante, destaquemos que el "asedio norteamericano" que derrocó a Árbenz en junio de 1954 lo motivó a solicitar su retiro del país centroamericano en forma inmediata. El pedido al canciller chileno no era caprichoso: había presenciado "desde dentro" un golpe de estado. Eran razones de peso y, para él, más que atendibles. En función de ello ya el 1 de julio de 1954 cablegrafió solicitando a la cancillería en Santiago trasladar la sede diplomática a otro país, por ejemplo, El Salvador. No toleraba a los usurpadores del poder ni pretendía convivir con ellos. En aquel nuevo contexto, consideró que su misión "había terminado", salvo en un aspecto: "mi obligación de poner en lugar seguro a los asilados", muchos de los cuales habían acudido a su ayuda para salvar la vida, lo que así aconteció. Y no habían sido pocos: setenta y cinco personas protegieron su integridad en el edificio de la embajada (García, 2013, pp. 91-130). En esa peligrosa coyuntura, tanto el propio Klein como el embajador mexicano Primo Villa Michel y su colega argentino Carlos Torres Gijena desempeñaron un destacadísimo papel defendiendo el respeto de las normas internacionales que regulaban el asilo diplomático, condición que el gobierno de Castillo Armas procuró pasar por alto bregando para que los asilados fueran entregados a las autoridades policiales liberacionistas.

Al margen de esas obligaciones éticas, humanitarias y también políticas que no eludiría (Móbil, 2005, 115-120; Risquet Valdés, 2009, pp. 4-5), Klein se empeñó a fondo en advertir a sus superiores el 7 de julio que

> […] si el Gobierno de Chile resolviera el reconocimiento del actual Gobierno de Guatemala sería muy penoso para mí ser intermediario en tal gestión. Me permito sugerir que el reconocimiento solo se produzca una vez resuelto el problema de los asilados y cuando haya asumido don Oscar Echeverría las funciones de Encargado de Negocios *ad-interim* (Klein, F., 7 de julio de 1954).

Sobre este paso Klein insistía en que su gobierno tomara en cuenta que "el cambio de Gobierno en este país ha sido no el resultado de una revolución interior sino de una intervención de poderosas fuerzas extranjeras tanto materiales como morales" (7 de julio de 1954).

Se trasladó entonces a El Salvador y a poco de iniciarse el año 1955 emprendió el regreso junto a su familia a Santiago de Chile. Varios documentos revelan presiones de distinto tenor de la embajada de Estados Unidos en Santiago, para la cual Klein era "antiamericano". No menos insistentes fueron los reclamos del propio gobierno de Castillo Armas –tanto de parte de su canciller como por el embajador

"liberacionista" designado en Chile– tras el derrocamiento de Árbenz. Similar desconfianza hacia Klein –por su decidido apoyo al gobierno revolucionario guatemalteco– se percibe en numerosas conversaciones entre diplomáticos de varios países residentes en aquella región. Aunque no se hizo público, la embajada de Estados Unidos en Chile estaba al tanto de que se llegó a redactar el texto para declarar a Klein persona *non grata* por parte de Guatemala (Archivo Nacional de Estados Unidos, 3 y 25 de noviembre de 1954).

La interrupción de su carrera diplomática en aquel momento no supuso claudicación ideológica sino desencanto y acumulación política en clave antiimperialista. Retomó sus funciones partidarias y prosiguió estrechando lazos internacionales con correligionarios de otras latitudes. En 1956 visitó Montevideo en representación del Partido Socialista de Chile [PSCH] para constituir el Comité Consultivo del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista (Klein, 1956).

Poco después viajó a la India a una instancia socialista internacional y también allí el "caso Guatemala" estuvo presente: llevó en la oportunidad un ejemplar de aquel influyente libro de Arévalo (1956), *Fábula del tiburón y las sardinas*, un texto clásico del antiimperialismo latinoamericano durante la Guerra Fría (García Ferreira, 2015, pp. 171-187). Su esperanza con ese texto era interesar en el tema a los partidos y editoriales de izquierda, algo que sin embargo no consiguió: "en aquellos países del Asia, América Latina tenía poco eco. Se la consideraba como una dependencia de los Estados Unidos" (Klein, s. f., pp. 6-8).

De regreso a su país, se abocó junto a su amigo Allende a la campaña electoral de 1958. Como parte de su equipo de asesores más cercanos, Klein cumplió dos importantes misiones en el exterior, acudiendo a presentar el programa socialista en Lima y Buenos Aires. En esta última, varios "elementos de la extrema derecha paramilitar" le "obligaron a [tomar] especiales precauciones", en el marco del denominado Plan Conintes (Klein, s. f., p. 8). Era ese un momento muy particular de la historia latinoamericana: mientras los soviéticos procuraban ganar espacios en América Latina mediante una "ofensiva económica" novedosa, la accidentada gira del vicepresidente Nixon por América Latina encendía las alarmas en Washington. A los insistentes y ya repetitivos reclamos acerca de la necesidad de un Plan Marshall para la región, se le añadieron –no sin virulencia– fuertes denuncias por la intervención en Guatemala cuatro años atrás, así como también enconados reclamos por el sostenido apoyo estadounidense a los dictadores latinoamericanos (Salcedo, 2017, pp. 49-53; Friedman, 2015, pp. 227-230).

La Revolución cubana nuevamente lo sacudió: aquellos "cubanos armados con más ideales que armas" habían derrotado a uno de los más oprobiosos dictadores caribeños. No en cualquier sitio sucedió sino muy cerca de los Estados Unidos, provocando aquellos la "revolución más profunda producida en América Latina" escribía Klein.

Acicateado, participó activamente y sin cesar de instancias internacionales de solidaridad con el gobierno de la isla caribeña. No era novedosa aquella postura solidaria, pues el Partido Socialista de Chile apoyaba a los cubanos solidariamente y "sin vacilar", desde el asalto al cuartel Moncada en julio de 1953. Como es sabido, la Revolución cubana y su mensaje revolucionario impactaron notablemente no solo en América Latina sino en el escenario mundial. Las izquierdas de la región no quedaron por cierto ajenas, produciéndose importantes fricciones. Junto a Salvador Allende voló Klein rumbo a Caracas haciendo previa escala en Lima. En ambas capitales y representando al socialismo chileno, ofrecieron "una medicación amistosa" ante dos dirigentes internacionales como Víctor Manuel Haya de la Torre y Rómulo Betancourt que discrepaban con la radical y desafiante experiencia cubana. Había allí, destacaba Klein, "problemas de prestigio y orgullo personal": "el que surgiera repentinamente el joven y audaz cubano que en lucha valiente y dura, derrota una tiranía y limpia de garitos, prostíbulos y *gangsters* [sic], con el aplauso ardiente de su pueblo y de los de América, desplazando aquellos dos líderes; debía lastimar su orgullo con el consiguiente reflejo en las relaciones políticas en sus partidos" (Klein, s. f., en Salcedo, 2017, pp. 141- 146).

Como parte de ese periplo, Allende y Klein participaron de los actos del Primero de Mayo en La Habana, uniéndose a ellos otro importante dirigente chileno, Orlando Letelier. Meses más tarde, en octubre de 1960, Klein participaría de otra instancia internacional, esta vez por un pedido expreso de Allende y en la ciudad de Bogotá, Colombia. Allí se reunieron "líderes políticos" latinoamericanos, liberales, de izquierda y también conservadores. Además del petitorio de su amigo Allende para que Klein fuera el representante partidario en esa instancia, el exembajador en Guatemala ocupaba un cargo de relevancia, pues estaba al frente del Departamento Internacional del socialismo chileno. No fue grata la experiencia ya que una vez allí percibió un "ambiente conservador, cauteloso y crítico" hacia Cuba, lo que le llevó a destacar que su voz fue "prácticamente la única favorable a ese proceso revolucionario" (Klein, s. f., p. 10).

Tal y como acontecía desde los años cuarenta, Klein participó activamente junto a su amigo Allende de las campañas electorales de 1964 y 1970. El escrito autobiográfico recoge cada una de ellas haciendo especial hincapié en las discrepancias internas que sacudieron a la

izquierda chilena desde la irrupción del desafío cubano. A propósito del amplio debate en torno a las vías revolucionarias y los objetivos de esta, escribía Klein que para 1967 su país era un "hervidero". En el marco de las divisiones profundas que aparejó el Congreso de Chillán –cuando en el socialismo se impuso la línea que consideraba la "violencia revolucionaria" como "inevitable y legítima"– Klein abandonó la dirección de los asuntos internacionales pues "nuevos compañeros toman el mando" siguiendo las líneas políticas del Congreso de Chillán, con el cual expresó Klein reservas.

Durante el verano europeo de 1970, Klein visitó la República Democrática Alemana. Integraba una delegación de políticos de la izquierda chilena. Poco después llegó el ansiado triunfo de su compañero Allende en las elecciones reñidas de ese mismo año. Tras la victoria, le cupo gestionar el traspaso de la cancillería de manos de la Democracia Cristiana a la Unidad Popular. A último momento, cuando Allende tenía decidido nombrarlo canciller, optó por designarlo para otra importante misión en el exterior, esta vez en Alemania Federal, cuyo idioma dominaba perfectamente Klein, descendiente de alemanes llegados a América del Sur en 1885. Desde ese país actuaría Klein nuevamente como embajador chileno hasta el golpe del General Augusto Pinochet en septiembre de 1973 (Fermandois, 2008), que supuso para él la finalización de la carrera diplomática y el posterior establecimiento en Chile, alejado de la política. Cuando falleció, en 1998, era el último de los dirigentes con vida que había protagonizado la fundación del PSCH durante la noche del 19 de abril de 1933.

SEGUNDA PARTE

EL "ASEDIO NORTEAMERICANO": KLEIN TESTIGO CERCANO DE UN GOLPE

Si bien cuando Klein llegó a Centroamérica a inicios de 1953 para ocupar desde la revolucionaria Guatemala la embajada chilena, ya tenía casi dos décadas de militancia activa dentro de las filas del PSHC, aquí se argumenta que la misión cumplida en la tierra de la "eterna tiranía" tuvo honda repercusión en su trayectoria política y personal. De hecho, toda la evidencia empírica a la que oportunamente hicimos referencia al inicio de este texto sugiere que lo vivido en Guatemala marcó un capítulo relevante en la consolidación de una identidad política de izquierda y antiimperialista.

En ello tuvo mucho que ver el singular hecho de que desde Centroamérica pudo constituirse en un testigo privilegiado del accionar de Estados Unidos o de lo que el mismo Klein definió como "asedio norteamericano" contra Guatemala (Klein, s. f., p. 5).

Todas las cuestiones inherentes a este tema clave y fuertemente identitario de la izquierda latinoamericana durante la etapa de la Guerra Fría que precede a Cuba, forman parte de sus informes, que revelan detenimiento, esmero y profundidad en su abordaje.

Al fin y al cabo, tal y como el mismo Klein documentó, pudo presenciar casi desde dentro –en razón de los fuertes vínculos que cosechaba con altos dirigentes revolucionarios guatemaltecos habida cuenta de la evidente afinidad ideológica– la gestación de un golpe militar. La trama, sus móviles y actores aparecen uno a uno en sus informes la mayoría de las veces empleando Klein una fina ironía para referirse a ellos.

A poco de arribado al país a inicios de abril de 1953 y asumiendo en uno de sus primeros informes que aún le faltaba información y un conocimiento más amplio del mundo centroamericano, ya advertía Klein al canciller de su país sobre la reciente gira del señor John Moors Cabot, subsecretario para Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado de Estados Unidos, por los países de la región con el objetivo de impulsar un frente unido contra Guatemala. Su arribo a dichos países –incluyendo una breve estadía en Guatemala– fue "meteórico, sin ayudantes ni secretarios" y se inició "casi inmediatamente después de la denuncia de Guatemala ante las Naciones Unidas" acerca de la existencia de un pacto secreto regional para intervenir en contra de su gobierno. Entre los varios elementos aportados por el recién arribado embajador, Klein ya puntualizaba la doble moral del citado funcionario estadounidense durante su conferencia de prensa en Guatemala. Consultado por la Reforma Agraria que impulsaba el gobierno de Árbenz y que a inicios de ese año comenzaba a afectar los bienes de la United Fruit Company, sostuvo que constituía un tema interno del país. Empero, defendió la "reclamación diplomática" del Departamento de Estado secundando a la citada empresa pues, según su visión, se hacía "de acuerdo con el derecho internacional" (Klein, F., s. f.). Pese a sus iniciales veinte días transcurridos desde la presentación de cartas credenciales, el informe de Klein no solo denota una clara actitud de informarse solidariamente con la causa guatemalteca, sino también del elevado nivel de sus fuentes en el país.

Meses más tarde, Klein informó de forma mucho más minuciosa acerca de la Reforma Agraria, advirtiendo a sus superiores en Santiago de Chile que la escalada en torno a ese espinoso tema podría derivar hacia la adopción de "medidas más drásticas" por parte de Washington (Klein, F., 11 de septiembre de 1953).

Parte de estos temores se justificaban también por la moción que Estados Unidos agregó al temario a tratarse en la próxima Conferencia Interamericana de Cancilleres que se reuniría en Caracas en

marzo de 1954 y que implicaba analizar para luego condenar las actividades del "movimiento comunista internacional" en el hemisferio. A finales de enero, y como parte de su estrategia de seguridad propia, el gobierno guatemalteco pasó a la ofensiva. Un agente logró infiltrarse en el movimiento contrarrevolucionario que se gestaba desde Honduras y entregó al presidente Árbenz pruebas fehacientes e irrefutables en torno a la conspiración que se tejía regionalmente para derrocarle con el apoyo de Estados Unidos. En ese contexto, Klein informaba a Santiago de Chile que la "presión" estadounidense "contra Guatemala" era "cada vez mayor" y en los círculos diplomáticos se temía una intervención unilateral. La sumatoria de hechos comprobados incluyó en la lista de Klein algunas "declaraciones del Embajador de los EE. UU. Mr. Peurifoy", también "la denuncia de Mr. Alexander Wiley, presidente de la Comisión de Relaciones del Senado norteamericano" y "el ataque de Mr. Julius Cahn, Asesor Jurídico de la misma Comisión de Relaciones". Todos ellos se mostraban amenazantes y sugerían la posibilidad inminente de intervenir en función del riesgo que podría implicar para el hemisferio una "cabeza de puente soviética" (Klein, F., 1 de febrero de 1954).

Con la instancia internacional de Caracas acercándose y al igual que numerosos otros gobiernos de la región, la cancillería de Chile solicitó a Klein un informe sobre la "amenaza comunista" en Guatemala. Se trataba de recoger elementos de cara a la votación en el cónclave internacional donde Estados Unidos presionaría para aislar internacionalmente al gobierno de Árbenz. El prolijo y amplio texto de Klein tenía la intención explícita "de situar en su justo lugar este problema que se intenta llevar a la próxima conferencia de Caracas como una amenaza a la seguridad del continente". Sobre esto el embajador era claro: "Creo que esto es un imposible material y moral. Material porque Guatemala no tiene medios económicos ni técnicos para pensar en introducir a los EE.UU. propaganda que pueda socavar su régimen y moral porque los EE.UU. viven un sistema económico y político y un ambiente de repudio al comunismo que, no ya la microscópica Guatemala, sino la poderosa Rusia no han podido dañar ni menoscabar" (Klein, F., 1 de febrero de 1954).

Además de lo descrito, entre los informes confidenciales de Klein aparecen referencias al manejo mediático de las agencias noticiosas internacionales para propagar el "temor" de que Guatemala constituyera una "cabeza de playa del comunismo internacional"; las constantes visitas de "periodistas norteamericanos" al país; el inescrupuloso proceder de las empresas internacionales afectadas por los gobiernos revolucionarios de Arévalo y Árbenz; el nada disimulado apoyo estadounidense a los "liberacionistas" de Carlos Castillo Armas; el empleo

a fondo de presiones dentro de la maquinaria diplomática de la Organización de Estados Americanos [OEA] y la Organización de Estados Centroamericanos [ODECA]; el "cinismo" del embajador de Estados Unidos que adelantó entre sus colegas diplomáticos el cambio de gobierno y retrasó el envío de las invitaciones para la celebración del 4 de julio en su embajada (Klein, F., 17 de junio de 1954); la comprobada presencia de "aviones" y "pilotos norteamericanos" en los ataques aéreos que apuraron el colapso final del régimen constitucional (Klein, F., 7 de julio de 1954); las maniobras del Departamento de Estado para constituir una Junta de Gobierno luego de la renuncia de Árbenz (Klein, F., 7 de julio de 1954); o la confirmada presencia de "tres personas pertenecientes al servicio secreto de los Estados Unidos de Norteamérica" en la conformación del Comité Nacional de Defensa Contra el Comunismo (Klein, F., 17 de septiembre de 1954).

KLEIN Y LA TRAMA REGIONAL DEL GOLPE: UN "CORDÓN SANITARIO" CONTRA EL "SARAMPIÓN"

Particularmente novedosas son las informaciones de aquel privilegiado testigo presencial del golpe contra Árbenz en cuanto a la trama regional que él mismo observó directamente en su paulatina gestación desde el arribo a inicios de abril de 1953.

Esta cuestión forma precisamente parte de un debate recientemente abierto y que aporta numerosas comprobaciones que ayudan a subrayar la necesidad de un enfoque transnacional para dar cuenta del mismo (Moulton, 2013, 2015, 2016; Roniger, 2017; García, 2015, 2017; Ameringer, 2015; Ferrero, Eiroa, 2016).

En ese sentido, las fuentes que Klein aportaba ya en ese momento resultan altamente ilustrativas pues dan cuenta con cierto detalle de la "agenda anticomunista" que los dictadores de la región impulsaban para deshacerse de un régimen que por sus logros políticos, económicos y sociales les inquietaba con pesar.

Dentro de este complejo entramado, deseo explicitar el mérito principal que aquel diplomático chileno consignó en sus informes confidenciales remitidos a Santiago: el advertir y percibir la dimensión regional de una intervención estadounidense motivada por imperativos globales. En otras palabras, los documentos de Klein arrojan novedosa luz en torno a una acción de Estados Unidos que hacía pie dentro de una región con una extensa, antigua y hasta "natural" tendencia centroamericana y caribeña a intervenirse mutuamente. Algo que el embajador Klein definía como "la sorprendente hermandad centroamericana para darse de puntapié sin dejar de abrazarse" (Klein, F., 1 de febrero de 1954).

Sin temor a extremar la interpretación, puede fundamentarse que dicha perspectiva, así como la incidencia de los actores regionales, está presente desde los primeros informes de Klein, aunque nunca dejaba al margen de su consideración el rol habitualmente decisivo de Estados Unidos en los asuntos internos de los países de esa subregión. Según puede leerse en numerosos informes remitidos a Santiago de Chile, la sintonía política e ideológica con el canciller guatemalteco parece haber sido inmediata. Desde sus primeras audiencias, la afinidad entre ambos los llevó a establecer un vínculo de mutua confianza. Parte de esto se observa en uno de los primeros informes de Klein resumiendo sus entrevistas con el canciller, donde este le reconoce la existencia de una intensa Guerra Fría regional. Ella, consignaba en confianza Osegueda, llevó a que el gobierno guatemalteco se auto excluyera de la ODECA habida cuenta de las pruebas de que disponían acerca de un "plan secreto" contra Guatemala de sus respectivos vecinos. Entre ellas estaba el reconocimiento explícito del mandatario salvadoreño al canciller Osegueda: "el propio presidente Oscar Osorio, durante una manifestación que ofreció en su casa particular, le confesó en un instante de indiscreción […] que el pacto militar era efectivo" (Klein, F., 29 de abril de 1953).

De los varios enemigos regionales de la revolución guatemalteca, ninguno era más peligroso que el dictador nicaragüense Anastasio Somoza. Aunque buena parte de las ofensivas de esta tenían como centro las disputas con el costarricense José Figueres, Arévalo y más tarde Árbenz constituían un estorbo para él. Ambos habían apoyado a la Legión del Caribe y Guatemala era un auténtico refugio para los opositores a las dictaduras regionales vecinas. Por ende, el activismo de Somoza contra ellos fue explícito y se agravaba por su carácter violento. A la vez, su régimen constituía uno de los más firmes aliados con que contaba habitualmente Estados Unidos en sus objetivos anticomunistas para dicha región. Entre sus informes, puede percibirse a un Klein que socarronamente se refiere al nicaragüense como "el señor Somoza". En esos términos comunicaba la reunión de cancilleres centroamericanos que, con la ausencia de Guatemala, se celebró en Managua "bajo la inspirada dirección del presidente de Nicaragua señor Anastasio Somoza, cuya tradición democrática y devoción por las libertades, [son] sobradamente conocidas en América" (Klein, F., 28 de julio de 1953).

Encabezaba este un régimen al que no dudaba en descalificar por su falta de escrúpulos: "Es curioso y desalentador, señor ministro, observar a una República en que un pequeño grupo de hombres codiciosos e inmorales domina con una mano implacable a la inmensa mayoría ciudadana gracias, esencialmente, al dinero, las armas y el

apoyo moral que le brinda la nación que se dice ser líder y campeona de la libertad y la decencia en el trato internacional". Dado lo expuesto y aclarando haber sido "testigo", Klein no se sorprendía acerca de los temores del asesino de Sandino; era "perfectamente explicable" que el programa de los vecinos guatemaltecos le resultara incómodo tanto a él como a sus vecinos: "Es muy posible, sí, que el presidente Trujillo coopere en la campaña que, en defensa de la democracia, ha emprendido el presidente Somoza" (Klein, F., 21 de mayo de 1954).

UN REVULSIVO DE SUS CONCEPCIONES ANTIIMPERIALISTAS

Si bien, como ya se afirmó, Klein tenía casi dos décadas de militancia en las filas de la izquierda chilena al momento de iniciar sus labores diplomáticas en Centroamérica, el arribo a esa región reforzó sus concepciones en torno a un tema clave de la izquierda latinoamericana: el del antiimperialismo. El país de los presidentes revolucionarios constituía una auténtica ventana: la "lucha antiimperialista" y el "léxico antiyanqui" estaban a la orden del día, escribía Klein (13 de febrero de 1954). No podía ser de otra manera en razón de que tanto Arévalo como Árbenz se propusieron avanzar en la búsqueda de un camino alternativo en pro de la liberación económica, lo cual llevó al enfrenta con las poderosas compañías extranjeras, especialmente con la United Fruit Company.

Eso ocurría en una zona sensible: además de la cercanía de Estados Unidos debe agregarse el poderío de los intereses de dicha compañía, crecientes y ostensibles desde inicios del siglo XX. Según informó Klein al visitar la zona con un empresario de su país dispuesto a invertir en la zona, la desazón se hizo evidente al comprobar la imposibilidad de colocar productos chilenos: la UFCO cobraba los fletes más caros del mundo salvo a sus empresas subsidiarias (Klein, F., 13 de febrero de 1954).

También, y no menos relevante, el camino que transitaba Guatemala era decididamente desestabilizador para los demás países de la región que necesitaban de reformas similares a las que emprendían los guatemaltecos en el área social, económica y política.

De los extensos documentos consultados que atañen a lo expresado, en esta instancia deseo detenerme y destacar puntualmente el oficio confidencial que Klein remitió a la cancillería chilena el 11 de septiembre de 1953, dos décadas antes que su amigo y correligionario Allende enfrentara el golpe de estado que le llevaría el suicidio. Allí el embajador explicitaba con claridad y analizaba en detalle la "situación" desencadenada entre Guatemala, Estados Unidos y la UFCO a partir de la aplicación de una Reforma Agraria que afectaba

los intereses de esta última. Los juicios contenidos en el escrito eran equilibrados:

> Una apreciación objetiva sobre las opiniones de la prensa y organizaciones políticas de Guatemala ante el conflicto del Gobierno de este país y el de los Estados Unidos es que las cosas no son ni tan alarmantes como las presenta cierto sector de Gobierno ni tan intrascendentes como lo pretende alguna prensa de oposición.

De todas formas, el hecho de que el gobierno de los Estados Unidos haya defendido públicamente a la compañía y, no solo ello, que haya intervenido solicitando al gobierno guatemalteco una "compensación pronta, adecuada y efectiva", provocó un "movimiento de protesta que tiene profunda raigambre en toda América Central" ya que dicha empresa "concita la antipatía general de la opinión pública" en esa parte del continente.

Ponderados todos los elementos, y aunque Klein mostraba equilibrio, llegó a la conclusión –junto a otros diplomáticos latinoamericanos allí residentes– de que existía "fundamento" para

> [...] estimar que el Gobierno de los Estados Unidos, bajo la presión de las compañías norteamericanas que tienen inversiones en Guatemala especialmente: United Fruit Co., IRCA, Grace y la Bond and Share –todas ellas fuertes contribuyentes del Partido Republicano de los Estados Unidos–, estaría dispuesto a llevar adelante las reclamaciones en beneficio de esas empresas no solo en el terreno de los memorándums diplomáticos sino de otras medidas más drásticas que podrían equivaler a una injerencia real en los asuntos internos de Guatemala (Klein, F., 11 de septiembre de 1953).

El embajador de Bolivia en Guatemala era otro de los entusiastas defensores de la experiencia revolucionaria de Árbenz. Es "tan parecida a la nuestra" advertía a sus superiores en La Paz, que sostenía la necesidad permanecer atentos al acoso de los "intereses extranjeros". "Sindicarla públicamente de comunista", proseguía el diplomático boliviano, era una vez más, la apelación a un "recurso innoble" para el cual "no han vacilado en gastos, 98 órganos de prensa y publicidad solo en los Estados Unidos, fuera de otros muchos en el resto de América ". Detrás de esos esfuerzos mediáticos subyacían, de acuerdo con su interpretación de la realidad centroamericana, dos cuestiones. Una era la necesidad de "recuperar sus privilegios" por parte de las compañías estadounidenses. Dos, "evitar que lo mismo que ocurre en Guatemala vaya repitiéndose en los otros países centroamericanos y caribeños que tiene bajo su secante control económico" (Alborta, G., 9 de febrero de 1954, pp. 1, 5 y 9).

KLEIN Y SU VISIÓN INTERNACIONAL: POR LA UNIÓN DE LATINOAMÉRICA

Llegado a ese punto, y dado que la asimetría de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina ya era un tema de constante reflexión para los intelectuales izquierdistas latinoamericanos, puede argumentarse que para Klein los diferendos –que presenció de cerca– entre Guatemala y Estados Unidos a raíz del conflicto con la UFCO por la Reforma Agraria supusieron otra inspiradora oportunidad de interpretación. Así se denota de la lectura de varios de los documentos diplomáticos tanto de 1953 como de 1954, donde se exhiben su cercanía con los gobernantes guatemaltecos y, a la vez, del propio Klein con otros diplomáticos latinoamericanos allí acreditados, fundamentalmente el mexicano, el argentino, el ecuatoriano y el boliviano, sin dudas los más afines ideológicamente a las posturas antiimperialistas que el socialista chileno defendía.

Un ejemplo ilustrativo de lo que se afirma aconteció tras las reclamaciones impulsadas por la compañía norteamericana afectada por la aplicación del Decreto 900 y el gobierno de los Estados Unidos. Reunido junto a los pares ya mencionados,

> […] se argumentó, [que] si las grandes potencias se sienten solidarias para defender sus posiciones mundiales, sus elevadas rentas y sus especiales privilegios, es elemental que las débiles naciones del conglomerado latinoamericano se junten cuando se ponen en peligro principios básicos incorporados, después de larga y difícil lucha, en documentos internacionales, de la importancia de la Carta de las Naciones Unidas y del Tratado de Bogotá.

Importa añadir que, si bien ese era un caso de particular trascendencia, anidaba en Klein una concepción más amplia que trascendía el caso guatemalteco. En sus palabras, la solidaridad pasaba por "una clara comprensión del interés común de los países insuficientemente desarrollados, que son todos los de América Latina", lo cual de acuerdo a él "obliga a dar apoyo a su Gobierno frente al caso de expropiación de las tierras de la United Fruit" (Klein, F., 11 de septiembre de 1953).

Más allá de observar con una amplia perspectiva lo que acontecía en torno al país donde Klein cumplía funciones de representación, la identificación sincera con sus gobernantes no era eludida por el chileno. En ese sentido, el mes antes de firmar su informe sobre las tensiones entre Estados Unidos y Guatemala, Klein le hacía ver al ministro de Relaciones chileno la necesidad de reconocer tanto al canciller guatemalteco Raúl Osegueda como al propio presidente Árbenz: "la condecoración de estas dos personas significaría, también, una prueba de simpatía hacia un país y un régimen que lucha por establecer una efectiva democracia, por mejorar las condiciones sociales y

económicas del pueblo y por una política internacional digna e independiente" (Klein, F., 19 de agosto de 1953). Más si se tenía en cuenta, proseguía, que el año 1939 el "condecorado" y con "gran solemnidad" había sido el dictador Ubico.

El silencio desde su país respecto a la proposición se prolongaba a medida que arreciaba la propaganda internacional en contra del régimen guatemalteco. Para colmo, Klein recibía en Guatemala la orden de efectuar una condecoración que debía entregarse al Embajador de El Salvador en Guatemala, José Alberto Funes. Desanimado y no sin ironía, Klein aprovechó la ocasión para reflexionar acerca del significado de las condecoraciones, asunto que definía como una cuestión "seria" y "que solo deben ser objeto de ellas personas que presentan directos y señalados servicios a Chile o que defienden causas internacionales con las que Chile se siente o debe sentirse identificado". Precisamente por ello es que cinco meses antes había propuesto "a los señores Árbenz y Osegueda" pues "estimé que ambos se habían distinguido tanto por el aprecio y deferencia hacia Chile, como en la defensa de principios que son y deben ser la base de nuestra política internacional". La ausencia de respuesta para con los guatemaltecos y el hecho de tener que imponer al salvadoreño Funes una distinción –cuando las relaciones entre Guatemala y El Salvador no era nada cordiales– le impulsaron a solicitar instrucciones acerca de cuáles habían sido "los servicios prestados a Chile o los actos que hayan motivado el otorgamiento de esa distinción al señor Funes para hacer mención a ellos" durante el acto protocolar de entrega (Klein, F., 9 de enero de 1954).

KLEIN, EL "JOVEN ARGENTINO" Y EL LUGAR GUATEMALA EN LA POSTERIOR RADICALIZACIÓN DEL CONTINENTE

Aunque, como es sabido, el golpe contra Jacobo Árbenz ha sido motivo de innumerables escritos y abordajes historiográficos, aún resulta muy escaso lo avanzado en torno al argumento de Greg Grandin respecto a que fue Guatemala y no Cuba quien marcó el compás de la Guerra Fría latinoamericana (Grandin, 2007). En ese sentido y compartiendo esa línea argumental, este trabajo no solo pretende aportar evidencia documental sustantiva sino también contribuir al debate en cuanto al significado que tuvo para una destacada figura de la izquierda chilena y latinoamericana el golpe contra Árbenz en 1954.

Otra vez, Guatemala había sido un mojón importante para Klein: una noche de fines de 1953 llegaron a la embajada, acompañados del canciller guatemalteco Raúl Osegueda, varios jóvenes sobrevivientes del asalto al Cuartel Moncada. Junto a ellos había un médico argentino, Ernesto "Che" Guevara, cuyo apodo legendario adquirió mientras

residía en la tierra del quetzal (Torres Rivas, 2016). El mayor de los hijos del embajador chileno aún recuerda la presencia de aquellos jóvenes en la misión diplomática (Carlos Klein, comunicación personal, 20 de marzo de 2014) Poco más tarde y una vez el golpe fue consumado, Klein salvó la vida a setenta y cinco personas entre las cuales estaba el joven cubano Jorge Risquet Valdés (Risquet, 2009, pp. 4-5), combatiente en la Sierra Maestra más tarde, internacionalista en África y uno de los más importantes dirigentes políticos del gobierno revolucionario cubano fallecido en octubre de 2015.

Recapitulando, conviene destacar que para Klein aquella estancia en Guatemala sería clave, pues el "asedio norteamericano" que derrocó a Árbenz significó un mojón trascendente en su vida política: había presenciado "desde dentro" un golpe de estado; poseía información privilegiada acerca de su trama, sus móviles, actores y circunstancias. Pidió retirarse del país luego de cumplir sus obligaciones diplomáticas y éticas con los asilados políticos que buscaron refugio en la embajada luego del golpe para salvar su vida. De todas formas, su decisión de alejarse trascendía aquella evidente afinidad político-ideológica del diplomático trasandino para con Arévalo y Árbenz. Formaban parte de sus argumentos la forma por medio de la cual se había visto obligado a dimitir el mandatario constitucional; la complicidad de los gobiernos de la región; la "hipocresía" y el "cinismo" de los "elementos" que usurparon el poder y la "ilegalidad" con que se mantenían.

En definitiva, y sirva como hipótesis exploratoria a expandir en otro trabajo, las experiencias vividas por Klein en Centroamérica se ubican y a la vez forman parte de una nueva "sensibilidad latinoamericanista" de este internacionalista chileno cuyo foco tradicionalmente receptivo a procesos europeos se iría desplazando desde lo acontecido en Guatemala cada vez más e inexorablemente hacia América Latina, región cuya centralidad sería definitivamente marcada a fuego poco después con el triunfo de la Revolución cubana.

BIBLIOGRAFÍA

Alborta, G. (9 de febrero de 1954). *Asunto: Informe sobre la situación política existente en Guatemala*. [Informe No. C/54/54]. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Estado Plurinacional.

Ameringer, C. (2015). *La Legión del Caribe. Patriotas, políticos y mercenarios, 1946-1950*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia (Original publicado en 1996).

Archivo Nacional de Estados Unidos (3 noviembre de 1954 y 25 noviembre de 1954). Documentos 601.2514/11-2554, Fondo RG 59, Departamento de Estado.

Arévalo, J. J. (1988). *Escritos complementarios*. Guatemala: Ministerio de Educación.

Cortés Díaz, M. (2016). Chile frente a la hegemonía justicialista: la misión Conrado Ríos Gallardo en la Argentina de Perón (1953-1955). *Estudios Internacionales,* (184), 127-145.

Devés, E. y Díaz, C. (1987). *El pensamiento socialista en Chile. Antología, 1893-1933*. América Latina Libros: Santiago.

Fermandois, J. (2015). Entusiasmo y desconfianza. Populismo y relaciones internacionales en el caso Perón-Ibáñez, 1953-1955. *Ayer, 98*(2), 187-211.

Ferrero, M. D y Eiroa, M. (2016). La oposición antitrujillista, la Legión del Caribe y José Figueres de Costa Rica (1944-1949). *Revista Complutense de Historia de América*, (42), 175-201.

Friedman, M. P. (2015). *Repensando el antiamericanismo. La historia de un concepto excepcional en las relaciones internacionales estadounidenses*. Madrid: Machado Libros.

García Ferreira, R. (2013). *Operaciones en contra: la CIA y el exilio de Jacobo Árbenz.* Guatemala: FLACSO, 2013.

García Ferreira, R. (2015). El tiburón y las sardinas: apuntes en torno a la Fábula de Juan José Arévalo. En A. Kozel; D. Moroni y F. Grassi (Eds.), *El imaginario antiimperialista en América Latina* (pp. 171-187). Buenos Aires: CLACSO.

García Ferreira, R. (2017). La Embajada de Honduras en Guatemala (1953-54): Retaguardia contrarrevolucionaria. Cartas de Jacinto Durón, Embajador de Honduras en Guatemala a J. Edgardo Valenzuela, secretario de Relaciones Exteriores de Honduras, 1953. *Ciencias Sociales y Humanidades*, *4*(2), 129-135.

Gleijeses, P. (2005). *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*. Universidad de San Carlos de Guatemala: Guatemala.

Grandin, G. (2007). *Panzós. La última masacre colonial. Latinoamérica en la Guerra Fría*. Guatemala: AVANCSO.

Huneeus, C. (2009). *La Guerra Fría chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*. Santiago de Chile: Debate.

Klein F. (1956). Hacia un Congreso de Partidos Democráticos de la América Latina. *Boletín del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista, 1*(5). Buenos Aires: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas [CEDINCI].

Klein, F. (1 de febrero de 1954). *Informa sobre acontecimientos políticos en Guatemala*. [Oficio Confidencial, No. 7/3]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (11 de septiembre de 1953). *Situación creada entre los Gobiernos de Guatemala y EE. UU. Sobre aplicación de la Reforma*. [Oficio Confidencial No. 77/27]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (11 de septiembre de 1953). *Situación creada entre los Gobiernos de Guatemala y EE. UU. Sobre aplicación de la Reforma*. [Oficio Confidencial No. 77/27]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (13 de febrero de 1954). *Informa sobre realidad económico-social e infiltración comunista en Guatemala.* [Oficio Confidencial, No. 12/4]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (17 de junio de 1954). *Acontecimientos en Guatemala*. [Oficio Confidencial, No. 39/9]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (17 de septiembre de 1954). *Asuntos políticos. Informe sobre situación en Guatemala*. [Oficio Confidencial, No. 56/18]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (19 de agosto de 1953). *Solicita condecoraciones para el presidente Árbenz y el Canciller Osegueda*. [Oficio Confidencial No. 71/24]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (21 de mayo de 1954). *Informa sobre acontecimientos y transmite petición Gobierno de Guatemala.* [Oficio Confidencial, No. 33/7]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (28 de julio de 1953). *Conferencia de la ODECA en Managua, Nicaragua*. [Oficio Confidencial No. 65/24. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (29 de abril de 1953). *Sobre la crisis de la Organización de Estados Americanos*. [Oficio Confidencial No. 41/19]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (7 de julio de 1954). *Últimos acontecimientos en Guatemala*. [Oficio Confidencial No. 42/11]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (9 de enero de 1954) *Reitera petición sobre condecoraciones y solicita instrucciones sobre imposición de otra*. [Oficio Confidencial, No. 1/1]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (s. f). *Sobre la crisis de la Organización de Estados Americanos*. [Oficio Confidencial No. 41/19]. AGH-Min-Rex-CH, E-Ch-G, Guatemala.

Klein, F. (s. f.). *Biografía política de Federico Klein Reidel*. [Inédita].

Móbil, J. A. (2005). Los móviles de Tono. Trazos para una exposición. *Serviprensa*.

Moulián, T. (2006). *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973).* Santiago: LOM Ediciones.

Moulton, A. (2013). "Amplia ayuda externa" contra "la gangrena comunista": Las fuerzas regionales anticomunistas y la finalización de la operación PBFORTUNE, octubre de 1952. *Revista de Historia de América*, (150), 49-58.

Moulton, A. (2015). Building their own Cold War in their own backyard: the transnational, international conflicts in the greater Caribbean basin, 1944-1954. *Cold War History, 50*(2), 135-154.

Moulton, A. (2016). Conflicts between Caribbean Basin Dictators and Democracies, 1944-1959. *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*. Recuperado de: http://latinamericanhistory.oxfordre.com/view/10.1093/acrefore/9780199366439.001.0001/acrefore-9780199366439-e-97.

Pinto Soria, J; Taracena, A. y Mendoza, A. (Coords.) (2004). *El placer de corresponder. Correspondencia entre Cardoza y Aragón, Muñoz Meany y Arriola* (1945-1951). Guatemala: USAC.

Risquet Valdés, J. (2009). Prefacio. En P. Gleijeses, *La esperanza destrozada. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Rivera Mir, S. (2017). El otro exilio chileno en México y Guatemala, 1948-1951. Militancia transnacional en los orígenes de la Guerra Fría. *Historia,* (1), 209-240.

Roniger, L. (2017). Formación nacional y transnacionalismo: la historia conexa de América Central. *e-l@tina, 15*(59), 35-54. Recuperado de: http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/2223.

Salcedo Dávila, G. (2017). *Venezuela, campo de batalla de la Guerra Fría. Los Estados Unidos y la era de Rómulo Betancourt (1958-1964).* Caracas: BANCARIBE.

Torres Rivas, M. (2016). *Mi vida en primaveras*. Guatemala: Serviprensa.

Uliánova, O. (2003). Levantamiento campesino de Lonquimay y la Internacional Comunista. *Estudios Públicos*, (89), 173-223.

Witker, A. (1993). *Historia documental del PSCH. 1933-1992.* Forjadores – Signos de renovación. IELCO: Santiago.

SOLIDARIDAD CON NICARAGUA

La ambivalencia estratégica de la política antiimperialista mexicana en las décadas de 1920 y 1970

Alejandra G. Galicia y Mariana Bayle

INTRODUCCIÓN

El presente artículo busca problematizar la relación de solidaridad desde México hacia Nicaragua en dos periodos: las décadas de 1920 y la de 1970, en tanto estos vínculos expresaron la política de ambivalencia estratégica del régimen mexicano. Estas políticas se caracterizaron por sostener una retórica antiimperialista y por asentarse en un complejo entramado institucional que permitió posicionar a México como actor decisivo frente a la injerencia norteamericana en América Latina durante el siglo XX. A partir de este análisis procuramos problematizar la imagen de México como país antiimperialista, latinoamericanista y receptor de exilios.

El trabajo está organizado en seis apartados. En el primero, abordamos la categoría de solidaridad y su relación con el antiimperialismo para poder comprender su dimensión política y explicar cómo funcionó dentro del régimen mexicano. En el segundo apartado, damos cuenta de la ambivalencia estratégica como una característica del régimen mexicano, mientras que en el tercero planteamos su relevancia en dos momentos significativos para América Latina: las décadas de 1920 y 1970. A partir de estas caracterizaciones situamos la importancia de las relaciones entre México y Nicaragua. Por ello, en el cuarto apartado abordamos la presencia del guerrillero nicaragüense Augusto Sandino en México en 1929 y las consecuencias de

esa estancia. En el quinto, analizamos la conformación en 1974 del Comité de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua [CMSPN] como expresión de la ambivalencia estratégica y, en el último apartado, indagamos en la narrativa antiimperialista elaborada por el CMSPN en la publicación Gaceta Sandinista, para luego pasar a las conclusiones.

LA SOLIDARIDAD COMO POLÍTICA ANTIIMPERIALISTA

La solidaridad internacional ha sido parte sustancial de las manifestaciones del antiimperialismo latinoamericano.[1] Como señala Andrés Kozel (2015), el antiimperialismo puede definirse como una modalidad de resistencia política y cultural que involucra aspectos diversos, entre los que cabe mencionar un tipo de discurso, una retórica y una simbología. En distintos momentos del siglo XX, solidaridad y antiimperialismo se han conjugado experimentando diversas formas a partir del contexto geopolítico, de la relación de fuerzas a nivel interno y externo, de las configuraciones ideológicas y de su relación con las clases dominantes.

A partir de lo anterior, consideramos que existió una especificidad política que definió la configuración del tipo de antiimperialismo y solidaridad que se desplegó desde México hacia América Latina. Fueron

---

1 En las prácticas y el lenguaje político, la solidaridad debe distinguirse del internacionalismo, aunque en varios momentos de la historia hayan operado conjuntamente. La noción / prácticas / acciones de solidaridad están relacionadas con la adhesión a una causa que se considera común entre personas o grupos de personas. En términos antropológicos, se considera como la prestación de servicios y bienes realizada sin garantía de devolución con el objetivo de crear, mantener o reconstruir un vínculo social (Fernández Hellmund, 2015), independientemente del posicionamiento ideológico frente a una causa, de forma transversal.

El internacionalismo, por su parte, está estrechamente vinculado al ideario de izquierda. En la tradición socialista, la lucha principal se despliega entre clases antagónicas que trascienden las fronteras nacionales, la consigna que la condensa, como reza el Manifiesto Comunista, es "¡proletarios del mundo, uníos!". Mientras que, para el anarquismo, se considera un hecho natural y una exigencia ética. Ahora bien, el internacionalismo no es exclusivo del ideario de izquierda. Según Perry Anderson (2002) el término puede aplicarse a toda perspectiva o práctica que tiende a trascender la nación hacia una comunidad más amplia, de la que las naciones siguen constituyendo las unidades principales y el punto de anclaje de su configuración.

A partir de estas consideraciones podemos señalar que la solidaridad implica la adhesión a una causa que usualmente se concibe como justa, mientras el internacionalismo se vincula a un corpus ideológico definido, que implica mayor organicidad –militancia, propaganda, proselitismo– además de simpatía por la causa que se promueve. La solidaridad puede expresarse desde posiciones de izquierda y derecha y tienen como objetivo adherirse y actuar a favor de una causa y contra un enemigo común.

estos elementos sustanciales en la legitimación, tanto a la interna como hacia el exterior, que caracterizó al régimen político mexicano durante gran parte del siglo XX. Configuración que operó no solo en la disputa de sentidos frente a fuerzas opositoras sino también con el objetivo de recrear un imaginario revolucionario y antiimperialista que le permitió situarse frente la dicotomía de la Guerra Fría en oposición tanto al capitalismo como al socialismo, a partir del tercermundismo.

Desde estas coordenadas, sostenemos que el antiimperialismo mexicano se articuló a partir de una estrecha relación entre los grupos políticos y las élites intelectuales, definido por una particular relación entre Estado y sociedad. Como ha señalado Arnaldo Córdova:

> Una de las características esenciales que define al Estado mexicano es, sin duda alguna, su política de masas, en la cual se funda su poder sobre la sociedad [...] la eficacia del Estado y su éxito o fracaso como rector de la vida económica y social de México ha estado siempre en relación directa con la eficacia o deterioro de su política de masas o [...] con el control y ascendente del Estado sobre las amplias capas de la población trabajadora de las ciudades y el campo (Córdova, 1979, p. 9).

Esta relación, basada en la limitación y el condicionamiento de los sectores populares como sujeto político y su encuadramiento en las corporaciones organizadas desde el partido gobernante, se legitimó a través de narrativas fundantes del Estado mexicano posrevolucionario, donde el antiimperialismo tuvo un papel esencial.

Manifestándose como una directriz frente a la presencia norteamericana en América Latina, el antiimperialismo se desarrolló sobre vías de acción variables de acuerdo con la coyuntura histórica. Así, se instrumentó a través de una serie de procedimientos y medidas variadas que apuntaron a sostener la legitimidad del régimen mexicano, tanto dentro como fuera del territorio del país. La solidaridad internacional fue una de las acciones políticas con mayor impacto, sobre todo en las décadas de 1920 y 1970.

Permitiendo cierta transversalidad ideológica, la solidaridad logró captar un amplio espectro social. Dentro de la lógica de partido de Estado, la solidaridad con otras naciones latinoamericanas no se orquestó desde la sociedad civil, sino que se elaboró de arriba hacia abajo, siendo las élites culturales vinculadas al poder uno de sus principales articuladores. Este tipo de política incluyó un conjunto de actividades diversas: desde el reconocimiento diplomático, la difusión mediática, la recepción de exilios y en ciertos casos el apoyo y financiamiento a organizaciones de países latinoamericanos.

LA AMBIVALENCIA ESTRATÉGICA

Consideramos aquí que las acciones de solidaridad pueden ser leídas, en buena medida, como expresión de la ambivalencia estratégica del régimen en las coyunturas en donde México vio comprometida su estabilidad interior y su posición regional ante el despliegue de Estados Unidos en América Latina. Entendemos la ambivalencia estratégica como una característica del régimen que se configuró a partir de la institucionalización de la Revolución y operó en distintos momentos históricos, conjugando la dimensión externa con la interna. El antiimperialismo y el latinoamericanismo fueron manifestaciones privilegiadas de dicha política y ocuparon un rol fundamental como dos caras de una misma moneda: el primero como oposición y el segundo como filiación.

Después del levantamiento armado iniciado en 1910, los gobiernos posrevolucionarios elaboraron una serie de principios y discursos que apelaban a la filiación de México con América Latina, fundados en la idea de la Patria Grande, de un origen, una historia y una lengua común. Uno de los primeros acercamientos de este tipo fueron las comitivas integradas por importantes intelectuales mexicanos, entre los que se destaca el escritor Isidro Fabela, como parte de la Doctrina Carranza.[2]

Un objetivo cardinal de estas comitivas diplomáticas fue la difusión de propaganda oficial asentada en una narrativa antiimperialista que se fundaba en la oposición entre la raza latina y la raza sajona, la superioridad moral de la primera sobre el materialismo de la segunda y la fraternidad entre los pueblos latinoamericanos. El libro propagandístico *La doctrina Carranza y el acercamiento indolatino*, de

2 La Doctrina Carranza, promulgada por el presidente Venustiano Carranza en 1918, fue el eje articulador de la política exterior de los gobiernos surgidos de la lucha armada iniciada en 1910. Dicha doctrina consta de cuatro ejes, a saber: 1. Todas las naciones son iguales ante el Derecho. En consecuencia, deben respetar mutua y escrupulosamente sus instituciones, sus leyes y su soberanía, sometiéndose estrictamente y sin excepciones al principio universal de no intervención; 2. Nacionales y extranjeros deben ser iguales ante la soberanía del Estado en que se encuentran; de consiguiente ningún individuo debe pretender una situación mejor que la de los ciudadanos del país donde va a establecerse y no hacer de su calidad de extranjero un título de protección y privilegio; 3. Las legislaciones de los Estados deben ser uniformes y semejantes en lo posible, sin establecer distinciones por causa de nacionalidad, excepto en lo referente al ejercicio de la soberanía; 4. La diplomacia debe velar por los intereses generales de la civilización y por el establecimiento de la confraternidad universal; no debe servir para la protección de intereses particulares ni para poner al servicio de estos la fuerza y la majestad de las naciones. Tampoco debe servir para ejercer presión sobre los Gobiernos de países débiles, a fin de obtener modificaciones a las leyes que no convengan a los súbditos de países poderosos (Galindo, 1919).

Hermila Galindo (1919), una de las integrantes de estas comitivas, es ilustrativo:

> Como resultado de su trabajo [...] llegará un día en que el corazón de la América Latina lata al unísono; llegará un día en que todas las jóvenes racionalidades de este continente se fundan en un supremo abrazo de amor; llegará un día en que no más el oro corruptor o la fuerza opresora de los grandes impidan a nuestra raza cumplir con sus altos y gloriosos destinos (Galindo, 1919, p. 155).

Apoyados en este tipo de discursos, los sucesivos gobiernos mexicanos sostuvieron una política antiimperialista y latinoamericanista compleja con distintas configuraciones históricas hasta la década de 1970. Dicha política, en el plano nacional, abonó a la legitimación y el fortalecimiento del régimen frente al surgimiento y organización de los sujetos populares (campesinos, obreros, estudiantes y la clase media) como fuerzas opositoras dentro del espacio público. En su dimensión externa contribuyó a la proyección de México como un referente latinoamericano, difundiendo una imagen de nación favorable a las causas progresistas del continente, sobre todo en oposición a procesos dictatoriales.

En otras palabras, en el plano interno, el priismo desplegó lógicas corporativas de legitimación y control social que condicionaron las demandas del movimiento a cambio de respaldo político y neutralizaron su organicidad mediante la cooptación, el clientelismo y la represión. En el plano externo, dicha política constituyó una imagen de México neutral frente a conflictos internacionales, respetuosos de las instituciones de cada país, y en los casos más significativos como receptor de exiliados. De este modo, la ambivalencia estratégica puede definirse como el desarrollo de políticas en apariencia contradictorias pero que obedecieron a una misma lógica: el fortalecimiento y la consolidación del régimen.

En esta lógica de ambivalencia estratégica, la política antiimperialista se estructuró bajo tres pilares en los que se conjugó tanto un entramado institucional como una retórica oficial, evidente especialmente en las décadas de 1920 y 1970:

1. Una imagen de Tierra Revolucionaria. Desde 1917 hasta 1940 los gobiernos en turno configuraron una interpretación de los orígenes del levantamiento armado de 1910 y su consolidación a partir de la promulgación de la Constitución de 1917. Dicha imagen explicó a la Revolución mexicana como un proyecto de sociedad que se basaba en las demandas de campesinos, indígenas y obreros para la construcción de una sociedad más

justa, en procura del progreso y la modernidad. Esta imagen fue propagada por América Latina y tuvo recepción en los círculos intelectuales de la región (Galicia, 2015).

2. El Poder Ejecutivo y el Partido Revolucionario Institucional asumieron la representación popular. El régimen de partido único, que gobernó el país gran parte del siglo XX, utilizó mecanismos corporativistas con los que controlaba a los sectores campesinos, obreros y a la clase media.[3] Así, tuvo la capacidad de hegemonizar la definición de identidades de los diferentes sectores sociales y sostener el discurso de Tierra Revolucionaria, lo que le permitió encauzar la organización de los sectores populares.
3. Configuró a partir un entramado jurídico –artículos 33 y 89 de la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos y la Doctrina Estrada– una política exterior de no intervención.[4] Con este marco jurídico los gobiernos mexicanos pretendieron diplomáticamente no manifestarse sobre la soberanía de cualquier otro país.

---

3 Como ha señalado Córdova (1977), la excepcionalidad del Estado mexicano "ha sido su gran capacidad para absorber el impacto que produjo, en todo el continente, el ingreso de las masas en la política y, también, para convertir la política de masas en un instrumento del fortalecimiento de su propia estructura y de su propio ascendiente en el seno de la sociedad", lo que le ha otorgado una considerable estabilidad. "Y todo ello, lo que puede antojarse paradójico, aunque solo en apariencia, sin que las propias masas decidieron, por sí solas, ni el carácter, ni la tendencia histórica, ni el programa político, económico y social de tales instituciones".

4 El capítulo III, referente a los extranjeros, el artículo 33 de la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, señala: "Los extranjeros no podrán de ninguna manera inmiscuirse en los asuntos políticos del país. Además de conceder al Ejecutivo la facultad de expulsar de su territorio, sin necesidad de juicio previo y sin concederle recurso de amparo, a todo extranjero que juzgue inconveniente o que se inmiscuya en los asuntos políticos del país". Por su parte dentro de las facultades del Poder Ejecutivo el artículo 89 en su fracción X señala: "El Poder Ejecutivo tiene la facultad de dirigir la política exterior y celebrar tratados internacionales a partir de los siguientes principios: la autodeterminación de los pueblos; la no intervención; la solución pacífica de controversias; la proscripción de la amenaza o uso de la fuerza en las Relaciones Internacionales; la igualdad jurídica de los Estados; la cooperación internacional para el desarrollo; el respeto, la protección y promoción de los derechos humanos, y la lucha por la paz y la seguridad internacional". Dichos principios fueron complementados con la Doctrina Estrada, elaborada por el diplomático Genaro Estrada en 1930, que se pronunció contra los reconocimientos unilaterales sobre si un gobierno extranjero es legítimo o ilegítimo, especialmente si este proviene de una revolución. Ver https://www.juridicas.unam.mx/legislacion/ordenamiento/constitucion-politica-de-los-estados-unidos-mexicanos y https://www.revistadelauniversidad.mx/storage/2df2bbdb-285f-4a0e-a9b4-12f33797b067.pdf

Como señalamos, la ambivalencia estratégica que intentamos caracterizar aquí no debe pensarse como una contradicción de líneas políticas al interior del partido gobernante, sino como una estrategia hegemónica en tanto buscó anular una serie de actores bajo su órbita, encausar a otros y mantener su posición.

En síntesis, dicha política tuvo al menos cuatro objetivos: primero consolidar y sostener la imagen de México como espacio revolucionario; la búsqueda de estabilidad política al interior del territorio nacional; posteriormente mantener relaciones cordiales geopolíticas y diplomáticas con Estados Unidos, aunque estas variarán dependiendo de las coyunturas internacionales, y permitir a México ganar un prestigio internacional con las causas democratizadoras, progresistas y de izquierda en América Latina.

LAS DINÁMICAS DE LA AMBIVALENCIA ESTRATÉGICA EN DOS MOMENTOS HISTÓRICOS

La política antiimperialista mexicana, entre otros aspectos, se perfiló a partir de tres lineamientos: la difusión en el continente de una filiación latinoamericanista y de ribetes populares; la organización de una red de solidaridad de proyección continental; y, finalmente, la apertura de sus fronteras a los exiliados y opositores de las dictaduras de América Latina. Estas acciones fueron especialmente significativas en dos momentos particulares: las décadas de 1920 y 1970. En estas coyunturas, la política antiimperialista del gobierno mexicano en su dinámica ambivalente fue un elemento sustancial para la estabilidad interna del régimen, volviendo evidente la relación corporativa entre Estado y sociedad.

La imagen de México como país de puertas abiertas hacia los movimientos revolucionarios latinoamericanos inicia en la década de 1920, con la presencia de cubanos, peruanos, venezolanos, haitianos y nicaragüenses opositores a sus respectivos gobiernos. El papel del gobierno mexicano frente a estos grupos no se limitó a otorgar refugio, sino que permitió la organización y articulación de movimientos políticos y armados que, en varios casos, contaron el involucramiento gubernamental de formas no oficiales. La incursión Curazao encabezada por los venezolanos Gerardo Machado y Carlos León en 1929, *El Plan México* de Víctor Raúl Haya de la Torre en 1928 y el apoyo a Sandino en 1929 fueron los casos más emblemáticos (Galicia, 2015; Rivera, 2018).

Estos elementos contribuyeron al posicionamiento de México como referente antiimperialista para otros procesos sociales en el continente. Complementariamente, la imagen de Tierra Revolucionaria se sustentó en una importante fuerza social reconocida

constitucionalmente en 1917, la cual garantizaba derechos sociales, como el reparto agrario, la educación laica, regulaba las relaciones laborales y limitaba la presencia económica y política de Estados Unidos en México, especialmente en lo referente al acceso a los recursos naturales (artículo 27).

En la década de 1970 esta política se recreó en un contexto signado por las dictaduras militares del Cono Sur y las tradicionales dictaduras centroamericanas. En este periodo, los gobiernos de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982) actuaron en función de una política que se asumió tercermundista. Particularmente, bajo el sexenio de Echeverría, se buscó posicionar a México como potencia regional en Centroamérica frente a la gravitación norteamericana (Vázquez, 2016) diversificando los contactos en el exterior y aumentando la presencia mexicana en los foros multinacionales. A partir de una política exterior activa, al tiempo que, como una medida de legitimación interna, Echeverría se vinculó al Movimiento de los no alineados y realizó numerosos viajes al exterior entre los que se destacó, por su significado político, la visita al Chile de Allende en 1972 (Sánchez, 2014).

En pos de constituirse como un referente en la región, el régimen asumió la representación de los movimientos populares mexicanos frente al movimiento solidario que se organizó en América Latina y Europa durante el auge de las dictaduras del Cono Sur. Al respecto, la retórica de la delegación mexicana en la Conferencia Internacional de Solidaridad con Chile realizada en Grecia durante noviembre de 1975 es ilustrativa. Ricardo Valero y José Murat, señalaban:

> Formo parte de la delegación de México que participa en esta Conferencia y represento al Partido Revolucionario Institucional [PRI], agrupación política de profundas raíces históricas. Conforme a las peculiaridades y circunstancias específicas de nuestra vida nacional, el PRI organiza y encausa la acción de las mayorías populares, de los trabajadores del campo y de la ciudad, así como los sectores intermedios progresistas hacia las metas de transformación planteadas por nuestra revolución social. Al igual que los países avanzados del Tercer Mundo, esas metas y objetivos son la conquista de la cabal independencia y autonomía nacional; una permanente lucha contra el imperialismo y cualquier otra fuerza de opresión proveniente del exterior, la ampliación constante del sistema democrático y el logro de una convivencia social caracterizada por la justicia distributiva y el desarrollo compartido [cursivas nuestras] (CEN, 13-16 de noviembre de 1975).

En este marco, la vinculación del gobierno mexicano con los exilios de Centro y Sudamérica puede ser leída como un gesto hacia la región no solo para condenar la presencia norteamericana en la escalada autoritaria sino además para recomponer la imagen de referente

revolucionario del que había sido desplazado, en términos programáticos, con el triunfo de la Revolución cubana.

En su dimensión interna, las políticas de recepción de exilios, sobre todo los que arribaron desde el Cono Sur, cumplieron un rol fundamental abonando a la recuperación de la legitimidad del gobierno ante el desgaste que había provocado la matanza del 68. En este proceso, donde se conjugaron variadas iniciativas gubernamentales,[5] el régimen disputó y logró hegemonizar el ideario antiimperialista ante distintas fuerzas sociales.

Así, la ambivalencia estratégica del régimen se manifestó al imbricarse dichas políticas con la represión hacia a la oposición en el plano local –cabe recordar que el Partido Comunista Mexicano estuvo proscripto desde 1951 hasta 1978–. A diferencia de los años veinte, como veremos, el objetivo principal del partido en el poder no fue neutralizar personalidades, sino eliminar política y físicamente a las organizaciones sociales que se habían creado y politizado desde los años cincuenta. Se puso en marcha un plan represivo que incluyó técnicas contrainsurgentes bajo la lógica de las dictaduras militares vigentes en el Cono Sur. A este proceso, que dista de estar asumido y documentado en la historia reciente del país, se lo ha denominado Guerra Sucia.[6]

SANDINO EN MÉXICO

En tanto sostuvo una continuidad histórica desde la década de 1920 y mostró la conjugación de dinámicas internas y externas, la ambivalencia estratégica del antiimperialismo mexicano se ha tenido una encarnadura privilegiada en el caso nicaragüense. Este tipo de relaciones entre México y Nicaragua durante el siglo XX se condensaron en tres momentos: en 1926 con la condena al golpe de Estado contra el presidente Carlos Solórzano y el apoyo a la resistencia del vicepresidente Juan Bautista Sacasa; en 1929 con el respaldo de la red de solidaridad que ayudó al Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua [EDSNN] liderado por Augusto Sandino, y durante el proceso de

5 La Reforma política de 1977 fue otro de las iniciativas gubernamentales que abonaron a la recuperación cierta legitimidad perdida del régimen entre en las clases medias y los sectores universitarios del país. (Ver, por ejemplo: Bayle, 2017, pp. 44-50).

6 Nuevos acercamientos han comprobado que México fue uno de los primeros países en aplicar técnicas contrainsurgentes bajo gobiernos democráticos. La represión recayó sobre todo contra la Liga 23 de Septiembre, movimiento guerrillero que articuló a los distintos grupos armados que operaron en territorio mexicano durante la década de los años setenta (López de la Torre, 2013).

lucha del Frente Sandinista de Liberación Nacional [FSLN], contra la dictadura de Somoza durante la década de 1970.

Uno de los procesos que signaron el origen de la política ambivalente del régimen estuvo definido por el movimiento guerrillero liderado por Sandino (1927-1934) y su estadía en México. La segunda visita de Sandino al país en 1929 ha sido uno de los episodios más controversiales de la historiografía sobre el levantamiento sandinista de los años veinte.[7] El arribo del líder tenía la intención de obtener apoyo diplomático y militar por parte del gobierno mexicano, teniendo como referencia el apoyo obtenido por Sacasa en 1926. Sin embargo, en tres años la correlación de fuerzas que había permitido al gobierno mexicano apoyar a la resistencia nicaragüense se había modificado. Aquel año México iniciaba dos procesos fundamentales para su sistema político: el primero fue la institucionalización de la Revolución en el Partido Nacional Revolucionario [PNR], y el segundo fue la normalización de las relaciones con Estados Unidos, que desde el inicio de la lucha armada de 1910 se habían caracterizado por su conflictividad.

La normalización de relaciones entre los gobiernos de México y Estados Unidos trajo consigo la injerencia del embajador norteamericano Dwight Morrow en los asuntos domésticos, situación que contribuyó a la consolidación del grupo Sonora en el gobierno.[8] Al mismo tiempo, el "caso Nicaragua" era fundamental para la política exterior mexicana, pues su posición se sostenía bajo el principio de la no intervención que había ganado muchos adeptos en el continente americano. México era considerado entonces como uno de los principales exponentes de los intereses latinoamericanistas.

Si bien las fuentes que describen este episodio entre México, Nicaragua y Estados Unidos son escasas, parciales y, en ocasiones, confusas, su análisis arroja luz sobre el objetivo de neutralizar la presencia de Sandino, remitiéndolo al estado de Yucatán. El historiador alemán Volker Wünderich documenta esta vinculación:

> Desde un principio, el Ministro de Relaciones Exteriores, [Genaro] Estrada, expresó la previsión de que a Sandino no se le permitiera llegar a la

7 Para que el lector compruebe la complejidad del asunto lo remitimos a uno de los trabajos más rigurosos que ha tratado el tema: *Sandino. Una biografía política* (Wünderich; 1995/2010).

8 La incursión de Estados Unidos en la política interna mexicana incluyó la pacificación del levantamiento cristero, la negociación con las compañías petroleras norteamericanas, así como la multiplicación de las relaciones comerciales con compañías como Ford, National Bank of New York y Share Company, elementos fundamentales para la consolidación del grupo liderado por Plutarco Elías Calles en el gobierno, durante el periodo que se conoció como el Maximato (1928-1934).

> Ciudad de México, sino que se le mantendría en un "Estado federal remoto como Yucatán, Chiapas o Tabasco. Kellog, el entonces secretario de Estado de Washington, comprobó personalmente el asunto, y en el término de cuatro días telegrafió su acuerdo con las propuestas mexicanas; de manera discreta transmitió el agradecimiento de los Estados Unidos por 'otra señal de acercamiento que significaba el haber consultado en ese asunto" (Wünderich, 2010, p. 237)

Se sabe que la reunión que Sandino buscó con el gobierno mexicano desde 1929 tardó ocho meses y se realizó en enero de 1930. Contrariando su pedido, no se le proporcionó armamento ni apoyo diplomático. En esta coyuntura, el gobierno de Emilio Portes Gil neutralizó a quien en esos años era la figura antiimperialista latinoamericana más importante, reduciendo su impacto a nivel continental y militar en Las Segovias, confinándolo a Yucatán y evitando dar respuestas a sus peticiones de apoyo diplomático y militar para sostener la lucha contra la presencia norteamericana en Nicaragua.

La ambivalencia del régimen se manifestó estratégicamente. En tanto la causa de Sandino gozaba de gran popularidad, se le otorgó reconocimiento especialmente a través de la creación del Comité Manos Fuera de Nicaragua [MAFUENIC]. Este estuvo conformado por las principales organizaciones antiimperialistas de la época que operaban en territorio mexicano: la Liga Antiimperialista de las Américas [LADLA]; la Alianza Popular Revolucionaria Americana [APRA]; la corriente unionista centroamericana; además de una magra organización obrera aglutinada en el Partido Comunista Mexicano, que pronto conocería su persecución y eventual proscripción.

Al mismo tiempo, la estadía de Sandino en México coincidió con una nueva etapa de la ocupación norteamericana de Nicaragua. La ausencia del guerrillero allanó el camino a las fuerzas norteamericanas y al gobierno nicaragüense para profesionalizar la Guardia Nacional, considerada la base del gobierno electo en 1928. Durante los diez meses que Sandino pasó en territorio mexicano:

> […] el número de tropas de los EE.UU. [fue] reducido de 3500 a finales de 1928 a 1400 miembros en 1929. Las tropas norteamericanas fueron retiradas de los frentes de guerra de guerrillas, y se limitaron en gran medida a mantener su presencia en los seguros cuarteles del litoral del Pacífico. La ofensiva de 1930 fue llevada a cabo por la Guardia Nacional y diversos destacamentos de voluntarios, quedando, no obstante, el mando todavía de los norteamericanos. (Wünderich, 2010, p. 272)

El protagonismo de la Guardia Nacional y su eventual profesionalización modificó el sentido del levantamiento liderado por Sandino. Durante este periodo de tiempo, la Guardia Nacional –institución parte

de los acuerdos de Tipitapa–[9] se fortaleció con elementos nicaragüenses, siendo retirados paulatinamente los marines norteamericanos y dando a la lucha contra la intervención extranjera un tinte de guerra civil. Como es sabido, será la misma Guardia Nacional que asesinaría a Sandino en 1934, depondrá al presidente constitucional Juan Bautista Sacasa en 1936 y, desde esa fecha, sostendría a la familia Somoza hasta el triunfo de la revolución sandinista en 1979.

EL COMITÉ MEXICANO DE SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO DE NICARAGUA

La relación entre México y Nicaragua tuvo una nueva significación en los años setenta[10] cuando la oposición a Somoza se fortaleció y logró impacto internacional. Nuevos acercamientos han incursionado en los vínculos entre el gobierno mexicano y las guerrillas centroamericanas (Vázquez y Campos, 2016; Ayerdis y Fernández, 2017) centrando su análisis en las relaciones que desde 1978 se establecieron entre el FSLN y la diplomacia mexicana, así como el papel de la Dirección Federal de Seguridad [DFS] como órgano de inteligencia del gobierno mexicano. Consideramos aquí que dichas relaciones deben ser situadas en marcos políticos más amplios. En este sentido, al abordar los vínculos entre México y Centroamérica se vuelve necesario tener en cuenta el papel del Estado como articulador de organizaciones sociales en el plano nacional, así como la configuración de una narrativa que permitió a México posicionarse como un referente revolucionario en la región.

---

9 El también conocido como el Pacto del Espino Negro, fue un acuerdo firmado en 1927 por el representante del presidente estadounidense Calvin Coolige y el general José María Moncada que pretendía dar fin a la llamada Revolución Constitucionalista iniciada en 1926. Entre los aspectos más importantes sobresale: la entrega de armas por parte de los insurrectos; la asunción de Adolfo Díaz en el poder hasta concluir el periodo del depuesto Carlos Solórzano; la creación de la Guardia Nacional organizada y dirigida por el ejército norteamericano; la convocatoria de unas elecciones supervigiladas y el apoyo en los comicios al General Moncada, todo esto auspiciado por la ocupación militar de Estados Unidos.

10 Cabe destacar que este tipo de dinámicas entre los gobiernos mexicanos y las fuerzas de oposición a la dictadura de los Somoza se sostuvieron en el tiempo. Aportaciones recientes señalaron que desde la década de 1940, con la fundación de la Unión Democrática Centroamericana [UDCA], opositores radicados en la Ciudad de México de Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala realizaron actividades de denuncia y planes de incursiones armadas, pronunciándose y manifestándose en importantes espacios públicos como la columna de la independencia, el hemiciclo a Juárez, auditorios de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Ateneo Español, entre otros. (Fernández Ampié, 2017).

Dar cuenta de cómo se articuló el trabajo diplomático, de inteligencia y propaganda de los gobiernos mexicanos durante este periodo es un trabajo que todavía debe realizarse y supera los objetivos de este artículo. Lo que nos interesa rescatar, como venimos argumentando, es que existió un armazón institucional y una narrativa hegemónica que vinculó a las organizaciones político-militares centroamericanas con el gobierno mexicano y que tuvo una dimensión estratégica interna. En el caso nicaragüense, la presencia de este armazón institucional tendrá una expresión privilegiada en el Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua [CMSPN], creado a fines de 1974.

Según el rol político que se atribuyó, el objetivo del CMSPN fue conformar un bloque latinoamericano de solidaridad con Nicaragua desde México a partir de la denuncia y condena de la dictadura somocista y la propaganda de las causas, fundamentos y acciones realizadas por el FSLN. Este objetivo se vio reafirmado en 1977 cuando el conflicto centroamericano tomó proyección internacional, sobre todo a instancias de la tendencia tercerista del FSLN que se concentró en armar una red de apoyo externo. La causa sandinista suscitó entonces amplias simpatías en la opinión pública mexicana. En las numerosas actividades de solidaridad que entonces se realizaron convergió un amplio arco de actores: desde personeros del partido oficial, diplomáticos y funcionarios de "el último gobierno de la revolución mexicana" –como se conoció al gobierno de José López Portillo– hasta intelectuales públicos, pasando por buena parte de la izquierda partidaria y de la izquierda sin partido (Vázquez, 2017, 14). En efecto, a partir de cierta transversalidad ideológica que habilitaba la política de solidaridad, el régimen priista logró hegemonizar buena parte de aquel espectro social.

A instancias de esta organización se tejieron finamente relaciones entre una serie de personajes, instituciones y espacios que legitimaron su existencia, sus posicionamientos ideológicos y sus acciones políticas en el plano nacional. De este modo, el CMSPN tuvo importancia no solo como vocero internacional de la situación en Nicaragua y simpatizante del FSLN, sino que legitimó las decisiones del gobierno local, por ejemplo, a fines de 1978 apoyó la resonante ruptura de las relaciones de México con la Nicaragua de Somoza. Como declaró su personalidad más reconocida, Carlos Pellicer, la proyección latinoamericanista del Comité se expresó en una variedad de actividades político-culturales:

> [el Comité] tiene un órgano de divulgación y propaganda por medio de la *Gaceta Sandinista*. Esta publicación tiene circulación internacional, y dado sus colaboradores y el entusiasmo con el que se realiza este trabajo, puede decirse que nuestra *Gaceta* tiene una verdadera importancia. A esto

> agregamos conferencias, reuniones periódicas del Comité, informaciones a organismos internacionales y a comités que están de acuerdo con nuestras ideas de liberación y con nuestras ideas revolucionarias (Entrevista a Carlos Pellicer, *Gaceta Sandinista*, núm. 5, 1976, p. 11).

La composición del grupo fundador del Comité es representativa de los lazos que vincularon las élites culturales a las esferas de la institucionalidad oficial. El comité fue fundado por los poetas Carlos Pellicer, Efraín Huerta, Juan de la Cabada, Thelma Nava, Juan Bañuelos, Jaime Labastida, Oscar Oliva, Sergio Mondragón; el veterano sandinista comunista Andrés García Salgado, Adalberto Santana y el periodista José Steinsleger.

En esta composición se distingue la confluencia de dos generaciones: la primera: Pellicer (1897-1977), Huerta (1914-1982), Juan de la Cabada (1899-1986) y Andrés García Salgado –quien luchó junto a Sandino en Nicaragua– vino a representar la continuidad con el proceso solidario de los años veinte que se articuló desde México. Particularmente Pellicer, Huerta y de la Cabada, participaron de distintas iniciativas políticas y culturales en el seno de distintas organizaciones sociales, en las cuales la solidaridad internacional fue una bandera recurrente. A instancias de estas personalidades relevantes del escenario cultural mexicano, se tejieron redes entre las organizaciones políticas y culturales y las instituciones estatales.

Carlos Pellicer es una figura emblemática en tanto operó como nexo entre la izquierda cultural y los aparatos del Estado. El poeta y ensayista tabasqueño fue un destacado representante de la intelectualidad mexicana.[11] A partir de su vínculo con José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública desde 1921 hasta 1924, Pellicer se posicionó en un lugar protagónico de la escena político-cultural. En aquellos años, formó parte del Grupo Solidario del Movimiento Obrero, fundado por Vicente Lombardo Toledano y Diego Rivera en 1922,[12] y en 1928 fue parte activa del Comité Manos Fuera de Nicaragua [MAFUENIC]. Por su parte, Juan de la Cabada estuvo vinculado desde 1923 a

---

11 Pellicer formó parte del grupo *Contemporáneos* y perteneció a la Academia Mexicana de la Lengua. Además, participó en destacadas instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México.

12 El Grupo Solidario del Movimiento Obrero dejó de tener actividad a mediados de 1923. Para muchos de sus miembros constituyó la primera experiencia de organización colectiva y contacto con los intereses y organizaciones de trabajadores, fue también el antecedente de importantes agrupaciones que acercaron la labor de artistas e intelectuales al pueblo, como el Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores (1922), la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (1933) y el Taller de Gráfica Popular (1937). https://www.centrolombardo.edu.mx/grupo-solidario-del-movimiento-obrero/

la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, así como a publicaciones emblemáticas de la izquierda mexicana –como *El Machete, El Libertador* y *Espartaco*– y espacios como el Taller de Gráfica Popular, fundado por Leopoldo Méndez y Pablo O´Higgins en 1937, siendo parte del PCM.

Ahora bien, el dato significativo es que en los años que operó el CMSPN, Pellicer, ocupó el cargo de senador de la república por el PRI como candidato externo. Así construye discursivamente su itinerario político:

> Aunque no siempre en el PRI –recuerda el poeta– he sido político desde muy joven: desde que participé en la campaña del maestro José Vasconcelos para la Presidencia de la República. Esa fue la primera vez que estuve una temporada en Lecumberri. La última vez que cayó a la cárcel fue hace siete años por repartir, en el primer cuadro de la ciudad, "hojas violentas contra el imperialismo norteamericano". Nunca ejercí la política como profesión, y por eso quedé muy sorprendido cuando *el nuevo gobierno me hizo el honor de ofrecerme la candidatura para senador por Tabasco. Acepté porque pienso que estaré en mejor posición para luchar por la causa de los campesinos* (Chávez, *Proceso*, 1976) [cursivas nuestras].

La participación de Pellicer, tanto en el campo político como en el cultural, allanó el terreno para aglutinar una serie de actores de un espectro ideológico amplio. El Comité incluyó así a aquella generación más joven: los poetas de Espiga Amotinada, quienes provenían de una izquierda cultural crítica a la Unión Soviética.[13] Estos actores compartían y a su vez disputaban un imaginario antiimperialista, que era hegemonizado por el Estado y materializado en organizaciones como el propio Comité. Al respecto, las locaciones en las que se realizaron las actividades solidarias fueron elocuentes: la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma de Chapingo, la Casa del Lago en Chapultepec, el Museo Nacional de Antropología y

13 La segunda generación que conformó el Comité estuvo integrada por Bañuelos, Labastida y Oliva, quienes provenían del grupo de poetas *Espiga amotinada*. El grupo se fundó en 1960 con la publicación de un volumen colectivo (*Puertas del mundo* de Juan Bañuelos; *La voz desbocada*, de Óscar Oliva, *La rueda y el eco,* de Jaime Augusto Shelley, *Los soles de la noche,* de Eraclio Zepeda, y *El descenso*, de Jaime Labastida). En la historia literaria de México la *Espiga* fue reconocida por la búsqueda de la fusión entre la valoración estética –teniendo como referencia a *los Contemporáneos*– con la preocupación social. El grupo "desde un principio se opuso a establecer una separación tajante entre vanguardia política y Vanguardia literaria[…] Lo que deseaban, sin que lo hayan logrado totalmente, era hacer una renovación literaria, a la vez que asimilar posiciones revolucionarias". No obstante, el grupo sostenía un rechazo unánime y terminante del "panfletismo" y lo que estuviera asociado al "realismo socialista" (Borgeson, 1989).

el Palacio de Bellas Artes. La presencia del CMSPN en estas instituciones fundamentales en la vida cultural e intelectual mexicana y de difícil acceso para otro tipo de actores fuera de la esfera de poder, evidenció el auspicio y financiamiento oficial a las actividades de solidaridad nicaragüense.

En síntesis, tanto en su composición como en sus actividades políticas y culturales, puede distinguirse un complejo entramado de intereses donde el gobierno mexicano fue un actor determinante. En efecto, los vínculos con la élite cultural y ciertas organizaciones sociales demostraron las particularidades de la solidaridad ejercida desde México con respecto a la causa centroamericana y evidenciaron los modos en que el gobierno intervino en la organización de ciertos actores sociales –sobre todo en aquellos que disputaban un ideario izquierdista– en su búsqueda de legitimación interna y proyección latinoamericana.

LA NARRATIVA ANTIIMPERIALISTA DE *GACETA SANDINISTA*[14], 1975-1979

Un año después de su fundación, en 1975, el CMSPN lanzó la publicación *Gaceta Sandinista*. En sus páginas se discutió la situación nicaragüense, se informó sobre el desarrollo de la lucha encabezada por el FSLN y se promovieron las actividades del Comité. Su equipo editorial estuvo formado por cuatro de los miembros fundadores del Comité: Pellicer, Huerta, Nava y Mondragón, evidenciando el carácter orgánico de la publicación. La revista editó 24 números en su primera época y 4 en la segunda, cancelándose en 1979, cuando el triunfo del FSLN modificaría la naturaleza y los fines de las actividades de solidaridad.

En sus páginas se reforzó la narrativa revolucionaria, antiimperialista y latinoamericanista del régimen mexicano señalando la continuidad histórica de la solidaridad con Nicaragua desde los años veinte y destacando el papel que jugó México en el levantamiento encabezada por Sandino. En efecto, la *Gaceta* fue un elemento sustancial en la difusión de la política de solidaridad con Nicaragua en la opinión pública mexicana y además en la conformación de una red donde se

14 *Gaceta Sandinista* es una publicación poco conocida dentro del estudio de la solidaridad con el FSLN en la década de los años setenta. Actualmente se encuentra dispersa y disponible en: el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica [IHNCA] de la Universidad Centroamericana en Managua; el Centro Académico de la Memoria de Nuestra América [CAMENA] de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas [CeDInCi] de la Ciudad de Buenos Aires y en el Archivo del Centro de Documentación de los Movimientos Armados [CeDeMA], Ref. A-41.

vincularon representantes del FSLN, miembros del gobierno y las élites culturales locales, e incluso miembros del exilio latinoamericano.

Desde los primeros números, la configuración de la solidaridad antiimperialista ligó al sandinismo con los intereses nacionales, y el CMSPN apelará a ella para justificar su tarea:

> En el terreno de la solidaridad política, se es solidario con quien comparte los mismos intereses, con quien se alimenta del mismo pan de lucha, con quien está pendiente de los medios y los fines, de la táctica y la estrategia para derrotar al mismo enemigo. La solidaridad se manifiesta, sobre todo, en épocas de crisis cuando el enemigo parece más fuerte porque ataca más duro. El acto solidario refleja un movimiento dialéctico, ya que luchar por la liberación de otros, esta energía se nos devuelve enriquecida y nuestra liberación parece más clara (Nota editorial, *Gaceta Sandinista*, 1975, p. 1).

El acto solidario implicaba una filiación latinoamericanista que lógicamente fue más allá de la retórica. El CMSPN buscó encabezar la solidaridad continental con Nicaragua tejiendo una red internacional que incluyó una serie de Comités de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua alentados desde México en Estados Unidos, Cuba, Venezuela, Honduras, Costa Rica, Guatemala, y la existencia de una *Gaceta Sandinista* cubana, una venezolana, otra editada en Los Ángeles California, etc. (*Gaceta Sandinista*, núm. 10-11, 1976, p. 23).

En el plano local, las actividades realizadas por el Comité contaron con la presencia de chilenos, argentinos, uruguayos, guatemaltecos, salvadoreños, nicaragüenses y brasileños, entre otras nacionalidades, así como con la participación de representantes del FSLN y funcionarios del gobierno. Entre ellas destacan las sucesivas conmemoraciones del asesinato de Augusto Sandino realizadas entre 1975 y 1977, en cuyos programas figuraron intelectuales de renombre, muchos de ellos en el exilio: el argentino Rodolfo Puiggrós, el panameño Jorge Turner, el haitiano Gerard Pierre Charles, el boliviano René Zavaleta, el brasileño Francisco Juliao, el guatemalteco Mario Salazar Valiente, y el chileno Clodomiro Almeida. En el primer acto de conmemoración en el Palacio de Bellas Artes, Jorge Turner señaló:

> [...] mi acendrado sandinismo, mi sentimiento antiimperialista, va naciendo a partir de esos recuerdos, y del recuerdo de la gran huelga inquilinaria en Panamá, que dio lugar a la intervención norteamericana. Luego se consolidó a través de una larga lucha que tiene por igual: errores y aciertos, derrotas y victorias, terribles sufrimientos y grandes alegrías. Hasta llegar a la madurez, al presente, en el que es posible decir, en este Palacio de Bellas Artes, que, hacia atrás de la época en que vivió Sandino está emparentado en línea recta con los próceres de la independencia de América Latina, y hacia delante con Ernesto "Che" Guevara y los combatientes vietnamitas. (Turner, *Gaceta Sandinista*, 1975, p. 7)

Este tipo de discursos es ilustrativo acerca de las dimensiones y significados que adquirió el antiimperialismo en esta coyuntura, asimilándose a la identidad sandinista y latinoamericanista.

La proyección latinoamericanista del Comité se reflejó asimismo en las páginas de la Gaceta, la cual incluyó algunos comunicados del exilio,[15] así como en la sección "Actividades en el exterior" en las que se anunciaba, entre otras cuestiones, la creación de Comités de Solidaridad más allá las fronteras mexicanas, o la "Sección Internacional" y la sección de "Solidaridad internacional". En estos apartados se reportaron conflictos armados en Centroamérica, por ejemplo, la desestabilización de Belice por parte de Guatemala, acciones de las FPL salvadoreñas contra el gobierno del presidente Molina (Gaceta Sandinista, núm. 17-18, 1976, p. 20).

Asimismo, Gaceta actuó como una plataforma de denuncia sobre los asesinatos, desapariciones y torturas a los que eran sometidos los nicaragüenses, especialmente aquellos pertenecientes al FSLN. En este plano, la legitimidad internacional del Comité se apoyó en redes que incluyeron organizaciones internacionales de Derechos Humanos como el Tribunal Internacional Bertrand Russell, Amnistía Internacional, Movimiento Internacional de Juristas Católicos y la Federación Internacional de Derechos del Hombre. También la revista difundió las actividades que el Comité realizaba para apoyar al FSLN, mítines políticos, encuentros, exposiciones y conciertos, así como conferencias de las figuras de la solidaridad sandinista más importantes: Ernesto Cardenal y Carlos Mejía Godoy.

En suma, y a partir de los elementos señalados, la narrativa desplegada en *Gaceta Sandinista* reflejó el carácter ambivalente que desde inicios del siglo XX caracterizó al régimen mexicano en sus vínculos de filiación con Nicaragua. En dicho discurso se omitió la actitud de los gobiernos mexicanos ante la visita de Sandino entre 1929 y 1930 y se puso énfasis en la continuidad histórica de la solidaridad con la lucha nicaragüense. En este sentido, con frecuencia la Gaceta hará referencia a uno de los primeros ejercicios solidarios del continente: el MAFUENIC, fundado en México en 1928 para apoyar la lucha encabezada por Sandino:

> [...] el CMSPN, [...] nació como una respuesta a la lucha que ininterrumpidamente ha sostenido el pueblo nicaragüense contra la tiranía somocista, justo en la fecha de ejercer la más sanguinaria y oprobiosa represión contra el pueblo de Augusto César Sandino. El Comité retoma así el deber de

15 Aparecieron comunicados de Montoneros (*Gaceta Sandinista*, núm. 21-22, 1977, p. 23) así como rememoraciones de la masacre de miembros de la guerrilla argentina en Trelew.

> patriotismo latinoamericano que emprendiera en el año 1928 los compañeros Julio Antonio Mella, Diego Rivera y tantos otros símbolos humanos de la lucha antiimperialista, al crear el organismo internacional "Manos Fuera de Nicaragua" (Nota editorial, *Gaceta Sandinista*, 1975, p. 2).

Desde estas referencias, el CMSPN definirá su tarea solidaria trazando una continuidad histórica y postulando la obligación moral de la intelectualidad mexicana y latinoamericana de apoyar el levantamiento nicaragüense. Este discurso destacó a las personalidades que formaron parte del MAFUENIC: el muralista mexicano Diego Rivera, los comunistas Agustín Farabundo Martí de El Salvador y Julio Antonio Mella de Cuba y el periodista norteamericano Carlton Beals –uno de los pocos que entrevistó a Sandino–, entre otros. Con respecto los años veinte, la narrativa histórica construida desde *Gaceta* apeló a una estricta selección del pasado donde se valoró como positiva la experiencia de Sandino en México, omitiendo los aspectos que podrían haber comprometido al régimen.

En síntesis, tanto la *Gaceta Sandinista* como el CMSPN expresaron la ambivalencia estratégica del régimen mexicano en la imbricación de sus dinámicas nacionales e internacionales. La narrativa antiimperialista y latinoamericanista señaló la continuidad histórica de la solidaridad con Nicaragua desde los años veinte destacando el papel que jugó México en el levantamiento encabezado por Sandino. Esta narrativa se sustentó en una interpretación particular de la Revolución mexicana que tuvo al latinoamericanismo como uno de sus principios fundantes.

CONCLUSIONES

Este trabajo, a partir del caso nicaragüense, constituye un primer acercamiento a la problematización de la imagen antiimperialista y latinoamericanista de los gobiernos mexicanos y el papel que estos tuvieron durante los procesos revolucionarios latinoamericanos del siglo XX. Para ello, buscamos evidenciar el engranaje político-institucional, las redes de actores y el discurso que dio forma y operatividad a lo que denominamos ambivalencia estratégica del régimen mexicano. En efecto, consideramos que el análisis del papel de México frente a los procesos revolucionarios del continente no puede prescindir del abordaje crítico de las características del régimen, tanto en el plano interno como en el externo y, más importante, en sus imbricaciones.

Desde esta arista, el antiimperialismo y la política de solidaridad gestadas desde México hacia Nicaragua en las décadas de 1920 y 1970 tuvieron al menos dos consecuencias. Primero, las lógicas corporativistas y hegemónicas que caracterizaron la relación entre Estado y

sociedad civil se expresaron en el ámbito internacional. Desde esta lógica, la orquestación oficial del entramado de solidaridad externa dificultó o bien neutralizó todo tipo de iniciativa autónoma por parte de la izquierda o los sectores populares mexicanos.

En segundo lugar, el discurso antiimperialista, latinoamericanista y la solidaridad elaborados desde México se sostuvo a partir de cierto prestigio internacional que contribuyó a la consolidación de la hegemonía del régimen al interior del territorio nacional. En esta lógica, la relación con Nicaragua evidenció las distintas dimensiones de la ambivalencia estratégica y se verificó una continuidad en el tiempo. Como analizamos aquí, la creación del CMSPN, su composición y sus actividades de difusión y denuncia, así como la narrativa elaborada desde las páginas de *Gaceta Sandinista*, fueron expresiones cabales de aquella lógica. Así, el Comité sostuvo un discurso de continuidad histórica de la solidaridad de México con Nicaragua, entre otros efectos, dando una connotación positiva a la estancia de Sandino en 1929.

Conscientes de que este trabajo es un primer acercamiento a la problematización de la imagen y el discurso de México como un país solidario y antiimperialista, no pasamos por alto la complejidad de sus diferentes encarnaduras de acuerdo a la coyuntura histórica y al país de referencia. En estas páginas nos centramos en la relación con Nicaragua y en ciertas características del régimen mexicano, ya que, aunque sus componentes han sido mencionados con anterioridad en numerosos trabajos, aún no se ha terminado de dimensionar en sus consecuencias dentro y fuera de territorio mexicano. Este trabajo entonces, buscó establecer los primeros pasos para un esfuerzo de sistematización y análisis de casos a partir del cruce de una nueva variable: la ambivalencia estratégica del régimen.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, P. P. (2002). Internacionalismo: un breviario. *New Left Review,* (14), 5-24.

Bayle M. (2016). *México como escenario latinoamericano. Dictadura, revolución y democracia en la revista Cuadernos políticos (1974-1990)*. [Tesis inédita de maestría]. Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.

Borgeson, P. P. (1989). La espiga amotinada y la poesía mexicana. *Revista Iberoamericana*, (55), 148-149.

CEN (13-16 de noviembre de 1975). Partido Revolucionario Institucional. Conferencia Internacional de Solidaridad con Chile, Atenas, Grecia. CeDeMA, ref. A-40.

Córdova A. (1977). México: Revolución burguesa y política de masas. *Cuadernos Políticos,* (13).

Córdova A. (1989). *La Revolución y el Estado en México*. México: Ediciones Era.

Córdova, A. (1979). *La política de masas y el futuro de la izquierda en México*. México: Ediciones Era.

Chávez, E. (1976). Carlos Pellicer senador: me acuso de no haber hecho el bien. *Proceso.* Recuperado de https://www.proceso.com.mx/1857/carlos-pellicer-senador.

Fernández A. G. (2017). Las conspiraciones antisomocistas en la Ciudad de los Palacios, retaguardia de las luchas antidictatoriales centroamericanas. En M. Ayerdis y A. G. Fernández (Eds.). *Memorias del exilio y la revolución. Nuevos recorridos por las luchas centroamericanas del siglo XX*. Managua: Editorial Universitaria Tutecotzimi.

Fernández Hellmund, P. P. (2015). *Nicaragua debe sobrevivir. La solidaridad de la militancia comunista argentina con la Revolución Sandinista (1979-1980)*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Gaceta Sandinista (1975). Nota editorial, 3, 1.

Gaceta Sandinista (1975). Nota editorial, 5, 2

Gaceta Sandinista (1976). Entrevista a Carlos Pellicer, 5, 10-15.

Gaceta Sandinista (1976). S. t., 10-11, 23

Gaceta Sandinista (s. f.). Comunicado de Montoneros, 21-22, 23.

Galicia A. (2015). *La Revolución y el Guerrillero. El papel de México en el conflicto entre Nicaragua y Estados Unidos: la emergencia de Augusto C. Sandino*. [Tesis inédita de maestría]. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Galindo, H. (1919). *La Doctrina Carranza y el acercamiento Indolatino*. México: s. e.

Kozel, A. *et. al.* (Coord.). (2015). *El imaginario antiimperialista en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini [CCC] / CLACSO.

León Romero, F. (2017). *Encuentros y desencuentros en el exilio. Relaciones y vínculos entre las organizaciones armadas mexicanas, argentinas y el PRI* (1974-1983). [Tesis inédita de maestría]. UNSAM, Buenos Aires.

López de la Torre, C. F. (2013). Miguel Nazar Haro y la guerra sucia en México. *Revista Grafía, 10*(1), 56-72.

Rivera Mir S. (2018). *Militantes radicales de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934. Prácticas políticas, redes y conspiraciones*. El Colegio de México, México.

Sánchez, F. (2014). "En la lucha contra el imperialismo, México y Chile de pie". Salvador Allende en la política tercermundista de Luis Echeverría en la Guerra Fría interamericana. *Foro Internacional, 218*(4), 954-991.

Turner, L. (1975). S.t. *Gaceta Sandinista*, 4.

Vázquez Olivera, M. y Campos, F. (2016). México ante el conflicto centroamericano, 1978- 1982. Las bases de una política de Estado. En M. Vázquez Olivera y F. Campos (Eds.). *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época* (pp. 21-48). México: Bonilla Artiga Editores / Centro de Investigaciones de América Latina y el Caribe.

Wünderich V. (2010). *Sandino una biografía política*. Managua: UCA-Editores. (Original publicado en 1995).

Yanquelevich, P. P. (2010). *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974- 1983.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

MILITANCIA TRANSNACIONAL DE MONTONEROS EN CENTROAMÉRICA

De la solidaridad antiimperialista a la lucha por la recuperación democrática[1]

Eudald Cortina Orero

En agosto de 1979, Montoneros publicaba el que sería el último número de su órgano impreso *Evita Montonera*, que dedicaba íntegramente al triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional [FSLN]. En su editorial, la organización político-militar argentina identificaba la caída de la dictadura somocista como el preludio del cambio en América Latina y establecía una continuidad entre la victoria de los revolucionarios nicaragüenses y la contraofensiva estratégica que Montoneros venía impulsando en el enfrentamiento a la dictadura cívico-militar argentina. Desde la perspectiva montonera, 1979 debía representar el fin de una década marcada por el avance de regímenes contrarrevolucionarios y el inicio de un nuevo ciclo de movilización a escala continental que conduciría a la liberación de los pueblos latinoamericanos (Firmenich, 1979a).

Acertada o no, esa lectura nos permite entrever varios aspectos que enmarcan las dinámicas por las que transitó Montoneros en este

1 Este trabajo se enmarca en el proyecto postdoctoral "Militancia transnacional entre el Cono Sur y Centroamérica (1970-1992): redes y procesos de difusión en la oleada de la Nueva Izquierda latinoamericana", financiado por la Xunta de Galicia (2016-2019), y del Proyecto HAR2016-77828-R, financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad – Agencia Estatal de Investigación (España) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional [FEDER].

periodo y que sirven como ejes de discusión para este volumen. En primer lugar, la formación de redes militantes transnacionales en el marco de la Guerra Fría, acentuada en el caso montonero por la situación de exilio que experimentaba su militancia y conducción política. En segundo lugar, el antiimperialismo como elemento constitutivo y aglutinante en la construcción de identidades colectivas transnacionales. Y, finalmente, la articulación del ideario antiimperialista con las emergentes narrativas sobre democracia, en el marco de los procesos de recuperación democrática en el Cono Sur.

Partiendo de estos tres ejes, el artículo profundiza en la práctica internacionalista que Montoneros sostuvo en Centroamérica entre finales de los setenta y los primeros años de los ochenta, analizando el impacto de esta militancia transnacional en el desarrollo político y organizativo de este agrupamiento.

En esta línea, dividiremos el texto en dos grandes bloques. En el primero buscamos identificar las redes que permitieron la incorporación de diversos contingentes montoneros a la Revolución Sandinista, tanto en su fase insurreccional como en la etapa de reconstrucción de Nicaragua. En este punto, abordaremos brevemente las experiencias internacionalistas de la Brigada Sanitaria Adriana Haidar, el Grupo de Combate General San Martín y la proyectada Brigada de Reconstrucción Compañero Rodolfo Walsh. Retomando estas experiencias, analizaremos la construcción de una identidad o *ethos* revolucionario común –esencialmente latinoamericanista y antiimperialista–, que facilitó la integración de estos militantes en apoyo a la Revolución Sandinista por encima de fronteras nacionales y divergencias ideológicas. En el segundo bloque, rastreamos la incorporación de la perspectiva democratizadora en el discurso montonero y el impacto que este fenómeno –unido a las propias dinámicas internas en relación con los resultados de la Contraofensiva– tuvo en términos de rupturas orgánicas.

El texto trata de articular dos perspectivas interpretativas en torno a la movilización revolucionaria en América Latina. En primer lugar, partimos de la propuesta de oleadas de violencia revolucionaria de David Rapoport (2004) y, de manera particular, incorporamos el desarrollo teórico que, desde este enfoque, vienen realizando Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán (2012, 2017 y 2018) en torno a la oleada de la Nueva Izquierda latinoamericana. En segundo lugar, retomamos la agenda de investigación propuesta por autores como Roniger (2012) y Yankelevich (2016) en el sentido de profundizar en el estudio de los exilios latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XX. En este sentido, asumimos la propuesta del primero en la línea de incorporar a la investigación sobre este fenómeno aspectos menos

abordados como el activismo político en el extranjero, las relaciones entre exiliados de diversos países, el redescubrimiento de problemas continentales y transnacionales y la conformación de redes de apoyo y solidaridad. Consideramos, además, que el vacío en torno a estos aspectos es particularmente notable en el estudio de las organizaciones político-militares latinoamericanas y las dinámicas que siguieron sus militantes en el exilio.

Del primer enfoque teórico, resultan de especial interés para nuestro trabajo varios de los conceptos clave señalados por Martín y Rey (2012) para caracterizar la oleada de la Nueva Izquierda latinoamericana: la existencia de un *ethos* revolucionario o identidad compartida capaz de generar vínculos significativos entre los diferentes grupos nacionales; y la presencia de eventos movilizadores que contribuyeron no solo a configurar esta identidad, sino que permitieron prolongar la oleada revolucionaria durante cuatro décadas vinculando a diferentes cohortes de militantes. El segundo enfoque nos permite inscribir la militancia en el exilio como un proceso colectivo, sujeto a reconfiguraciones identitarias y a la renovación discursiva de amplios sectores de la izquierda latinoamericana, incluida la armada.

En definitiva, ambas perspectivas nos permitirán abordar esta experiencia revolucionaria, insertando un estudio de caso en un proceso general de movilización transnacional, que se nutrió de continuidades en el imaginario militante, pero que incluyó también transformaciones ideológicas y redefiniciones en el plano de las representaciones, los discursos y las demandas (Markarian, 2004; Yankelevich, 2010; Pirker, 2018).

REDES TRANSNACIONALES DE LA MILITANCIA MONTONERA

La instauración de la última dictadura cívico-militar en Argentina, en marzo de 1976, fue acompañada de una política represiva que obligó a miles de personas a emprender el camino del exilio, alcanzando este fenómeno una masividad sin precedentes (Yankelevich, 2016). Esta oleada represiva, que se enmarcó en la Doctrina de Seguridad Nacional, había sido precedida por las acciones de la paraestatal Alianza Anticomunista Argentina [AAA] durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón. De esta manera, desde 1974, diversos referentes del peronismo revolucionario debieron tomar el camino del exilio para salvaguardar sus vidas.

Pese a que las organizaciones revolucionarias argentinas implementaron una temprana resistencia armada a la dictadura, a lo largo de 1976 las dos principales guerrillas del país, Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores –Ejército Revolucionario del Pueblo [ERP]–, fueron definiendo la salida al exterior de sus estructuras

dirigentes. A diferencia del PRT-ERP, que en julio de 1976 sufrió la caída de su dirección, Montoneros inició el repliegue de su Conducción Nacional, no así de sus militantes, a finales de 1976. La salida del país de su dirigencia garantizó la supervivencia orgánica y permitió dotar de cierta cohesión interna a la organización al menos hasta 1979 (Gillespie, 2011). En paralelo, los militantes que aún permanecían clandestinos en Argentina irían exiliándose por sus propios medios, al igual que los presos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional [PEN], como se constató en las entrevistas realizadas a Celedonio Carrizo (comunicación personal, 31 de agosto de 2016), Luciano de Gatica (comunicación personal, 21 de septiembre de 2016), y Rosario Galo Moya (comunicación personal, 23 de marzo de 2018), quienes haciendo uso de la "opción" fueron paulatinamente saliendo del país.[2]

Aunque Montoneros proseguiría el enfrentamiento interno a la dictadura, con el repliegue de su conducción y el exilio de sus militantes, la organización inició una etapa definida por el predominio de la actividad política fuera del territorio argentino. En esta lógica, Montoneros debió adaptar su estructura organizativa, conformando en abril de 1977 el Movimiento Peronista Montonero [MPM] y dando impulso a su Secretaría de Relaciones Exteriores [SRE], organismo encargado de establecer los vínculos con otros movimientos revolucionarios, desarrollar el ámbito de la solidaridad y visibilizar a la organización en los foros internacionales.[3] De la mano del MPM, Montoneros iría dotándose de infraestructura internacional. Sirvan como ejemplo la conformación de la Casa Montonera en México y la puesta en marcha de Radio Noticias del Continente en Costa Rica, una estructura que, como veremos, actuó como una herramienta estratégica de Montoneros para la conformación de sus redes en Centroamérica.

Se abrió un periodo en el que la militancia montonera adquirió un marcado carácter transnacional. Los esfuerzos para intervenir políticamente en Argentina convivieron con acciones internacionales para denunciar la violación de los derechos humanos en el país y difundir los casos de desaparición forzada. En este ámbito, la militancia montonera compartió espacios de solidaridad con militantes de otros países latinoamericanos y generó vínculos con organismos de apoyo

2 La "opción" fue una medida de gracia contemplada por la Constitución argentina, que establecía que, en caso de declaración de estado de sitio, el Ejecutivo tenía la prerrogativa de trasladar a detenidos considerados peligrosos dentro del territorio y, si así lo estimase, concederles el beneficio de salir del país (Jensen y Montero, 2016).

3 Movimiento Peronista Montonero (abril de 1977). Resistir es vencer. Fondos del Centro de Documentación de los Movimientos Armados [CeDeMA], ref. A-29.

en aquellos lugares donde se refugiaron. En este espacio es donde encontramos los primeros vínculos entre el activismo montonero y las organizaciones revolucionarias centroamericanas.

Desde 1974, adherentes al peronismo revolucionario debieron tomar el camino del exilio para salvaguardar sus vidas. Entre ellos se encontraba Rodolfo Puiggrós, exrector de la Universidad de Buenos Aires [UBA]. Puiggrós se asentó en México, país en el que ya había residido durante su primer exilio. En este periodo se había incorporado a la Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM] y había participado en la fundación del diario *El Día*. Las privilegiadas relaciones que Puiggrós mantenía con las instituciones políticas y culturales en México fueron la punta de lanza de Montoneros para construir sus redes en este país.

A la par, Puiggrós estrecharía el vínculo con la comunidad de exiliados latinoamericanos, al conformarse en 1975 el Comité de Solidaridad Latinoamericana, recayendo en él la representación argentina (Yankelevich, 2010). Fue en este contexto en el que se darían los primeros contactos indirectos entre Montoneros y el FSLN. Así, entre el 24 de noviembre y el 5 de diciembre de 1975, se desarrolló en la Ciudad de México la Segunda Jornada de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua. Puiggrós fungió, junto a Pablo González Casanova,[4] como uno de los principales oradores de este encuentro, que contó con la adhesión de Montoneros y el Movimiento Peronista Auténtico, organismo electoral promovido por la organización clandestina (*Gaceta Sandinista*, 1976).

En México, la colonia de exiliados argentinos, inicialmente agrupada en la Comisión Argentina de Solidaridad [CAS], se había dividido a finales de 1975 al constituirse el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino [COSPA].[5] Bajo el liderazgo del propio Puiggrós, el COSPA se vería reforzado con el apoyo del gobierno mexicano y la masiva llegada de exiliados argentinos que siguió al golpe de estado de marzo de 1976. Si bien en sus inicios el COSPA aglutinó a otras expresiones vinculadas a la izquierda armada argentina en México, paulatinamente este organismo sería cooptado por Montoneros,

---

4 Sociólogo mexicano. Sus obras *La democracia en México* (1965) y *Sociología de la explotación* (1969) son trabajos clásicos del pensamiento crítico latinoamericano.

5 Yankelevich sitúa la ruptura en 1976, si bien en diciembre de 1975 la comisión directiva del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino en Lucha por su Liberación envió su adhesión a la segunda Jornada de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua. El documento aparece firmado por Carlos Suárez, como Secretario de Prensa, y Rodolfo Puiggrós, como Secretario de Relaciones. Ambos integrarían con posterioridad el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero [MPM].

convirtiéndose en una plataforma para las relaciones internacionales de esta organización (Yankelevich, 2010; Rojas Mira, 2014).

La Casa Argentina, como también sería conocido el COSPA, se configuró entonces como un espacio de sociabilidad para el exilio montonero, pero también como un ámbito que permitió el vínculo con otros exiliados latinoamericanos. En este sentido, los testimonios de militantes montoneros exiliados en México identifican la Casa Argentina como el lugar en el que pudieron conocer de primera mano los procesos revolucionarios que se desarrollaban en Centroamérica, a raíz de la organización de peñas, campeonatos deportivos y actividades solidarias, tal como afirma Celedonio Carrizo (comunicación personal, 31 de agosto de 2016).[6] Pero también, como un espacio concreto de solidaridad hacia los militantes centroamericanos, expresado en la atención psicológica a activistas refugiados en México y la integración de sus hijos a la Casa del Niño, que funcionaba en la Casa Argentina bajo la dirección de Graciela Gómez, cuestión afirmada por María Rosa Renzi (comunicación personal, 18 de mayo de 2018)[7] y Rosario Galo Moya (comunicación personal, 23 de marzo de 2018).[8]

Aunque con menor peso en la proyección organizativa de Montoneros, estos vínculos generados en el ámbito de la solidaridad están presentes en las dinámicas de otros militantes que buscaron refugio en diversos países latinoamericanos. Es el caso de Carlos Vilas, intelectual ligado a la tendencia revolucionaria del peronismo, que desde 1978 se había instalado en Honduras como profesor universitario.

> Ahí me recontacté con viejos compañeros de la Juventud Peronista e iniciamos una acción de solidaridad con la resistencia argentina. En Costa Rica funcionaba una radio de onda corta, Radio Noticias del Continente, que estaba vinculada a Montoneros, y otro compañero y yo éramos los corresponsales de esta radio en Honduras. Apoyábamos y colaborábamos con la gente del Frente Sandinista. Ellos aparecían ahí, en Honduras, y nosotros los alojábamos temporalmente, los contactábamos con sus enlaces en el norte de Nicaragua y los ayudábamos a entrar (Carlos Vilas, comunicación personal, 8 de septiembre de 2016).

En el caso de Vilas, estos vínculos solidarios con el FSLN se articularon con redes intelectuales generadas a partir de su propia actividad profesional. En este ámbito Vilas tomaría contacto con Virgilio Godoy, con posterioridad ministro de Trabajo de la Junta de Gobierno

6 Representante del MPM en Panamá e integrante del Grupo de Combate General San Martín.

7 Militante de Montoneros incorporada a la etapa de reconstrucción de Nicaragua.

8 Integrante del Grupo de Combate General San Martín y miembro del COSPA.

de Reconstrucción Nacional;[9] Miguel de Castillo Urbina, viceministro de Educación; y el intelectual del FSLN Orlando Núñez. Vínculos que, al triunfo de la Revolución Sandinista, facilitaron su integración al proceso de reconstrucción de Nicaragua y a las instituciones revolucionarias.

Junto a México, Costa Rica se convertiría en uno de los ejes fundamentales en las relaciones de Montoneros con las organizaciones revolucionarias centroamericanas, a raíz de la conformación de Radio Noticias del Continente [RCN]. La emisora, que iniciaría sus emisiones de prueba a finales de 1978, tuvo como objetivo inicial romper el cerco informativo sobre Argentina y erigirse como una herramienta propagandística contra la dictadura argentina. Sin embargo, pronto trascendería el ámbito argentino para convertirse en un instrumento de difusión de las luchas revolucionarias en América Latina y, particularmente, en Centroamérica (García Fernández, 2018; Rodríguez Esperón, 2018). No obstante, es necesario comprender RNC no solo como un medio de comunicación, sino también como una estructura que facilitó la relación con el FSLN y los revolucionarios salvadoreños, y que, en cierto modo, actuó como base operativa de los contingentes internacionalistas de Montoneros que se integraron a Nicaragua.

En este sentido, cabría analizar RNC en dos dimensiones. En una vertiente pública, como instrumento de difusión. Pero también, en una vertiente clandestina, como un medio que permitió el establecimiento de redes conspirativas entre militantes argentinos y las estructuras de las organizaciones centroamericanas que operaban en Costa Rica.[10] En esta línea, Carlos Cuestas, uno de los responsables de la emisora, señala que a mediados de 1977 se produjo el primer contacto entre el FSLN y Montoneros. En esta reunión, los representantes de la tendencia insurreccional del FSLN, Plutarco Hernández Sancho y Humberto Ortega, habrían solicitado establecer relaciones orgánicas con Montoneros y plantearon la necesidad de instructores

9 Godoy asumió la vicepresidencia de Nicaragua durante el mandato de Violeta Barrios de Chamorro, tras la derrota electoral del FSLN en 1990.

10 RNC sirvió también como enlace en la incorporación de internacionalistas argentinos que, de forma inorgánica, se sumaron a la Revolución Sandinista. Fue el caso de José Sbezzi, quien desde su exilio en Suecia se vinculó a los procesos revolucionarios en Centroamérica a través de Raúl Cuestas. En este itinerario lo acompañarían desde el exilio mexicano Carlos Balerini y José Ramón Morales, quien moriría en el Frente Sur en enero de 1979. Sbezzi y Balerini se integraron, posteriormente, a la Resistencia Nacional [RN] salvadoreña, asumiendo tareas formativas y logísticas, junto a María Luz Casal y Ana María Pizarro, quienes se incorporaron también a la Agencia Independiente de Prensa [AIP], estructura comunicativa vinculada a la RN. (Ana María Pizarro, comunicación personal, 23 de mayo de 2018, y María Luz Casal, comunicación personal, 25 de octubre de 2012).

militares para los campamentos que el FSLN tenía en Costa Rica (Cuestas, 2005).

Una versión diferente ofrece el testimonio de Celedonio Carrizo, quien explica que entre 1978 y principios de 1979, como responsable del MPM en Panamá, fue contactado por uno de los organismos del FSLN en este país para solicitar la colaboración de Montoneros y pedir que esta organización apoyase los esfuerzos insurreccionales en Nicaragua (Celedonio Carrizo, comunicación personal, 31 de agosto de 2016). A partir de este contacto inicial, el responsable de la SRE y miembro de la Conducción Nacional de Montoneros, Fernando Vaca Narvaja, se reunió con Daniel y Humberto Ortega en Costa Rica a inicios de 1979 (Vaca Narvaja y Frugoni, 2002).

No consideramos que estas versiones sean excluyentes, sino que, por el contrario, evidencian la articulación de redes de diversa naturaleza (solidarias, intelectuales y conspirativas), y el contacto que en diferentes niveles se produjeron entre Montoneros y las organizaciones revolucionarias centroamericanas. De hecho, resulta difícil considerar que los contactos entre dirigentes sandinistas y montoneros no se hayan dado también en Cuba, país en que ambas organizaciones disponían de representación propia.[11] Más aún, tomando en consideración que la Conducción montonera debió refugiarse en Cuba desde 1978, al fracasar la llamada Operación México, un operativo de la dictadura argentina en suelo mexicano que tenía como objetivo el secuestro de la dirección montonera (Confino, 2018).

DE LA MILITANCIA TRANSNACIONAL A LA PRÁCTICA INTERNACIONALISTA

Tuviera como escenario el territorio costarricense o el cubano, el acuerdo entre el FSLN y Montoneros contempló, en primer lugar, poner al servicio del sandinismo la señal de Radio Noticias del Continente. Según indica Rodríguez Esperón (2018), la emisora del FSLN, Radio Sandino, disponía de escasa potencia, lo que le imposibilitaba cubrir por completo el territorio nicaragüense. RNC, por el contrario, gozaba de una emisión potente a escala internacional, lo que garantizaba que las diversas columnas que debían confluir sobre Managua recibieran los detalles de la ofensiva final con simultaneidad. Junto a este apoyo técnico, Montoneros se comprometía a apoyar los esfuerzos insurreccionales del FSLN con el envío de dos contingentes

11 Así lo apunta Carlos Vilas, quien señala que el contacto entre Montoneros y el FSLN se dio en Cuba, fundamentalmente entre Fernando Vaca Narvaja y Humberto Ortega. (Carlos Vilas, comunicación personal, 8 de septiembre de 2016).

internacionalistas: la Brigada Sanitaria Adriana Haidar y el Grupo de Combate General San Martín.[12]

Ambas estructuras se conformaron, principalmente, entre la colonia montonera en México, aunque de forma excepcional se integraron militantes procedentes de Cuba y Canadá. La Brigada Sanitaria fue el primero de los dos contingentes montoneros en entrar a Nicaragua y el único que desarrolló su actividad en la etapa insurreccional. Impulsado por la Rama de Intelectuales y Profesionales del MPM, el grupo quedó inicialmente formado por siete profesionales sanitarios (dos psiquiatras instruidos en México como anestesistas, un cirujano, una médica, un odontólogo y dos enfermeras), un bioquímico y un economista. A ellos se sumarían, al triunfar la revolución, un pediatra y un sanitarista (Cortina Orero, 2017). El contingente partió de México a Costa Rica entre finales de mayo e inicios de junio de 1979, asentándose en las instalaciones de RNC. Allí recibirían la visita de Humberto Ortega y Víctor Tirado López, antes de ingresar clandestinamente a Nicaragua en dos avionetas, una de las cuales estaba pilotada por un militante montonero que, al triunfo revolucionario, se integraría a la naciente Fuerza Aérea Sandinista (Juan Carlos Volnovich, comunicación personal, 15 de septiembre de 2016; Luciano de Gatica, comunicación personal, 21 de septiembre de 2016).[13]

El grupo se asentó en Diriamba, localidad que a la llegada del contingente se encontraba ya bajo dominio sandinista. Originalmente el grupo debía sumarse a las estructuras del Frente Sur-Oriental Camilo Ortega para hacer "sanidad de guerra", pero el rápido desarrollo de los acontecimientos obligó a reorientar su actividad.[14] En una situación de incipiente control revolucionario, el contingente se enfocó a atender a la población civil y dar asistencia sanitaria a la Escuela de Instrucción Militar Israel Lewites. Con la conformación de la Junta de Gobierno Municipal de Diriamba, la Brigada ayudaría a generar una red sanitaria de emergencia, reabriendo el Hospital San José, instalando cuatro dispensarios en la localidad e implementando cursos para la formación de personal sanitario en enfermería y atención primaria.

---

12 Algunos de los testimonios recabados indican que habría existido también un cuantioso apoyo económico de la organización argentina, que habría quedado supeditado –a instancias de la dirigencia cubana–, a la unificación de las tres tendencias en las que se encontraba dividido el FSLN: la Tercerista o Insurreccional, la Guerra Popular Prolongada [GPP] y la Proletaria.

13 Ambos fueron integrantes de la Brigada Sanitaria Adriana Haidar.

14 Brigada Sanitaria Cra. Adriana Haidar (septiembre de 1979). Informe a Patricia Quintana, coordinadora en el Área de Salud de Diriamba, y Raúl Estrada, miembro de la Junta de Gobierno y Responsable de Área de Salud. Diriamba. Centro de Documentación de los Movimientos Armados [CeDeMA] ref. Dig-APLG.

El Grupo de Combate General San Martín debía sumarse al Frente Sur, como el grueso de los combatientes internacionalistas incorporados en apoyo del FSLN. Con ese objetivo, sus integrantes recibieron formación militar durante dos semanas en Cuernavaca, antes de partir a Panamá, en forma legal y con el presumible aval de la Secretaría de Gobernación.[15] El contingente quedó conformado por quince militantes, cuatro de ellos mujeres. Entre estas se encontraba la mexicana Juanita Juárez, compañera de Domingo Vargas. Conocido como el "Negro Hugo", Vargas había participado en los esfuerzos iniciales de la Contraofensiva montonera pero, crítico de ella, había optado por desvincularse de la organización y sumarse de forma individual al proceso revolucionario en Nicaragua.[16] Al Grupo de Combate se sumó, en esta etapa formativa, el periodista Ignacio González Janzen, quien ya en Nicaragua participó en la fundación del diario *Barricada* (Celedonio Carrizo, comunicación personal, 31 de agosto de 2016; Rosario Galo Moya, comunicación personal 23 de marzo de 2018).

Todavía en Panamá, el grupo recibió la noticia de la caída de la dictadura somocista. Desde Costa Rica, el contingente ingresó directamente a Managua con un cargamento de armas, pocos días después del triunfo sandinista. Contrariamente a lo previsto, el grupo se incorporó a un ejército regular en formación, apoyando los esfuerzos del naciente Ejército Popular Sandinista [EPS]. En este sentido, la estructura montonera se asentó en la antigua Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería [EEBI] de la Guardia Nacional, desde donde se trasladaron, posteriormente, a la Hacienda El Tamagás. En este emplazamiento, los militantes montoneros recibieron instrucción en exploración y fuerzas especiales y participaron en uno de los primeros operativos de cerco a los remanentes de la Guardia Nacional.[17]

---

15 Los testimonios sobre el lugar donde el grupo recibió formación son contradictorios. Rosario Galo Moya señala que el entrenamiento se realizó en Cuernavaca, utilizando una casa de seguridad que, posteriormente, serviría como guardería para los hijos de los militantes que se encontraban en misión internacionalista o participando de la Contraofensiva. Sin embargo, apunta también al desarrollo de actividades formativas en Tepoztlán y Cuautla, en el estado de Morelos.

16 Juanita Juárez y Domingo Vargas se incorporarían más tarde al proceso revolucionario en El Salvador. Ambos morirían en este país en las filas de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí [FPL]. En este recorrido los acompañarían otros militantes argentinos desde México, entre ellos el "Chacho" Parafioriti.

17 Rosario Galo Moya, "Coquena", identifica como instructores de la escuela de El Tamagás a oficiales chilenos. Una información que es corroborada por Manuel Cortés ("Patán"), militante del Partido Socialista chileno, formado como oficial en las Fuerzas Armadas Revolucionarias [FAR] de Cuba (Cortés, comunicación personal, 25 y 27 de julio de 2017).

Tras esta formación, los integrantes del Grupo de Combate fueron dispersados en diferentes pelotones del EPS. El grueso se integró a la Escuela Carlos Agüero, antigua EEBI, donde participaron en la instrucción de milicianos reclutados para el EPS. De ahí se fueron afincando en diversas estructuras militares, como la primera compañía de zapadores, la defensa antiaérea del Aeropuerto Sandino o el batallón de tanques. Posteriormente, la brigada se reforzó con la entrada de personal sanitario procedente de México, que se integró a la Carlos Agüero y a la unidad militar de Matagalpa ("José", comunicación personal, 1 de noviembre de 2016; Celedonio Carrizo, comunicación personal, 31 de agosto de 2016; Elsa Soto, comunicación personal, 11 de diciembre de 2015).

Tras el éxito insurreccional sandinista, se abrió una etapa de consolidación del proceso revolucionario, que atrajo a Nicaragua a miles de internacionalistas procedentes de todo el mundo. Estos militantes se sumaron a las tareas reconstrucción del país, integrándose como profesionales a las instituciones revolucionarias, y participando de los diversos esfuerzos productivos y culturales impulsados por la Revolución Sandinista. En su vinculación a este proceso intervinieron redes organizativas partidarias, pero también, como hemos visto, otras redes de carácter personal y profesional que los militantes fueron tejiendo en el exilio. Retomando el caso de algunos militantes montoneros, podemos observar cómo ambas dinámicas interactuaron.

María Rosa Renzi llegó a Nicaragua en octubre de 1979, junto a su compañero Mario. En su decisión de ir a Nicaragua pesaron varios aspectos: la imposibilidad de activar políticamente en México, el deseo de retornar a la Argentina y el haber conocido la experiencia de la Brigada Sanitaria. Fueron precisamente los contactos generados por la estructura médica de Montoneros en Nicaragua los que permitieron su inserción profesional en este país.

> Nosotros venimos a Nicaragua por un lado sensibilizados, pero también recibimos una carta de gente que había estado, posiblemente de Richard,[18] y con esa carta nos presentamos en Diriamba que fue donde ellos [la Brigada Sanitaria] estuvieron. Fernando Fernández, que era quien presidía la Junta de Gobierno de Diriamba nos dijo: "ustedes no se van, ustedes se quedan conmigo" (Renzi, comunicación personal, 18 de mayo de 2018).

Si bien el vínculo había quedado establecido por la actividad política desarrollada por la Brigada Sanitaria, la decisión de ir a Diriamba respondió antes a una opción personal, en función de los lazos de la

18 Se refiere a Richard Holland, bioquímico integrante de la Brigada Sanitaria Adriana Haidar.

pareja con Richard Holland, que a una dirección partidaria. No obstante, Renzi apunta que para que esto fuera posible debieron contar con el aval de Montoneros para normalizar su situación en Nicaragua.[19] En el mismo sentido, Vilas expresa la necesidad de contar con el crédito político de la dirección montonera, pese a los lazos que ya lo unían profesionalmente con académicos nicaragüenses que pasaron a ocupar puestos de dirección en las instituciones revolucionarias, y a que en su caso no integraba orgánicamente Montoneros.

> Inclusive después, que yo me instalé en Nicaragua, como no quería ser tampoco un líbero, viajé a Costa Rica para que la organización me autorizara, digamos, que respaldara mi presencia en Managua. Porque hubo un verdadero aluvión de extranjeros, de internacionalistas. Entonces, como había que trabajar y ganarse la vida, yo lo primero que hice, me fui a Costa Rica y hablé ahí con los compañeros que manejaban la radio [Radio Noticias del Continente] y que eran orgánicos: "Miren, estoy en esta situación y necesito el aval de ustedes ante el Frente Sandinista". Cosa que fue de inmediato (Carlos Vilas, comunicación personal, 8 de septiembre de 2016).

En definitiva, observamos la persistencia de cierto encuadramiento orgánico que facilitó inicialmente la inserción de estos internacionalistas en Nicaragua y que convivió con la proyección de nuevas experiencias militantes en este país. Esta convivencia, lejos de ser armónica, generó, por el contrario, constantes tensiones al interior de la colonia montonera en Nicaragua, en un contexto de discusión interna en relación con la contraofensiva y de una progresiva dispersión orgánica.

Además, es necesario señalar que las experiencias internacionalistas en el seno de la militancia montonera fueron diversas y heterogéneas, atendiendo a la relación que mantuvieron con la estructura política de origen y su inserción en Nicaragua. En este sentido, identificamos un primer grupo que mantuvo una dinámica de aparato, con criterios de compartimentación y que, generalmente, se desenvolvieron en tareas militares en Nicaragua. Un segundo grupo de militantes que, si bien mantuvieron la relación orgánica, se insertaron en mayor medida en la vida política nicaragüense, aportando a la reconstrucción del país desde su actividad profesional. Y un tercer grupo que, paulatinamente, iría rompiendo su vinculación con la organización

---

19 Esta supervisión de la estructura política en la dinámica de los militantes montoneros asentados en Nicaragua se expresó también en la existencia de casas orgánicas, ubicadas en el reparto El Carmen de Managua. En el testimonio de Renzi: "Había mucho control en ese sentido. Primero te imponían con quién vivir y ellos llegaban con toda la autoridad a hacer lo que quisieran. Y en ese contexto hubo muchas fricciones".

de procedencia y proyectaría su militancia hacia el país de acogida (Cortina Orero, 2017).

APOYO MUTUO, COMBATE CONJUNTO Y UNIDAD DE ACCIÓN

Aunque estos tres grupos sostuvieron una práctica internacionalista particular, compartían en origen un sentido de pertenencia que permitió su identificación con el proceso revolucionario nicaragüense y su integración a este en función de la defensa de la Revolución Sandinista. Nos interesa, entonces, rastrear la construcción de ese ideario antiimperialista en la organización Montoneros y su impacto en el caminar de los militantes montoneros que se sumaron al proceso sandinista.

En cuanto al primer aspecto, el imaginario antiimperialista de Montoneros entronca con el proceso independentista latinoamericano y, aún antes, con la defensa popular que hizo frente a las invasiones británicas del Virreinato del Río de la Plata. Un hecho histórico que, para la organización revolucionaria, constituiría un elemento esencial y constitutivo de la nacionalidad argentina, que quedaría fundamentada, además, por su esencia popular.

> Mientras el Virrey, Marqués de Sobremonte, desertó de la lucha y abandonó la plaza a los ingleses, el pueblo creó milicias que encararon la resistencia y triunfaron en la reconquista. Somos una Nación hija de ese triunfo popular contra las invasiones inglesas (Conducción Nacional del Movimiento Peronista Montonero, 9 de abril 1982).

Este aspecto no es anecdótico por cuanto permite a la organización defender una soberanía nacional que emerge y se sustenta en la voluntad popular por encima de las instituciones. Desde esta posición, la organización justificará su apoyo a la campaña de la dictadura para recuperar la soberanía territorial de las Islas Malvinas en 1982. Defendiendo esta acción como una "auténtica reivindicación nacional del pueblo argentino", alertaría que no habría plena soberanía nacional en las islas mientras no existiera soberanía popular (Conducción Nacional del Movimiento Peronista Montonero, 9 de abril 1982).

Se establece así una contraposición entre los intereses nacionales y la voluntad del pueblo argentino, de aquellos representados por la Junta Militar. Esta quedaría caracterizada, desde la perspectiva montonera, como oligárquica, antipopular y principal aliada de los planes intervencionistas de EE. UU. en el continente. De este modo, lejos de ser un problema exclusivamente argentino, la dictadura militar sería identificada como una amenaza "contra todas las luchas populares" y contra "la estabilidad de los gobiernos democráticos" de América Latina (*Vencer*, 1981). En contraposición, la participación de

brigadas argentinas en Nicaragua sería justificada por Montoneros, precisamente, como "contrapartida popular" ante la cooperación de la Junta Militar con el somocismo,[20] identificando la "solidaridad latinoamericana" como uno de los ejes de su política internacional (*Vencer*, 1979c). En definitiva, esta interpretación remite a un conjunto de procesos políticos que aparecen en el imaginario militante montonero profundamente interconectados:

> Un acontecimiento trascendente como es la liberación de Nicaragua se inscribe en el marco mayor de las revoluciones antiimperialistas posteriores a la segunda guerra mundial. De acuerdo a ello, sería un error evaluar el significado del proceso triunfante [...] a partir de la consideración exclusiva de las causas internas determinantes, dejando de lado la interrelación creciente de las luchas que sacuden al Tercer Mundo. El derrocamiento de la dinastía somocista provoca una gran conmoción en los campos enfrentados de América Latina. Opresores y oprimidos, colonialistas y colonizados, explotadores y explotados, ven ampliarse los márgenes de la senda que conduce a la liberación nacional y social de la Patria desvertebrada, y reaccionan con la intensificación represiva o de las estrategias antidictatoriales (*Vencer*, 1979b).

Partiendo de la interrelación de estos procesos, Montoneros plantearía la necesidad de establecer una solidaridad activa entre los movimientos revolucionarios, que no quedara reducida al campo latinoamericano, sino que incluyera a los movimientos de liberación en África y Medio Oriente. En virtud de sus lazos con la Organización para la Liberación Palestina [OLP], Montoneros abogaría por impulsar un "combate conjunto contra el sionismo, el racismo, el apartheid y el neocolonialismo". Así, adoptando una posición de "no alineamiento" en el campo internacional, llamaría a la "unidad de acción" entre los países africanos recientemente emancipados, los movimientos de liberación y las fuerzas democráticas y revolucionarias latinoamericanas. Esta "plena integración" no solo sería asumida como una obligación moral, sino también como una "necesidad histórica", ante la imposibilidad de hacer frente de manera individual a las agresiones imperialistas (Firmenich, 1979b).

Señalada esta amenaza común, Montoneros identificaría las dos características fundamentales de la lucha antiimperialista en América Latina para el periodo: su carácter anti neocolonialista y su práctica antintervencionista.

---

20 Bermann, S. *et al.* (7 diciembre de 1979). Informe para el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero sobre la actuación de la Brigada Sanitaria Cra. Adriana Haidar, en Nicaragua. México. CeDeMa.

Desde la perspectiva montonera, la estrategia imperialista imperante ya no estaba centrada en la defensa de los espacios coloniales, sino que, por el contrario, se enfocaba a crear, mantener y acrecentar la dominación neocolonial (*Vencer*, 1979d). En ese sentido, particularmente para América Latina, la tarea fundamental en el periodo debía ser la de hacer frente a la "maraña neocolonialista". De nada servía, desde la óptica montonera, alcanzar la independencia política, si "los resortes fundamentales de la economía siguen en manos extranjeras o de la oligarquía *cipaya*" (*Vencer*, 1979b). Bajo esta lógica en la que la liberación nacional debía estar indisolublemente ligada a la liberación social, Nicaragua marcaba la ruta: "[…] el triunfo sandinista no es solamente la victoria frente a los cuarenta y cinco años de la dictadura de la familia Somoza, es el triunfo frente a los ciento cincuenta años de explotación y dominación extranjera en el país" (*Vencer*, 1979b).

Para Montoneros, la dictadura somocista, como el resto de regímenes autoritarios en América Latina, se sustentaba sobre dos pilares: el apoyo directo del imperialismo estadounidense y una Guardia Nacional represiva, financiada y dependiente del imperialismo. Desde esta perspectiva, el avance sandinista no solo suponía la caída de la tiranía somocista, sino que era asumida como la punta de lanza de la lucha antiimperialista en América Latina (*Vencer*, 1979a). En este sentido, el proceso nicaragüense dejaba varias enseñanzas. En primer lugar, establecía una continuidad histórica entre las luchas contra el colonialismo español, la resistencia a las invasiones estadounidenses y la lucha de Augusto César Sandino. Experiencias de resistencia que habían sido retomadas y actualizadas por el FSLN. En segundo lugar, la práctica antiimperialista nicaragüense ejemplificaba, para Montoneros, la necesidad de establecer alianzas amplias y conciliar las posiciones de diferentes sectores sociales y fuerzas políticas:

> En Nicaragua existe una tradición muy singular, que la revolución ha sabido incorporar. Proviene de la posición de Sandino y se caracteriza por la falta de sectarismo y oportunismo. Sandino, que era muy firme en la defensa hasta la muerte de sus principios revolucionarios, era, al mismo tiempo, sumamente amplio en sus relaciones, con todas las fuerzas y con todos los hombres que coincidieran, aún con sus vacilaciones, en la lucha contra el imperialismo. Esta característica se reproduce en esta primera etapa del proceso revolucionario, en que se observa firmeza en los objetivos y una gran amplitud táctica […] El proceso nicaragüense ha actualizado la validez de los movimientos nacionales, es decir la alianza de distintas fuerzas sociales contra el imperialismo y las dictaduras (Puiggrós, 1980).

Si el control de las economías latinoamericanas era uno de los pilares de la dominación neocolonial, no era menos significativa la constante amenaza de intervención militar en la región. Para Montoneros,

uno de los hechos que explicaban el triunfo revolucionario en Irán y Nicaragua era la situación de crisis y debilidad que atravesaba el imperialismo. Este aspecto dificultaba, para la conducción montonera, que el imperialismo interviniera militarmente como "gran gendarme omnipotente", como lo había hecho en República Dominicana en 1965 (Firmenich, 1979a). Sin embargo, las dificultades de los "ejércitos gendarmes" en hacer frente a los avances populares en América Latina ponían sobre la mesa la posibilidad de una intervención directa por parte de Estados Unidos.

Este hecho se asentaba también en la presencia efectiva de bases militares estadounidenses (Guantánamo y Puerto Rico) y británicas (Belice y Malvinas) en América Latina. Emplazamientos que no solo cuestionaban el "derecho soberano de los pueblos", sino que eran señalados como centro de adiestramiento contrainsurgente y una "plataforma de provocación constante". Esta presencia militar extranjera definía el sentido de las luchas latinoamericanas como una "guerra frontal contra la dominación imperial" (*Vencer*, 1979d). La amenaza de intervención militar iría cobrando fuerza a raíz del triunfo sandinista y con la extensión de la crisis centroamericana. Ante esta posibilidad, Montoneros plantearía la necesidad de extender la solidaridad y la "coordinación mutua" entre las organizaciones revolucionarias y los gobiernos populares y democráticos de América Latina (*Vencer*, 1981). Defendiendo, en última instancia, la presencia efectiva de sus militantes allí donde se produjera la intervención:

> […] en el supuesto que se pudiera producir semejante intervención cabe dejar claro que encendería la chispa de una conflagración muchísimo más grande, una conflagración muchísimo mayor, porque todas las fuerzas políticas y gremiales latinoamericanas acudiríamos con todas nuestras fuerzas a dar la vida por la liberación de Nicaragua, luchando contra la intervención imperialista (*Vencer*, 1979b).

En síntesis, el imaginario antiimperialista de Montoneros se concibe como latinoamericanista, tercermundista y por su carácter de no alineamiento –entendido tanto como un guiño hacia el Movimiento de Países No Alineados como por defender una política amplia de alianzas–. Estableciendo como elemento central del periodo la lucha anti neocolonialista y antintervencionista en América Latina, Montoneros asume el mandato de la solidaridad activa con otras organizaciones revolucionarias que, lejos de circunscribirse al ámbito latinoamericano, debía ampliarse a los movimientos de liberación nacional. Desde la perspectiva montonera, esta solidaridad era asumida como una necesidad histórica en el enfrentamiento al imperialismo y, superando el terreno discursivo, debía expresarse en al "apoyo mutuo",

el "combate conjunto" y la "unidad de acción" con otras fuerzas y gobiernos revolucionarios.

Esta identidad o *ethos* revolucionario compartido se encuentra expresado en los testimonios de los militantes internacionalistas montoneros en tres niveles. Primero, al asumir la revolución nicaragüense como algo propio por encima de barreras nacionales. Una idea que permite enlazar su incorporación a Nicaragua desde diversas tradiciones militantes que remiten al internacionalismo, al antiimperialismo y, en definitiva, al carácter continental que asumió la oleada de la Nueva Izquierda en América Latina. En este sentido, Elsa Soto señala:

> Era nuestro, ¿viste? No era una cosa aislada, porque si no, no te podés meter a dar la vida por otro, si es aislado. No somos mercenarios, ¿me entendés? Veíamos que era lo mismo. Y nos hacían sentir lo mismo. Vos en una reunión estabas y vos eras uno más de ellos. Y opinabas lo que querías y decías lo que a vos te parecía. Eso era como una cosa en común. Vos sos igual que yo y yo soy igual que vos (Soto, comunicación personal, 11 de diciembre de 2015).[21]

En segundo lugar, los testimonios de los militantes montoneros identifican la Revolución Sandinista como parte del mismo proceso que ellos habían protagonizado en Argentina entre finales de los sesenta y mediados de los setenta. Y en esta línea, asumen, en tercer lugar, su experiencia internacionalista en Nicaragua como una continuidad y proyección de su propia militancia.

En estas continuidades, la integración al proceso revolucionario nicaragüense generó diferentes impactos en los militantes montoneros. En primer término, estos expresan su experiencia en Nicaragua como un momento de recuperación anímica y revitalización de su vida militante. De algún modo, y a pesar de que en sentido estricto continuaran fuera de Argentina, su integración al proceso sandinista supuso un quiebre en las dinámicas del exilio.

> México ya era el lugar para quedarse a hacer plata porque en política no te podías meter, eso estaba clarísimo. Además, no había mucho espacio para hacer política tampoco. […] Entonces, en algún momento yo vi que Nicaragua era como el tránsito razonable para volver a la Argentina. […] Lo que pasa es que cuando llegamos aquí [a Nicaragua] nos dimos cuenta de lo que estaba pasando en Argentina y ahí todo cambió. […] al final, creo que algunos sentíamos que la etapa en México ya estaba agotándose. (Renzi, comunicación personal, 18 de mayo de 2018).

21 Militante de Montoneros incorporada a Nicaragua en el área de sanidad militar.

En segundo término, los testimonios remiten a la posibilidad que supuso Nicaragua para proyectar su militancia política. En palabras de Carlos Vilas: "Nicaragua fue la posibilidad de realizar una militancia que quedó trunca. Acá [en Nicaragua] estabas haciendo lo que hubieras querido hacer allá" (Vilas, comunicación personal, 8 de septiembre de 2016). En esta proyección militante, los activistas montoneros no solo veían concretado el "sueño" o la "utopía" de un "proyecto social solidario", sino que se convertían en protagonistas de la construcción de una nueva institucionalidad revolucionaria (Soto, comunicación personal, 11 de diciembre de 2015; Renzi, comunicación personal, 18 de mayo de 2018).

En este punto, la experiencia internacionalista impregnó a estos militantes con nuevas formas de entender el proceso de transformación social, afectó a su militancia e impactó en su propia identidad, adquiriendo mayor conciencia sobre las realidades latinoamericanas. En relación a este último aspecto, los testimonios remiten a un proceso de enriquecimiento personal, que fue experimentado tanto a nivel profesional como a nivel cultural. Para Vilas, este impacto no solo afectó a los activistas que habían desarrollado su militancia durante la década de los setenta, sino también a nuevas cohortes militantes que fueron tomando contacto con Nicaragua a lo largo de la década siguiente:

> Para la generación de jóvenes, no solo comunistas, del radicalismo, del alfonsinismo, era descubrir un mundo diferente. La ventaja diferencial que yo tuve es que ese mundo diferente lo descubrí en el año 71 cuando yo fui a República Dominicana. Y descubrí que el mundo era algo más amplio que la Plaza de Mayo (Vilas, comunicación personal, 8 de septiembre de 2016).

Esta experiencia vital fue acompañada de enseñanzas políticas derivadas de la Revolución Sandinista, que se expresan en un rechazo al sectarismo y al vanguardismo, rescatando la política de alianzas que caracterizó al proceso nicaragüense en esta etapa (Escudero, comunicación personal, 12 de diciembre de 2016). Se rescata también la posibilidad de generar cambios a través de las instituciones. Un aspecto que aparece ligado a un proceso de maduración política y un momento de culminación de su vida militante:

> El participar de un proyecto político institucional revolucionario les daba compresión a muchas cosas de lo que buscábamos cuando comenzamos a caminar por los barrios, en mi caso por Berazategui […] Creo que también uno aprende que hacer una transformación institucional es complejo, pero que es posible, porque se hizo (Renzi, comunicación personal, 18 de mayo de 2018).

Si bien estas proyecciones militantes, como señalamos, estuvieron sujetas a reconfiguraciones identitarias y rupturas organizativas, los testimonios nos permiten señalar la Revolución Sandinista como un proceso que revitalizó el movimiento revolucionario en América Latina. En este sentido, siguiendo a Martín y Rey (2012), identificamos el proceso nicaragüense como uno de los eventos movilizadores que permitieron establecer lazos de continuidad con las luchas revolucionarias de las décadas previas y proyectar la oleada revolucionaria de la Nueva Izquierda, al menos, hasta inicios de los noventa. Esta proyección estaría sujeta a continuidades, como la persistencia de proyectos de intervención política armada, como lo fue la Contraofensiva montonera, pero también supondría la incorporación de nuevos ejes de discusión en el movimiento revolucionario latinoamericano. La práctica política, los debates y las rupturas orgánicas en Montoneros durante el periodo quedaron atravesadas por este proceso de continuidades en el imaginario y reinterpretaciones en el terreno táctico e ideológico.

LA CAÍDA DE SOMOZA PREFIGURA EL DESTINO DE LA DICTADURA ARGENTINA

Desde finales de 1978, Montoneros dio por cerrada la fase de resistencia (defensa activa) y comenzó a implementar una nueva estrategia de enfrentamiento a la dictadura: la Contraofensiva Estratégica. En este contexto, la organización inició un proceso de difusión y reclutamiento entre los exiliados argentinos (principalmente en España y México) que habrían de reingresar al país para desarrollar acciones de propaganda, sabotaje y ataques directos contra personalidades ligadas al gobierno militar. Siguiendo a Campos (2013) y Confino (2018), la entrada al país se efectuó en dos oleadas. La primera, a lo largo de 1979, y la segunda a partir de febrero de 1980. Tras entrenarse en campamentos del Líbano y Siria, o recibir formación en España y México, los militantes se estructuraron en Tropas Especiales de Infantería [TEI] y Tropas Especiales de Agitación [TEA]. Las primeras tenían como objetivo atentar contra altos funcionarios del Ministerio de Economía, considerados por Montoneros elementos de alto valor simbólico como responsables de las políticas económicas implementadas por la dictadura. Las TEA, por su parte, se orientaron a acciones de propaganda como la interferencia de señales de televisión, en apoyo a conflictos sindicales en un intento de desestabilizar al régimen.

Tomando en consideración que la participación de militantes montoneros al proceso revolucionario nicaragüense se dio en pleno desarrollo de la Contraofensiva, surgen dos preguntas fundamentales: ¿Qué lecturas extrajo Montoneros de la Revolución Sandinista? Y,

¿cómo se insertó la experiencia internacionalista en Nicaragua en el marco de la Contraofensiva Estratégica?

Como señalamos inicialmente, la caída de Somoza fue interpretada por la Conducción montonera como la demostración efectiva no solo de que la opción armada seguía representando la vía fundamental para derrotar a la dictadura argentina, sino de que la decisión de implementar la Contraofensiva había sido acertada. La revista *Vencer,* órgano de difusión internacional de Montoneros, lo expresaría en los siguientes términos:

> Para el peronismo montonero, precisamente cuando afronta la difícil empresa de impulsar las fuerzas populares hacia el cambio cualitativo que significa pasar de la resistencia a la contraofensiva, el caso nicaragüense adquiere entonces particular dimensión en dos niveles: por las enseñanzas que brinda la revolución victoriosa y por la ratificación concreta de la correcta propuesta que el Partido Montonero y el Movimiento Peronista Montonero desarrollan en nuestro país (*Vencer*, 1979b).

Reconociendo las diferencias que presentaban ambos países en términos de desarrollo económico y condicionantes políticos, para Montoneros las experiencias de Nicaragua e Irán mostraban dos circunstancias. En primer lugar, denotaban una situación de debilidad del imperialismo, incapaz de socorrer a las "oligarquías nativas" mediante una intervención militar. Y, en segundo lugar, indicaban que la lucha armada implementada por las organizaciones guerrilleras debía necesariamente combinarse con "la movilización insurreccional de las masas trabajadoras", para conseguir una sublevación generalizada (Firmenich, 1979a; Vaca Narvaja, 1979). Bajo esta perspectiva toma aún más sentido la orientación político-militar de las TEA y las TEI, en la línea de golpear a los altos funcionarios responsables de las políticas económicas antipopulares implantadas por la dictadura y de alentar los conflictos de carácter sindical.

Esta perspectiva de retorno atravesó la participación de las dos estructuras montoneras en Nicaragua, que tuvo lugar entre la primera fase de la Contraofensiva y el desarrollo de su segunda etapa, en febrero de 1980. Para "José", integrante de la estructura militar de Montoneros en Nicaragua, el paso por este país era concebido como un paso previo y necesario al retorno, para "componerse" anímica y organizativamente y foguearse en la práctica militar ("José", comunicación personal, 1 de noviembre de 2016). Esta visión es compartida por los integrantes del Grupo de Combate a los que se ha podido entrevistar con independencia de su regreso o no a la Argentina. No así en el caso de la Brigada Sanitaria que, salvo excepciones, se mostraron ajenos a este proceso. Lo cierto es que, al cierre de la etapa nicaragüense,

varios componentes del Grupo de Combate se integraron a actividades conspirativas vinculadas con la contraofensiva, tanto en el interior del país como en zonas fronterizas de Chile y Brasil. En este contexto, sería capturado uno de los integrantes del grupo, el abogado Héctor Amílcar Archetti, secuestrado en Mendoza en septiembre de 1980 (Carrizo, comunicación personal, 31 de agosto de 2016; "José", comunicación personal, 1 de noviembre de 2016; de Gatica, comunicación personal, 21 de septiembre de 2016 y Galo Moya, comunicación personal, 23 de marzo de 2018).

Desde la lógica montonera, el triunfo de la Revolución Sandinista también pareció decantar el debate entre la perspectiva revolucionaria y el paradigma humanitario que venía consolidándose como hegemónico entre las organizaciones políticas de la izquierda argentina en el exilio. Esta pugna se expresaba, para Montoneros, en una lucha entre reformismo y revolución o, más aún, entre montoneros y grupos antimontoneros. Estos últimos serían identificados en términos de "derrotados" y aferrados al fracaso de las experiencias reformistas en América Latina (*Vencer*, 1979b). Por el contrario, desde la óptica montonera, el triunfo sandinista reafirmaba la vía armada y exponía a los sectores "utopistas", que confiaban en una caída espontánea de la dictadura argentina (Puiggrós, 1980).

Más allá del debate entre ambos sectores, cabe interpretar este posicionamiento montonero desde una lógica de reafirmación, en un contexto de debates internos y disidencias. Estos procesos tuvieron como detonante el lanzamiento y los resultados de la contraofensiva, pero incluyeron posicionamientos encontrados en torno a las dinámicas organizativas internas, las estrategias de enfrentamiento a la dictadura y la política de alianzas con el resto de fuerzas opositoras. Estas diferentes sensibilidades no eran nuevas en la organización y se venían arrastrando desde 1976. Sin embargo, la implantación del terrorismo de estado y la salida al exilio pospondrían la resolución de este debate interno hasta 1979. En ese momento, coincidiendo con la primera etapa de la contraofensiva, iría tomando forma la primera disidencia montonera en el exilio. Encabezado por Rodolfo Galimberti y Juan Gelman, el sector disconforme denunciaría el distanciamiento de la realidad en el que, a su juicio, incurría la Conducción Nacional, criticando la contraofensiva como una política "putschista" y "aventurera" (Galimberti, R.; Gelman, J., 22 de febrero de 1979). Ante la ausencia de entendimiento y expulsados por la organización, la disidencia se estructuraría como Peronismo Montonero Auténtico

[PMA] en los siguientes meses,[22] expresándose posteriormente como Peronismo en la Resistencia.

En este contexto de dispersión orgánica y debate en torno a la contraofensiva, la organización de las brigadas montoneras a Nicaragua parece haber tenido, además de su vertiente solidaria, una lógica de consolidación interna y reagrupamiento. En este punto es interesante la equiparación que, desde las publicaciones montoneras, se estableció entre los militantes que implementaban actividades clandestinas en Argentina para la contraofensiva y los que desarrollaban tareas internacionalistas en Nicaragua. Mientras que, por otro lado, se establecía una divisoria entre estos colectivos y la disidencia que, públicamente, había tomado distancia del proyecto de retorno y de intervención armada:

> Aquellos que sostienen posiciones abstractas y puristas, solo vigentes en las torres de marfil habitadas por los inspectores de revoluciones, cuestionan desde la esterilidad el esfuerzo por revertir la relación de fuerzas de Argentina en beneficio de la clase trabajadora y el Pueblo en su conjunto. No es esto nuevo ni mucho menos determinante dentro del proceso de liberación; sí resulta oportuno confrontar esas actitudes con la de los compañeros que asumen su puesto de vanguardia en la contraofensiva en nuestro país y participan, como un soldado más, en las duras tareas de reconstruir una Nicaragua devastada (*Vencer*, 1979b).

En un momento en que la contraofensiva pesaba como un factor de división en el seno del espacio montonero, la práctica internacionalista en Nicaragua permitió mantener, al menos momentáneamente, cierta consolidación orgánica tras la ruptura del PMA. La solidaridad activa con la Revolución Sandinista generó un consenso entre la militancia ausente en otros aspectos, como la evaluación del grado de derrota sufrida por las organizaciones revolucionarias argentinas o la política de contraofensiva. En cierto sentido, la práctica internacionalista actuó como un salvavidas temporal, permitiendo mantener dentro de la organización a aquellos militantes que disentían de la opción de retorno, ofreciendo proyectar su militancia, aún dentro de Montoneros, con su integración al proceso de reconstrucción de Nicaragua.

En esta línea, la participación internacionalista en Nicaragua fue percibida también como una oportunidad para superar las situaciones derivadas de un exilio prolongado. Al respecto, el informe final de la Brigada Sanitaria Adriana Haidar señala como resultados de esta experiencia la posibilidad de "despejar una atmósfera enrarecida" por

22 Mesa Promotora del PMA (22 de mayo de 1979). Se constituye la Mesa Promotora del Peronismo Montonero Auténtico. CeDeMa, ref. A-21

la "patología del exilio", y la opción de "revitalizar viejas experiencias militantes", frente a la inercia de "supervivencia personal" que caracterizó parte del exilio (Bermann, S., 7 de diciembre de 1979).

Sin embargo, lejos de contemporizar la aparición de nuevas divisiones, Nicaragua alentaría la discusión en torno a los resultados de la Contraofensiva y la persistencia de la Conducción en proseguir su implementación, dando lugar a la aparición de una segunda disidencia: Montoneros 17 de Octubre (M-17).

La lógica de enfrentamiento interno ya había imposibilitado el desarrollo de una tercera estructura internacionalista de Montoneros en Nicaragua. En agosto de 1979, la Secretaría de Relaciones Exteriores del MPM había lanzado una convocatoria pública para la conformación de la Brigada de Reconstrucción "Compañero Rodolfo Walsh", bajo la consigna "Devolver al pueblo lo que es del pueblo". La organización de este contingente en Europa recayó en el exgobernador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Raúl Bidegain, en Miguel Bonasso, como secretario de Prensa del MPM, y en Pablo Ramos, representante en Europa de la SRE (Vaca Narvaja, F., 22 de agosto de 1979). Tanto Bonasso como Ramos integraron el sector crítico con la conducción que, a finales de 1979, tomaría forma mediante la difusión del "Documento de los Tenientes" o "Documento de Madrid" (Dri, J. *et al.*, 4 de diciembre de 1979). Tras consolidarse la disidencia, ambos pasarían a integrar, en abril de 1980, el Consejo Provisorio de Montoneros 17 de Octubre.[23] A esta instancia se sumarían también Sylvia Bermann, responsable de la Brigada Sanitaria Adriana Haidar, y Daniel Vaca Narvaja, corresponsable de la delegación del Partido Montonero en Nicaragua (Montoneros 17 de Octubre, abril de 1980b).

DEMOCRACIA PARA TODOS, BANDERA PRINCIPAL DE LA HORA

Las rupturas experimentadas por Montoneros entre 1979 y 1980 tuvieron como elemento desencadenante el desarrollo de la contraofensiva. Sin embargo, estas fueron consecuencia de divergencias internas que se venían arrastrando, al menos desde 1976. Los sectores disconformes criticaban el proceso de "reclandestinización" impulsado en 1974 y la política de enfrentamiento adoptada por Montoneros ante un gobierno elegido democráticamente y de signo peronista. También afeaba a la dirección partidaria el abandono de los militantes clandestinos

23 Poco antes, en marzo de 1980, la Conducción Nacional y el sector crítico habían sostenido un encuentro en Managua. Las reuniones se prolongaron varios días y contaron con el auspicio del FSLN. El Grupo de Combate General San Martín, cuyos integrantes ya se encontraban fuera del EPS, fue el responsable de la seguridad del evento (Galo Moya, R., comunicación personal, 23 de marzo de 2018).

insertos en el movimiento obrero tras el repliegue al exterior llevado a cabo por la conducción (Slipak, 2017). A la altura de 1980, el M-17 incidiría en la concepción aparatista y vanguardista que había animado a la contraofensiva. Prácticas que para la emergente organización habrían impedido los objetivos propuestos, perdiendo a numerosos cuadros y obligando al resto de la militancia nuevamente al repliegue (Montoneros 17 de Octubre, abril de 1980a).

El surgimiento de las disidencias en el exilio tampoco puede desligarse de las transformaciones en términos ideológicos y discursivos que experimentó la izquierda latinoamericana durante este periodo. Estos cambios tendrían reflejo en los programas desarrollados tanto por las estructuras disidentes como por la Conducción Nacional de Montoneros, y se expresaron en una revisión de los postulados revolucionarios y la adopción de objetivos más pragmáticos.

En esta línea, M-17 planteó un "Programa de Lucha" basado en cinco puntos mínimos: 1) plena vigencia de la constitución, restitución de todos los derechos y garantías constitucionales, y convocatoria a elecciones sin proscripción alguna; 2) restitución a los trabajadores de los sindicatos intervenidos y de la legislación laboral suprimida; 3) cambio de la política económica en defensa de los intereses nacionales y populares; 4) libertad a los presos políticos, cese de la violación de los Derechos Humanos y juicio a los perpetradores; y 5) reunificación del peronismo y constitución de un Frente Cívico de Oposición (Montoneros 17 de Octubre, abril de 1980c).

Como señala Pirker (2018) las izquierdas latinoamericanas se abocaron desde la segunda mitad de los setenta a una reformulación de los marcos discursivos. Si bien estos mantuvieron continuidades en el plano simbólico, introdujeron nuevos tópicos como el de los derechos humanos y experimentaron desplazamientos en cuanto a sus objetivos: de un proyecto de transformación socialista a la lucha por la recuperación democrática y la defensa de los intereses nacionales.

Si rescatamos el primer documento público de M-17, podemos observar estas continuidades y transformaciones. En el campo de los objetivos, si bien se apela al socialismo como objetivo a largo plazo, la orientación es clara en el sentido de que el momento exige "trabajar por la conquista de mayores espacios de legalidad y semilegalidad". En este sentido, M-17 señala la lucha por la democracia como "bandera principal de la hora" y se orienta a la construcción de una propuesta democrática suficientemente amplia como para ser asumida por los diversos sectores sociales.

Esta perspectiva democratizadora se entrelaza con otros dos fenómenos. En primer lugar, se apela constantemente a la Constitución nacional y a "unificar todo lo que la dictadura fracturó", en una lógica

que remite a la recomposición de una institucionalidad violentada por la imposición de la dictadura militar. En segundo lugar, esta redemocratización se enlaza con la persistencia del imaginario antiimperialista, estableciendo un antagonismo entre la "democracia para todos" y el proyecto oligárquico-imperialista representado por la dictadura. En este punto, se establece una identificación entre la lucha por la recuperación democrática en la Argentina y la lucha de "todos los pueblos que luchan contra el imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo y el racismo".

Observamos, finalmente, transformaciones significativas en el terreno táctico y en el campo de las alianzas políticas. En cuanto al primer aspecto, pese a que no existe una renuncia formal a la violencia, el texto denota una crítica al aparatismo, planteando la necesidad de "cambiar el concepto de 'guerra' por el de 'rebeldía popular'" y rechazando las acciones desvinculadas del proceso de masas. En cuanto a la política de alianzas, M-17 desliza una autocrítica al vanguardismo durante la etapa previa, señalando la necesidad de conformar un Frente Peronista de Liberación Nacional que agrupara al fragmentado peronismo combativo, y la constitución de un Frente Cívico de Oposición, que recompusiera la alianza del movimiento obrero con las capas medias y el empresariado nacional (Montoneros 17 de Octubre, abril de 1980a).

Las transformaciones y desplazamientos que señalamos para la propuesta de M-17 los encontramos también en el "Programa de oposición", impulsado por la Conducción de Montoneros en 1980, y en el desarrollo de este como "Programa de movilización nacional" en 1981. Apelando a "las más amplias formas de lucha",[24] el Peronismo Montonero centraría sus objetivos en el terreno económico: destitución de Martínez de Hoz como ministro de Economía, defensa de la legislación laboral previa al golpe, salarios dignos, protección de la industria nacional, reactivación del mercado interno y defensa del pequeño y mediano productor agrario. Al igual que M-17, Montoneros plantearía la necesidad de una reinstitucionalización del sistema democrático que garantizara la convocatoria de elecciones libres para alcanzar la soberanía popular, la paz y la justicia. Atendiendo al programa montonero, esta reinstitucionalización debía estar acompañada de garantías en derechos sociales (salud, educación y vivienda digna), la liberación de todos los presos políticos, el esclarecimiento y juzgamiento de los casos de desaparición forzada, y la defensa de la soberanía nacional (Conducción del Peronismo Montonero, 1980).

24 Esta mención desaparecerá en el "Programa de movilización nacional" de 1981.

Estos objetivos no distaban mucho del "Programa de pacificación y liberación", que el Movimiento Peronista Montonero había presentado en abril de 1977 como documento fundacional. Al igual que cuatro años más tarde, el MPM exigía la destitución de Martínez de Hoz, la restitución de las garantías constitucionales, la rehabilitación de los partidos políticos y de la CGT, y la convocatoria a elecciones generales. Además, incorporaba demandas propias del discurso de los derechos humanos, reclamando la liberación de presos políticos, la eliminación de campos de concentración, la publicación de la nómina de los secuestrados, y el procesamiento de los inculpados en violaciones de derechos humanos.

CONCLUSIONES

El análisis de los programas elaborados por Montoneros y las rupturas de esta organización en el exilio nos permiten identificar, al menos desde 1977, reformulaciones discursivas en el ámbito montonero. Estas transformaciones remiten a la adopción de tópicos propios del paradigma humanitario, hegemónico entre las organizaciones del exilio argentino, y a un progresivo alejamiento de los postulados revolucionarios en beneficio de una perspectiva democratizadora. Esta reformulación, si bien pudo tener inicialmente un carácter instrumental, facilitando el desarrollo de actividades solidarias y el establecimiento de vínculos internacionales, se articularía con imaginarios preexistentes como el antiimperialismo. En el caso de Montoneros este adoptaría una adscripción latinoamericanista, tercermundista y de no alineamiento, asumiendo como tareas centrales para América Latina el enfrentamiento al neocolonialismo y la lucha contra el intervencionismo.

La defensa de la democracia y de los derechos humanos no entroncarían con el discurso anticomunista propio de la Guerra Fría (Markarian, 2004), sino que, por el contrario, serían resignificados generando un antagonismo entre dictadura, como instrumento del imperialismo, y democracia, como voluntad popular. En este punto, la recuperación democrática en Argentina no solo perseguiría la vuelta a la institucionalidad quebrada por la dictadura sino que el sistema democrático resultante debía garantizar los derechos sociales de sus ciudadanos y perseguir las violaciones a los Derechos Humanos. Bajo esta resignificación, la lucha por la democracia y la recuperación de libertades políticas se presentarían estrechamente vinculadas a la defensa de la soberanía de los países periféricos, frente al intervencionismo estadounidense en la región –particularmente en Centroamérica– y la amenaza imperialista a escala continental.

El paradigma humanitario al que parcialmente apelaron las diversas estructuras vinculadas o desprendidas de Montoneros convivió durante este periodo con el paradigma revolucionario, ejemplificado en la persistencia de lucha armada como forma de intervención política. Esta diversidad de proyecciones nos permite señalar la heterogeneidad de redes militantes y solidarias, prácticas políticas y experiencias de activismo transnacional por las que atravesó la militancia montonera en el exilio.

Nuestro artículo ha analizado una de estas heterogéneas experiencias, identificando la articulación de redes transnacionales –solidarias, conspirativas, intelectuales y de carácter institucional– que permitieron la incorporación efectiva de dos contingentes montoneros a la Revolución Sandinista.

Esta práctica internacionalista ha sido abordada atendiendo a tres aspectos. En primer lugar, tomando como marco la oleada de la Nueva Izquierda latinoamericana, lo que nos ha permitido incidir en la conformación de identidades colectivas transnacionales, que posibilitaron la identificación de la militancia montonera con la lucha del FSLN y su integración al proceso revolucionario nicaragüense. Este *ethos* revolucionario es construido en los testimonios en tres niveles: identificando la Revolución Sandinista como algo propio por encima de barreras nacionales; como parte del mismo proceso que ellos habían protagonizado en Argentina; y como proyección de su militancia fuera de su ámbito geográfico de origen.

En segundo lugar, pudimos identificar a la Revolución Sandinista como uno de los eventos movilizadores que permitió dar proyección a la oleada revolucionaria de la Nueva Izquierda. Para el caso que nos ocupa, el triunfo sandinista no solo revitalizó la lucha armada como estrategia de intervención política, sino que alentó en el caso de Montoneros la perspectiva del retorno para el enfrentamiento armado a la dictadura, política que esta organización ya venía implementando desde 1979.

En tercer lugar, analizamos cómo la experiencia internacionalista en Nicaragua atravesó los debates en el seno de Montoneros, desencadenados precisamente por el desarrollo de la Contraofensiva. Al respecto, entendemos que en un momento inicial la práctica internacionalista sirvió como aglutinante en un contexto de crisis orgánica, permitiendo que los militantes que rechazaban reingresar a Argentina proyectaran su militancia hacia la reconstrucción de Nicaragua. Por el contrario, la proyección de la segunda fase de la Contraofensiva, en febrero de 1980, volvería a hacer emerger la crisis interna, cuyo quiebre definitivo se escenificaría precisamente en Nicaragua, con la conformación de Montoneros 17 de Octubre.

BIBLIOGRAFÍA

Bermann, S. (7 diciembre de 1979). *Al C. Mario Eduardo Firmenich*. CeDeMA, ref. Dig-APLG.

Campos, E. (2013). ¿Locura, épica o tragicomedia? Las historias de la contraofensiva montonera en la era de la democracia consolidada. *Estudios* (29), 97-100.

Conducción del Peronismo Montonero (1980). *Programa de oposición*. CeDeMA.

Conducción Nacional del Movimiento Peronista Montonero (9 de abril de 1982). *Ante la amenaza inminente de invasión inglesa a las Islas Malvinas*. CeDeMA.

Confino, H. E. (2018). *La Contraofensiva Estratégica de Montoneros. Entre el exilio y la militancia revolucionaria (1976-1980)* [Tesis inédita de doctorado]. Universidad Nacional de San Martín, Argentina.

Cortina Orero, E. (2017). Internacionalismo y Revolución Sandinista: proyecciones militantes y reformulaciones orgánicas en la izquierda revolucionaria argentina. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, 28*(2), 80-103.

Cuestas, R. (2005). *La dictadura militar argentina y el genocidio centroamericano*. Córdoba: SIMA.

Dri, J. *et al.* (4 de diciembre de 1979). *Ante la crisis del Partido. Reflexiones críticas y una propuesta de superación*.CeDeMA, ref. A-21.

Firmenich, M. E. (1979a). Editorial. *Evita Montonera*, (25), 3-6.

Firmenich, M. E. (1979b). Poder sindical o destrucción nacional. Entrevista al comandante Firmenich. *Vencer*, (1), 4-10.

Gaceta Sandinista CMSPN (1976). Suplemento Jornada de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua, (6-7), 1-8.

Galimberti, R. y Gelman, J. (22 de febrero de 1979). *Nosotros, militantes del Movimiento, Partido y Ejército Montonero*. CeDeMA, ref. A-21.

García Fernández, A. (2018). Rompiendo el cerco. La experiencia de Radio Noticias del Continente en Costa Rica (1979-1981). *Diálogos, Revista Electrónica de Historia*, *19*(2), 36-57.

Gillespie, R. (2011). *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*. Buenos Aires: Sudamericana.

Jensen, S. y Montero, M. L. (2016). Prisión política y destierro en la Argentina dictatorial. *Izquierdas*, (26). Recuperado de: http://izquierdas.revues.org/621

Markarian, V. (2004). De la lógica revolucionaria a las razones humanitarias: la izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos (1972-1976). *Cuadernos del CLAEH*, (89), 85-108.

Martín Álvarez, A. y Rey Tristán, E. (2012). La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis. *Naveg@mérica*, (9). Recuperado de: <http://revistas.um.es/navegamerica>.

Martín Álvarez, A. y Rey Tristán, E. (2017). Introduction. En A. Martín Álvarez y E. Rey Tristán (Eds.), *Revolutionary Violence and the New Left: Transnational Perspectives* (pp. 1-23). New York, Abingdon, Oxon: Routledge.

Martín Álvarez, A. y Rey Tristán, E. (2018). La dimensión transnacional de la izquierda armada. *América Latina Hoy* (80), 9-28.

Mesa Promotora del PMA (22 de mayo de 1979). *Se constituye la Mesa Promotora del Peronismo Montonero Auténtico*. CeDeMA, ref. A-21.

Montoneros 17 de Octubre (abril de 1980a*). A nuestros compañeros del pueblo argentino*. CeDeMA.

Montoneros 17 de Octubre (abril de 1980b). *Integrantes del Consejo provisorio*. CeDeMA.

Montoneros 17 de Octubre (abril de 1980c). *Programa de lucha*. CeDeMA.

Movimiento Peronista Montonero (20 de abril de 1977). *Programa mínimo de pacificación y liberación*. CeDeMA.

Pirker, K. (2018). Activismo transnacional y solidaridad, de Cuba a Centroamérica. *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea* (7), 120-138.

Puiggrós, R. (1980). "Las dictaduras no caen, se derriban". Entrevista con el profesor Puiggrós, *Vencer* (4), 10-11.

Rapoport, D. C. (2004). Modern Terror: The Four Waves. En A. Cronin, Audrey y J. M. Ludes (Eds.), *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy* (pp. 46-73). Washington: Georgetown University Press.

Rodríguez Esperón, C. (2018). Comunicación y lucha armada. Tres propuestas de articulación a parir de la experiencia de Radio Noticias del Continente. *Izquierdas*, (41), 44-58.

Rojas Mira, C. F. (2014). Exilios sudamericanos en México: los casos argentino y chileno. *Pacarina del Sur*, (19). Recuperado de: http://pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/937-exilios-sudamericanos-en-mexico-los-casos-argentino-y-chileno.

Roniger, L. (2012). Destierro en América Latina: Un campo de estudio transnacional e histórico en expansión. *Pacarina del Sur*. Recuperado de: http://pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/318-destierro-y-exilio-en-america-latina-un-campo-de-estudio-transnacional-e-historico-en-expansion.

Slipak, Daniela. (2017). Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta. *Izquierdas* (32), 39-57.

Vaca Narvaja, F. (1979). En marcha la contraofensiva popular. *Vencer*, (1), 2-3.

Vaca Narvaja, F. (22 de agosto de 1979). *Convocatoria a la Brigada de Reconstrucción Compañero Rodolfo Walsh*. CeDeMA.

Vaca Narvaja, G; Frugoni, F. (2002). *Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo*. Buenos Aires: Colihue.

Vencer (1979a). La unidad del sandinismo desafío a los yanquis. (1), 33-36.

Vencer (1979b). Nicaragua liberada. (2-3), 33-35.

Vencer (1979c). Solidaridad con Nicaragua. (2-3), 38.

Vencer (1979d). Unidad de los No Alineados contra el imperialismo. (2-3), 44-47.

Vencer (1981). Viola contra el pueblo salvadoreño. (7), 36.

Yankelevich, P. (2010). *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*. México D. F.: El Colegio de México.

Yankelevich, P. (2016). Los exilios en el pasado reciente sudamericano. *Migraciones y Exilios* (16), 11-31.

NACIONALISMO, ANTIAMERICANISMO Y DERECHAS

EL ANTIIMPERIALISMO DE LA DERECHA

La Confederación Anticomunista Latinoamericana (1972-1980)

Julieta Rostica

INTRODUCCIÓN

Los comienzos del siglo XXI en América Latina, marcados por el ascenso a cargos presidenciales de partidos emanados de movimientos sociales o sectores progresistas, han arraigado en el sentido común que el antiimperialismo, como discurso y práctica de estos gobiernos, pertenece, casi de forma inmanente, a las izquierdas latinoamericanas y nunca a las derechas ni ultraderechas de la misma región. En 2013, por ejemplo, la Cumbre antiimperialista y anticolonial de los pueblos de América Latina y el mundo, que se reunió en Cochabamba, identificó como maniobras del imperialismo a los golpes de Estado contra Chávez en Venezuela (2002), Morales en Bolivia (2008), Rafael Correa en Ecuador (2010) y Manuel Zelaya en Honduras (2009). También se identificó contra el libre comercio y el neoliberalismo, lo que significaba un alejamiento respecto de aquellos países que integraban la Alianza del Pacífico: "un instrumento para reeditar los acuerdos regionales de libre comercio, para eliminar nuestra soberanía económica, jurídica y para capturar nuestros recursos naturales a través de las empresas transnacionales". La Cumbre, finalmente, elaboró seis estrategias por la soberanía, la dignidad y la vida de los pueblos, tal como se expone en el texto "Seis estrategias de lucha antiimperialista" (agosto, 2013).

La aglomeración de ideas como antiimperialismo, democracia, anti neoliberalismo y progresismo bajo un mismo espectro político obnubila la interesante aparente paradoja que sería afirmar la existencia de un antiimperialismo antiamericanista de una ultraderecha. El antiimperialismo, según Andrés Kozel, es una modalidad de la resistencia política y cultural que involucra aspectos diversos, entre los que cabe mencionar un tipo de discurso, una retórica, una simbología, una serie de gestos dotados de rasgos específicos (Kozel, 2015, p. 13). Según el mismo, el antiimperialismo se hace presente o es "activable" en más de una ideología particular o cuerpo doctrinario, dado su "enraizamiento en disposiciones ubicadas en capas 'más profundas' de significación" (Kozel, 2015, pp. 14–15). Si el antiimperialismo no respeta ideologías y tiene una enorme efectividad simbólica, podríamos suponer que fue un imaginario social del cual también echó mano la ultraderecha latinoamericana, pues, a nuestro juicio, el antiimperialismo en América Latina es indisociable de la construcción de la propia identidad latinoamericana. El antiimperialismo, de este modo, aparecería como un agregado al corpus ideológico principal para reivindicar la identidad latinoamericana.

Lo latinoamericano estuvo extremadamente asociado al antiimperialismo y, muy enfáticamente durante el siglo XX, al antiamericanismo. De hecho, cuando Max Paul Friedman (2015) estudia el antiamericanismo sostiene que las escasas expresiones vagamente comparables a esa se han dado históricamente en regímenes totalitarios o imperialistas y que parte de la clave para comprenderlo se encuentra en las expresiones imperiales que adoptó, paradójicamente, la democracia y la modernidad estadounidense (Friedman, 2015, p. 21). En ese mismo libro, Friedman opta por entender el concepto y su significado de acuerdo a los usos que se la ha dado. Aquí compartimos ese abordaje, intentando repasar uno de los usos históricos del antiimperialismo.

El objetivo del presente artículo es explorar los usos retóricos del antiimperialismo en una organización transnacional de extrema derecha latinoamericana sobre la que se ha investigado muy poco y, sin embargo, ha tenido un rol en el Plan Cóndor: la Confederación Anticomunista Latinoamericana [CAL]. Nuestra idea es descubrir en sus propios escritos varios elementos centrales del imaginario antiimperialista en América Latina: la reivindicación de Nuestra América y de su unidad, la defensa del principio de no intervención y el llamado antiamericanismo, lo cual sería expresión de la particular forma en que se vivió la Guerra Fría en América Latina. La hipótesis es que el imaginario antiimperialista también lo usó la derecha latinoamericana porque el mismo permitía aglutinar en una lealtad latinoamericana transnacional a las diferentes organizaciones y delegaciones nacionales anticomunistas, en

un momento extremadamente particular en Estados Unidos. En primer lugar, James Carter había aprobado la revolución sandinista, la cual se pronunciaba radicalmente antiimperialista. En segundo lugar, el gobierno de Estados Unidos había cancelado la ayuda militar a los países que violaban los derechos humanos, vecinos de Nicaragua, que tenían a sus propias guerrillas visibilizadas como amenaza comunista. Por último, comenzaba la campaña electoral por la presidencia del republicano Ronald Reagan, quien se pronunciaba con metas opuestas al candidato demócrata y al que había que promover.

Las fuentes que utilizaremos las hemos encontrado en el reservorio del Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos, el Archivo de la Policía Stronista descubierto en diciembre de 1992 en Paraguay, más popularmente conocido como "Archivos del Terror". En este se hallan cientos de folios membretados por la CAL, es decir, elaborados por la propia organización que están dispersos y mezclados con otros documentos, sin orden. Nosotros hemos logrado, en un trabajo de investigación precedente, ordenarlos por reuniones y congresos para encontrar una cronología en el funcionamiento de la misma y poder contextualizar el funcionamiento interno. En estos documentos, se mencionan las organizaciones y personas que integraban la red de extrema derecha, se encuentran discursos, ponencias y las conclusiones de varios de los congresos y las conexiones de la red con los organismos de inteligencia de algunos de los países de la región.

EL ANTIIMPERIALISMO Y LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA

El impulso antiimperial contribuye a explicar por qué América Latina persiste (Gobat, 2016, p. 63) El nombre y la idea de América Latina se ha revelado históricamente frente a algunos opuestos –como la conquista, la colonización, el imperialismo– y generalmente ha acompañado la identidad de aquellas experiencias históricas regionales que forjaron la preocupación por la autonomía, la autodeterminación, la soberanía, la liberación nacional y la independencia, especialmente respecto de Estados Unidos.

Existe una genealogía del concepto que inicia cuando "América" fue apropiada por los independentistas de las colonias inglesas del norte del continente en 1776 y cuando los independentistas del sur imaginaron la identidad de "Nuestra América". Las intenciones políticas habidas tras la disputa por la apropiación del nombre del continente comenzaron a trazarse cuando James Monroe de "Estados Unidos de América", mediante la Doctrina Monroe de 1823, acuñó "América para los americanos". Estados Unidos –anglosajón, blanco, protestante– se erguía como gendarme del continente –latino, mestizo

y católico– al cual nunca se uniría en calidad de igualdad (Nercesián y Rostica, 2014).

Durante los inicios de la década de 1850, Francisco Muñoz del Monte y Santiago Arcos comenzaron a utilizar el adjetivo "latino" para América cuando describieron los movimientos expansionistas de los Estados Unidos en el continente como una agresión de la "raza anglosajona" a la "raza latina". Lo novedoso fue la aplicación de esas nociones, en boga en Europa, para el propio continente, las cuales se anclaron en la tradición unionista cementada por los libertadores del Nuevo Mundo, particularmente la generada por Simón Bolívar. En 1856 aparecieron los primeros registros del nombre propio y colectivo "América Latina" en escritores e intelectuales hispanoamericanos, lo cual demuestra, como afirma Mónica Quijada, que no es una denominación impuesta sino un nombre acuñado y adoptado conscientemente por los latinoamericanos a partir de sus propias reivindicaciones (Quijada, 1998). El catalizador fue, concretamente, la decisión del presidente de Estados Unidos de reconocer el régimen pirata de William Walker y a su grupo de filibusteros (Gobat, 2016, p. 63). Francisco Bilbao Barquín, un fervoroso defensor de los derechos de las "razas" menos favorecidas, utilizó el concepto de "raza" y "unidad" "latinoamericana/o" en una conferencia que impartió en París. Este vinculó la idea de América Latina con el llamado a una alianza continental contra el expansionismo estadounidense. Justo Arosemena también se refirió a "América Latina" en un discurso y en varios artículos publicados en Bogotá durante el mismo año para protestar por ese mismo expansionismo estadounidense realizado en nombre de la democracia. En 1857, el escritor colombiano José María Torres Caicedo escribió el poema titulado "Las dos Américas" en París. Más tarde publicó *Bases para la formación de una Liga Latino-Americana* y *Unión Latino-Americana* en la misma ciudad. Y el argentino Carlos Calvo fue quien primero utilizó la expresión en artículos académicos que también se publicaron en París (Quijada, 1998, pp. 606-608).

El llamado a una alianza continental contra la expansión estadounidense fue la mayor motivación de los hispanoamericanos a ambos lados del Atlántico para imaginar a América Latina como una comunidad geopolítica. Los funcionarios sudamericanos habían estado elaborando en secreto dos planes para dicha alianza. Uno de ellos, muy ambicioso, fue suscrito en Washington en noviembre de 1856, tras el cual se impulsó una campaña diplomática y pública a favor de la alianza anti-Walker (Gobat, 2016, pp. 89-92).

Para los grupos dirigentes y/o dominantes de Hispanoamérica, la expresión "América Latina" había sido una manera de definir una posición de rechazo al pasado colonial ibérico, pero ahora era, sobre

todo, una forma de repudiar el expansionismo norteamericano. Como es de sobra conocido, hacia comienzos del siglo XX el poder regional de los Estados Unidos era indudable. Habían reafirmado su voluntad imperialista con el impulso al panamericanismo y el corolario de Theodore Roosevelt a la Doctrina Monroe en 1904. La primera Conferencia Panamericana (1889-1890) había reiterado "América para los americanos", una consigna a la que Roque Sáenz Peña contrapuso "América para la Humanidad". En 1898, en el marco de la guerra entre España y Estados Unidos, y el movimiento cubano por la independencia, la última del continente, se adoptó definitivamente el nombre, cuando Eugenio María de Hostos, pero sobre todo José Martí, hicieron famosa la consigna "Nuestra América" (Funes, 1992).

Bajo esta coyuntura, la República francesa fue percibida por esos mismos grupos dominantes como guía ideológica y cultural, como la potencia que marcaba el rumbo hacia la civilización y el progreso. El pensamiento francés afirmaba la superioridad espiritual de la cultura latina frente al materialismo propio de la cultura anglosajona, un conglomerado de ideas que hacia 1900 fue apropiado y resignificado por José Enrique Rodó, cuando en *Ariel* defendió el idealismo y la espiritualidad de la latinidad frente al materialismo de la cultura norteamericana. Así inició el nuevo siglo.

En síntesis, y volviendo al inicio, "la oposición al imperialismo estadounidense y europeo fundamentaba la idea de América Latina" y es precisamente este impulso antiimperial de larga duración lo que contribuye a explicar por qué América Latina persiste desde entonces (Gobat, 2016, p. 63).

EL IMPERIALISMO DE LAS SUPERPOTENCIAS DURANTE LA GUERRA FRÍA

La primera parte del siglo XX estuvo signada por la presencia imperialista estadounidense en el subcontinente. Mientras se establecieron y expandieron los enclaves económicos en toda la región, Estados Unidos combinó acciones diplomáticas con operaciones militares. La promoción al panamericanismo, que culminó con la formación de la Organización de los Estados Americanos en 1948, fue expresión de la primera de ellas. Por otro lado, podemos listar la intervención estadounidense en la guerra contra España y la posterior ocupación de Cuba y Puerto Rico; la secesión de Panamá del Estado colombiano, la creación del canal interoceánico y el desembarco de marines con el fin de garantizar su independencia; y el envío de marines, también, a República Dominicana en 1916 y a Nicaragua en 1912 y 1933.

Un formato diferente de imperialismo estadounidense se vio a partir del inicio de la Guerra Fría en América Latina, lo cual significó el

fin de la política del "Buen Vecino" impulsada por Franklin Roosevelt, con acciones que combinaron la vía diplomática, la propagandística y las operaciones encubiertas delineadas por la Central de Inteligencia Americana [CIA]. Estados Unidos persiguió a las naciones y a las organizaciones (como la Confederación de Trabajadores de América Latina) que consideraban que se alineaban con la Unión Soviética y, luego, con la Cuba socialista. Los gobiernos de Estados Unidos se sintieron con el derecho exclusivo de decidir qué era lo bueno para América Latina y qué gobiernos debían gobernar en esas regiones (Katz, 2004, p. 17). El espacio principal del combate contra la "amenaza comunista" se trasladó al subcontinente y, por ende, el intervencionismo norteamericano ya no se limitó a México, Centroamérica y el Caribe, sino que se extendió a toda la región.

El giro socialista de la Revolución cubana en 1961 impulsó un cambio en el discurso del *establishment* de Eisenhower, que se concretó en el gobierno de Kennedy (1961-1963) con la implementación la Alianza para el Progreso (1961), programa que patrocinó con parte de dinero propio, las reformas agrarias y los procesos de industrialización para frenar los intentos revolucionarios y consolidar las estructuras políticas y sociales capaces de encuadrar sólidamente a las masas latinoamericanas. Sin embargo, parte de esos fondos fueron derivados a los ejércitos latinoamericanos, a los llamados programas de acción cívica, ejércitos que estaban siendo reestructurados, paralelamente, con asesoramiento de Estados Unidos en la Escuela de las Américas, en la zona del Canal de Panamá, desde 1963 (Romano, 2013). Tras el asesinato de Kennedy, se abandonó el supuesto apoyo a la consolidación de las democracias representativas en la región. Dos acontecimientos signaron el cambio: el apoyo al golpe de Estado de 1964 en Brasil y la ocupación militar en República Dominicana de 1965. Las Fuerzas Armadas latinoamericanas, bajo un corpus ideológico de proposiciones coherentes sobre la seguridad nacional que incluía la definición de una hipótesis de conflicto, una definición de enemigo, de tipos de guerra, tácticas y estrategias y el rol de la corporación militar, se pusieron a la cabeza de golpes de Estado y dictaduras institucionales que se expandieron y regaron a toda la región, como en Argentina en 1966 y 1976; Uruguay 1973; Chile 1973; Bolivia 1974 y 1980; Guatemala 1982; entre otras. Incluso, y con el apoyo norteamericano y las extremas derechas de la región, coordinaron sus inteligencias y la represión de forma transnacional mediante el Plan Cóndor, el cual nació a fines de 1973 y se formalizó oficialmente en noviembre de 1975.

La presencia de la Unión Soviética en América Latina fue muy distinta a la de Estados Unidos. Durante el gobierno de Nikita Jrushchov (1955-1964) los organismos soviéticos se atuvieron al lema de que el

destino del mundo y su futuro dependía del resultado de la lucha en el Tercer Mundo. En América Latina, la política soviética se inició recién después de un año y medio del triunfo de la Revolución cubana, pues esta situó a América Latina como un campo en donde las "revoluciones socialistas" eran factibles. Las relaciones entre ambos países se estrecharon entre el episodio en Bahía Cochinos y la crisis de los misiles de 1962, aunque esto no implicó una dependencia política de Cuba en relación con la URSS ni su "satélite" (Leonov, 1999, p. 51). La peligrosidad de esta crisis ocasionó la destitución de Jrushchov en 1964 y el ascenso de Leonid Brezhnev (1964-1982), quien introdujo la política de la coexistencia pacífica (Leonov, 1999, p. 33). La Unión Soviética se había desarrollado como una potencia capaz de autoabastecerse en todo, a diferencia de Estados Unidos, con lo cual "no hubo esos apetitos imperialistas por los recursos de otros países". El comercio con América Latina había sido muy modesto, aparte de Cuba, no existían motivos económicos ni tampoco existían aspectos militares estratégicos como para adquirir bases militares en el exterior (Leonov, 1999, p. 36).

Sin embargo, América Latina sí representaba para la URSS un factor político de enorme importancia, especialmente por su influencia en las votaciones en la ONU bajo el dominio estadounidense:

> […] de ahí que todos los esfuerzos políticos del gobierno soviético y, por ende, de la inteligencia de nuestro país [la URSS], estaban dirigidos a ocasionar el mayor daño posible al dominio norteamericano en este territorio. Por eso apoyamos políticamente, a veces con el envío de armamentos, o con otra ayuda, a todos los que estaban en contra del dominio de Estados Unidos, a cualquier gobierno, a cualquier movimiento de liberación nacional, a cualquier grupo revolucionario (Leonov, 1999, p. 37).

Bajo este imperativo se incrementó el número de partidos comunistas que recibieron ayuda financiera soviética y, hacia mediados de los años sesenta, se apoyó a los gobiernos "antiimperialistas", tanto civiles como militares, como el de Velasco Alvarado en el Perú y de Juan José Torres en Bolivia, que eran vistos como aliados de la experiencia del socialismo real cubano. El apoyo consistió en gestiones política y diplomáticas, convenios económicos y, en el caso peruano, suministro de armamento (Uliánova, 2000, p. 87).

Una excepción fue el caso chileno, pues presentaba las condiciones, según los ideólogos soviéticos, de experimentar una revolución clásica dirigida por la clase obrera. A diferencia de Cuba que promovía la insurgencia armada, la URSS impulsaba la estrategia gradualista y, por eso, la estrategia de la "vía pacífica" del PC chileno fue apoyada y alentada por su contraparte soviética (Uliánova, 2000, p.

88). Esta razón motivó relaciones estrechas, constantes y profundas entre el Partido Comunista soviético con su homólogo chileno (Uliánova, 2000, p. 83). No obstante, este primer intento de materialización del postulado soviético de la revolución vía pacífica suscitó cautela, desconfianza y tantos interrogantes en torno a la viabilidad y reversibilidad del proceso, así como de la eventualidad de su interrupción por medio de un golpe militar, que de alguna manera limitó el apoyo que URSS brindó al proyecto. Hubo cierta ayuda política, moral y también económica, pero los encargados de las áreas prácticas de la dirección soviética estuvieron rotundamente en contra de un nuevo compromiso económico exterior semejante al adquirido tiempo atrás con Cuba. (Leonov, 1999, p. 55; Uliánova, 2000, p. 102)

Hay que destacar, por último, que la Unión Soviética no rompió relaciones diplomáticas con ninguna de las dictaduras militares del Cono Sur, salvo con Chile después del golpe de 1973.

Esta diferente impronta de Estados Unidos y la Unión Soviética en la región latinoamericana a lo largo del siglo XX y especialmente durante la Guerra Fría generó diferentes reacciones. El criticismo juvenil de los años sesenta, que se volvió sobre tópicos como antiimperialismo, antiamericanismo y latinoamericanismo, proponía que la utopía de la unidad latinoamericana se realizaría con la voluntad del cambio, el uso de la violencia y la revolución, cuya guía era más el ejemplo cubano que las directivas de la URSS (Funes, 1992). La revolución latinoamericana fue, a partir de 1961 "una mezcla confusa de revolución antiimperialista y revolución democrática" (Sosa Álvares, 2014, p. 24). Las guerrillas se articularon a partir de 1967 con la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad realizada en La Habana y se multiplicaron a inicios de la década siguiente. El imperialismo estadounidense y las dictaduras se constituyeron en los enemigos más visibles a enfrentar, objetivos que convertían el conflicto este-oeste en uno entre el norte y el sur.

LOS CAMBIOS EN LA POLÍTICA HACIA AMÉRICA LATINA: JAMES CARTER (1977-1981)

El ascenso de James Carter a la presidencia de Estados Unidos implicó un cambio de la política agresiva, anticomunista y de seguridad nacional hacia América Latina que tanto rechazo y resistencia provocaba en los latinoamericanos y, a su vez, una excusa para el reacomodamiento de las fuerzas conservadoras y anticomunistas de Estados Unidos y América Latina. Según Robert Pastor, quien fue director de asuntos latinoamericanos y del Caribe en el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos desde 1977 hasta 1981, Carter había prometido que su gobierno sería "tan bueno como su pueblo" y que Estados Unidos

una vez más iba a encender un faro a favor de los derechos humanos y el idealismo (Pastor, 1995, p. 41). Así fue como buscó reflejar en su política exterior la defensa de los derechos humanos, una nueva manera de legitimar su presencia dominante en el tablero internacional.

En 1977 Carter desistió de sostener la relación especial que el país tenía con América Latina y aceptó una política global para el mundo en vías de desarrollo que se pudiera adaptar a las características singulares de las relaciones que hasta entonces había tenido la región con Estados Unidos. Asimismo, declaró que se opondría a la intervención en los asuntos internos de otros países, a menos que se hallaran directamente amenazados los intereses de seguridad estadounidenses. Apoyándose en esa declaración, el Comité de Revisión de Políticas propuso un enfoque multilateral en virtud del cual la política estadounidense iba a depender de los puntos de vista de Latinoamérica, y en particular de las democracias. Carter, de este modo, fomentó el diálogo Norte-Sur y prometió condicionar las relaciones con Estados Unidos de acuerdo a como los gobiernos trataran a su pueblo (Pastor, 1995, p. 46).

La Asamblea General de la OEA de junio de 1977 estuvo dominada por la cuestión de los derechos humanos. Estados Unidos se alineó con Venezuela, Costa Rica y los países de las Antillas para lograr la aprobación, por estrecho margen, de una resolución que fortalecía a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Según señala Robert Pastor, en una directiva del Consejo de Seguridad Nacional se estableció un comité interagencias presidido por el secretario de estado adjunto, con el fin de garantizar que los criterios de los derechos humanos se incorporaran a la política exterior estadounidense y a las decisiones sobre ayuda al exterior. Así se redujo la ayuda a tres países por derechos humanos y cuatro países protestaron contra la nueva política, dando por terminados sus convenios de ayuda militar con Estados Unidos.

Hacia 1979 el Congreso norteamericano incrementó el presupuesto de defensa de la administración en un diez por ciento y en los últimos dos años del gobierno de Carter las energías se dirigieron hacia el manejo de la crisis de Nicaragua, Granada, Cuba y El Salvador. En relación con Nicaragua, Estados Unidos se propuso facilitar una transición democrática sujeta a dos condiciones: Carter no le pediría la renuncia a un presidente en funciones y que la transición fuese impulsada por un esfuerzo cooperativo entre Estados Unidos y los países democráticos del subcontinente. Como la OEA comisionó a un equipo de negociadores para que mediaran en un convenio de transición y como estos recomendaron a Somoza la realización de un plebiscito que el mismo no consumó, Estados Unidos redujo a la

mitad el personal de su embajada en Nicaragua, dio por terminado el pequeño programa de ayuda económica y cerró sus misiones de la AID , así como las militares. Pero Somoza respondió incrementando al doble el tamaño de la Guardia Nacional. En vistas del aumento de la conflictividad social y política, el régimen de Carter convocó a una reunión de la OEA y propuso una tregua entre ambos bandos que coincidiría con la salida de Somoza para luego proceder hacia un gobierno de coalición negociada, pero dicha propuesta fue bloqueada por los sandinistas, junto a Panamá, Costa Rica, México y Venezuela. Carter solo se resignó a la plena victoria sandinista cuando esta fue inevitable (Halperin Donghi, 1997, p. 638). Somoza escapó de Nicaragua, Carter recibió en la Casa Blanca a tres miembros de la Junta sandinista y le solicitó al Congreso 75 millones de dólares para el nuevo gobierno.

La defensa de los derechos humanos tuvo efectos muy positivos en Latinoamérica, pero jugó a favor de la oposición conservadora. Reagan escribió: "No nos debe extrañar que ciertas naciones amigas, como Argentina, Brasil, Chile, Nicaragua, Guatemala y El Salvador se hayan visto consternadas ante las políticas de Carter" (Pastor, 1995, p. 49). El herido orgullo nacional frente al fin catastrófico de la intervención estadounidense en Vietnam fue utilizado por los sectores más conservadores contra la política de Carter, a la que consideraban similar a las agitaciones que habían hecho inevitable el retiro de Vietnam y la derrota en 1973 durante el gobierno de Nixon. Otra cuestión de la que se valió la campaña de Ronald Reagan para defenestrar a Carter fueron los tratados suscritos entre los gobiernos de Panamá y Estados Unidos en 1977 mediante los cuales se puso fin a la presencia colonial estadounidense en el Canal de Panamá, el cual fue devuelto gradualmente al país latinoamericano. Todos los hechos mencionados, junto a los cambios en la isla de Granada, la cumbre del Movimiento de los No Alineados en Cuba, la suscripción del Segundo Tratado de Limitación de Armas Estratégicas [SALT II] entre Estados Unidos y la Unión Soviética, el "descubrimiento" de una brigada soviética en Cuba y la intensa campaña de Reagan y los conservadores afectaron duramente la popularidad de Carter y el tipo de políticas que estaba llevando a cabo, la cuales sufrieron un cambio recién al final de su gobierno.

LA CONFEDERACIÓN ANTICOMUNISTA LATINOAMERICANA

En los años sesenta, así como una parte de la juventud latinoamericana se identificó con los procesos revolucionarios, otra parte se organizó y enarboló las premisas anticomunistas de la Guerra Fría, cuyas organizaciones, entrada la década del setenta, establecerían relaciones

transnacionales.[1] La Confederación Anticomunista Latinoamericana [CAL] nació en 1972 durante la sexta asamblea de la Liga Anticomunista Mundial, la cual fue organizada por la Federación Mexicana Anticomunista [FEMACO]. Allí, la FEMACO recibió el encargo de organizar y dirigir el capítulo latinoamericano de aquel organismo asiático. La CAL fue fundada en Guadalajara, en dicha asamblea, durante una serie de sesiones secretas. Las mismas fueron presididas por Ku Cheng-Kang, José J. Roy, Raimundo Guerrero y Rafael Rodríguez López, siendo estos dos últimos los dirigentes principales de la FEMACO y el primero el presidente de la Liga Mundial Anticomunista [WACL]. A estas asistieron cuarenta personas de Bolivia, Argentina, Colombia, Costa Rica, Brasil, Guatemala, Alpha 66 (organización paramilitar y terrorista de anticastristas cubanos) y México. La CAL, según Rodríguez, debería "denunciar, combatir e impedir todos los movimientos comunistas en Latinoamérica, así como desenmascarar y combatir al clero socialista, que bajo la capa de la religión está tratando de implantar el comunismo en los pueblos de habla hispana" (López Macedonio, 2010, p. 154). La CAL integró la junta ejecutiva de WACL,[2] en cada uno de los Congresos anuales de la Liga la CAL participó con delegados y las resoluciones que allí se tomaban, la CAL procuraba acatarlas.

La organización tuvo un Estatuto y Reglamentos que la normaban. Tuvo un secretario general y un consejo coordinador, quienes trabajaban activamente en los gobiernos represivos de sus países respectivos, los cuales organizaban congresos secretos y semipúblicos. [3] Los

---

1 No sabemos si constituye un antecedente, pero grupos de anticomunistas de toda Latinoamérica se organizaron previamente y también se reunieron en diferentes Congresos: el primero fue en México en mayo de 1954 en vísperas de la invasión a Guatemala, cuyo vicepresidente fue Carlos Salazar Gatica. El segundo fue en Río de Janeiro en agosto de 1955. El tercer Congreso Latinoamericano Anticomunista se reunión en Lima en abril de 1957. El cuarto fue en Guatemala en octubre de 1958. Y el Foro Anticomunista se celebró en Montevideo en septiembre de 1958 (Arévalo, 1959, pp. 188-194).

2 List of WACL member units (31 de marzo, 1979), R108F1906, Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

3 El secretario general fue Rafael Rodríguez (México) y el subsecretario general Antonio Carlos Alum (Paraguay). Es importante señalar que este último era el director de la DNET (o DNAT), la Dirección Nacional de Asuntos Técnicos, una dependencia del Ministerio del Interior de Paraguay creada a fines de la década del cincuenta con la misión de combatir al comunismo. Stella Calloni explica que Campos Alum era el director de la Policía Técnica paraguaya (Calloni, 2001, pp. 219–222). Al Consejo Coordinador lo integraron, además, Nicanor Fleitas de Paraguay (secretario de Asuntos Laborales para el Cono Sur o secretario de acción obrera latinoamericana de la Zona Sur); Carlos Podestá de Paraguay (secretario

primeros fueron los llamados Congresos Sección Partidos Políticos y Organizaciones Militares, cuyo secretario general fue en un comienzo el mexicano Humberto Dávalos Herreros e integraba a los miembros regulares; los segundos fueron los Congresos Sección Miembros Asociados, cuyo secretario general fue el mexicano Rafael Rodríguez. A estos asistían delegados por la mayoría de los países de la región y se organizaba en comisiones.

En los primeros Congresos se dirimieron cuestiones de organización interna y se hizo énfasis en la creación de toda una serie de instituciones que podrían enmarcarse en la guerra psicológica. En el II Congreso secreto (1973), por ejemplo, se resolvió crear la Agencia Latinoamericana de Noticias y el Instituto Latinoamericano de Formación Antimarxista [ILFA] que tendría como sede la Universidad Autónoma de Guadalajara y funcionaría desde septiembre de 1973. En el II Congreso de Río de Janeiro, esta área fue monopolizada por la comisión de lucha contra el clero comunista y subversivo. Los sacerdotes que integraban la comisión hicieron una resolución titulada "La lucha por las mentes" que resolvía:

> […] recordar e insistir acerca de que, dependiendo *fundamentalmente* la guerra subversiva de la conquista de las mentes, la erradicación definitiva de la violencia dependerá, en último término, de la capacidad de enfrentar la subversión marxista en el propio terreno de la lucha por las mentes (II Congreso de asociados, 23-27 de enero de 1974).

---

de Asuntos Universitarios del Cono Sur o subsecretario contra la subversión en universidades y escuelas); Armando Pérez Roura, líder de Alpha 66, organización anticastrista (secretario de Prensa y Radio para la Zona Norte); Adolfo Cuéllar de El Salvador (secretario de Propaganda y Divulgación); Roberto Cordón de Guatemala (secretario de Asuntos Campesinos de la Zona Norte o secretario de defensa de la propiedad agrícola de la Zona Norte); Fernando Ibarra de Guatemala (Presidente de la Liga Anticomunista Juvenil Mundial); Carlo Barbieri Filho de Brasil (Tesorero General); Martín Gutiérrez de Uruguay (secretario de Asuntos Empresariales del Cono Sur); Monseñor Carlos Vargas Umaña de Colombia (secretario de Defensa del Clero Anticomunista en la Zona Norte); Carlos Castaño García de México (Tesorero General de la CAL en la Zona Norte). (Reunión del Consejo Coordinador de la CAL en Guadalajara, México, del 10 al 12 de julio de 1974. CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos, R108F2055/6) En agosto, cuando se comunicó la integración de dicho Consejo, se incorporó a Jorge Medina de México como secretario de seguridad, a Alfonso de M. Passos de Brasil como subsecretario general, a Hernán Landívar de Bolivia como secretario de defensa de la propiedad agrícola de la Zona Sur y a Germán Justo de Argentina como secretario de propaganda y difusión de la Zona Sur (Circular N.º 3/74, A todos los miembros y colaboradores de la CAL, 16 de agosto de 1974, R0094F1108-12, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos). Por fuera del Consejo Coordinador, entre los miembros regulares estaban Antonio Sandoval Martínez –primo de Mario Sandoval Alarcón, el líder del MLN de Guatemala– y el Teniente Coronel Benedicto Rodríguez de El Salvador, creemos el líder de ORDEN (Ramírez Fuentes, 2017, p. 277).

Ya para la reunión del Consejo coordinador de 1974 se trató la "divulgación y propaganda anticomunista", como "acción psicológica" y "psicopolítica" en los medios de comunicación social y la adopción de un sistema que se coordine con los dirigentes de los medios de difusión, para presentar una oposición permanente a la propaganda comunista y para defender a los gobernantes y líderes anticomunistas. Con el fin de encubrir la participación de la CAL y de los capítulos miembros en las acciones se estableció la necesidad de crear "organizaciones de fachada que sean las que con la denominación, por ejemplo, de "Comisión Nacional de Derechos Humanos", "Comisión de Defensa de la Cultura", "Asociación de Artistas", etcétera, tomasen a su cargo este tipo de trabajo". Luego se discutió la forma de poner en marcha los acuerdos tomados por la comisión de prensa del Congreso de Río de Janeiro y de poner en funcionamiento la Agencia de Comunicación Internacional.

Para combatir al comunismo, la CAL aceptaba y fomentaba "todo tipo de medios". En el III Congreso secreto se planeó discutir, aprobar e implementar las medidas adecuadas a escala latinoamericana "para combatir y extirpar la subversión e infiltración del marxismo internacional y sus cómplices" en las diferentes áreas: universidades y escuelas; el clero de las iglesias; la prensa, radio y televisión; las editoriales, imprentas, periódicos y radios subversivos y clandestinos; las organizaciones de obreros, campesinos y empleados y las organizaciones empresariales.

Una de las tareas principales que se dio la CAL fue la recolección de información. En los Congresos secretos se dividían dos comisiones, la de asuntos políticos y la de asuntos militares, "para intercambiar experiencias e informaciones de carácter general en la lucha contra las actividades subversivas comunistas en los distintos países representados en el Congreso". La comisión de asuntos políticos recibió "información sobre la situación política y acción subversiva del comunismo en cada país, y de los medios para combatirlo, tanto en el aspecto represivo como en el de la acción positiva y psicopolítica" (Montanaro, S., 28 de mayo- 1 de junio de 1973). En el II Congreso de Río de Janeiro, la comisión de asociaciones cívicas resolvió crear un Centro de Información Comunista cuya estructura se delinearía por otra comisión con sede en Costa Rica. La secretaria general de la CAL se comprometió a coordinar el "intercambio de información reservada entre los Organismos Nacionales de la CAL". En julio de 1974 se reunió el Consejo Coordinador de la CAL en Guadalajara, México. Según un memorándum, en la reunión se resolvió "establecer un sistema regular de información confidencial que posibilite el intercambio de datos entre las organizaciones nacionales miembros de la CAL". Pero

lo más importante es la coordinación de la CAL con diferentes organismos de inteligencia latinoamericanos. En el II Congreso secreto se designó al Dr. Rubén Darío Ossorio como jefe del "Servicio Latinoamericano de Inteligencia" y al Dr. Antonio Campos Alum como jefe del "Departamento Técnico Latinoamericano de Asesoría y Ayuda en la lucha contra las guerrillas y el terrorismo".

Para fortalecer los lazos de esta organización de extrema derecha con los gobiernos represivos, la CAL producía declaraciones a favor de los gobiernos nacionales anticomunistas. El pleno de ese II Congreso resolvió "solidarizarse con Chile y su Gobierno presidido por el General Augusto Pinochet, y congratularse por la valentía y decisión demostradas por el pueblo y Fuerzas Armadas chilenas en la represión". También le expresó a Alfredo Stroessner "el testimonio de admiración y solidaridad de todas las fuerzas democráticas y nacionalistas del continente, por la conducción del heroico pueblo paraguayo […]". El 9 de marzo de 1974 la secretaría general de CAL les solicitó a todos sus miembros que enviasen mensajes de congratulación a Mario Sandoval Alarcón, el líder del MLN, cuando este fue elegido vicepresidente de Guatemala. La organización esperaba que el nuevo gobierno "con apoyo del pueblo realice con éxitos sus planes de engrandecimiento Nación y mejoramiento campesinos obreros y demás sectores sociales aplastando enemigos internos de la patria con apoyo del pueblo y de las Fuerzas Armadas" (Circular 003/74).

EL DISCURSO ANTIIMPERIALISTA - ANTIAMERICANO DE LA CAL (1977-1980)

El triunfo de Carter significó que varios países quedaron fuera del programa de ventas militares, del programa de entrenamiento militar y de ventas comerciales de Estados Unidos, desde Guatemala hasta la Argentina. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos solicitaba observaciones *in loco* por las numerosas denuncias recibidas de violaciones a los derechos humanos y sus informes no se hicieron esperar. Esto produjo mutaciones en las discusiones de la CAL, ya que comenzaron a prevalecer intervenciones que, sin dejar de hacer énfasis a una especie de "imperialismo" soviético-cubano que contrastaba con la realidad, procuraron intentar definir la identidad de esa red transnacional de extrema derecha apelando al imaginario antiimperialista y de defensa de la soberanía nacional de América Latina, un giro que habilitó acciones conjuntas a espaldas del país del norte. Este giro identitario se expresó en el III Congreso de la CAL llevado a cabo entre el 28 y el 30 de marzo de 1977 en Asunción y las prácticas se manifestaron en el IV Congreso realizado en septiembre de 1980 en Buenos Aires.

Al III Congreso de la CAL lo integraron delegaciones de 18 países de América Latina y fue muy concurrido. En la apertura del Congreso hubo discursos de Juan Manuel Frutos, Presidente del comité organizador; de Rafael Rodríguez, secretario general de la CAL; de Ku Cheng-Kang, presidente honorario de la Liga Mundial Anticomunista; de Gustavo Leigh Guzmán, comandante en jefe de la Fuerza Aérea y miembro de la Junta Militar de Gobierno que derrocó a Salvador Allende en Chile; de Song Hyo Soon, de la República de Corea; Roger Pearson, presidente del capítulo norteamericano; Robert Dornan, diputado por el Estado de California de Estados Unidos y un mensaje del Frente Nacional de Liberación de Angola [FNLA] (III Congreso, 28-30 de marzo de 1977).

Si desde posiciones anticomunistas estadounidenses, como mostraremos más adelante en los discursos de Perason y Dornan, el imaginario sobre América Latina se recreaba en un continuo que iba desde Simón Bolívar hasta Fidel Castro, el anticomunismo de la CAL se apropiaba de los primeros próceres antinorteamericanos, como José Martí, para construir un discurso en defensa de América Latina contra el comunismo internacional que incluía al "cartercomunismo".

El discurso de Juan Manuel Frutos, por ejemplo, iniciaba su alocución rescatando la ciudad en la que se realizaba el congreso, Asunción, como "la cuna de la libertad emancipadora de nuestra América, cuyos blasones siguen conservando en la tradición de un nacionalismo democrático, dinámico y creador, como la mejor manera de preservar el derecho de los pueblos a ser dueños de su propio destino". El discurso hablaba que esa "libertad", como "fruto de la paz democrática", era la herramienta "insustituible para el desarrollo con base popular, participacionista, justa y humana, cuando se halla inspirada en los principios inalienables de una doctrina medularmente nacionalista". Frutos entendía que había un comunismo a nivel continental latinoamericano que había que combatir llamando a la unidad y libertad en solidaridad, defendiendo las soberanías nacionales, con una "culturalización ideológica nacionalista", destacando el lugar de la "civilización occidental, democrática y cristiana" (Frutos, 28 de marzo de 1997).

El secretario general Rafael Rodríguez, al igual que el anterior, enarboló a la "gran Patria Latinoamericana" y a los conceptos de "Patria, Nacionalismo, Honor, Justicia y Dignidad" que ya habían sustentado los héroes de la independencia de América. Sostuvo que, a diferencia de los demás continentes, en América Latina el comunismo había retrocedido, lo que probaba la fortaleza de "nuestras defensas y de nuestras reservas si se emplean a fondo". Rodríguez vitoreaba:

> […] muerden el polvo los rojos de Brasil, en Uruguay, en Argentina, en Chile, en Paraguay, en Nicaragua, en El Salvador, y en Guatemala y están también en retirada en los demás países de América Latina, lo que permite asegurar la vigencia de los principios de soberanía, independencia, no intervención y autodeterminación de los pueblos […] (Rafael Rodríguez, 28-30 de marzo de 1997).

Con esa expresión no se estaba refiriendo a los soviéticos, que como ya hemos consignado sostenían relaciones con las dictaduras militares, sino a aquellos "enemigos internos" infiltrados en la población, identificables solamente por una delgada línea ideológica que marcaba la diferencia entre el amigo y el enemigo.

Rodríguez llamó a volver la mirada a "nuestra maravillosa Patria Latinoamericana", a la unión, a la defensa y a la cooperación recíproca. E hizo el mismo ejercicio que el anterior: recurrió a los "próceres de nuestras patrias" para poner, en paralelo, al coronel guatemalteco Carlos Castillo Armas, al general brasileño Humberto Castelo Branco, al presidente guatemalteco Eugenio Kjell Laugerud García, a Pinochet, Geisel, Somoza y Stroessner. Cerró su discurso proclamando y demostrando que "América Latina es una sola y gran nación" (Rafael Rodríguez, 28-30 de marzo de 1997).

El general Gustavo Leigh Guzmán (28-30 de marzo de 1977) salió a mostrar la experiencia chilena, pues consideró que era "un ejemplo para exhibir al mundo" y destacó los valores de la libertad y el "derecho de cada nación de elegir su propio camino". Afirmaba que era el "único que, hasta ahora, ha logrado salir incólume de las tenazas del imperialismo soviético y de la oscuridad de la política comunista". El general chileno se acercaba trayendo:

> […] el mensaje de mi pueblo y de la Junta Militar de mi país a esta Asamblea. Este es un mensaje de esperanza, pero a la vez, es un compromiso de Chile. Ante ustedes declaro responsablemente que el Gobierno de mi Patria no transará en sus ideales libertarios, que las Fuerzas Armadas de mi país, institucionalmente unidas, extirparán la pobreza de nuestra sociedad y entregarán al mundo como un ejemplo, la decisión indomable de triunfar […] (Gustavo Leigh Guzmán, 28-30 de marzo de 1977).

Robert Dornan (28-30 de marzo de 1977) también hizo un paralelo entre el proceso libertario de Simón Bolívar y el necesario en aquella coyuntura frente al "comunismo totalitario internacional", anclado y propulsado por Cuba hacia el resto de América Latina (Dornan, R. K., 28-30 de marzo de 1977). El mensaje del MNLA, por su parte, permitió alertar que el peligro no era solo ideológico, sino bélico. Así denunció los "30 mil soldados del ejército regular cubano" que

supuestamente habían colaborado en la guerra en Angola (FNLA, 28-30 de marzo de 1977).

Estos discursos que conjugaron el imaginario antiimperialista latinoamericano de larga duración con el anticomunismo, el nacionalismo, la democracia y el desarrollo marcaron el camino por el cual transitaron los acuerdos de las diferentes comisiones: la de entidades cívicas anticomunistas; la de prensa, radio y televisión; la de la lucha contra la infiltración comunista en los medios religiosos; la de ciencia, arte, universidades y escuelas que propuso la creación de la Universidad Latinoamericana "Simón Bolívar" (III Congreso, 28-30 de marzo de 1977); la de asuntos obreros; y la de la empresa y los pequeños propietarios que llevaron propuestas de reforma agraria. La "comisión plenaria" resolvió, entre otras cuestiones, recomendar a los países de América Latina limitar en lo posible sus operaciones comerciales con los Estados Unidos y los países comunistas. El acuerdo tomaba las hipótesis de los economistas latinoamericanos sobre el desarrollo, particularmente la dimensión centro-periferia, y abogaba para que los países productores de materias primas básicas promuevan "sólidas alianzas entre sí para vender sus productos a precios justos, eludiendo a los especuladores intermediarios innecesarios". Reconocía que había "naciones en vías de desarrollo" a las cuales había que prevenirlas "sobre los peligrosos efectos y resultados de negociar con los centros internacionales y sobre las consecuencias de caer en manos de los explotadores que tienen su sede tanto en Washington como en Moscú" (III Congreso, 28-30 de marzo 1977).

El plenario, además, resolvió declarar ilegal la intervención de la Unión Soviética y de Cuba en la cuestión de Belice; enviar mensajes de protesta a Carter por la política exterior estadounidense respecto a los países latinoamericanos anticomunistas y apoyar, paralelamente, "a los gobiernos de Argentina, Brasil, El Salvador, Guatemala y Uruguay por su actitud respecto a la administración Carter" y a los "gobiernos que mantienen una política nacionalista y anticomunista" (III Congreso, Acuerdo presentado por la comisión plenaria, 28-30 marzo 1977). Asimismo, se consensuó protestar contra el gobierno de Carter por intentar "suprimir la independencia de los pueblos y por sus ambiciones dictatoriales" y demandar a su administración "la más absoluta sujeción a los fundamentales principios del derecho internacional y de respeto irrestricto a la soberanía nacional, a la autodeterminación y a la no intervención en los asuntos internos de los países de América Latina". También se pronunciaron para que la administración actual de los Estados Unidos se abstenga de utilizar el tema demagógico de los Derechos del Hombre y denunciaron públicamente la "maniobra

procomunista" de Carter (III Congreso, Acuerdo presentado por la comisión plenaria, 28-30 marzo de 1977).

El III Congreso de la CAL elaboró una declaración final en la que volvió a enfatizar el nacionalismo y el anticomunismo que ejercían defendiendo el principio de no intervención y autodeterminación de los pueblos para denunciar el condicionamiento de la ayuda militar y económica de Estados Unidos hacia los "estados chileno, guatemalteco, salvadoreño, argentino, uruguayo y brasileño" por supuestas violaciones a los derechos humanos cometidas por sus gobiernos y Fuerzas Armadas. La declaración enfatizó el ejercicio de legítima defensa con la agresión del comunismo: "solamente ejerciendo acciones militares y psicopolíticas inteligentes y audaces se podrá evitar la reiteración de desgracias como las del noble pueblo cubano" (III Congreso, Declaración Final, 28-30 de marzo de 1977). Consideraba que era un "deber de todos contribuir a la causa de su libertad, siguiendo en dicho aspecto los heroicos ejemplos que han dado al mundo entero los gobiernos y Fuerzas Armadas de Chile, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Brasil, Uruguay, Argentina y Paraguay". Concluía agradeciendo la presencia de Alfredo Stroessner y de Gustavo Leigh Guzmán (III Congreso, Declaración Final, 28-30 de marzo de 1977).

Entre el III Congreso y el IV Congreso de la CAL mediaron algunos acontecimientos que colaboraron a direccionar las acciones de la organización hacia América Central para cubrir el supuesto hueco dejado por la inacción de los Estados Unidos en la región. Entre el 22 y el 27 de abril de 1979 en Asunción se llevó a cabo el 12 Congreso de la Liga Mundial Anticomunista [WACL],[4] un congreso que fue inaugurado por el mismo presidente Alfredo Stroessner y que recibió numerosos mensajes de Jefes de Estado y "personalidades prominentes" (Soler, 2018).

---

4 En marzo de 1979, los miembros nacionales de WACL eran: Germán Justo (Argentina); Hernan Landivar Flores y Alfredo Candia (Bolivia); Sociedade De Estudos Politicos Economicos E Socias, Carlo Barbieri Filho (Brasil); Gustavo Alessandri (Chile); Teniente Coronel Alberto Lozano Cleves (Colombia); Movimiento Costa Rica Libre Bernal Urbina Pinto (Costa Rica); Thomas Reyes Cerda (República Dominicana); Cristobal Bonifas Jijon (Ecuador); Organización Democrática Nacionalista Adolfo Cuéllar, pero Mayor Gabriel Contreras fue elegido como nuevo representante (El Salvador); Movimiento de Liberación Nacional Mario Augusto Sandoval Alarcón (Guatemala); Haitian Anti-Comunist Movement Jean Edward Bourand (Haití); Héctor Manuel Aguilar (Honduras); Federación Mexicana Anticomunista Raymundo Guerrero (México); Orlando Montenegro (Nicaragua); Unión Panamá Anticomunista José A. de Obaldía, pero Sergio Carter fue elegido como nuevo representante (Panamá); Juan Manuel Frutos (Paraguay); Fernando Berckemeyer Conroy (Perú); Nationalist Democratic Action José Ramos (Puerto Rico); Democratic Organization of Trinidad Tobago (Trinidad y Tobago); Martin Gutierres (Uruguay); Venezuela Movimiento Nacionalista Alejandro Gomez Silva (Venezuela). List of WACL member units (march, 31, 1979), R108F1919-23, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Para ese entonces, la delegación guatemalteca (de Roberto Cordón del partido Movimiento de Liberación Nacional) ya solicitaba "la cooperación moral, económica y física de las fuerzas democrático - representativas, con vistas a constituir la primera internacional comunista". Pocos meses después, el Frente Sandinista de Liberación Nacional entró en Managua derrocando a la larguísima dinastía de los Somoza en Nicaragua y Paraguay se convirtió en el asilo político del dictador. En enero de 1980 murió asesinado el salvadoreño Adolfo Cuellar, miembro fundador de la CAL, miembro del Congreso de El Salvador y funcionario de la Organización Democrática Nacionalista [ORDEN] (CDADDH, Circular 001/80, 16 de enero de 1980).

El IV Congreso de la CAL se realizó en el Teatro Municipal General San Martín de Buenos Aires el 2 de septiembre de 1980, con aproximadamente doscientos delegados de veinte países de América Latina. En perspectiva comparada puede afirmarse que fue el Congreso de la CAL de mayor magnitud. Asistió al acto el jefe de la Policía Federal, el general Juan Bautista Sasiaiñ, detenido por el robo de bebés durante la dictadura, y oficiales en actividad de las tres Armas.

Para este Congreso, la CAL recibió mensajes de adhesión de los presidentes argentino, paraguayo, boliviano y del Comandante en Jefe del Ejército uruguayo, tal como se puede consultar en el artículo "Adhesión de Videla al Congreso Anticomunista " (1980, p. 8). Las veinte delegaciones que asistieron condenaron duramente a la política estadounidense de derechos humanos, y su presidente, el jefe del Estado Mayor del Ejército argentino y quien controlaba el Batallón 601 del Ejército, Carlos Suárez Mason, conminó a dar soluciones prácticas y acciones concretas a la conspiración que, según indicó el secretario general de CAL, "no viene solo de Moscú o de La Habana, sino que cuenta con bases de apoyo en Washington, Nueva York y cómplices en Venezuela, Panamá, Costa Rica y México". [5] En su discurso señaló que el Congreso

> […] puede ser tan necesario para el esclarecimiento, la actualización de la información global y la determinación de las estrategias, políticas y

5 El Batallón había nacido el 1 de enero de 1968. La directiva 1/75 del Consejo de Defensa señaló que el Ejército conduciría con responsabilidad primaria el esfuerzo de inteligencia de la comunidad informativa a fin de lograr una acción coordinada e integrada, tarea que se realizaría en absoluto secreto. La actividad de inteligencia se centralizaría desde la Jefatura II del Estado Mayor General del Ejército del Comando General del Ejército. Esa Jefatura II definió como órgano ejecutor de dicha centralización al Batallón de Inteligencia 601. La Central de Reunión del Batallón de Inteligencia 601 estaba integrada por los servicios de inteligencia de la Fuerza Aérea, la Armada, Institutos Penales, Superintendencia de Seguridad Federal, Prefectura, SIDE, entre otros, y por personal del Batallón 601 (Programa de Verdad y Justicia, 2015, p. 4).

> procedimientos recomendables para la prosecución de la defensa del inestimable patrimonio espiritual y material del mundo libre, comprometido en estos años por la presencia de la filosofía marxista y sus consecuencias (Adhesión Videla, 1980, p. 8).

El guatemalteco Mario Sandoval Alarcón tildó a dichos países considerados cómplices de "tontos útiles al servicio del comunismo internacional" y a Cárter de "el más nefasto de los mandatarios de Estados Unidos" y de "traicionar al presidente Anastasio Somoza" (Adhesión Videla, 2 septiembre de 1980, p. 8; Denuncian anticomunistas , 1 septiembre 1980). Luis Ángel Lagos, del Partido de Conciliación de El Salvador, expresó que "estamos en permanente lucha bajo el lema de que el único comunista bueno que va a haber en el país va a ser el comunista muerto" (Inaugurado Cuarto Congreso Anticomunista , 2 de septiembre de 1980, p. 10).

En conferencia de prensa, el secretario general, el mexicano Rafael Rodríguez, dijo que en el Congreso se habían presentado sesenta ponencias que abarcaron dos tópicos: "la agresión soviética en América Central y el Caribe" y "la actuación de algunos gobiernos de América Latina y otras organizaciones internacionales como cómplices de esa agresión". Rodríguez afirmó que "se adoptaron acuerdos que se traducirán en medidas de trabajo para contrarrestar esa ofensiva" (Congreso Anticomunista dio su apoyo, 4 de septiembre 1980, p. 8). Según la prensa fue un evento "que podría anteceder a algún organismo de integración política del bloque que de hecho han constituido los regímenes de facto del Cono Sur" (Denuncian anticomunistas, 1 septiembre 1980).

Al concluir las deliberaciones, el Congreso resolvió apoyar las gestiones de los gobiernos de "Argentina, Guatemala, Uruguay, Paraguay, Chile y Bolivia por su valiente postura de no dejarse intimidar, ni por las amenazas difamatorias en su contra, ni por las presiones y amenazas del 'cartercomunismo'". Asimismo, les solicitó a esos gobiernos "la expulsión inmediata de todos los jesuitas neocolonizadores marxistas, y poder con este ejemplo demostrar al mundo que nuestro anticomunismo cristiano es incompatible con su teomarxología de la liberación". El militar argentino Suárez Mason clausuró el evento requiriendo a los pueblos y países de Latinoamérica la unión frente a la amenaza comunista y a los delegados que hiciesen comprender que el peligro mayor se cernía sobre América Central que de caer en manos del comunismo constituirá una cuña divisoria del continente amenazado (El Congreso anticomunista , 4 de septiembre de 1980, p. 8). Asimismo, denunció la política exterior del presidente Cárter como "instrumento de un proyecto neocolonial marxista (Congreso anticomunista, 4 de septiembre de 1980, p. 6)," lo cual legitimaba el

accionar de la CAL y de la dictadura argentina en la región. Suárez Mason se comprometió a enviar a Centroamérica asesores argentinos que transmitiesen la experiencia argentina y la Liga Anticomunista Mundial a aportar ocho millones de dólares para los gastos iniciales (Martorell, 1999, p. 204). El desenlace de este evento fue el asesinato de Anastasio Somoza en Paraguay el 17 de septiembre de 1980.

CONCLUSIÓN

El impulso antiimperial contribuye a explicar por qué, como comunidad imaginada, América Latina persiste, imaginario que aglutinó a izquierdas como a derechas de la región frente a políticas que fueron consideradas imperialistas, expansionistas e intervencionistas legitimadas en nombre de la democracia. La identidad latinoamericana ha acompañado experiencias históricas transnacionales unionistas o también llamadas alianzas continentales que pusieron en el centro de la acción y de la organización las preocupaciones por la autonomía, la autodeterminación, la soberanía, la liberación nacional y la independencia, y han apelado a patriotas como Simón Bolívar y a consignas como Nuestra América.

Durante el siglo XX, la política estadounidense para América Latina fue sistemáticamente imperialista, expansionista, intervencionista, de intromisión en los asuntos internos en los países de la región. Las formas fueron múltiples, desde económicas, políticas, diplomáticas, militares, hasta acciones psicológicas, propagandísticas y encubiertas en la época de la Guerra Fría. Estas formas de imperialismos de larga duración recrearon diferentes formatos de luchas antiimperialistas, solo que, durante la Guerra Fría, estas luchas fueron atravesadas por la pugna entre dos mundos: el "occidente, democrático y cristiano" y el "oriente, comunista y ateo". El fantasma de la presencia soviética en América Latina arreciaba. El juvenilismo de los años sesenta apeló, en general, a la violencia y a la identidad latinoamericana y se expresó, en parte, en la Junta Coordinadora Revolucionaria, ideada a fines de 1972 y oficializada en 1974. Las organizaciones de extrema derecha no se quedaron atrás, apelaron también a la violencia y a la identidad latinoamericana con un formato de antiimperialismo que extendió el fantasma soviético hasta el gobierno de Estados Unidos.

Esto último ocurrió, especialmente, en una coyuntura particular: durante el gobierno de James Carter. Su "tibieza" para algunos asuntos que los anticomunistas consideraban viscerales le valió su descrédito y la reactivación del imaginario antiimperialista en la extrema derecha latinoamericana. Su política a favor de los derechos humanos, de no apoyo militar y económico a los regímenes dictatoriales y de descolonización fue visto por las extremas derechas, paradójicamente,

como un atentado a la democracia de occidente y una intromisión a los asuntos internos nacionales. Los papeles de la organización transnacional de extrema derecha, la Confederación Anticomunista Latinoamericana, nos revelan cómo desde sus inicios la organización recurrió a la identidad latinoamericana y la construyó a partir de la creación de diferentes instituciones, la coordinación de informaciones y la acción psicológica. Sin embargo, se apeló identitariamente a la misma cuando fue "urgente" recurrir a la efectividad simbólica del imaginario antiimperialista. Esto ocurrió tras el triunfo de James Carter y se puede vislumbrar en dos Congresos, en el III de 1977 y en el IV de 1980.

Se defendía a América Latina del comunismo internacional y de sus cómplices, entre los que contaba el llamado "cartercomunismo", por medio de cada uno de los recursos clásicos de la retórica antiimperialista: "Nuestra América"; defensa de las "soberanías nacionales"; "Patria Latinoamericana"; "principios de soberanía, independencia, no intervención y autodeterminación de los pueblos"; "unión"; "cooperación recíproca"; "próceres de nuestras patrias"; "Universidad Latinoamericana Simón Bolívar"; "limitar en lo posible sus operaciones comerciales con los Estados Unidos y los países comunistas"; "naciones en vías de desarrollo". Sus enemigos eran aquellos "explotadores que tienen su sede tanto en Washington como en Moscú".

La retórica sin dudas fue efectiva. La organización se engrosó hacia 1980 y los gobiernos latinoamericanos lograron articularse a esta organización civil, la cual colaboró en la coordinación supraestatal de la represión, la vuelta del conservadurismo y el triunfo de Ronald Reagan.

BIBLIOGRAFÍA

Arévalo, J. J. (1959). *AntiKomunismo en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Palestra.

Calloni, S. (2001). *Operación Cóndor. Pacto Militar*. México: La Jornada ediciones.

Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH] (16 de enero de 1980). [Circular 001/80], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Comité Organizador (22-27 de abril de 1979). [Proyecto del programa del 12 Congreso de WACL], Congreso del WACL, Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Dornan, R. K. (28-30 de marzo 1977). [Discurso]. III Congreso, Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Friedman, M. P. (2015). *Repensando el antiamericanismo. La historia de un concepto excepcional en las relaciones internacionales estadounidenses*. Madrid: Machado Libros.

Frutos, J. M. (28-30 de marzo 1977). [Discurso Inaugural]. III Congreso, Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Funes, P. (1992). Del Mundus Novus al Novomundismo. Algunas reflexiones sobre el nombre de América Latina. *Cuadernos Del Claeh*, 17(63–64), 67–79.

Gobat, M. (2016). La invención de América Latina: Una historia transnacional de antiimperialismo, democracia y raza. *Revista Istor*, (67), 61–108.

Halperin Donghi, T. (1997). *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.

II Congreso de asociados (23-27 de enero de 1974). [Resolución aprobada por la comisión de lucha contra el clero comunista y subversivo], Río de Janeiro, Asunción, Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

II Congreso de asociados (23-27 de enero de 1974). [Resolución aprobada por el pleno presentada por los representantes de México, Bolivia, Perú y Ecuador], Río de Janeiro, Asunción, Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

II Congreso de asociados (23-27 de enero de 1974). [Resolución aprobada por el pleno], Río de Janeiro, Asunción, Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos. Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH] (9 de marzo de 1974). [Circular 003/74], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

II Congreso de asociados (23-27 de enero de 1974). Resolución aprobada por la Comisión de Asociaciones Cívicas presentada por la FEMACO, Río de Janeiro, Asunción, Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

II Congreso de asociados (23-27 de enero de 1974). Resolución aprobada por la comisión de asociaciones cívicas, Río de Janeiro, Asunción, Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de

los Derechos Humanos [CDADDH], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

II Congreso secreto (28 de mayo- 1 de junio de 1973). [Asuntos tratados y aprobados]. Asunción, Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

III Congreso (28-30 de marzo 1977). [Delegaciones extranjeras], Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

III Congreso (28-30 de marzo 1977). [Índice], Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

III Congreso secreto (29 de noviembre y 2 de diciembre de 1974). Agenda para el tercer congreso, Brasilia, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

III Congreso, (28-30 de marzo de 1977), Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

III Congreso, (28-30 de marzo de 1977). [Declaración final]. Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Katz, F. (2004). La Guerra Fría en América Latina. En D. Spenser (Ed.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (pp. 11–28). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y Miguel Ángel Porrúa librero editor.

Kozel, A. *et al.* (2015). Introducción. En *El imaginario antiimperialista en América Latina* (pp. 7-21). Buenos Aires: Ediciones del CCC y CLACSO.

Leigh Guzmán, G. (28-30 de marzo 1977). [Discurso en la ceremonia de apertura]. III Congreso, Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Leonov, N. (1999). La inteligencia soviética en América Latina durante la Guerra Fría. *Estudios Públicos*, (73), 31–63.

López Macedonio, M. N. (2010). Historia de una colaboración anticomunista transnacional. Los tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y el gobierno de Chiang Kai-Shek a principios de los años setenta. *Contemporánea*, 1(1), 133–158.

Martorell, F. (1999). *Operación Cóndor*. Santiago de Chile: Editorial LOM.

Montanaro, S. (28 de mayo- 1 de junio de 1973). [Informe]. II Congreso secreto, Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Nercesián, I. y Rostica, J. (2014). *Todo lo que necesitas saber sobre América Latina*. Buenos Aires: Paidós.

Pastor, R. (1995). *El remolino. Política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe*. México: Siglo Veintiuno editores.

Programa de Verdad y Justicia. (2015). *El Batallón de Inteligencia 601*. Buenos Aires: Dirección Nacional del Sistema Argentino de Información Jurídica, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Disponible en: http://www.infojus.gob.ar/docs-f/ediciones/libros/Batallon_inteligencia_601.pdf

Quijada, M. (1998). Sobre el origen y difusión del nombre 'América Latina' (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad). *Revista de Indias*, 63(214), 595–616.

Ramírez Fuentes, J. A. (2017). Aglutinando a las derechas: los primeros años del partido ARENA, 1979-1984. En R. García Ferreira y A. Taracena Arriola (Eds.), *La Guerra Fría y el anticomunismo en Centroamérica* (p. 269–290). Guatemala: FLACSO.

Reunión del Consejo Coordinador de la CAL (10-14 de julio de 1974). [Informe]. Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos [CDADDH], Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Rodríguez, R. (28-30 de marzo 1977). [Discurso en la ceremonia de apertura]. III Congreso, Asunción, CDADDH, Dirección Nacional de Asuntos Técnicos.

Romano, S. (2013). *¿América para los americanos? Integración regional, dependencia y militarización*. La Habana: Ruth Casa Editorial.

Soler, L. (2018). Redes y organizaciones anticomunistas en Paraguay. La XII Conferencia Anual de la Liga Anticomunista Mundial, realizada en Asunción en 1979. *Páginas, 10*(24), 55–73.

Sosa Álvares, I. (2014). Estudio introductorio. *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*. Michoacán: El Colegio de Michoacán; Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

Uliánova, O. (2000). La Unidad Popular y el golpe militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos. *Estudios Públicos*, (79), 83–171.

XII Congreso de la Liga Anticomunista Mundial (23-27 de abril de 1979). [Ponencia de la delegación de Guatemala, Partido MLN], Asunción.

NACIONALISMO Y ANTINTERVENCIONISMO

Imaginarios de la derecha argentina de los sesenta

Aníbal García Fernández

INTRODUCCIÓN

Los estudios en torno al antiimperialismo en los últimos años han tenido un avance significativo. Andres Kozel en la introducción del libro *El imaginario antiimperialista en América Latina* menciona que, gracias a la gran diversidad de estudios y a la revitalización de lecturas olvidadas, podemos tener una idea más amplia de lo que es el antiimperialismo en América Latina. En este sentido, retomamos la idea de que "lejos de presentarse como una superficie plana y asociada a significaciones unívocas, la trama antiimperialista se caracteriza por una notoria heterogeneidad doctrinaria, conceptual, expresiva e instrumental" (Kozel, 2015, p. 11).

El antiimperialismo, siguiendo a Kozel, podría definirse "como una modalidad de resistencia política y cultural, pero también, como un "componente activable desde distintas posiciones ideológicas, dado su enraizamiento en disposiciones ubicadas en capas 'más profundas' de significación" (p. 14). Debido a los últimos estudios en torno al tema podemos decir, como lo menciona el autor, que en América Latina "no ha sido antes ni es hoy de alguien en particular". Siguiendo esta forma de entender y definir el antiimperialismo se nos abren nuevas posibilidades para explorar las distintos cuerpos doctrinarios y su enraizamiento, entendiendo que nuestras sociedades tienen constantemente

disputas por el sentido, las tradiciones y las simbologías tienen mayor relevancia en la esfera de las significaciones.

El filósofo e historiador Bronislaw Baczko (1999), en su texto *Los imaginarios sociales,* menciona que todo imaginario social está conformado de elementos de un campo de representaciones colectivas conformadas de signos de poder, representaciones y emblemas de poder. En dichas representaciones, que además son colectivas, se articulan ideas, imágenes, ritos y modos de acción, los cuales son históricos. Señala que los sujetos sociales tienen actos basados en ideas-imágenes que ellos se dan a sí mismos y, además, se definen diferenciándose de sus enemigos o adversarios.

El antiimperialismo ha sido estudiado en aquellos grupos políticos, partidos políticos, gobiernos y organizaciones que podríamos caracterizar de izquierda o progresistas. Como señala Alexandra Pita González y Carlos Marichal, el antiimperialismo fungió como bandera de movimientos populares y populistas en Nuestra América, derivado de la propia historia, pero sobre todo "de la conciencia histórica de numerosos países que han sido víctimas de invasiones, intervenciones militares y políticas externas durante los últimos dos siglos" (González y Marichal, 2012, p. 9). Hay varios elementos que han sido una constante en el antiimperialismo latinoamericano: la denuncia del intervencionismo, sea militar o de otro tipo, la contrapropuesta defensiva mediante la bandera de la unión latinoamericana. Aunque no fue una postura hegemónica, también hubo expresiones nacionalistas, divididas entre aquellas que se aferraron a una vieja idea de lo nacional (como Estado-nación) y aquellas que abogaron por un "nacionalismo continental" (González y Marichal, 2012, p. 9).

Sin embargo, hubo organizaciones y gobiernos que se asumieron nacionalistas, pero también antinjerencistas ante cualquier poder externo. Después de terminada la segunda guerra mundial y con el inicio de la Guerra Fría, el comunismo y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas fueron identificadas como ajenas, externas a la "ideología nacional", como fue en el caso de Argentina, Brasil, Uruguay, entre otros países latinoamericanos.

Dicha forma de entender el antintervencionismo se articuló en el contexto de los años sesenta, cuando se conformaron redes transnacionales de derecha (Bertonha y Bohoslavsky, 2016). Estas redes transnacionales de derecha conformaron sus propios imaginarios sociales, articulando ideas, modos de acción y definiéndose a sí mismos e identificando enemigos o adversarios, sean nacionales o no.

En este sentido, algunos los militares argentinos, de mediados del siglo XX en adelante, conformaron imaginarios sociales y representaciones colectivas de lo que consideraban eran los elementos de la

nación y en esa definición de lo que consideraban como nacional, definieron aquello que no era. Como veremos a lo largo del texto, los elementos que definían la nación fueron la identificación con una matriz católica, con la cultura occidental, pero sobre todo la hispánica, y democrática elitista y antiliberal. En contraposición, identificaron al comunismo como una ideología ajena y externa que vulneraba esos principios nacionales.

Una de las preguntas centrales del capítulo es: ¿cómo y por qué percibían los militares argentinos las posibilidades de injerencia comunista? La forma particular en la cual pensaron dicha injerencia contribuyó a delinear una estrategia de seguridad ante ese expansionismo comunista, definido como una serie de valores, ideología y sistema económico distinto al que los militares argentinos definían como los valores de la nación argentina. El texto sugiere que cierta fracción de los militares argentinos en los sesenta, formaron parte de un "sentimiento de época" que podríamos denominar nacionalista, identificado con un pasado hispanista, con una idea antinjerencista y de unidad latinoamericana contra toda forma de imperialismo, ya sea de la Unión Soviética o de Estados Unidos.

Como mencionamos al inicio, partimos de que el antiimperialismo no pertenece únicamente a cierta matriz ideológica y que nuestras sociedades latinoamericanas están constantemente disputándose sentidos sociales. Uno de nuestros objetivos es un primer acercamiento a la ideología militar argentina de la segunda mitad del siglo XX. Intentamos explorar una suerte de antiimperialismo en la obra de Osiris Villegas, militar e ideólogo argentino que publicó *Guerra revolucionaria comunista* en 1962, obra reeditada en 1963, donde encontramos elementos que podrían considerarse antiimperialistas, con una fuerte carga nacionalista y antinjerencista. Villegas fue una especie de intelectual de la élite "azul" o la rama "profesionalista" del ejército argentino (Mazzei, 2013, 2017). Dicho texto es central y así como marca el final de la misión militar francesa en Argentina (1957-1962), marca también el inicio de una revisión y perfeccionamiento de las tesis principales sobre la guerra, sobre la guerra revolucionaria comunista, sobre el "imperialismo ideológico" y, sobre todo, da pistas para entender la conformación ideológica de los militares para defender la nación y delinear una estrategia de seguridad nacional para frenar el expansionismo comunista. Esta postura nacionalista, autoritaria y anticomunista fue compartida por otras agrupaciones de derecha en Argentina y en otros países de América Latina. Como veremos, fue un sentimiento de época del cual formó parte también una fracción del ejército argentino.

El capítulo está dividido en tres apartados: la importancia de la escuela francesa como antecedente y primer contacto con el concepto de guerra revolucionaria; el contexto de la década de los sesenta en Argentina, centrándonos en las redes transnacionales de derecha y su forma de entender la defensa de la nación y la conformación de ciertos imaginarios nacionalistas antintervencionistas; el análisis de la obra de Osiris Villegas en cuanto a la forma de entender el antintervencionismo, la defensa de la nación y la justificación de por qué llevar a cabo la guerra no solo en términos militares sino también en términos ideológicos.

LOS SESENTA: CONTEXTO DE ÉPOCA Y EL NACIONALISMO DE DERECHA

El triunfo revolucionario en La Habana en 1959 y sobre todo el viraje socialista de esta fue un parteaguas teórico y práctico para varios sectores de la izquierda latinoamericana (Melgar, 2006), y en la década de los sesenta en América Latina hubo varios movimientos de carácter revolucionario inspirados en el triunfo de la Revolución cubana. Sin embargo, del otro extremo ideológico, varios movimientos de carácter nacionalista también comenzaron a tener una mayor actividad política y establecieron conexiones entre ellos en América Latina. En este apartado nos centraremos en identificar los elementos nacionalistas y el antintervencionismo en Argentina de algunos grupos políticos.

Valeria Galván, socióloga argentina, considera que, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la identidad supranacional hispanista de ciertos grupos como los que aglutinó el semanario político *Azul y Blanco*, dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo, se fue definiendo en oposición al imperialismo de Estados Unidos. De esta forma "el hispanismo de los nacionalistas [argentinos] se fue volviendo sinónimo de antiimperialismo" (Galván, 2016, p. 231).

Siguiendo a la autora, los grupos nacionalistas se planteaban la "restauración cultural de los valores nacionales esenciales" provenientes de la tradición y la historia, "sobre los que se proyectaría el desenvolvimiento de las virtualidades de la comunidad [argentina] en su estilo particular". Podemos decir, siguiendo esta argumentación, que había un sentimiento de época, una forma distinta de analizar la región, una forma diferente de relacionarse con el pasado hispánico. Además, la cara pragmática de pensar la región en su conjunto incluía también cierto tipo de antiimperialismo que se alejaba del de izquierda, anteponiendo ideas nacionalistas, militaristas y de unidad latinoamericana en pos del desarrollo en clave capitalista y por la defensa de elementos culturales considerados "nacionales" como, por ejemplo, la religión católica y el hispanismo.

Por otra parte, Vicente Martín, doctor en ciencias sociales, en su texto "América Latina según el liberal-conservadurismo argentino: entre la modernización, el panamericanismo y la Doctrina de Seguridad Nacional (1959-1973)" propone que la idea de Latinoamérica como región se constituyó entre grupos nacionalistas como una clave de lectura que vinculaba el panamericanismo y el occidentalismo (2016). En este sentido, el autor rescata que, para estos grupos nacionalistas, América Latina fue leída en contradicción permanente entre sus potencialidades y las sombras de un tiempo político complejo enmarcado en la Guerra Fría, pero sin excluir un elemento que también rescata Galván: una idea de unidad de las derechas que rescataba elementos como el hispanismo.

Martín nombra una serie de organizaciones que se habían formado en el heterogéneo liberalismo argentino y, sobre todo, en grupos liberal-conservadores como los que se nuclearon en torno al Congreso por la Libertad de la Cultura [CLC], creado en Múnich en 1950. Bajo la lógica de este congreso se creó en 1955 la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura [AALC] fundada por el socialista Juan Solari y Manuel Ordóñez, demo-católico (Martín, 2016, p. 258). De las actividades de este último grupo se articularon otras redes de derecha como el Club de la Libertad, la Federación Argentina de Entidades Democráticas Anticomunistas [FAEDA], Rearme Moral. Estas organizaciones desde el liberalismo adquirieron una ideología cada vez más anticomunista.

Otro aspecto importante fue la idea de occidentalismo de estas agrupaciones que tenía como referente al español Julián Marías, discípulo de José Ortega y Gasset. El estudio realizado por Martín (2016) apunta que el periódico *La Nación* fue un difusor de las ideas liberal-conservadoras en la década de los cincuenta y sesenta. En dicho rotativo, Marías publicó una nota en la que mencionaba que "Occidente es algo más que una noción geográfica o histórica, es un programa, un futuro [...] Occidente supone la vida como libertad" (p. 259). Esta idea de Occidente fue la que retomarían las agrupaciones de derecha argentina a través de la lectura de Mariano Grondona en su libro *La Argentina en su tiempo y en el mundo* (1967), o el caso de Álvaro Alsogaray en su libro *Política y economía en Latinoamérica. Principales problemas e ideas que se debaten,* publicado en 1969.

Resulta trascendental la lectura de Grondona pues a la vez que elevaba el rol regional de Argentina conformaba una idea de esta, entendida como un "conjunto cultural y ético-político diferente al de las naciones subdesarrolladas" (Martín, 2016, p. 260). Para Grondona "La misión de Argentina es, entonces, reinsertarse en el mundo a través de

América Latina. Debe convertirse en el fermento y la levadura de la elevación de América Latina al nivel del resto de Occidente" (p. 260).

Esta lectura tuvo una genealogía en la década de los veinte, en la que se constituyó la idea de la "excepcionalidad argentina" con una base ideológica liberal que se bifurcó en aquella década y que convergió cuarenta años después. Como menciona Martín (2016), por un lado, el excepcionalismo de los nacionalistas de los veinte, caracterizado por posiciones donde se entendía la Argentina como una constitución superior a la de América Latina y, por otro, el excepcionalismo ligado a concepciones liberales en torno al lugar de Argentina dentro del contexto propiamente latinoamericano. Esta última clave de lectura fue compartida por algunas vertientes de la izquierda regional. Por lo anterior, no es casual que ciertos grupos de derecha argentinos se adhirieran a la idea del panamericanismo estadounidense para desarrollar una estrategia particular de defensa de Occidente como construcción cultural e histórica, pero marcando la particularidad argentina.

Por su parte, la historiadora uruguaya Magdalena Broquetas, en un análisis sobre la extrema derecha uruguaya y sus redes transnacionales en la década de los sesenta, menciona que varias agrupaciones en el Río de la Plata tenían una identificación con un pasado "hispano" en el que las solidaridades "rioplatenses" no solo estructuraron la identidad histórica de esta corriente, también sirvieron para una proyección de su política a nivel regional (2016). En este sentido, menciona Broquetas que

> […] la reversión de los pueblos a su "destino" consistía en la restauración de este supuesto orden original y "natural", fundado sobre pilares del hispanismo, el cristianismo y el autoritarismo, que se había visto erróneamente truncado. Sobre esta base se proyectaron vínculos políticos a diferentes escalas: mientras la otrora América hispánica representaba la unidad política mayor asentada sobre una común adopción de la doctrina nacional sindicalista y el antiimperialismo tanto soviético como estadounidense, el espacio rioplatense figuraba además como ámbito de acción conjunta para movimientos que se consideraban hermanados en su historia más inmediata (Broquetas, 2016, pp. 215-216).

Además de organizaciones y movimientos de derecha, los militares no fueron ajenos a este contexto y a este sentimiento de época de revalorización de un pasado hispano y del nacionalismo en clave autoritaria. El uso de estos imaginarios en la década de los sesenta posibilitó a varias agrupaciones sociales identificar una serie de elementos, de ideas, de modos de acción.

Antonius Robben, doctor en antropología, quien ha estudiado la violencia política en el caso argentino, menciona que hubo un proceso de relectura histórica del pasado hispánico en sectores nacionalistas argentinos. El autor narra que los militares argentinos se aferraron a la tradición hispánica decimonónica en la que el ejército era el guardián nacional de la moral, "resaltaban la tradición, la autoridad, la espiritualidad, el honor, la abnegación y la austeridad". Dichos valores formaban parte de un "pasado más glorioso" (Robben, 2008).

En síntesis, varios factores y procesos se conjugaron en los sesenta en Argentina: crisis económica, política y social, ascenso de la lucha de clases expresada en huelgas, marchas y protestas de sindicatos y estudiantes (Izaguirre, 2012). Todo esto en un contexto internacional de Guerra Fría, leído particularmente por los militares argentinos como un enfrentamiento de dos proyectos antagónicos de carácter internacional, del cual Argentina no era ajena y que tenía repercusiones internas, pero que, a nivel latinoamericano, tenía sus particularidades. Por otro lado, un sector de intelectuales y militares argentinos miraron el pasado hispánico como uno más glorioso y se identificaron con ciertos valores que se debían defender como la religión cristiana, la civilización occidental, la autoridad, honor y defensa de valores democráticos. De esta lectura se deprendía la identificación de un principio de autonomía y no injerencia de potencias externas, ya sea de Estados Unidos o de la URSS. A esto habría que acotar que, si bien hubo cierto sector que tuvo posturas que podríamos catalogar como antiimperialistas y antinjerencistas respecto de Estados Unidos, ello no impidió que lograran tener conexiones con sectores ultraconservadores de aquel país, pero, de nuevo, marcando las particularidades de Argentina y su propia agenda regional.

Después de presentar esta serie de elementos identitarios y discursivos compartidos por la derecha latinoamericana es posible aprehender mejor el contexto en el cual el ejército argentino obtuvo una de sus referencias teóricas y estratégicas más importantes de la mano del general Osiris Villegas, quien en 1962 publicó el texto *Guerra Revolucionaria comunista*. Varios de los elementos antes mencionados los encontraremos en su publicación *La escuela francesa y su influencia en el ejército argentino*.

En este apartado nos interesa rescatar la ideología militar argentina en el siglo XX y sobre todo aquellos elementos que nutrieron los principios ideológicos de defensa de la nación. Como veremos, la escuela francesa fue importante porque, además de cambiar las estrategias de guerra y poner el énfasis en las labores de inteligencia y control territorial, "renovó" el ideario contrarrevolucionario argentino a partir de la experiencia en las guerras de descolonización, contribuyendo

a definir la noción de "enemigo interno". Durante la primera mitad del siglo XX, los militares argentinos, al igual que otros ejércitos del Cono Sur, tuvieron una fuerte influencia militar europea, sobre todo la prusiana. Al término de la segunda guerra mundial, la influencia fue modificada y, con la Guerra Fría, así como con las luchas de liberación nacional, se modificó el contexto histórico internacional. De tal forma que los ejércitos latinoamericanos, y el argentino en particular, no fueron ajenos a dicho cambio. Para 1955, tras el derrocamiento de Perón, el sector liberal del ejército buscó reemplazar la Doctrina de Defensa Nacional y "desperonizar" al ejército. De esta forma se sustituyó la escuela alemana, que llegó con el siglo XX a la Escuela Superior de Guerra [ESG], y el interés se centró en la escuela francesa y, posteriormente, en la estadounidense, ya en un contexto internacional de Guerra Fría (Mazzei, 2002).

Como menciona el politólogo francés Alain Rouquié (1981), la "era militar" argentina se caracterizó por las constantes intervenciones políticas del ejército desde el golpe de Uriburu en 1930. Autores como Mazzei (2002), Miguez (2013) y Cañón Voirín (2012) mencionan que este cambio ideológico militar en 1955 expresó la existencia de una crisis hegemónica en la que los sectores económicos ligados a la industria, así como los militares, interpretaron que la sociedad argentina se encontró bajo un desorden caótico. Dicho desorden exigió una reconfiguración de fuerzas y una nueva matriz político-económica, en la cual el sector agroexportador dejó de ser el dominante.[1] El vínculo entre el sector industrial y militar se hizo más fuerte con una creciente derechización de los sectores dominantes que irían creciendo debido a las circunstancias nacionales, pero también por el contexto internacional de Guerra Fría.

La doctrina francesa llega a Argentina mediante Carlos Jorge Rosas, militar de la promoción 61 del Colegio Militar de la Nación. Rosas viajó a Francia en la década de los cincuenta y a su regreso, en 1955, justo el año del golpe a Perón, es designado subdirector de la Escuela Superior de Guerra [ESG], después es movido como Jefe de Operaciones del Estado Mayor General y logra el comando del II Ejército entre 1963-1964. Según los generales Alejandro Agustín Lanusse e Isaías García Enciso fue Rosas quien propuso la incorporación de la doctrina francesa (Cañón Voirín, 2012, p. 107).

---

1 Desde la literatura puede verse el cuento de Julio Cortázar, "Casa tomada", en la cual podemos analizar cómo una familia evidentemente terrateniente es sacada de su casa por una extraña fuerza social (modernización industrial) que los va desplazando socialmente.

La misión militar francesa que se incorporó a la ESG en 1957 estuvo integrada por los tenientes coroneles Francois Pierre Badié y Patrice Jacobe de Nourois, a quienes se sumaron Robert Louis Bentresque, el Gral. Bernard Cazaumayon y Jean Nougués.

Según el Gral. Ramón Camps, quien fue director de la Policía Federal Argentina de 1977 a 1979, el enfoque francés fue "más correcto que el norteamericano" pues "aquel apuntaba a la concepción global y este al hecho militar exclusiva o casi exclusivamente […]" (Cañón Voirín, 2012, p. 112). Otro discípulo de los franceses y primer jefe del "Operativo Independencia" en 1975 que tuvo por objetivo aniquilar a la guerrilla del PRT en Tucumán, fue el Gral. Acdel Vilas quien reconoció que desde tiempo atrás ya estaba interesado en la lucha que habían librado los militares franceses en Indochina y Argelia y que se basó en esta experiencia, así como en los manuales que se escribieron para impartir órdenes en el Operativo Independencia. En su "*Diario de campaña…*" el Gral. Vilas hizo referencia a la forma en la cual se guio para establecer el combate en Argentina.

> Mientras volaba, acercándome, cada vez más, a lo que sería por espacio de casi un año mi trinchera de combate, repensaba las palabras que un especialista Cnel. Roger Trinquier del glorioso ejército francés en Argelia escribió en su libro –que fuera el mío de cabecera durante mi andatura [sic] tucumana– *Subversión y Revolución*: "Esclavo de sus tradiciones y de su formación, el Ejército se adapta mal a una guerra que las escuelas militares se niegan a enseñarle. Contra un adversario fluido, inatrapable, que se obstina, por lo general, en montar sus operativos según esquemas clásicos. Como una masa gigantesca que quisiera aplastar a una mosca, golpea, casi siempre, en el vacío, derrochando medios considerables. Un acrecentamiento, incluso considerable, de sus recursos, no tendría ningún efecto si antes no adaptara su organización y su táctica a la guerra revolucionaria. El Ejército deberá abordar los problemas complejos que plantea la guerra revolucionaria con un espíritu nuevo, desprendido de todo prejuicio y con la firme voluntad de resolverlo".
>
> En las medulosas consideraciones del oficial galo se encontraban resumidas mis propias ideas y preocupaciones respecto de las operaciones que, a corto plazo, y luego de un siglo de paz, iniciaría la brigada contra el más peligroso y mortal de los enemigos del país: el marxismo (Periès, 2012, pp. 244-245).

Otro militar argentino que fue entrenado en Francia fue Alcides López Aufranc, quien entrenó y adoptó la ideología de la guerra revolucionaria. Aufranc entendía la guerra revolucionaria de la siguiente manera:

> En su sentido más literal, […] una operación emprendida no solo para cambiar un grupo de dirigentes y la orientación política de un gobierno, sino también, y sobre todo, para derribar el orden social preexistente, con el objeto de instaurar otro sistema construido sobre bases distintas.

> Por supuesto, esta definición se aplica especialmente a las acciones que, dirigidas desde Moscú o Pekín, tienen por finalidad extender el régimen comunista, con todos los trastornos que este supone para las organizaciones ya establecidas y para las relaciones sociales (Mazzei, 2002, p. 105).

La periodista francesa Marie Robin pudo entrevistar al General Reynaldo Benito Bignone, al que le preguntó si continuó la asesoría francesa en los setenta en Argentina, su respuesta fue afirmativa y además comentó que:

> Una persona como [Roberto] Servent jugó un rol importante en la preparación del Operativo Independencia. Los decretos firmados por Isabel Martínez de Perón se inspiran directamente en la experiencia de los franceses en Argelia. Diría incluso que el proceso de Reorganización Nacional lanzado por el gobierno militar en marzo de 1976 es una copia de la batalla de Argel. La única diferencia es que ustedes intervinieron en una colonia, mientras que nosotros lo hicimos en nuestro propio país. Salvo eso, aprendimos todo de los franceses: la división del territorio, la importancia de la inteligencia en este tipo de guerra, los métodos para los interrogatorios. No vaya a creer, nosotros combatimos con la doctrina y el reglamento en la mano […] (Robin, 2004, p. 296).

En las citas anteriores es notorio que los aspectos de división del territorio,[2] interrogatorios, la labor de inteligencia y la identificación del enemigo interno fueron aspectos que retomaron de la escuela francesa. Según ellos, la idea de una sociedad infiltrada por el comunismo era una realidad y ello derivó en que la represión y violencia contra la sociedad argentina fuese hacia diferentes sectores sociales, siendo los principales los obreros, estudiantes, maestros, clero y las distintas organizaciones creadas por estos grupos sociales.

Uno de los resultados de la misión francesa en Argentina fue el Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria [CIGC] en octubre de 1961, que llevó a cabo la ESG cuando Rosas era su subdirector. El jefe del curso fue el general argentino Alcides López Aufranc y el asesor francés Robert Bentresque. Dicho curso contó con la presencia de jefes militares de casi toda América Latina, incluso de Estados Unidos. Esta primera experiencia sirvió como espacio de sociabilidad entre militares. Cañón Voirín (2012) menciona que el objetivo del curso era la "capacitación de jefes y oficiales de distintos países asistentes, en aspectos de guerra revolucionaria, en el planeamiento, conducción y ejecución de la contrarrevolución", además los temas principales

2 La misión francesa en Argentina colaboró para la división del territorio nacional como parte de la Operación Hierro Forjado que reorganizó el territorio argentino con la cual se crearon las zonas de defensa, subzonas y áreas.

fueron el "estudio de la filosofía marxista", diferentes "técnicas para prevenir y combatir al comunismo", "curso en guerra de guerrillas", "planeamiento y ejecución en el nivel de comando de jefes". El curso tuvo como instructores a personalidades como Mario Grondona, Juan Carlos Martiarena, el coronel Juan Martínez, Miguel Monrique Mom, el mayor Domingo Bussi, entre otros, incluso el coronel francés Jean Nougues (p. 8).

El fin de la misión militar francesa estuvo marcada por el artículo del coronel Jean Nogués titulado "Radioscopia subversiva en la Argentina", publicado en la *Revista de la Escuela Superior de Guerra*. En dicho texto, Nogués hizo un balance de la misión en Argentina y reconocía al ejército argentino sus capacidades teóricas y prácticas y, a su vez, recomendaba continuar con la reflexión teórica, la cual "solamente tiene que ser ampliada". Después de 1959, año del triunfo de la revolución cubana, el ejército argentino dió inicio a la "Operación Hierro", la cual consistió en un ciclo de conferencias que debían dictarse en todas las unidades y organismos del ejército. Los temas fueron diversos: del imperialismo ruso a lo largo de la historia, hasta los crímenes del estalinismo (Mazzei, 2002, p. 130). Mazzei menciona que uno de los redactores de dichas conferencias fue el general argentino Horacio Ballester, quien en sus memorias recuerda que uno de los primeros pasos fue cambiar la hipótesis de guerra, lo que a su vez derivó en "desenmascarar" al viejo enemigo. De hecho, Ballester es el que menciona que esa operación se denominó "Operación Hierro" (Mazzei, p. 130)

En 1965 el general Juan Carlos Onganía, en Río de Janeiro, propuso al gobierno militar brasileño –que un año antes había derrocado a João Goulart– la unión de ambos países para la defensa común contra el comunismo. A pesar del reconocimiento del contexto internacional, de identificar al comunismo como uno de los enemigos y de adoptar los principios de la doctrina francesa, hubo voces críticas a dicha postura. Por ejemplo, el aún presidente Illia mencionó poco después del discurso de Onganía en la provincia de Santa Fe que:

> El comunismo ha sido superado en todo el mundo; nosotros todos, dentro de nuestros propios lineamientos filosóficos y en la estructura interna del país, tenemos todo en la mano para superar aquel régimen que ya se ha quedado atrás. Nadie debe subestimar la Guerra Fría ni la lucha ideológica en el mundo; pero tampoco debemos sobreestimarlas perdiendo el rumbo y el camino (Mazzei, 2002, p. 81).

Otro caso rescatado por Mazzei (2002) es el teniente coronel Mario Orsolini, quien en su libro *La crisis del ejército,* publicado en 1964, ubica una tensión entre nacionalismo y anticomunismo. Si se asumía

al mundo dividido en el bloque comunista y anticomunista, en vez de priorizar la diferenciación "Argentinos vs. No-argentinos", entonces lo más importante era percibir a los militares como anticomunistas. En cambio, si se analizaba al mundo a partir de la perspectiva argentina, los ubicaba como argentinos y después como anticomunistas. Este modo de analizar el contexto internacional, pone en primer lugar la identidad nacional según el análisis que hace Orsolini. En algunos grupos de derecha –como el semanario político *Azul y Blanco* dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo[3] en la década de los sesenta–, este tipo de análisis fue compartido, pues se ubicaron desde el nacionalismo antes que de la división bipolar de la Guerra Fría. Esta forma de analizar el contexto internacional desde el nacionalismo y luego el anticomunismo fue un aspecto compartido con otras organizaciones de derecha en el Río de la Plata como el Movimiento Progresista del Uruguay, Frente Estudiantil de Acción Nacionalista [FEDAN], Movimiento Nacionalista Montonera, Movimiento Nacionalista Revolucionario [MNR] y Cruzada Patriótica Revolucionaria [CPR] (Broquetas, 2016, p. 212).

ANTINTERVENCIONISMO Y DEFENSA DE LA NACIÓN EN OSIRIS VILLEGAS

Durante la década de los sesenta, los militares argentinos realizaron una reestructuración de su doctrina militar. Después del término de la segunda guerra mundial, y tras el triunfo de la revolución cubana en 1959, un sector del ejército argentino entendió que había que hacer la guerra de otra forma. En este sentido, uno de los ideólogos más importantes a nivel nacional, pero también a nivel regional, fue el general Osiris Villegas, quien escribió en 1962 un libro relevante en términos ideológicos y estratégicos titulado *Guerra Revolucionaria Comunista*. En este apartado, nos interesa destacar las principales ideas de Villegas en torno al "imperialismo ideológico", término utilizado por el general para referirse a la injerencia política e ideológica comunista, la forma en la cual entendió la guerra revolucionaria y, por último, los métodos mediante los cuales había que responder ante este tipo de guerra particular.

Osiris Villegas, general de la caballería argentina y ministro del Interior en 1963, fue uno de los principales ideólogos anticomunistas. En el prólogo de *Guerra Revolucionaria comunista,* redactado por la dirección del Círculo Militar Argentino, ya se señalaba que en 1962 el bloque comunista estaba llevando a cabo la guerra revolucionaria,

3 Fue un político, abogado y periodista. Dirigió el periódico *Nueva Política, Azul y Blanco y Segunda República*. Falleció en 2012.

forma mediante la cual "expandía su doctrina para obtener el control del mundo". Visto así, el comunismo era una ideología y un sistema de valores ajenos a la nación.

En el primer capítulo del libro, llamado "El imperialismo ruso-soviético", Villegas hace un análisis de lo que implica la penetración ideológica comunista en el mundo y los medios a través de los cuales se inserta en las sociedades. Si bien Villegas entiende que hay otro tipo de imperialismo, como el económico o el político, en este capítulo le interesa destacar el imperialismo ideológico comunista, el cual tiene como uno de sus propósitos "desacreditar, neutralizar y destruir el sistema de vida cristiano-occidental, haciendo prevalecer los principios y doctrina marxleninista [sic], como panacea universal" (Villegas, 1963, p. 23). Es necesario recordar que el ejército argentino en la década de los cincuenta había tenido ya las conferencias sobre comunismo, historia de la URSS, y se nota en este capítulo el conocimiento bastante esquemático de Villegas en este tema.

Visto desde el punto de vista militar, Villegas entiende que la penetración ideológica es uno de los medios más eficaces de la técnica bélica moderna pues

> […] a través de ella, el comunismo, instrumento de expansión indirecta y positivo del imperialismo soviético, es ampliamente difundido por intermedio de la "quinta columna", constituida por los partidos de la "izquierda nacional", organizaciones cívico-políticas de "frentes democráticos", embajadas de los países satélites, consulados, misiones comerciales, técnicas, culturales y deportivas del Bloque Oriental, en lucha permanente con las democracias occidentales (Villegas, 1963, p. 23).

Y no solo hace referencia a las distintas formas mediante las cuales el "imperialismo soviético" atenta contra las democracias occidentales, también entiende que dentro del bloque occidental hay naciones que interfieren o neutralizan el comercio de países subdesarrollados mediante distintos métodos sin ahondar en ellos. Dicha postura tiene varios elementos. Primero, ve en el comunismo una de las formas más poderosas del imperialismo soviético para atentar contra las "democracias occidentales". Segundo, define varios objetivos en su denominación de "quinta columna". Su argumentación a lo largo del primer capítulo y, en general, su libro, lleva a Villegas a considerar que la guerra revolucionaria tiene en el fondo una ideología y, por lo tanto, la forma mediante la cual debía defenderse la nación y el bloque occidental era en el terreno ideológico.

Es justo en este terreno de lo ideológico que Villegas analiza lo que para él es el imperialismo, en este caso ideosoviético [sic], el cual "se realiza mediante un esfuerzo continuo y coordinado, utilizando para

ello toda clase de actividades, toda la gama de posibilidades técnicas y científicas del comportamiento humano" (Villegas, 1963, p. 23).

Entendiendo que el imperialismo soviético tiene detrás una ideología y que esa es la parte fundamental de la "estrategia comunista", Villegas continúa su estudio analizándola, tema del segundo capítulo de su libro. En este capítulo, al cual no le dedica mucho espacio, identifica que el punto clave de la ideología comunista es el materialismo, el cual, según su análisis, es antirreligioso, es dialéctico, es económico y es histórico.

La identificación de este tipo de características de la ideología comunista, le permite a Villegas avanzar más en su análisis sobre lo que es el comunismo y, en contraposición, construir una primera idea de lo que podría ser una ideología anticomunista. En su capítulo tres, sobre "comunismo y anticomunismo", Villegas destaca que es "una idea intolerante y agresiva, hábito de certidumbre militante acerca de una fe, filosofía que siembra ilusiones entre las masas, concepción particular del mundo, del hombre y de la vida, y también una religión, con dogmas minuciosos y escrituras inspiradas" (Villegas, 1963, p. 39).

Entendiendo que Villegas le otorga una centralidad a la ideología comunista, su análisis lo lleva a identificar que combatir al comunismo requiere, además de la medida policial y la represión violenta, combatirlo en "su estructura, en su fundamento ideológico". Hacer esto implica adoptar una "auténtica posición anticomunista positiva", integral y que trascienda todos los planos del Estado nacional. Esta "auténtica posición anticomunista", estaría conformada por la defensa de la libertad, los valores nacionales como el catolicismo y la democracia. Una vez explicada esta contraposición de características, Villegas menciona que se podría tener claro a quién se combate, por qué, para qué y dónde se combate.

Este tipo de guerra, que podríamos denominar ideológica, llevó a Villegas a proponer otro tipo de preparación y de conducción. Según nuestro autor, este tipo de guerra revolucionaria comunista, que era ideológica a la vez que militar, invirtió la lógica de Clausewitz y la "revolución comunista" consideró a la guerra como un "fenómeno social inevitable" (Villegas, 1963, p. 81).

Una de las principales conclusiones que extrae Villegas en términos ideológicos es la necesidad de acciones político-psicológicas contrarrevolucionarias. En este sentido, y siguiendo su análisis, era necesario "actualizar el sistema de convivencia democrática, perfeccionando sus fallas [...] haciendo reales sus virtudes cristianas [...] para adelantarse al pueblo [...]" (Villegas, 1963, p. 87). Uno de esos puntos era difundir ante la población una serie de valores para mantener la

confianza en el orden establecido. Por otra parte, es menester difundir que el comunismo

> […] no es una ideología nacional, sino un poder internacional; por lo tanto, la lucha no es interna, aunque se desarrolle en el propio país, puesto que las fuerzas que desatan la violencia responden a directivas y órdenes provenientes del extranjero y no a sentimientos o ideas vernáculas (Villegas, 1963, pp. 168-169).

La cita anterior es relevante en tanto que: a) se rescatan una serie de valores identificados como no nacionales, y en contraposición, el rescate de lo que sí es nacional, b) La identificación de que, si bien la lucha no es interna, se desarrolla dentro del territorio nacional y c) en tanto que es una lucha a nivel internacional, que tiene poderes en el extranjero, la defensa de la nación no estaría únicamente circunscrita al territorio nacional.

En el capítulo XIV titulado "Las fuerzas armadas y la guerra revolucionaria" Villegas hace un análisis de la situación de las fuerzas armadas y la guerra revolucionaria. Villegas entiende que las fuerzas armadas no son solo la "vivencia permanente de gloria y tradición, sino la presencia constantemente renovada, [...] de la vida perdurable de la esencia misma de la argentinidad" (p. 180). En este sentido, para Villegas, la finalidad de las fuerzas armadas es salvaguardar los más altos intereses de la nación y sobre ellas recae la responsabilidad final de la conservación del espíritu vernáculo ante todo intento de avasallarlo. Para él, las fuerzas armadas "constituyen la última reserva moral de la nacionalidad y que, en último análisis, en la unidad espiritual de ellas descansa la estructura occidental y cristiana y la estabilidad institucional de la república" (Villegas, 1963, p. 185).

Como mencionamos al inicio, el libro de Villegas se inscribe en un momento en el que las fuerzas armadas argentinas se encuentran en un proceso de reestructuración ideológica, de una redefinición de las formas de proceder ante un eventual escenario de guerra al interior. Todo esto desembocará en la creación de nuevos manuales de guerra.

Para 1968, los militares argentinos habían ya condensado los aspectos de la doctrina francesa y la doctrina de seguridad nacional en algunos de sus manuales. En el manual titulado *Reglamento RC-2-2 "Conducción para las fuerzas terrestres",* se desarrollaron las características generales del accionar y conducción de las fuerzas terrestres en situaciones convencionales (guerra tradicional) y no convencionales en un "Teatro de Operaciones", es decir, una zona del país en guerra bajo jurisdicción militar. Mientras que el *Reglamento RC-2-3 "Conducción para las fuerzas terrestres en zonas de emergencia"* se centraba en la conducción de las fuerzas terrestres en una zona que se

encuentra bajo gobierno militar. Dicho reglamento era mucho más específico y enfático en la forma en que tenían que conducirse las fuerzas armadas argentinas en una zona de emergencia. Por último, uno de los reglamentos más importantes pues años después será revisado y actualizado acorde a la situación del país fue el *Reglamento RC-5-1 Operaciones Psicológicas*. En este reglamento se desarrolló, como su título lo indica, el modo de proceder en operaciones de acción psicológica tanto en guerra convencional como no convencional. Por ejemplo, en este reglamento se mencionaba que

> El método de la acción [psicológica] compulsiva […] actuará sobre el instinto de conservación y demás tendencias básicas del hombre […] apelando casi siempre al factor miedo. La presión psicológica engendrará angustia, la angustia masiva y generalizada podrá derivar en terror y eso basta para tener al público blanco a merced de cualquier influencia posterior. La fuerza implicará la coacción y hasta la violencia mental. Por lo general este método será impulsado, acompañado y secundado por esfuerzos físicos o materiales de la misma tendencia (Slatman, 2010, p. 448).

Villegas, además de contribuir al conocimiento de los militares sobre la forma que adquiere la guerra revolucionaria comunista, aunque en forma esquemática, logra sintetizar y sistematizar las enseñanzas de la escuela francesa en Argentina. Forma parte del pensamiento militar de cierto grupo en el que la guerra se entiende desde otros referentes y que Villegas logra sistematizar en varias publicaciones como la que revisamos en este apartado. Además, da un giro relevante al reflexionar sobre la importancia de la ideología en la guerra que, según él, se estaba librando en el mundo. La noción de imperialismo ideológico permite ver cómo entendieron la lucha anticomunista al interior de Argentina y por qué esa lectura les permitió continuar su lucha más allá de sus fronteras nacionales, pues la lucha ideológica no termina en la frontera física nacional.

REFLEXIONES FINALES

A lo largo del texto, nos enfocamos en resaltar varios elementos constitutivos de lo que un sector del ejército argentino identificó como elementos o valores nacionales. Entre ellos está la identificación con el cristianismo, la identificación con la cultura occidental y, sobre todo, una reinterpretación de un pasado hispánico, que además de elemento constitutivo de la nación era también considerado elemento de unidad regional. Destacamos también la identificación con una idea de democracia y defensa de la libertad. Estos elementos conformaron imaginarios sociales dentro de las fuerzas armadas, pero, como vimos, no fue exclusivo de ellas. Si bien la década de los sesenta marcó

una época para las izquierdas latinoamericanas, lo hizo también para las agrupaciones de derecha, tema que merece futuras investigaciones. Como vimos en el apartado sobre el nacionalismo de derecha, estas agrupaciones conformaron sus imaginarios, hicieron su propia lectura del pasado construyendo ideas e imágenes que dieron forma a una ideología nacionalista católica, pro hispana, pero también antinjerencista y de unidad regional. Si la izquierda construyó posturas ideológicas antiimperialistas con imaginarios, prácticas y discursos específicos, la derecha construyó también una cierta idea de antiimperialismo que tenía como elementos ideológicos el nacionalismo, muy cercano al hispanismo, una postura antinjerencista en contra del comunismo y en menor medida en contra de ciertas potencias como Estados Unidos y una idea de unidad latinoamericana con un pasado hispánico común que era, a su vez, elemento de identidad regional.

Para Osiris Villegas, el "imperialismo ideológico" fue un elemento fundamental mediante el cual el comunismo se estaba infiltrando a las naciones y cambiando valores nacionales. La influencia de la escuela francesa fue fundamental en la construcción de una ideología anticomunista en un contexto de Guerra Fría. Por otro lado, también contribuyó a ubicar a sectores sociales como enemigos y al estudio de la guerra revolucionaria y estudios sobre la filosofía marxista, aspectos que se implementaron en el curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria de 1961.

La construcción de una postura antiimperialista, en los términos que describe Villegas, permitió ubicar al comunismo como una ideología externa y, en consecuencia, la postura nacionalista se articuló con la anticomunista. Nacionalismo y anticomunismo fueron dos aspectos que hacia mediados del siglo XX formaban parte de la matriz ideológica de los militares. Para Villegas, llevar a la práctica dicho anticomunismo implicaba una posición integral, la cual tenía que trascender todos los planos del Estado nacional, "actualizando el sistema democrático" haciendo reales sus "virtudes cristianas". La identificación de las fuerzas armadas como garantes de la nación y salvaguarda de sus intereses, las llevó a asumirse como la última "reserva moral de la nacionalidad" en la cual descansaba la estructura occidental-cristiana de la nación, como institución que se asume, en palabras de Villegas, "la presencia constantemente renovada de la esencia de la argentinidad". Esta lectura no fue exclusiva de los militares argentinos, otras fuerzas armadas en América Latina compartieron la misma clave de lectura.

Por último, explorar los elementos del nacionalismo y lo que hemos denominado como antinjerencismo permite también identificar ciertas imágenes, significados y palabras clave que han servido como

una suerte de "vasos comunicantes" entre la izquierda y la derecha en el siglo XX. Este aspecto, como mencionamos al inicio, da cuenta de imaginarios, prácticas y discursos en las sociedades latinoamericanas que constantemente están en disputa entre actores políticos con proyectos políticos diversos e incluso antagónicos, pero que al mismo tiempo comparten acuerdos y consensos implícitos como, en el caso estudiado, en el que se encuentra la idea de unidad latinoamericana, la identificación de intereses extranjeros que constantemente están interviniendo en la región, cierta identificación con una postura nacionalista, acotando que de ahí se derivaron más posturas. Para unos, a partir de una idea de nacionalismo entendido desde la conformación histórica y en contraposición al imperialismo estadounidense. Para otros, más cargada hacia la idea decimonónica de Estado-nación y proponiendo un nacionalismo conservador y de un pasado hispano como elemento de identidad.

BIBLIOGRAFÍA

Bertonha J. F. y Bohoslavsky, E. (2016). *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Broquetas, M. (2016). La extrema derecha uruguaya y sus redes transnacionales (década de 1960). En J. F. Bertonha y Bohoslavsky, E. *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Cañón Voirín, J. L., (2012). La Guerra Revolucionaria en la perspectiva de las FF. AA. argentinas. *Navegamerica, Revista Electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, (9).

Galván, V. (2016). La construcción de una patria ampliada en el discurso nacionalista argentino de los años sesenta. J. F. Bertonha y E. Bohoslavsky, *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

González, A. P. y Marichal, C. (2012), Introducción: Pensar el antiimperialismo. En *Pensar el antiimperialismo: ensayos de historia intelectual latinoamericana 1900-1930.* Ciudad de México: El Colegio de México.

Izaguirre, I. y colaboradores. (2012). *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina, 1973-1983. Antecedentes. Desarrollo. Complicidades*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.

Kozel, A. F. Grossi y Moroni D. (coord.) (2015). *El imaginario antiimperialista en América Latina.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, CLACSO.

Mazzei, D. (2002). La misión militar francesa en la escuela superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1962. *Revista de Ciencias Sociales*, (13), 105-137.

Mazzei, D. (2013). El águila y el cóndor. La relación entre el Departamento de Estado y la dictadura argentina durante la administración Ford (1976-77). *Huellas de Estados Unidos*, (5).

Mazzei, D. (2017). Lucha facciosa e influencias externas en las Fuerzas Armadas argentinas en la segunda mitad del siglo XX. *Páginas*, (19), 34-52.

Míguez, M. C., (2013). ¿Anticomunistas, antiestatistas, antiperonistas? La "nacionalización" de la doctrina de seguridad nacional en la Argentina y la legitimación del golpe de Estado de 1966. *Revista SAAP*, *7*(1), 65-95.

Melgar Bao, R. (2006). La memoria sumergida. En V. Oikón Solano y M. E. García Ugarte, *Movimientos Armados en México, Siglo XX.* Michoacán: El Colegio de Michoacán.

Periès, G., (2012). La doctrina militar contrainsurgente como fuente normativa de un poder de facto exterminador basado sobre la excepcionalidad. En D. Feierstein (Coord.) *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*. Buenos Aires: PNUD-Prometeo.

Robben, Antonius C. G. M (2008). *Pegar donde más duele. Violencia política y trauma social en Argentina*. Barcelona: Anthropos.

Robin, M. M. (2014). *Escuadrones de la Muerte. La escuela francesa*. La Plata: De la Campana.

Rouquié, A. (1981). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.

Slatman, M. (2010). Una doctrina militar contrarrevolucionaria para la Nación Argentina. Análisis de la discursividad oficial del Ejército argentino durante la Guerra Fría (1957-1976). En R. García, (coord.), *Guatemala y la Guerra Fría en América Latina*. Guatemala: CEUR-USAC.

Vicente, M. (2016). América Latina según el liberal-conservadurismo argentino: entre la modernización, el panamericanismo y la Doctrina de Seguridad Nacional (1959-1973). En J. F. Bertonha y E. Bohoslavsky, *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Villegas Osiris G. (1963). *Guerra Revolucionaria Comunista*. Buenos Aires: Editorial Pleamar.

LA SOLIDARIDAD BAJO OBSERVACIÓN

El Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en los archivos de la Dirección Federal de Seguridad

Kristina Pirker

Este trabajo[1] se inscribe en la discusión en torno a actores, prácticas e imaginarios de la solidaridad internacional en el contexto de la descolonización y la Guerra Fría, centrándose específicamente en los movimientos de liberación nacional y luchas antidictatoriales en Centroamérica. El ciclo de protesta social y violencia armada que caracterizó a esta región durante las décadas de 1970 y 1980 generó una respuesta solidaria a través de los continentes y movilizó desde grupos religiosos y sindicatos hasta organizaciones de la izquierda reformista y radical. Sin duda el triunfo de la revolución nicaragüense en julio de 1979 produjo la reacción y empatía más fuerte, pero también las organizaciones revolucionarias de Guatemala y El Salvador construyeron sus propias redes transnacionales de apoyo y denuncia. Gracias a una hábil estrategia de comunicación –analizada para el caso salvadoreño por Eudald Cortina Orero (2017)–, que presentaba el conflicto en términos de una confrontación entre un movimiento armado revolucionario con importantes bases obreras y campesinas y, del otro lado, un gobierno cívico-militar sostenido exclusivamente por

1 Agradezco la colaboración de Fernando Sinhué Díaz en la búsqueda, documentación y sistematización inicial de las fuentes primarias de la Dirección General de Seguridad, ubicadas en el Archivo General de la Nación. Gracias a su dedicación fue posible recopilar la información en la que se fundamenta este artículo.

la fuerza represiva y el apoyo militar, económico e internacional de Estados Unidos. Desde El Salvador, la izquierda revolucionaria difundió a través de sus publicaciones, programas de radio, representantes y comités de solidaridad en diferentes países un repertorio de imágenes, símbolos y gestos antiimperialistas que permitían interpretar el contexto global y la coyuntura nacional, impulsar procesos locales de identificación con las causas del movimiento revolucionario, obtener apoyos materiales y –uno de los objetivos centrales– aislar el régimen salvadoreño en el plano internacional por medio de la denuncia de las violaciones a los derechos humanos y la deslegitimación del apoyo militar y económico de EE. UU. a las Fuerzas Armadas del país centroamericano.[2]

El debate en torno a la solidaridad internacional con Centroamérica gira por lo general sobre dos temáticas: una vertiente pone énfasis en las estrategias organizativas y comunicativas que los grupos político-militares desarrollaron para denunciar las violaciones a los derechos humanos en sus países, difundir sus posicionamientos políticos y acceder a apoyos materiales para las estructuras internas, tanto militares como civiles (Cortina Orero, 2017; Perla, 2008). La otra se centra en las dinámicas locales y nacionales de comités de solidaridad que se identificaron, desde diferentes contextos y experiencias, con las luchas centroamericanas y organizaron campañas de denuncia y solidaridad (Hansen, Helm y Reichherzer, 2015). Poco se ha investigado, en cambio, la visión gubernamental y policial sobre el activismo solidario en diferentes países. Este trabajo busca aportar a esta última dimensión poco explorada de la Guerra Fría, tomando como caso empírico el Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño [CSPS], visto a través de los "ojos" y la interpretación de los organismos nacionales de inteligencia. Para este fin, el análisis se basa en las tarjetas que entre 1979 y 1984 redactó la Dirección Federal de Seguridad [DFS] para sistematizar y sintetizar los informes generados por los agentes policiales, encargados del seguimiento a las diversas expresiones organizadas de la solidaridad mexicana con El Salvador.

Como hemos señalado en otro trabajo, en la solidaridad mexicana con El Salvador convergían personas y colectivos provenientes de diferentes partidos y grupos de la izquierda sindical, estudiantil y partidista –algunas más tolerados por el gobierno mexicano que otros– intelectuales, militantes del Partido Revolucionario Institucional

2 Señala Russell Randall, con base en Caleb Sepa (2002), que la estrategia internacional del FMLN adaptaba las lecciones de Vietnam al caso salvadoreño, respecto a la importancia de establecer una sólida alianza con los movimientos progresistas dentro de las potencias coloniales (Crandall, 2016, p. 241).

[PRI], así como Comunidades Eclesiales de Base [CEB] y parroquias indignadas por el asesinato de curas, monjas y laicos, interpretado como una persecución de la iglesia católica por los escuadrones de la muerte y la extrema derecha (Núñez Rodriguez y Pirker, 2016). Un elemento que cohesionaba a esta amplia gama de personajes, colectivos y corrientes ideológicas fue, sin duda, la sensibilidad antiimperialista ante la injerencia histórica de Estados Unidos en países como Nicaragua, Guatemala y El Salvador, la cual se actualizó con la agudización del ambiente insurreccional en la región y adquirió aún más fuerza a partir de 1981, año del ascenso de Ronald Reagan a la presidencia. El rechazo a las políticas intervencionistas estadounidenses, y especialmente a la retórica agresiva y anticomunista del presidente Reagan, fue un rasgo común del activismo transnacional de la época. Lo particular del caso mexicano son las conexiones y cruces de estos discursos antintervencionistas y "antiyanqui", de actores ninguneados y perseguidos por el régimen, con los posicionamientos públicos del gobierno mexicano en materia internacional que reivindicaba principios de no intervención en la definición de la política exterior y solidaridad tercermundista, a pesar de la cercanía geográfica y de los importantes vínculos económicos y comerciales con la economía del "coloso del Norte". La pregunta que orienta este capítulo es, entonces, de qué manera las imbricaciones antiimperialistas en los discursos gubernamentales y antigubernamentales, oficialistas y radicales, se reflejan en las observaciones reportadas y sistematizadas por los agentes anónimos del organismo de seguridad del Estado mexicano.

El ensayo consiste de tres partes. En una primera parte se describen las particularidades de los archivos de la DFS y de la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales [DGIPS], conservadas en la Galería 1 del Archivo General de la Nación [AGN], y cómo fue posible acceder a este archivo para consultar las tarjetas correspondientes al movimiento de solidaridad con El Salvador. En la segunda parte se analizan, por una parte, los principales referentes del antiimperialismo como elemento constitutivo del nacionalismo mexicano en las décadas de 1970 y 1980, años caracterizados por una apertura limitada a la participación política de la izquierda en México, la radicalización del ambiente sociopolítico en los países centroamericanos y el intervencionismo agresivo de la administración estadounidense. Por otra parte, se reseñarán los principales rasgos –en cuanto a organizaciones participantes y formas organizativas– del movimiento de solidaridad con El Salvador que adquirió mayor visibilidad a lo largo de 1980 y 1981. La última parte del trabajo se dedica al análisis de temas y símbolos antiimperialistas que figuran en las observación y sistematización policial, lo cual indica la importancia y significado de

este tema en las actividades de la solidaridad, pero también la recepción, interpretación y las preocupaciones de los agentes de la inteligencia mexicana.

LOS ARCHIVOS DE LA DIRECCIÓN FEDERAL DE SEGURIDAD: INDICIOS DE UN ORDEN SIMBÓLICO

La nueva élite política que asumió el control del Estado mexicano posrevolucionario requirió de servicios de inteligencia que desde sus inicios funcionaron, como bien señala Sergio Aguayo (2001), como una "policía política" que vigilaba a aliados, adversarios y enemigos del régimen bajo la justificación de salvaguardar los intereses de la nación y de la revolución. El Departamento Confidencial, creado en la década de 1920 y dependiente de la Secretaría de Gobernación, se convirtió en los años de 1940 en la Dirección General de Investigación Políticas y Sociales [DGIPS o IPS], que utilizaba dos fuentes de información para elaborar los reportes sobre fenómenos sociales y políticos que podrían amenazar al régimen: "fuentes abiertas" (material disponible públicamente como periódicos, volantes, desplegados, etcétera) y "fuentes cerradas", es decir obtenidas vía confidentes o infiltrados en organizaciones y movimientos sociales.

La Dirección Federal de Seguridad, de orientación policial, fue fundada en 1947 bajo la administración de Miguel Alemán (1946-1952) y operó hasta 1985 (administración Miguel de la Madrid (1982-1988)), subordinada institucionalmente a la Secretaría de Gobernación.[3] Desde los inicios de su fundación, se inculcaba a sus integrantes la convicción de ser los "guardianes" de los intereses de la nación y del legado de la revolución. En la coyuntura de su fundación esto significaba adoptar las premisas de la confrontación bipolar de la Guerra Fría y el realineamiento del régimen mexicano con la política exterior y de seguridad hemisférica de Estados Unidos, así como la "doctrina de la mexicanidad", impulsada por Miguel Alemán según la cual el nacionalismo mexicano rechazaba al comunismo y al imperialismo por igual, por ser ajenos a la identidad nacional, así como "cualquier idea opuesta a la realidad mexicana" (Ortiz Rosas, 2016, pp. 19-20).

A través de los años, la DFS construyó una amplia red de agentes e informantes, lo cual reflejaba la importancia que los gobernantes mexicanos asignaban a las labores de espionaje y control político de la población. Los informes elaborados por los analistas, con base en los reportes de los informantes, se sintetizaban en tarjetas, de tamaño de

3 Solamente durante el sexenio de Miguel Alemán este servicio de inteligencia estaba vinculado a la presidencia.

fichas de biblioteca, y sistematizadas de acuerdo a las organizaciones y personas vigiladas por la institución.

Según Aguayo (2001), cada nombre, apodo, objeto u organización que captaba la atención de la DFS fue registrado en estas tarjetas. Entre 1947 y 1991 (año en el cual la información empezó a ser capturada en bases digitales) se acumularon entre sesenta a ochenta millones de tarjetas, con información sobre tres a cuatro millones de actores registrados (personas e instituciones), se almacenaban más de doscientas cincuenta mil fotografías y veintiséis mil videos (la práctica de filmación inició en 1985) (p. 24). Por lo general, en la primera tarjeta aparecen los datos principales de las personas u organizaciones vigiladas: nombre(s), apodo(s), fechas del registro y la clave para identificar el expediente o legajo del material:

> Cada vez que el actor estudiado aparecía en el informe de algún agente, se escribía a máquina en la tarjeta un breve resumen con lo más esencial, especificando siempre la fecha y la clave de acceso al expediente. [...] Cuando las tarjetas llegaban a setenta y cinco (cantidad que puede mantenerse unida con ligas y clips) se cerraba el paquete y se iniciaba otro (Aguayo, 2001, p. 25).

Hasta principios de la década de 2000, la consulta a este archivo para fines de investigación académica estaba restringida y dependía de la autorización explícita por parte de las autoridades de la institución. La alternancia en el gobierno, a partir de la presidencia de Vicente Fox, abrió una breve coyuntura de mayor apertura. En el 2002 la Secretaría de Gobernación, por mandato presidencial, entregó los fondos documentales de la DFS y DGIPS al Archivo General de la Nación, para que se abrieran a la consulta. No obstante, el acervo seguía siendo administrado por personal del Centro de Investigación y Seguridad Nacional [CISEN] y continuaba la práctica de conceder el acceso y entregar el material de manera arbitraria. Como no había un registro público del fondo documental, el personal que recibía la solicitud de información tenía la posibilidad de proporcionar o negar el material solicitado a partir de sus propios criterios. Hasta 2014 era posible consultar tanto las tarjetas como los informes completos, e incluso era posible hacer registros fotográficos de ellos. Pero a partir de la puesta en vigencia de la Ley Federal de Archivos [LFA], en 2014, se restringió el acceso, aplicando a los documentos de este fondo la noción de "documento histórico confidencial", cuyo acceso es restringido a treinta o setenta años después de su creación (Art. 27 de la LFA). Si bien sigue existiendo la posibilidad de solicitar, con base en la Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública, las versiones

públicas de los documentos, estos son testados para proteger los datos personales que contienen (Ovalle, 2016).

Durante 2013 –aprovechando la mencionada apertura de los fondos documentales de la DFS–[4], accedimos a la documentación sobre el movimiento mexicano de solidaridad con El Salvador. A pesar de la inexistencia de un registro detallado del acervo de la Galería 1, se logró recopilar y fotografiar a varios cientos de tarjetas que sintetizaban el contenido de una serie de expedientes sobre las actividades de numerosos comités de solidaridad, ubicados en el Distrito Federal y los estados de la república, así como acciones de solidaridad de organizaciones sindicales, parroquias, grupos de izquierda, comités estudiantiles y académicos.

En conformidad con lo descrito por Aguayo, con muy pocas excepciones, cada serie de tarjetas dedicada a una organización en específico iniciaba con la principal información del actor observado, como la ubicación del comité, los principales dirigentes, dirección postal, la fecha en la que fue elaborada la tarjeta (o agregada información adicional, como cambios de domicilio), y un número para identificar el expediente completo. En algunos casos –sobre todo de los comités coordinadores–, la tarjeta incluye también números telefónicos, telefax y cuentas bancarias. En los casos de algunos grupos locales no hay tarjetas iniciales, tal vez porque el analista no los consideraba relevante o por su reducido tamaño y poco impacto público. Los registros del movimiento de solidaridad con El Salvador se dividen en varios grupos de tarjetas: el más numeroso corresponde a los registros del CMSPS, la coordinadora nacional de la solidaridad encabezada por Andrés Fábregas Puig y Gilberto López y Rivas. Son un total de doscientas ochenta y ocho tarjetas, agrupadas en cuatro partes, que abarcan el periodo del 17 de enero de 1980 al 19 de septiembre de 1984, centradas en registrar las actividades internas y externas del comité en la Ciudad de México, así como las participaciones de sus dirigentes

4 Es necesario precisar, que estos archivos –si bien contienen una vasta información sobre el aparato represivo–, no contienen toda la información sobre labor de espionaje y persecución política del Estado mexicano, sino son las únicas agencias que hasta ahora han permitido el acceso. En cambio, hasta el día de hoy no se pueden revisar los archivos de otras instituciones, como es el caso de la Dirección de Investigación para la Prevención de la Delincuencia en el Distrito Federal. Bajo este nombre operaba la policía investigadora secreta de la capital, que era conocida por su corrupción, los abusos de autoridad y el uso de la tortura. Tampoco están disponibles los archivos de la Policía Federal Judicial, o de las policías y Secretarías de Gobernación en los estados, que también contaron con sus propios grupos de espionaje político, ni de las Fuerzas Armadas que participaron en las acciones de contrainsurgencia en contra de los movimientos guerrilleros de la década de 1960 y 1970 (Ortiz Rosas, 2016, p. 21).

en acciones locales. A este grupo se suman las tarjetas de secciones locales estatales,[5] que abarcan del 17 de junio de 1980 (Cd. Nezahualcóyotl) al 22 de marzo de 1985 (Morelos). Otro expediente agrupa las actividades del Frente Mundial de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño, fundado en el Distrito Federal el 28 de marzo de 1982 (fecha del primer registro en las tarjetas de la DFS), con veintiún tarjetas que terminan el 26 de junio de 1982 y que incluyen no solo acciones en el Distrito Federal sino también reportes sobre reuniones en Paris, La Habana, San Salvador, Oaxaca y Guadalajara. Este expediente especifica también registros de secciones locales del Frente Nacional de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en algunos estados[6] entre el 15 de noviembre de 1979 (Jalisco) y el 31 de marzo de 1985 (Oaxaca).

Si bien la DFS observaba también las actividades de solidaridad de las iglesias, existen menos registros al respecto. Hay un total de seis tarjetas sobre las acciones del Comité de Solidaridad Cristiana con la Iglesia y el Pueblo Salvadoreño, que incluye acciones en la Ciudad de México y el Estado de México y otras seis tarjetas sobre el Comité Ecuménico de Ciudadanos Norteamericanos en México que realizaron "vigilias de cuaresma" y otras acciones de protesta en frente de la embajada estadounidense en el Distrito Federal, entre abril de 1981 y octubre de 1985. Los diferentes registros cubren prácticamente el periodo de mayor activismo de solidaridad con El Salvador, y la disolución del organismo de inteligencia (que fue sustituido por el CISEN) coincide también con el reflujo de la solidaridad.

La sumersión en los archivos policiales sobre la solidaridad mexicana con El Salvador, que reportan reuniones internas, asambleas, mítines, la distribución de volantes y de discursos de denuncia, nos acerca al ambiente de la época. En el plano metodológico hacen recordar la advertencia del historiador estadounidense Robert Darnton (1984) en el texto *Un inspector de policía organiza su archivo: La anatomía de la república de las letras* sobre el riesgo de asumir la información policial como un "dato duro" que refleja una realidad observable "tal como fue". Para Darnton el archivo que el agente policial Joseph d'Hemery elaboró sobre los escritores e intelectuales franceses durante el apogeo de la Ilustración no es solo una fuente, sino que expresa los marcos de referencia y estrategias de clasificación en un mundo social cohabitado por diferentes actores, incluyendo policías, censores

5 Estado de México, Aguascalientes, Baja California, Baja California Sur, Chiapas, Chihuahua, Jalisco, Guanajuato, Morelos, Michoacán, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tamaulipas, Yucatán.

6 Aguascalientes, Chiapas, Jalisco, Nayarit, Nuevo León, Oaxaca, Puebla, Sinaloa, Sonora.

estatales, escritores y otros. En este sentido, señala el investigador de la historia cultural del *Ancién Régime*, los archivos (policiales y otros) deben ser considerados y analizados como un "discurso" o "género discursivo", lo cual obliga a realizar una lectura crítica de ellos:

> […] los historiadores deberían pensarlo dos veces antes de tratar los informes policiacos como sólidas pepitas de realidad irreductible, que solo tienen que extraer de los archivos, examinar y reunir para hacer una construcción firme del pasado. Estos informes son construcciones en sí (p. 160).

Y unas páginas después, añade que

> Estas observaciones, a pesar de su carácter subjetivo, tienen un significado general, porque pertenecen a una subjetividad común, a una construcción social de la realidad, que él [el inspector d'Hemery, nota] compartía con los hombres que vigilaba. Para descifrar su código común debemos leer de nuevo los informes buscando lo que hay entre líneas, lo obvio y lo que no se dice (p. 167).

Desde esta aproximación, los archivos sirven como una suerte de "ventana" que nos permite echar un vistazo al orden simbólico, que compartían los vigilados y los que vigilaban, y que nos revela formas de clasificación, esquemas de oposición y jerarquías, así como su relación con las estructuras sociales. La participación de diferentes agentes e instituciones en la integración de los expedientes es otro rasgo de los archivos (policiales y otros), por lo cual es válido referirse a ellos como "construcciones sociales múltiples" (da Silva Catela, 2002), en cuya conformación intervienen diferentes valoraciones respecto de qué es digno de observar y documentar, qué se debe desechar y cómo clasificar y sistematizar lo observado. Bien lo señala Ludmila da Silva Catela (2002) en un texto sobre los archivos de la represión, conformados por las agencias represivas durante el último ciclo de dictaduras cívico-militares:

> Nada de lo que las familias, los científicos, los hombres de Estado y las instituciones archivan es imparcial o neutro; todo trae la marca de las personas y acciones que los salvaron del olvido; todo es conformado, representado, simbolizado, resignificado en el transcurso entre aquel que actuó y habló, fotografió, filmó, escribió y aquel que registró, imprimió, conservó, clasificó y reprodujo (p. 219).

En este sentido, el universo de datos que nos ofrecen las tarjetas e informes de la DFS remite a fechas, acciones y protagonistas del activismo solidario en México, pero también permite un acercamiento a las denuncias del movimiento mexicano de solidaridad respecto a la injerencia estadounidense en el conflicto salvadoreño, mediadas

por la mirada, los esquemas de clasificación y las priorizaciones de informantes y analistas de una institución de espionaje político cuyos integrantes se consideraban salvaguardas de los valores y principios de la revolución mexicana, entre ellos el nacionalismo y el antiimperialismo.

EL ANTIIMPERIALISMO DEL MÉXICO OFICIALISTA: ENTRE *REALPOLITIK* DE LA GUERRA FRÍA Y LAS POSICIONES TERCERMUNDISTAS

Para comprender la atracción que ejercía Centroamérica sobre un activismo de solidaridad que se distinguía por su diversidad en cuanto a orígenes socioeconómicos, geográficos e ideológicos, es importante tomar en cuenta la importancia de las imágenes y emociones "antiyanqui" y antiimperialistas. Como bien señala Christine Hatzky (2015), durante el siglo XX, en muchas protestas los activistas percibían al imperialismo estadounidense como uno de los principales responsables para una amplia gama de males globales. Adherirse al antiimperialismo, a sus íconos, tradiciones, rituales y narrativas, permitía, entonces, sentirse parte de una comunidad transnacional articulada no tanto vía redes organizativas sino anclada en una cultura de resistencia y subalternidad (p. 35).

En América Latina, la Revolución Mexicana jugaba un papel importante en la construcción del imaginario social antiimperialista, porque se consideraba como un ejemplo para la reivindicación de intereses nacionales, de los principios de soberanía y no intervención en contra del poder hegemónico de Estados Unidos (p. 45). El apoyo del gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-1928) a la lucha de Augusto César Sandino, el acogimiento de los exiliados guatemaltecos después del derrocamiento del gobierno de Jacobo Árbenz en 1954, la cercanía diplomática con gobiernos revolucionarios como Cuba, Chile y Nicaragua, ayudaron al régimen mexicano construir y mantener una proyección latinoamericana (e internacional) como país antiimperialista y antintervencionista, a pesar de la orientación pragmática que guiaba la política exterior en sus relaciones diplomáticas y comerciales con Estados Unidos y su realineamiento con los intereses de la potencia hegemónica en el contexto de la confrontación Este-Oeste después de la segunda guerra mundial.[7]

---

7 La coexistencia entre, por una parte, gestos y retórica progresistas en el terreno internacional y, por otra parte, vigilancia y control hacia lo interno se expresa, entre otras cosas, en que el Estado mexicano nunca dejó de espiar a las representaciones diplomáticas y exiliados de países y movimientos considerados amenazas para la seguridad estadounidense: "Los diplomáticos de países socialistas aceptaban

La habilidad de los gobernantes mexicanos para mantener una proyección antiimperialista en el contexto global de la Guerra Fría, no obstante el viraje del régimen hacia posiciones cada vez más conservadoras, se refleja en diversas líneas de acción: por una parte, el carácter defensivo del nacionalismo mexicano permitía al régimen mantener el principio fundamental de su política exterior, la no intervención de un país en los asuntos internos de otro, y conservar una independencia política relativa, sin chocar directamente con las acciones de desestabilización de Estados Unidos contra Guatemala o Cuba (Meyer, 2006, p. 447). Bajo los gobiernos de Luis Echeverría Álvarez (1970 a 1976) y José López Portillo (1976 a 1982), en un ambiente internacional caracterizado por una difusión de posicionamientos de descolonización y el cuestionamiento a las relaciones desiguales Norte-Sur, se reforzaron temporalmente las retóricas y gestos antiimperialistas y tercermundistas para promover la cooperación entre países del sur, la diversificación de los vínculos del país, en materia diplomática y comercial, con naciones del Tercer Mundo, y el respeto al pluralismo ideológico, como queda reflejado en los acercamientos de Luis Echeverría al gobierno de Salvador Allende (Sánchez Barría, 2014, p. 962).

Siguiendo estos principios, el gobierno de José López Portillo pretendió asumir un rol diplomático independiente para promover una solución negociada de los conflictos armados en Centroamérica, posicionándose de esta manera en contra de las políticas estadounidenses que respaldaban militar y económicamente a los gobiernos autoritarios de la región (Pellicer, 1982). Sin embargo, como bien plantea Lorenzo Meyer (2006) en un balance sobre el "nacionalismo defensivo" en el contexto de la Guerra Fría, el dilema mexicano respecto a sus políticas internacionales ante Estados Unidos persistió. El historiador señala:

> El triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua en 1979 revivió el problema planteado antes por Guatemala y Cuba, pues, además de abrir un nuevo frente de la Guerra Fría en ese país cercano, las brutales guerras civiles de Guatemala y El Salvador hicieron que toda Centroamérica

---

calladamente la violación de su inmunidad diplomática porque a cambio obtenían beneficios muy concretos. Cuba se aseguraba un canal de comunicación con América Latina en un periodo en el que había sido excluida de la comunidad hemisférica. La URSS disfrutaba de un sitio privilegiado para realizar actividades de espionaje (tenía en México la misión de inteligencia más grande de América Latina: 35 personas). Con los representantes de movimientos progresistas de los países el gobierno tenía acuerdos parecidos aunque los términos variaban [...] El gobierno mexicano ganaba prestigio de país progresista y lograba que los extranjeros respetaran la prohibición absoluta y tajante de opinar o intervenir en asuntos internos o de apoyar a los opositores mexicanos" (Aguayo, 2001, p. 108).

> se convirtiera en un nuevo teatro de la confrontación Este-Oeste, uno de los últimos. En el inicio, los nuevos descubrimientos petroleros mexicanos y su empleo como materia estratégica le permitieron al presidente José López Portillo desempeñar el papel de cabeza de potencia media con intereses propios en el área centroamericana. Desafortunadamente, la drástica baja en el precio de los hidrocarburos y la crisis final del modelo económico mexicano en 1982, combinada con la agresiva política exterior del gobierno encabezado por Ronald Reagan, hicieron que México apenas pudiera cubrir las apariencias de su retiro efectivo como actor con agenda propia al sur del Suchiate, no sin antes despertar la animosidad de los sectores más conservadores de Washington (p. 448).

No cabe duda de que los gobernantes mexicanos supieron aprovechar las preocupaciones estadounidenses que percibían la estabilidad política e institucional del vecino del sur como un asunto de seguridad nacional. Las diversas administraciones estadounidenses (tanto republicanas como demócratas) reconocían la habilidad de la élite política mexicana para mantener la estabilidad interna y conservar el consenso social. Esta situación permitió al país no solo conservar una "relativa independencia política" en su política exterior, sino manejar hacia el interior una combinación de políticas de cooptación y represión selectiva, además de una retórica revolucionaria y nacionalista con tintes antiimperialistas y "antiestadounidense", que encontraron eco y arraigo en el sentimiento popular. La idea de la "mexicanidad", promovida a partir de 1946 en las políticas culturales y educativas de la administración de Miguel Alemán planteaba que la identidad mexicana, que se había forjado en contraposición a la injerencia de potencias extranjeras (España, Francia y, por último, Estados Unidos), estaba ajena a todas las ideologías "extremas", pero especialmente al comunismo (Meyer, 2006; Pellicer, 1982; Sánchez Barría, 2014).

Como bien señalan Sánchez Barría (2014) y Pellicer (1982), la radicalización del discurso oficial hacia posiciones tercermundistas y de izquierda respondía también a una necesidad de legitimarse ante sectores sociales y grupos políticos, que después de 1968 con cada vez mayor énfasis y publicidad cuestionaban la simulación democrática que caracterizaba el régimen y la represión que sufrían los grupos de izquierda, que se inspiraban en la Revolución cubana, los movimientos contraculturales de la Nueva Izquierda y las protestas en contra de los gobiernos autoritarios en Centroamérica. En este ambiente, el uso por parte del régimen de imágenes y discursos nacional-revolucionarios y populistas, así como las negociaciones con una parte de la izquierda reformista para abrir espacios de participación electoral, coincidían con el fortalecimiento de los aparatos de espionaje político

dirigidos precisamente en contra de estas nuevas y viejas expresiones de disidencia. De acuerdo con Felipe Sánchez Barría:

> Trabajos recientes han mostrado la gran cantidad de recursos y estrategias que el gobierno de Echeverría implementó en los servicios de inteligencia nacional para mantener un férreo control y conocimiento sobre las críticas hechas hacia el régimen. Sus espías se instalaron no solo en lavanderías, tiendas comerciales, bancos o incluso taxis a escuchar críticas, rumores o chistes en contra de Echeverría, sino también tendrían un rol fundamental en la violenta lucha que el presidente llevó a cabo en contra de la actividad guerrillera, emergida desde mediados de la década de 1960 (Sánchez Barría, 2014, p. 962).

En consecuencia, hacia fines del sexenio de López Portilla, el aparato de espionaje era formidable. En 1981 –año fundamental para esta investigación debido al incremento del número de refugiados centroamericanos, que huían de los conflictos armados en sus países, y las expresiones de solidaridad con los movimientos de protesta y el gobierno sandinista en Nicaragua– la DFS tenía representaciones en todos los estados de la república y tres mil empleados que controlaban a su vez a diez mil informantes (Aguayo, 2001, p. 229). En una coyuntura nacional marcada por una creciente inconformidad con los límites políticos impuestos por el régimen, la institución seguía inculcando a sus miembros la convicción de que jugaban un rol importante en la defensa de los principios y valores del nacionalismo revolucionario cristalizados en el Estado y el partido oficial.

LUGARES, PRÁCTICAS Y DISCURSOS DE LA SOLIDARIDAD

Las principales organizaciones coordinadoras de la solidaridad mexicana con El Salvador funcionaron entre 1975 y 1984: el Comité Pro Derechos Humanos en El Salvador (1975-1980), conformado por universitarios salvadoreños y mexicanos en Guadalajara (Jalisco); a partir de este antecedente se fundaron el CMSP, el 15 de septiembre de 1979 en la Ciudad de México (Coyoacán), el Foro Nacional de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en 1980 y el Foro Internacional de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en marzo de 1982, durante el Encuentro de Solidaridad con El Salvador. La fundación de las coordinaciones confirma que el movimiento de solidaridad experimentó su mayor impacto público entre 1980 y 1982, periodo en el cual se convocó a manifestaciones masivas en la Ciudad de México, a mítines y marchas en diversas ciudades, y se formaron comités locales (secciones) en múltiples estados de la república. En este periodo México ganó visibilidad internacional como partícipe en la búsqueda de una solución política al conflicto, cuando en la Declaración Franco-Mexicana

en agosto de 1981 se reconoció al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional-Frente Democrático Revolucionario [FMLN-FDR] como fuerzas políticas representativas (Fábregas Puig, 2006).

Pero empezó a fragmentar y disolverse hacía el año 1984, a raíz de varios factores: El Salvador, al transitar de un ambiente insurreccional a un enfrentamiento bélico de "baja intensidad", fue desplazado de las primeras planas de las noticias internacionales, al mismo tiempo la solidaridad internacional se enfocó cada vez más en el apoyo a la Nicaragua revolucionaria. Estas tendencias de una focalización de la solidaridad con Centroamérica en Nicaragua se daban no solo en México. Por ejemplo, en Estados Unidos la formación del Comité en Solidaridad con el Pueblo de El Salvador (Comitee in Solidarity with the People of El Salvador, [CISPES]) coincidió en octubre de 1980 con el auge de la movilización social en El Salvador y la unificación de los grupos político-militares en el FMLN. En poco tiempo se fundaron aproximadamente cuatrocientas secciones en todo el país, que realizaron marchas, campañas de incidencia ante el Congreso, organizaron viajes a El Salvador para recolectar información sobre las violaciones de los derechos humanos y formaron parte de la red de "santuarios" para proteger a refugiados centroamericanos de la deportación. Si bien tuvo vigencia durante toda la guerra (y la organización existe hasta el día de hoy), a mediados de los años de 1980 muchos comités ampliaron su radio de acción hacía la solidaridad con Centroamérica en general y, especialmente, con Nicaragua (Crandall, 2016, p. 241).

En el caso de México, las disputas al interior del FMLN jugaron también un papel importante para explicar cierto desencanto, especialmente, a partir del asesinato violento de Mélida Anaya Montes (comandante Ana María), en el cual estaba involucrado el principal dirigente de las Fuerzas Populares de Liberación [FPL] Cayetano Carpio (comandante Marcial). Pero también hay que señalar que los conflictos personales entre liderazgos del CMPS así como el sectarismo de los grupos y partidos de la izquierda mexicana jugaron a favor de la fragmentación que terminó por socavar la cohesión del comité, a pesar del compromiso formal de la "incondicionalidad" de la solidaridad, es decir, "que las organizaciones políticas no aprovecharan para sí las actividades de solidaridad", y b) limitar, en lo posible, el proselitismo salvadoreño hacia las organizaciones mexicanas en particular" (Fábregas Puig, 2006, p. 647). La fragilidad de las alianzas internas fue comentada tanto por los cuadros del FMLN, encargados del trabajo de solidaridad, como por los mismos agentes de la DFS, como constata un informe de 1984 (Archivo General de la Nación, Galería 1, p. 2) respecto a la situación de la solidaridad.

La revisión de las tarjetas policiales permite identificar diferentes lugares donde se llevaron a cabo actos de solidaridad: espacios universitarios y escolares, como las instalaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM], del Instituto Politécnico Nacional [IPN], la Escuela Nacional de Antropología e Historia [ENAH], la Escuela Superior de Educación Física, la Escuela de Diseño y Artesanías de la Ciudadela, así como las llamadas "Casas autónomas del estudiante" (residencias estudiantiles) y universidades estatales; el Museo de Antropología en la Ciudad de México; locales sindicales como, por ejemplo, del Sindicato Mexicano de Electricistas [SME] o el Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana [STERM], así como teatros, cines, gimnasios. También se ocupaba el espacio público, por una parte, para manifestaciones que en la Ciudad de México pasaban generalmente por el Monumento de la Revolución, el Hemiciclo Benito Juárez y la embajada de Estados Unidos en el centro de la ciudad, a las embajadas de El Salvador y Honduras para denunciar las violaciones a los derechos humanos y la complicidad entre gobiernos cívico-militares. Por otra parte, había mítines o actos político-culturales, como el "Maratón artístico" dedicado a la venta de obras de arte para recolectar fondos en la Plaza Hidalgo (centro de Coyoacán), exposiciones fotográficas, la presentación de documentales o de obras de teatro en auditorios y centros educativos, sobre la lucha de pueblo salvadoreño, para denunciar las acciones de Estados Unidos o mostrar la derrota del imperialismo en otros lugares del mundo, especialmente Vietnam.

Los agentes policiales documentaban diferentes formas de acción: actos de protesta, como marchas y mítines, en los cuales predominaban consignas de apoyo a la revolución salvadoreña y denuncias de la injerencia política y militar del imperialismo estadounidense. De vez en cuando las protestas culminaban en la quema de banderas estadounidenses. Entre el sindicalismo independiente se llevaban a cabo campañas para apoyar a las organizaciones obreras salvadoreñas por medio de la donación de una proporción simbólica del salario y paros laborales como una expresión de solidaridad y estrategia para informar sobre las condiciones laborales y la persecución sindical en el país centroamericano. Los informantes asistían a asambleas y reuniones internas de los comités de solidaridad para documentar el número de personas e identificar participantes y líderes. En conferencias de prensa, asambleas y reuniones internas se anotaba lo que se decía sobre la coyuntura política de El Salvador, las denuncias en contra del gobierno salvadoreño y las Estados Unidos, así como el rol del FMLN como "vanguardia" del pueblo. También se registraba el contenido de

volantes y pintadas en las paredes que anunciaban marchas, campañas de solidaridad o consignas.

De esta manera las tarjetas logran transmitir hasta el día de hoy la radicalidad y beligerancia que predominaban en las prácticas discursivas del movimiento de solidaridad. Por ejemplo, durante una conferencia de prensa frente a la Embajada de Estados Unidos el 13 de enero de 1981, el presidente del comité de solidaridad señaló:

> […] que el organismo de solidaridad que él dirige había tomado medidas de solidaridad con el pueblo salvadoreño. 1- Rechazar enérgicamente cualquier forma de intervención imperialista de los EUA y publicar el propósito de formar brigadas de combate para apoyar a la Revolución salvadoreña, las cuales serán enviada [sic] cuando lo solicite el Frente FMLN. 2- El establecimiento de un centro de Recepción [sic] de ayuda […] con relación a el [sic] suministro de 7000 barriles de petróleo de México a El Salvador este Comité ha solicitado la suspensión del envío. […] Señaló que los ejércitos de Guatemala y Honduras forman parte de las fuerzas intervencionistas de los EUA, las cuales ya están tomando posiciones con el fin de intervenir directamente en El Salvador […] (AGN, 13 de enero de 1981).

En un registro del 27 de enero de 1981, se informa sobre las pintadas realizadas en las paredes del Plantel Oriente del Colegio de Ciencias y Humanidades: "Muerte al imperialismo yanqui y al ejército burgués salvadoreño", "brigada 23 de abril, Heriberto Chagoya", "denunciemos al gobierno burgués mexicano por la detención de salvadoreños en México" (AGN, 27 de enero de 1981).

La comparación de la información en las tarjetas lleva a pensar que para la DFS actividades que ameritaban un seguimiento más puntual incluían campañas de solidaridad, orientadas a atraer la atención de un público más amplio y diverso, y acciones que buscaban pasar de la retórica antiimperialista de las consignas a encuentros o confrontaciones más directos. Así sucedió, por ejemplo, en el contexto de la visita de Ronald Reagan a Baja California Sur y su encuentro con Miguel de la Madrid en agosto de 1983, cuando los agentes de seguridad seguían, entre el 9 y 15 de agosto de 1983, puntualmente los intentos del Comité por organizar una marcha en La Paz para protestar en contra de la "intervención imperialista" en El Salvador y Nicaragua. Así mismo, fueron objetos de observación y documentación los recorridos de integrantes de comités de solidaridad de Sinaloa, Sonora o Baja California por diversas ciudades de la frontera norte para asistir a encuentros y marchas de solidaridad transfronteriza en ciudades como Tijuana o Mexicali, el 30 y 31 de octubre de 1982, el 22 de enero de 1983 o el 2 y 3 de julio de 1983.

"IMPERIALISMO SIGNIFICA HAMBRE, GENOCIDIO Y MUERTE"

Como se señaló, el mayor impulso a la movilización solidaria se dio a partir de 1979, un escenario marcado en El Salvador por el golpe militar reformista, el inicio de la guerra civil, el repunte en las violaciones a los derechos humanos, el desplazamiento forzado de salvadoreños y el auge de la solidaridad internacional. Coincidió con las presidencias de José López Portillo y Miguel de la Madrid, cuando la retórica nacionalista y revolucionaria aún se conservaba a pesar de que la dirección del Estado estaba transitando de una gestión basada en los principios del desarrollismo y la soberanía, a una gestión tecnócrata-gerencial inspirada en los principios del neoliberalismo. No obstante, la estructura de seguridad seguía conformada por analistas identificados con y orgullosos de los valores de la revolución. En este sentido, las múltiples referencias en discursos y consignas al rol negativo del imperialismo en Centroamérica y América Latina deben de haber tenido cierto "aire de familia" para los agentes encubiertos que presenciaron las marchas, mítines y asambleas.

En el discurso de la solidaridad mexicana, visto a través de los ojos (y oídos) de los agentes policiales, destaca la identificación de Estados Unidos como principal responsable de la crisis económica, la violencia política y la continuidad de la guerra en El Salvador al sostener una junta militar "democristiana", asesorar a un ejército "burgués" y "apoyar a grupos oligárquicos que detentan el poder". En esta relación de dependencia, la junta cívico-militar salvadoreña –calificada de "democristiana", "militar", "genocida", "racista", "asesina"– representa el papel de "títere del imperialismo norteamericano", en cambio, el gobierno estadounidense es "Amo y Padrino", que vía el apoyo militar y la inmanencia de una intervención es considerado el "principal responsable por crear las situaciones anárquicas en ese país [El Salvador, nota] y apoyar a grupos oligárquicos que detentan el poder".

Dentro de este discurso, el comportamiento injerencista e intervencionista de la potencia global en El Salvador representaba de manera ejemplar el objetivo principal de mantener el control y conservar las áreas de influencia en toda América Latina. Así, en un "acto político-popular" para conmemorar el V Aniversario del triunfo sandinista en Toluca, el 21 de julio de 1984, se denunció que la "responsabilidad del fascismo que azota a diversos países de Centroamérica y Sudamérica y del Caribe es EU que pretende ejercer un Maximato o tutelaje en esas zonas" (AGN, 21 de julio de 1984). Estados Unidos "pisotea a toda Latinoamérica", y "ejerce presión también sobre México", pero tiene aliados para imponer su hegemonía: "pueblos borregos centroamericanos", "los ejércitos hondureños y guatemaltecos comandados por "boinas verdes", o los gobiernos de Argentina e Israel.

En consecuencia, los discursos de la solidaridad calificaban a Estados Unidos no solo como responsable para las desgracias centroamericanas, sino como una amenaza a la "paz mundial".

En la reproducción y ensamblaje de imágenes antiimperialistas, que enfatizaban la responsabilidad primordial de Estados Unidos en la crisis centroamericana y salvadoreña, la figura de Ronald Reagan jugaba un papel central como personificación de la violencia, arrogancia e injerencia "yanqui" en los asuntos de otros países y regiones. Esta práctica discursiva coincidía con lo que sucedía en otras partes del mundo, donde Ronald Reagan aparecía también como el principal responsable de la estrategia agresiva empleada por la administración republicana en la década de 1980. De esta manera se contribuyó a que experiencias organizativas particulares de causas transnacionales en países del sur y norte se articulaban vía este símbolo:

> From the 1980s especially, US President Ronald Reagan became a symbol of indiscriminate US imperialism on a global scale and represented a common enemy for those activists and social movements that fought against nuclear rearmament in Western Europe and showed solidarity with anti-colonial and national liberation movements in the Third World (Hatzky, 2015, p. 49).

El movimiento mexicano de solidaridad con El Salvador no era ninguna excepción en cuanto a la concentración pública en la figura del presidente estadounidense: Por ejemplo, en el Seminario El Salvador y Centroamérica en Jalapa (Veracruz), un conferencista calificó al gobierno de Reagan como un gobierno "Gsnteril [sic]", mientras otro señalaba que "desde que el Pdte. Reagan [asumió, nota] el poder, las dictaduras Latinoamericanas han tenido más apoyo y se han sentido con más poder, […] ese mandatario se ha identificado con la sangre…". En otras tarjetas el presidente estadounidense era calificado como "maniático", "gusano", "asesino", "bocón" o "único responsable de intervención yanqui". Y la consigna pintada por alumnos de la Preparatoria Popular de Tacuba, en el piso de Avenida Reforma en frente de la embajada de Estados Unidos durante una marcha el 22 de octubre de 1981 expresó un sentimiento compartido: "Reagan asesino de El Salvador. Recuerda Vietnam" (AGN, 17 de junio de 1981 y 22 de octubre de 1981).

En oposición a Estados Unidos, Ronald Reagan y la junta militar democristiana, el discurso de la solidaridad construía la figura del "pueblo salvadoreño" como un agente colectivo con dignidad, "consciente de querer su libertad y demandando la autodeterminación luchando en contra de una junta militar", "sostenida por el imperialismo yanqui", con perseverancia, consciencia y apoyando a la guerrilla

como su "vanguardia", aunque tiene que "pagar" con enfermedades y hambre su lucha (AGN, 27 de enero de 1981 y 3 de junio de 1981). De esta manera los registros policiales nos permiten identificar los principios de oposición y clasificación construidos por el discurso político de la solidaridad mexicana. Por una parte, el pueblo salvadoreño caracterizado como "digno", en "lucha por su libertad", apoyando a su vanguardia [FMLN] y con una "democracia libre dentro del pueblo" que le permitía liberarse de la manipulación ejercida por el gobierno salvadoreño. Al sufrir una serie de males, debido a su resistencia histórica –masacres, violaciones, hambre, enfermedades–, se insistía en la necesidad que México dedicara mayores esfuerzos a la solidaridad. Del otro lado estaba Estados Unidos, intervencionista y genocida, que apoyaba a la junta democristiana y buscaba el control de América Latina. En estas construcciones discursivas el gobierno salvadoreño ocupaba una posición marginal, en el mejor de los casos un "títere" de Estados Unidos.

LAS PREOCUPACIONES DE LOS AGENTES POLICIALES

Hasta este punto las observaciones policiales reproducen a grandes rasgos el imaginario antiimperialista y nacionalista que predominaba en estos años el discurso político nacional popular y tercermundista, y que compartía una fracción (aún) dominante de la élite gubernamental mexicana. ¿Pero qué preocupaba a los agentes de la DFS para dar este seguimiento a las acciones de los comités de solidaridad?

Los agentes registraban con mucho interés lo que se decía sobre México, particularmente sobre el gobierno y su política internacional, y quiénes lo decían. Por ejemplo, algunos apuntes documentan las referencias positivas y de apoyo respecto al rol de México como "país no alineado", señalando especialmente la Declaración Franco-Mexicana como expresión de la obligación de México (y de Francia) para promover la formación de un bloque de países que reconocían al FMLN-FDR. También hay registros sobre menciones de la Revolución mexicana como antecedente e inspiración de lucha regional por algunos oradores de los comités de solidaridad (AGN, 13 de marzo de 1981; 19 de septiembre de 1981 y 13 de septiembre de 1981). Pero en general no se encuentran muchas menciones de México en los registros, lo cual podría indicar también el cuidado de los voceros de los comités de no confrontar públicamente al gobierno. Pero en algunos actos, ciertos representantes de organizaciones populares mexicanas, así como militantes de la izquierda mexicana radical se atrevían a cuestionar las ambigüedades de los posicionamientos de la administración de López Portillo o De la Madrid en el tema salvadoreño, denunciar acciones en contra de los refugiados salvadoreños o incluso aprovechar los

espacios públicos para plantear demandas relacionadas con protestas locales. El principal punto tenía que ver con las posiciones ambiguas del gobierno mexicano en sus relaciones diplomáticas con Estados Unidos, el gobierno salvadoreño y el FMLN-FDR. Por ejemplo, de manera recurrente aparece la demanda que México no debería enviar petróleo e hidrocarburos al gobierno de El Salvador: "Ni una gota de petróleo a la Junta de El Salvador" (AGN, 11 de diciembre de 1980 y 7 de octubre de 1981). Asimismo, en una reunión interna del Comité en la Ciudad de México, hacia fines de 1981, algunas participaciones criticaban la actitud pragmática del gobierno mexicano que apoyaba, por una parte, la revolución salvadoreña, pero al mismo tiempo permitía el paso de oficiales norteamericanos a El Salvador (AGN, 14 de diciembre de 1981), y no prestaba suficiente ayuda a los refugiados.[8]

Desde la perspectiva de los organismos de inteligencia había que estar atento a que la retórica antiimperialista no pasara a desafíos directos o confrontaciones con representantes del gobierno estadounidense. Esta preocupación se refleja en el seguimiento policial a los preparativos de la sección de La Paz (Baja California Sur) para llevar a cabo una manifestación de protesta en contra de la presencia de Ronald Reagan, el 14 de agosto de 1983. El 9 de agosto de 1983 se documenta que miembros del Comité de Solidaridad enviaron un oficio al presidente municipal, en el cual solicitaron la autorización para realizar una marcha-mitin el 14 de agosto para informar a la "opinión pública" sobre su rechazo a la intervención imperialista en diversos países, especialmente en El Salvador y Nicaragua, con motivo de la visita del presidente Ronald Reagan "a quien consideran único responsable de la intervención yanqui en los países de Centroamérica" (AGN, 9 de agosto de 1983). El municipio informó a los solicitantes que, para admitir la petición debían informar del recorrido para proporcionarles protección. Entre el 11 y 13 de agosto los informes policiales enumeran minuciosamente a partidos, colectivos estudiantiles y sindicatos que repartieron volantes para convocar a la población a participar en la marcha-mitin, de las consignas antiimperialistas, como "Alto a la Intervención Imperialista en Centroamérica. Por la Autodeterminación de los Pueblos. Reagan fuera de Nicaragua y El Salvador. Alto a las Presiones contra México".

---

8 En Sonora entre 1981 y 1983 hubo varios intentos por parte de la sección local del CMPS de incidir ante las autoridades locales para impedir la deportación de salvadoreños. Los archivos no explicitan si los resultados fueron positivos (AGN, 18 de octubre de 1981; 22 de mayo de 1982; 3 de julio de 1982; 26 de julio de 1983 y 2 de agosto de 1983).

También se registra la realización de una asamblea entre miembros del Comité de Solidaridad y funcionarios municipales y estatales para fijar hora, lugar y calles por los cuales transitaría la marcha. A pesar de los intentos de diálogo, y que aparentemente el activismo de solidaridad no tuvo impacto público en la población de La Paz ("[…] otros sectores están en calma en relación con la visita de los mandatarios"), el ambiente político se puso tenso. Un día antes de la marcha anunciada el Comité Municipal del PRI entregó al municipio unas mantas para manifestar su apoyo a De la Madrid, y finalmente los dirigentes del Comité de Solidaridad acordaron suspender la marcha-mitin "para mostrar madurez política y buena voluntad con el gobierno mexicano". El aviso se transmitió vía un spot del Partido Revolucionario de los Trabajadores [PRT] en una estación local de radio. En un registro del 15 de agosto se informa que los representantes del Comité de la Ciudad de México, que habían viajado a La Paz para participar en la manifestación, regresaron a la Ciudad de México, con lo cual también termina el informe sobre este intento de protesta (AGN, 9, 11, 12, 13, 14 y 15 de agosto de 1983).[9]

Otra preocupación policial tenía que ver con la infiltración de cuadros político-militares salvadoreños y su interacción con organizaciones políticas o sectoriales en el país. Por ejemplo, en una conferencia de prensa, el 2 de octubre de 1982, en el Auditorio de la Escuela Superior de Educación Física, el agente de la DFS documentó la exposición de una representante del FMLN sobre la situación política y social de El Salvador. Entre diferentes temas que le parecían importante anotar señaló "que por la terminología que empleó la conferencista al referirse a las luchas que sostiene el pueblo salvadoreño, tiene conocimiento de las tácticas de guerrilla que actualmente se desarrollan en ese país" (AGN, 2 de marzo de 1982). Para la DFS el contacto de guerrilleros

9 Años después, Gilberto López y Rivas, quien había sido el coordinador del Comité de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño, describió estos momentos en una columna en el periódico La Jornada: "[…] en una ocasión, agentes de la Policía Federal de Seguridad fueron a buscarme a la ENAH [Escuela Nacional de Antropología e Historia, nota], de la que era director, para "invitarme" a una reunión con su jefe Zorrilla […] Este, en una impresionante oficina con pantallas de televisión en las que se mostraban pasillos, entradas y zona de elevadores (del tenebroso edificio frente al Monumento de la Revolución), y en un amplio escritorio, numerosos teléfonos de colores diferentes, me exigió con veladas y abiertas amenazas que desactivara un mitin en Baja California contra la visita del presidente de Estados Unidos. Yo me negué, argumentando que la autonomía de los comités estatales de solidaridad impedía hacerlo. De pronto recibió una llamada, me hizo salir perentoriamente y cinco minutos más tarde me informó con prepotencia que ya no era necesaria mi intervención. El Estado Mayor Presidencial se había hecho cargo del asunto, presionando y amenazando a nuestros compañeros con ese fin" (López y Rivas, 2014).

centroamericanos con la izquierda mexicana podría implicar una expansión del conflicto centroamericano a territorio nacional, una dinámica de desestabilización y, eventualmente, una mayor injerencia estadounidense en los asuntos internos del país.

Por ejemplo, en un registro asignado a la carpeta "Frente Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en Chiapas", el 4 de noviembre de 1980, después de documentar las consignas que "personas desconocidas" habían pintado en paredes del municipio Metapa de Domínguez, como "primero Nicaragua, después El Salvador, América Latina por la liberación", "fuera yanquis de El Salvador", "El Salvador escucha, Chiapas está en tu lucha", el agente hace la siguiente observación:

> Este poblado está a 1 km del límite con Guatemala, donde el paso de "ilegales" centroamericanos a México es completamente libre, ya que no existe ninguna autoridad que lo impida, ni la población cuenta con Policía Mpal. [sic] o cualquier otra. Debido a lo anterior, este lugar se encuentra saturado de centroamericanos "ilegales" (AGN, 4 de noviembre de 1980).

La preocupación en torno a la presencia de "centroamericanos ilegales" no tenía que ver solo con la falta de control gubernamental sobre los flujos poblacionales, sino con las implicaciones para la seguridad nacional. Para México la desestabilización de su frontera sur y un posible desborde de los conflictos armados en Centroamérica (principalmente Guatemala) podría fungir como un pretexto para que Estados Unidos incrementara su presencia militar en la región, lo cual afectaría a la vez la posición regional y los intereses geopolíticos de México. Un informe de inteligencia sobre los refugiados en Chiapas confirma esta preocupación al plantear como hipotético escenario el interés de Estados Unidos por querer desestabilizar aún más la frontera entre Guatemala y México. El objetivo de la desestabilización sería proporcionar argumentos válidos al gobierno de Reagan para incrementar el apoyo contrainsurgente al régimen militar guatemalteco (AGN, 19 de noviembre de 1982).

Las tarjetas permiten acercarse al lente peculiar de la doctrina mexicana de seguridad nacional y del "nacionalismo defensivo", por medio del cual los aparatos de inteligencia interpretaban las prácticas de solidaridad. Por ejemplo, el informe "Infiltración comunista en México, Norte, Centro y Sudamérica" del 14 de noviembre de 1981 planteaba que los malestares sociales existentes en diferentes países de la región podrían ser aprovechados por Cuba y la Unión Soviética para avanzar en su objetivo geopolítico de establecer gobiernos "socialistas" en el continente. La participación de militantes latinoamericanos exiliados en las

acciones del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador servía de ejemplo. Según dicho informe, en el Comité confluían:

> […] todas las fuerzas de ideología comunista, en sus diferentes modalidades, tales como socialistas, maoístas, trotskistas [sic], Fidelistas, Allendistas, etc. y con el pretexto de apoyar la lucha revolucionaria de El Salvador, se han realizado una serie de movilizaciones de tipo "masivo" como son marchas, mítines, piquetes, reuniones, etc., en las que con el común denominador de apoyo y solidaridad han logrado reunir a Partidos Políticos de Izquierda, y Organizaciones de la misma filiación, como el caso reciente de la III Gran Marcha Nacional de Solidaridad con el Pueblo y la Revolución Salvadoreña celebrada en esta Capital el pasado 22 de octubre, y el acto denominado "Asamblea Popular de Solidaridad con Cuba, Nicaragua y El Salvador", celebrada el pasado 12 del presente. En ámbas [sic] participaron todos los organismos referidos en párrafos arriba. Independientemente de estos actos de tipo masivo, por medio de los órganos de difusión de los Partidos y de las Organizaciones, se dá ámplia [sic] difusión a los apoyos solidarios con el propósito definido de realizar una labor de concientización entre el pueblo en general, y directamente entre los militantes de dichas organizaciones (AGN, 14 de noviembre de 1981).

Para el agente que redactó el informe, los planes de acción se enviaban directamente desde la Unión Soviética, vía la embajada de Cuba o Nicaragua y con ayuda de una red de dirigentes de la izquierda internacional que recibían sus órdenes del "Soviet Supremo" (incluyendo al argentino y dirigente trotskista Nahual Moreno ubicado en este momento en París). Una mención específica ameritaba también la habilidad y los contactos políticos de los miembros del comité para usar los tiempos gubernamentales otorgados a los partidos legales de izquierda en Radio y Televisión (el Partido del Trabajo [PT] o el Partido Socialista Unificado de México), y por los cuales se podían emitir "consignas antiimperialistas" y "revolucionarias" a favor de la causa centroamericana.

Para los agentes de inteligencia el peligro de los actos de solidaridad residía en su potencial de servir como pretexto y espacios de articulación entre organizaciones diversas –de la izquierda reformista y radical, sociales y partidistas, mexicanas y latinoamericanas- para coordinar luchas, unificar objetivos y amplificar las denuncias de los actos de represión. Pero sobre todo podría funcionar como un espacio de articulación simbólica de resistencias locales con luchas regionales y globales, donde el antiimperialismo servía como un marco de referencias compartido para identificar a enemigos (las potencias mundiales, el gobierno estadounidense, la figura de Ronald Reagan), y unificar experiencias particulares de lucha y resistencia. En este sentido, y para cerrar el texto, sirva un ejemplo del discurso liberacionista y

latinoamericanista que el anónimo informante de la DFS logró captar, un 29 de agosto de 1980, en Toluca:

> En las instalaciones del Cine Club de la U.A.E.N. se efectuó asamblea […] ante asistencia aproximada de 350 personas afiliadas al P.C.M., P.R.T., P.S.T. y S.I.T.U.A.E.M. En dicha reunión se instauró este Comité Sección Toluca, […] quienes manifestaron que a partir del 2 de septiembre iniciarán una campaña en los diferentes Municipios del Valle de México a fin de concientizar al pueblo de la problemática que confrontan los salvadoreños, en su lucha que sostienen contra los militares en el poder de ese país. Dijeron que comulgan con la postura de los pueblo[s] de América Latina en el sentido de que es la hora de emprender la batalla decisiva por la libertad e independencia, ya que los sufrimientos, despojos, explotación y miseria, que por siglos han padecido los latinoamericanos están llegando a su final, en virtud de que la opresión que se les ha impuesto por tanto tiempo el pueblo no está dispuesto a seguir soportando. Señalaban que América es la más viva expresión de lo anteriormente expuesto y, por ende, el grito combativo "nicaragüense patrio [sic] libre o morir" se vuelve una necesidad principalmente en Guatemala, Honduras y El Salvador, quienes se encuentran a la cabeza en la lucha libertaria, así como en el despertar revolucionario de los pueblos subyugados de Latinoamérica. Para finalizar, manifiestan que El Salvador sufre el genocidio más cruel de su historia a manos de los militares, y de los grandes acaparadores terratenientes todo esto sin ayuda y apoyo de los pueblos considerados como dentro del esquema capitalista por lo cual se instituyó este Comité para demostrar el apoyo y ayuda a los salvadoreños (AGN, 29 de agosto de 1980).

Pocos años después de la desarticulación violenta de la guerrilla mexicana, el temor gubernamental seguía siendo que la proximidad de las luchas centroamericanas –en ese caso, salvadoreña– podría permitir a la oposición de izquierda identificarse con la situación de los países vecinos, apropiarse de diagnósticos e interpretaciones y –por qué no– de caminos similares para enfrentarse a un régimen autoritario. En otras palabras, llevar la radicalización de la palabra a la acción.

CONCLUSIONES

En su célebre libro *Cultura e imperialismo,* Edward Said (1996) establece dos momentos en las movilizaciones antiimperialistas y liberacionistas del siglo XX. Una primera fase, el momento "nacionalista" propiamente tal, correspondía a las luchas de descolonización y la conquista de la independencia y soberanía nacional. Durante este momento, el proyecto político-ideológico de la resistencia antiimperialista se expresaba a través del nacionalismo y sus promesas de integración nacional y alianza entre clases sociales como medios para lograr la soberanía, el desarrollo y la democracia.

De acuerdo con el intelectual de origen palestino, es a partir de las promesas incumplidas y las tensiones dentro de los discursos nacionalistas, pero también a raíz de nuevas formas de dominio imperialista, que la resistencia antiimperialista pasa a un segundo plano. La superación de los estrechos márgenes de la narrativa nacionalista permite radicalizar la idea de la liberación como camino hacia un nuevo universalismo basado en el reconocimiento de los pueblos, la democratización de las relaciones de poder y la justicia social. Para Said, en ambos momentos, las formas, ideas o retóricas antiimperialistas juegan un papel importante porque permiten conectar, en el plano de la cultura, experiencias sociales de disidencia y lucha y otorgar significado a la acción política (pp. 426-427). Para este trabajo, los planteamientos de Said sugieren pensar el ideario antiimperialista, efectivamente, como un "vaso comunicante" entre, por una parte, el nacionalismo mexicano, pilar fundamental de la identidad del Estado posrevolucionario y, por otra parte, el internacionalismo del movimiento mexicano de solidaridad. Los agentes de la DFS documentaban con tanto detalle (y a veces cierta empatía) el discurso y las consignas antiimperialistas por el "aire familiar" de los mismos con la simbología nacionalista y revolucionaria del régimen, cuya integridad y seguridad estaban salvaguardando.

Pero el "entendimiento mutuo" tenía sus límites: el régimen –y por ende sus agentes– no podían permitir que la acción contenciosa imaginaria –expresadas en las múltiples referencias a la lucha heroica del pueblo salvadoreño y la confrontación con el imperialismo estadounidense– se pusiera a prueba en el escenario mexicano. A diferencia de Europa o Estados Unidos, la cercanía geográfica, lingüística y cultural con El Salvador podría facilitar la transferencia de argumentos y estrategias de lucha o ampliar los repertorios prácticos y simbólicos de la acción colectiva contenciosa. Una de las preocupaciones por las cuales ameritaba seguir las actividades de los comités de solidaridad fue la posibilidad de que la experiencia salvadoreña, transmitida por medio de exiliados y refugiados y la narrativa de la solidaridad, "ensancharía" el espacio de lo políticamente imaginable para la oposición radical al régimen, los comités cristianos e incluso para sectores del PRI, inconformes con la creciente influencia tecnócrata dentro del partido y el Estado.

Con base en los conocimientos que tenemos hoy del desenlace tanto de la guerra civil salvadoreña como del movimiento mexicano de solidaridad, las preocupaciones de los agentes de la DFS parecen desmesuradas, así como el tiempo y los recursos destinados a monitorear las campañas internacionalistas de protesta y denuncia. Pero a través de las advertencias e interpretaciones policiales que se transmiten en

las tarjetas e informes es posible captar algo del ambiente de época, cuando la resistencia antiimperialista y las expectativas por una transformación radical de las relaciones entre Norte y Sur pasaban necesariamente por Nicaragua y El Salvador.

BIBLIOGRAFÍA

Aguayo, S. (2001). *La charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México.* México: Ed. Grijalbo.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (29 de agosto de 1980). *Comité de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador, Sección Toluca*, 015-028-002, Tarjetas 1 y 2.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (4 de noviembre de 1980). *Frente Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en el estado de Chiapas,* 007-022-020.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (11 de diciembre de 1980). *Comité de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador en Guadalajara Jal.*, 014-022-020.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (7 de octubre de 1981). *Comité de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en Cd. Netzahualcóyotl*, 015-022-020, Tarjeta 3 (rev.).

Archivo General de la Nación, Galería 1 (13 de enero de 1981). *Comité Mexicano de Solidaridad con El Salvador,* 009-022-020.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (22 de octubre de 1981). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador,* 009-022-020, Tarjeta 38.

Archivo General de la Nación, Galería 1 /3 de junio de 1981). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador,* 009-028-003, Tarjeta 73.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (27 de enero de 1981). *Comité Mexicano de Solidaridad con El Salvador*, 009-028-002, Tarjeta 40 y Tarjeta 41.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (13 de marzo de 1981). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador en el estado de Nuevo León*, 019-022-020, Tarjeta 1.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (19 septiembre de 1981) *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador en Sonora*, 026-020-006, Tarjeta 6.

Archivo General de la Nación, Galería 1 13 de septiembre de 1981). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador Sección Guanajuato*, 011-022-020, Tarjetas 1 (rev.)–2.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (14 de diciembre de 1981). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador*, 009-022-020, Tarjeta 53.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (14 de noviembre de 1981). *Asunto: Infiltración Comunista en México, Norte, Centro y Sudamérica* (Informe Dirección Federal de Seguridad / Departamento de Información e Investigación Local), 009-022-020.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (17 de junio de 1981). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador*, 030-022-020, Tarjeta 1 (rev).

Archivo General de la Nación, Galería 1 (18 de octubre de 1981). *Comité de Solidaridad con El Salvador en Sonora*, 026-022-020, Tarjetas 8 (rev.)-93.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (22 de mayo de 1982). *Comité de Solidaridad con El Salvador en Sonora,* 026-022-020. Tarjetas 16-17.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (3 de julio de 1982). *Comité de Solidaridad con El Salvador en Sonora,* 026-022-020. Tarjeta 17 (rev.)-Tarjeta 18.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (26 de julio de 1983). *Comité de Solidaridad con El Salvador en Sonora,* 026-022-020. Tarjetas 18 (rev.)-19.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (2 de agosto de 1983). *Comité de Solidaridad con El Salvador en Sonora,* 026-022-020. Tarjeta 23.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (19 de noviembre de 1982). *Asunto: Problema de Refugiados en el Estado de Chiapas. Orígenes y Consecuencias* (Informe: Dirección Federal de Seguridad / Departamento de Información e Investigación Foránea), 009-010-010.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (2 de marzo de 1982). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño*, Segunda Parte, 009-022-020, Tarjeta 75.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (21 de julio de 1984). *Comité de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño en el Estado de México*, 015-009-002.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (22 de enero de 1983). *Comité de Solidaridad con El Salvador en Sinaloa*, 002-022-020.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (9 de agosto de 1983). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo del Salvador en el Estado de Baja California Sur*, 003-022-020, Tarjeta 2 (rev.)-3.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (9 de agosto de 1983). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo del Salvador en el Estado de Baja California Sur*, 003-022-020.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (11 de agosto de 1983). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo del Salvador en el Estado de Baja California Sur*, 003-033-020.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (12 de agosto de 1983). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo del Salvador en el Estado de Baja California Sur*, 003-001-001.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (13 de agosto de 1983). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo del Salvador en el Estado de Baja California Sur*, 003-001-001, ,

Archivo General de la Nación, Galería 1 (14 de agosto de 1983). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo del Salvador en el Estado de Baja California Sur*, 003-001-001.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (15 de agosto de 1983). *Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo del Salvador en el Estado de Baja California Sur,* 003-001-001.

Archivo General de la Nación, Galería 1 (octubre de 1984). *Informe Movimiento revolucionario salvadoreño*, 011-001-001, p. 2.

Cortina Orero, E. (2017). *La guerra por otros medios. Comunicación insurgente y proceso revolucionario en El Salvador (1970-1992).* San Salvador: UCA Editores.

Crandall, R. (2016). *The Salvadoran Option. The United States in El Salvador, 1977-1992.* New York: Cambridge University Press.

Darnton, R. (1984). Un inspector de policía organiza su archivo: La anatomía de la república de las letras. En R. Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (pp. 148-191). México: Fondo de Cultura Económica.

Fábregas Puig, A. (2006). El Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño. Una experiencia latinoamericanista. En V. Oikión Solano y M. E. García Ugarte, *Movimientos armados en México, Siglo XX,* (pp. 643-652). Vol. II. Zamora / Michoacán: El Colegio de Michoacán / CIESAS.

Hansen, J.; Helm, C. y Reichherzer, F. (2015). *Making sense of the Americas. How protest related to America in the 1980s and beyond.* Frankfurt am Main: Campus.

Hatzky, C. (2015). Views from the South. Latin American Roots of Anti-Imperialism and Anti-Americanism. En J. Hansen, C. Helm y F. Reichherzer, *Making sense of the Americas. How protest related to*

America in the 1980s and beyond (pp. 31-52). Frankfurt am Main: Campus.

López y Rivas, G. (15 de agosto de 2014). Recuerdos de la solidaridad internacionalista. *La Jornada*. Recuperado de https://www.jornada.com.mx/2014/08/15/opinion/020a1pol.

Meyer, L. (2006). Estados Unidos y la evolución del nacionalismo defensivo mexicano. *Foro Internacional, 46*(185), 421-464.

Núñez Rodriguez, O. y Pirker, K. (2016). La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano. Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México. En M. Vázquez Olivera y F. Campos Hernández, *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época,* (285-308). México: CIALC / UNAM.

Ortiz Rosas, R. (2016). *La guerrilla desde los sótanos del poder. Imágenes y memoria de la contrainsurgencia urbana en México (1976-1985).* [Tesis inédita de Maestría], Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Ciudad de México.

Ovalle, C. (septiembre de 2016). Arcana Imperii y democracia. Una batalla por la memoria. *Casa del tiempo, 3*(32), 9-16. Recuperado de http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/32_sep_2016/casa_del_tiempo_eV_num_32_09_16.pdf.

Pellicer, O. (1982). Política hacia Centroamérica e interés nacional en México. En V.V. A.A., *Centroamérica: Crisis y política internacional* (pp. 227-252). México: Siglo XXI Editores.

Perla, H. (2008). ¡Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá! Central American Agency in the Creation of the U.S.-Central American Peace and Solidarity Movement. *Latin American Research Review, 43*(2), 136-158.

Said, E. (1996). *Cultura e Imperialismo.* Barcelona: Anagrama.

Sánchez Barría, F. (2014). En la lucha contra el imperialismo, México y Chile de pie. Salvador Allende en la política tercermundista de Luis Echeverría en la Guerra Fría interamericana. *Foro Internacional, 44*(218), 954-991.

Sepp, K. (2002). *The Evolution of United States Military Strategy in Central America, 1979-1991.* [Tesis doctoral]. Harvard University.

Da Silva Catela, L. (2002). El mundo de los archivos. En L. da Silva Catela y E. Jelin (Comps.), *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad* (pp. 196-221). Buenos Aires: Siglo XXI.

SOBRE LOS AUTORES Y AUTORAS

MARIANA BAYLE
(Centro de Documentación e Investigación de la Izquierda, Universidad Nacional San Martín, Argentina)
Es licenciada en Ciencia Política por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires [FSOC-UBA] y magíster en Estudios Latinoamericanos por la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín [EH- UNSAM]. Es docente de la materia Ciencia Política en el Ciclo Básico Común de la UBA. Su tesis de maestría se tituló "México como escenario latinoamericano. Dictadura, revolución y democracia en la revista *Cuadernos Políticos* (1974-1990)". Actualmente es becaria doctoral de CONICET- UNSAM bajo la dirección de Horacio Tarcus y Laura Fernández Cordero en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) de Argentina. Sus temas de investigación están dirigidos hacia el estudio de debates y publicaciones periódicas de las izquierdas y el marxismo latinoamericano en el contexto mexicano entre las décadas de 1970 y 1980. Uno de sus líneas principales busca identificar y analizar los intercambios e influencias político-teóricas entre la intelectualidad de izquierda mexicana y las izquierdas en el exilio en aquel periodo. Correo electrónico: marianabayle@gmail.com

MARTA ELENA CASAÚS ARZÚ
(Universidad Complutense, España)
Doctora en Ciencias Políticas y Sociología, historiadora y escritora guatemalteca, profesora titular de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid. Sus numerosas publicaciones, ponencias, desempeños docentes y proyectos de investigación han contribuido decisivamente al desarrollo de las investigaciones sobre la historia guatemalteca contemporánea en el seno del americanismo español. Sus aportaciones en el campo de la historia intelectual han girado en torno a la construcción del racismo en el seno de las ideologías elitistas guatemaltecas y a las políticas de la historia (museos, discursos públicos, políticas de memoria, justicia) en las sociedades

centroamericanas. En este sentido, ha coordinado importantes iniciativas con financiación e impacto públicos que han puesto el conocimiento sobre las ideologías históricas dominantes al servicio de nuevas políticas de conciliación e inclusión cultural en Guatemala, como el proyecto "Genealogía de conceptos para el diagnóstico de políticas públicas contra el racismo y la discriminación". Correo electrónico: marta.casaus@outlook.es

EUDALD CORTINA ORERO
(Universidad Santiago de Compostela, España)
Doctor en Historia Contemporánea e investigador visitante de la Universidad de Santiago de Compostela [USC], avanza actualmente el proyecto "Redes transnacionales de militancia y procesos de difusión revolucionaria entre el Cono Sur y Centroamérica (1970-1996)". Es autor de numerosos trabajos sobre la movilización guerrilla en América Latina, campo en el que ha profundizado en su dimensión transnacional y en sus prácticas comunicativas y culturales. Ha publicado los libros *La guerra por otros medios. Comunicación insurgente y proceso revolucionario en El Salvador, 1970-1992* (UCA Editores, 2017), y *Grupo Obrero Revolucionario. Autodefensa obrera y guerrilla* (El topo blindado, 2011). Coordina el Centro de Documentación de los Movimientos Armados [CeDeMA] y es integrante de diversas redes internacionales de investigación como la International Research Network on the Revolutionary Left y el GT CLACSO "Antiimperialismo: perspectivas transnacionales en el Sur global". Correo electrónico: eudald.cortina@gmail.com / eudald.cortina@usc.es

CARLOS FIGUEROA IBARRA
(Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México)
Doctor en Sociología y profesor-investigador del Posgrado de Sociología en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélez Pliego" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Ha sido académico visitante en la Universidad de Stanford, maestro visitante en FLACSO Guatemala, The Evergreen State College, la Universidad de San Carlos de Guatemala, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Tlaxcala y es profesor investigador emérito de FLACSO Guatemala. Es autor de diversos libros sobre violencia política en Guatemala y procesos políticos en América Latina, entre ellos, *El proletariado rural en el agro guatemalteco* (1980); *El recurso del miedo. Ensayo sobre Estado y terror en Guatemala* (1991 y 2011); *Paz Tejada. Militar y revolucionario* (2001 y 2004); *Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*

(1999); *¿En el umbral del pos neoliberalismo? Izquierda y gobierno en América Latina* (2010 y 2011). Su libro más reciente es *La travesía del salmón. Artículos periodísticos y de coyuntura* (2018). El 12 de febrero de 2019 el Consejo Superior Universitario de la Universidad de San Carlos de Guatemala lo honró concediéndole el doctorado *honoris causa*. Correo electrónico: carlosfigueroaibarra@gmail.com

ALEJANDRA G. GALICIA
(Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México)
Licenciada en Ciencia Política y Administración Pública por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México [FCPYS-UNAM], maestra en Estudios Latinoamericanos por el Posgrado en Estudios Latinoamericanos [PELA-UNAM]. Su tesis de maestría se tituló "La revolución y el guerrillero. El papel de México en el conflicto entre Nicaragua y Estados Unidos: la emergencia de Augusto C. Sandino". Actualmente es candidata a doctora en el PELA-UNAM bajo la dirección del Dr. Horacio Crespo Gaggiotti. Sus temas de investigación están dirigidos al análisis de redes político-intelectuales y las redes de solidaridad en América Latina; el antiimperialismo y ocultismo latinoamericano de inicios del siglo XX y el estudio de publicaciones periódicas vinculadas con estos temas. Correo electrónico: xtabayam@yahoo.com.mx

ANÍBAL GARCÍA FERNÁNDEZ
(Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México)
Maestro en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México y doctorante del Programa de Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Miembro de los Grupos de Trabajo de CLACSO "Antiimperialismo: perspectivas transnacionales desde el sur global" y "Crisis y Economía Mundial". Investigador en el Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica [CELAG] [www.celag.org]. Correo electrónico: gafa1989@gmail.com

ROBERTO GARCÍA FERREIRA
(Universidad de la República, Montevideo)
Licenciado en Ciencias Históricas por la Universidad de la República (Uruguay) y doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Profesor de Historia Americana y de Historia de las Relaciones Internacionales en América en la Universidad de la República. Es autor de varios libros en autoría y coautoría, capítulos de libros y artículos académicos. Obtuvo el Premio Anual en la categoría Historia del Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay (2015). Ha

trabajado en misiones de investigación en archivos de nueve países. Integra el Sistema Nacional de Investigadores. Ha sido columnista en la radio estatal de Uruguay e investigador de FLACSO Guatemala. Fue coordinador junto a Arturo Taracena del libro colectivo *Guerra Fría y anticomunismo en Centroamérica*. En la actualidad trabaja, junto a Max P. Friedman (American University) en un libro sobre Federico Klein en Guatemala (1954) y a la vez coordina el equipo de investigación del proyecto "Uruguay, la revolución cubana y el sistema interamericano, 1959-64". Correo electrónico: robertogarciaferreira@hotmail.com

TERESA GARCÍA GIRÁLDEZ
(Universidad Complutense, España)
Doctora en Geografía e Historia y formación universitaria en Ciencias Políticas. Es actualmente profesora en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid. Forma parte de grupos de investigación cuyas líneas abarcan temas de Historia Social y Pensamiento Político Latinoamericano y de Política Social Española en materia de protección social de las personas en situación de pobreza. Dirige la revista Cuadernos de Trabajo Social. Correo electrónico: matgarci@pdi.ucm.es

KRISTINA PIRKER
(Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México)
Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, con estudios posdoctorales en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe [CIALC] de la UNAM, y licenciada en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad de Viena (Austria). Actualmente es profesora-investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Ha sido docente en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM y en la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Entre 2005 y 2010 fue investigadora y coordinadora académica de Fundar, Centro de Análisis e Investigación A. C. Sus líneas de investigación abarcan movimientos sociales y acción colectiva, historia y problemas actuales de América Central y México, metodología cualitativa y enfoque biográfico. Entre sus publicaciones destacan: como autora *La redefinición de lo posible. Militancia política y movilización social en El Salvador (1970 a 2012)* (2017); como coordinadora (con Berenice Ortega Bayona): *Dilemas de la Acción Colectiva en América Latina: entre la incidencia institucional y la protesta social* (2019); (con Cécile Lachenal): *Movimientos sociales, derechos y nuevas ciudadanías* (2012). Entre 2016 a 2019 coordinó con

Julieta Rostica el Grupo de Trabajo, "Antiimperialismo, democracia y modernización". Correo electrónico: kpirker@institutomora.edu.mx

JULIETA ROSTICA
(CONICET, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe / Universidad de Buenos Aires, Argentina)
Julieta Rostica coordinó con Kristina Pirker el Grupo de Trabajo de CLACSO "Antiimperialismo, democracia y modernización". Es doctora en Ciencias Sociales y Humanas, investigadora adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas [CONICET] y coordinadora del Grupo de Estudios sobre Centroamérica [GECA] del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Es docente de grado y postgrado en diferentes universidades del país. Es directora de los proyectos de investigación colectiva PICT 2017-1663: "La colaboración argentina en la lucha contrasubversiva en Guatemala, El Salvador y Honduras (1962-1983)" y UBACYT 2018: "La colaboración argentina en la lucha contrasubversiva en Honduras (1962-1983)", cuyos resultados abonan a los procesos de justicia transicional en América Latina. En 2018 recibió una mención especial de la Red de Archivos Diplomáticos Iberoamericanos y en 2019 fue premiada por la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: julietarostica@yahoo.com

DARÍO SALINAS FIGUEREDO
Profesor emérito de la Universidad Iberoamericana [UIA]. Académico del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la UIA desde 1978. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología [CONACYT]. Miembro Regular de la Academia Mexicana de Ciencias. Ha sido receptor del apoyo para "Estancias Posdoctorales y Sabáticas al Extranjero para la Consolidación de Grupos de Investigación" del CONACYT. Sociólogo, formado en la Universidad Católica de Chile, con maestría en sociología por FLACSO. Es doctor en Ciencias Sociales por la UIA. Investigador asociado del Grupo de Trabajo "Estudios sobre Estados Unidos" de CLACSO. Actualmente es miembro del Comité Directivo de CLACSO en representación de los centros académicos de México. Coordinador de la Línea de Investigación sobre "Gobernabilidad, Democracia y Procesos Socio políticos en América Latina" en la UIA. En su contribución a la formación de recursos para la investigación registra la dirección de setenta tesis concluidas. Como autor, coautor y/o coordinador registra más de ochenta títulos publicados, entre ellos, *América Latina: nuevas relaciones hemisféricas e integración, América Latina y el Caribe en la*

visión unipolar y el proceso hacia un orden multipolar, América Latina y Estados Unidos: Hegemonía y contra-hegemonía en las tendencias políticas hemisféricas, Vicisitudes de la democracia. Entre el peso del modelo y los límites de la política en Chile. Es miembro de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad. Correo electrónico: dario.salinas@ibero.mx; dariosalinasfigueredo@gmail.com

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

Los estudios que organizan este libro no buscan discutir con las voces críticas respecto de la relevancia o no del imperialismo en las relaciones internacionales. El objetivo del trabajo elude la discusión abstracta, así como el énfasis sobreideologizado de los nudos problemáticos no resueltos. Tampoco trata de evidenciar y denunciar los múltiples efectos de la política imperialista en la historia política de nuestra región. En cambio, busca presentar algunos referentes inscritos en un cierto esquema de regularidad histórica por cuya trayectoria podría hablarse de una tradición antiimperialista. Cambios importantes en la correlación global de fuerzas como el principio y fin del conflicto Este-Oeste y otros como las invasiones norteamericanas, no obstante sus onerosos efectos, a la larga solo han logrado imprimirles mayor raigambre a las razones de esa tradición cuya proyección y gravitación en el escenario latinoamericano actual es de enorme importancia

Del Prólogo de Darío Salinas Figueredo

creative commons

ISBN 978-987-722-228-8

Patrocinado por
Asdi
Agencia Sueca de Desarrollo Internacional

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais